

HÉCTOR

Fragmentos

ABAD

de amor

FACIOLINCE

furtivo



HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

Fragmentos
de amor furtivo

punto de lectura



Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Preludio](#)

[Obertura](#)

[Aventura del eunuco](#)

[Insomnio alrededor de la pe](#)

[Con Homero, el ciego, o la desventura del virgo](#)

[Insomnio sobre el recuerdo](#)

[Amanecer](#)

[Aventura del fotógrafo](#)

[Insomnio territorial](#)

[Descripción de Susana](#)

[Aventura del nadador](#)

[Insomnio sobre el tiempo](#)

[Bienaventuranzas del seminarista](#)

[Insomnio alrededor de la nada](#)

[Vuelos del ornitólogo](#)

[Insomnio radial sobre la desconfianza](#)

[Ordeños de don Bertulfo, el ganadero](#)

[Madrugada](#)

[Tremendas trementinas de un pintor](#)

[Intermezzo vienés](#)

[Libreta de teléfonos de Susana](#)

[Hechizos de Cagliostro, el esotérico](#)

[Reflexiones desde una burbuja](#)

[Ceremonias del político](#)

[Insomnio con lectura](#)

[Confusos pensamientos de un filósofo](#)

[Insomnio alrededor del baile](#)

[Demostraciones del científico](#)

[La trampa](#)

[Visita de Susana a la adivina](#)

[R.I.P.](#)

[Rodrigo y una tal Amalia](#)

[Bis](#)

[Principio del fin](#)

[El cuaderno](#)

[La máscara mortuoria](#)

[Finale](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*A una
(y a otras)*

Utque viro furtiva Venus, sic grata puellae.

OVIDIO

Preludio

Susana cerraba los ojos y veía a Rodrigo. Susana miraba a Rodrigo con los ojos cerrados. Rodrigo no estaba allí (no podía verlo con los ojos abiertos), pero ella cerraba los ojos y lo veía, y al verlo se daba cuenta de que en parte lo recordaba y en parte lo imaginaba. Lo recordaba vestido y lo imaginaba desnudo, porque en realidad apenas si lo conocía. Mejor dicho: lo conocía bien, vestido, pero todavía no lo conocía desnudo. Al recordarlo se emocionaba y al imaginarlo se excitaba. De día y de noche lo recorría completo, minuciosamente, con los ojos cerrados. De día, despierta, y de noche, dormida. De día lo recordaba o lo imaginaba y de noche lo soñaba, que es como recordar e imaginar al mismo tiempo.

Soñaba que se besaban, soñaba que Rodrigo le metía la lengua en la boca y que ella le metía también a él su lengua en la boca, y las dos bocas juntas eran como un reloj de arena: los labios eran la parte estrecha del reloj, las bocas las burbujas de cristal y las lenguas la arena. Lo grave era que de repente la lengua de Rodrigo se convertía en arena de verdad, el húmedo músculo asumía la áspera consistencia de una arena que se iba derramando en la clepsidra de su boca, y Susana se despertaba tosiendo y desconcertada, con ganas de que los sueños se hicieran realidad, con miedo de que los sueños se hicieran realidad.

Tenía a Rodrigo metido en la cabeza, despierta y dormida, de noche y de día, con esa constancia en el pensamiento, en la imaginación, en el recuerdo, en el sueño, con esa pertinaz permanencia de la imagen del otro, que suele ser el principio del amor. Y también el final del amor, porque eso mismo le pasa, a uno de los dos, cuando el amor se acaba.

Obertura

Rodrigo abría los ojos y veía a Susana. Rodrigo miraba a Susana con los ojos abiertos. Es decir, con los ojos *muy* abiertos. Mejor dicho: con los ojos inmensos, brotados, asustados. Porque resulta que Susana lo sorprendía, lo escandalizaba y además le coqueteaba. Lo sorprendía con sus frases, lo escandalizaba con su cuerpo y le coqueteaba con todo, empezando por la sonrisa y la mirada. Al coqueteo él no daba muestras de responder, eso sí, porque Rodrigo al principio no quería tener nada con ella. Nada. Lo que se dice nada de nada. Le tenía miedo, y además le parecía que tenía las tetas demasiado grandes, los muslos demasiado largos, el pelo demasiado despeinado... Todo eso. Sin contar que también hablaba mucho y muy duro, con excesivo énfasis, y sin tener en cuenta que se le veían unos huesos salidos y bastante puntudos (amenazantes casi) debajo de la cintura, a ambos lados del anca.

Al principio Rodrigo, en realidad, no la miraba. Ni con los ojos abiertos ni con los ojos cerrados. Rodrigo no la miraba y ni siquiera quería recordarla ni imaginarla. Nunca soñaba con ella, no la miraba nunca, pero tal vez ese no mirarla nunca se había convertido en una forma aún más sutil de seducción, porque Susana suponía que ese no mirarla nunca quería decir que ella sí le gustaba, pero que él prefería no dejarlo ver mucho por respeto a Isaías, el marido de Susana.

La verdad es que nunca se sabrá la verdad, porque ni Rodrigo mismo la sabe. Él a veces piensa que sí le gustaba, pero que no se daba cuenta; o que sí le gustaba, pero que no quería dejarlo ver; otras veces cree que no le gustaba, pero que era porque no la había visto bien; otras más, que no le gustaba, pero que después le gustó.

—Y además qué importa —dice—, si ahora sí me gusta, y puede haber amores a primera, pero también a quinta vista. O amores a primera vista que sólo se declaran a la quinta.

Lo cierto es que cuando al fin Rodrigo superó el miedo y los escrúpulos y se decidió; cuando notó que definitivamente sí le gustaba y cuando resolvió que ya sí quería algo, o todo, con Susana; cuando después de tantas dudas dejó de dudar y quiso arrojarse al agua, no pudo. Y no porque Susana no estuviera bien dispuesta, no. No fue por eso. Ella no era incierta como Rodrigo, ella había sido clara desde el principio y desde cuando lo conoció le había hecho ver con miradas clarísimas las cosas clarísimas que se pueden mostrar con las miradas. Cuando Rodrigo se decidió y no pudo, fue por otra cosa. Fue porque siempre le pasaba lo mismo: las primeras veces que se iba a acostar con una mujer, aunque le encantara (*sobre todo* si le

encantaba), aunque le pareciera buenísima, exquisita, mejor dicho mejor que imaginada, trac, se le desinflaba la flauta. Y esta vez también, las primeras veces, cuando ya estaban a punto, trac, se le desinfló la flauta.

Las primeras tres veces que estuvo a solas y desnudo con Susana, no pudo. No, no y no. La primera vez le pasó en Cartagena. Habían coincidido allá en unas vacaciones y ella misma lo había invitado a su cuarto de hotel una tarde que Isaías se había ido a pescar barracudas a las Islas del Rosario.

Rodrigo recuerda que después de dos copas de champaña —chilena, para qué negarlo— Susana estaba desnuda, nítida, perfecta, echada perezosamente en la cama. Él se había acostado a su lado, le pasaba el brazo izquierdo sobre la piel de la espalda y le mordía con levedad el cuello mientras olía el perfume inconfundible que tenía Susana en esa parte sin nombre que está donde termina el lóbulo de la oreja y la mandíbula inferior se engarza con el cráneo. Clavaba su nariz en ese nicho privilegiado y al mismo tiempo su mano derecha se sumergía en la entrepierna de Susana, y allí sus dedos se deslizaban entre las más tibias y tenues humedades. Recuerda que la sensación era excesiva, la emoción excesiva, como si superara en mucho a lo puramente sexual. Era como si lo sexual, por exceso, se volviera inasible, imposible, y por eso mismo la excitación le fallaba. Rodrigo recuerda que él estaba temblando y que ella permanecía allí, quieta, aunque no tan quieta, casi inquieta, con la respiración ansiosa, ávida, medio quejumbrosa, esperándolo. Todo, en su actitud y en su cuerpo, acogía a Rodrigo. Fue un instante de terror: Susana estaba lista, y él todavía no. Mejor dicho: y él ya no, él había sido superado por la excitación. Hacía pocos minutos ella lo había llamado a su habitación, por el teléfono interno del hotel:

—Escucha, Rodrigo, escucha —le había dicho sin pudor—, escucha bien: Isaías se fue a pescar barracudas a las Islas del Rosario. Estoy sola, muy sola, ya sabes que mi cuarto es el doscientos cuatro, quiero que vengas.

—Voy para allá —respondió Rodrigo, seguro y feliz, aunque algo asustado—. Ya, ya voy para allá —repitió Rodrigo, tembloroso, un poco menos seguro, con la voz quebrada, con un repentino galopar de palpitaciones en el pecho, en las sienes y en las yemas de los dedos.

Al tocar a la puerta cinco minutos después (él se había lavado las manos y la cara, se había echado dos manotadas de agua fría bajo las axilas, otras dos de colonia en los cachetes, y se había quedado mirando un rato ese rostro húmedo y pasmado que le devolvía el espejo), al atravesar el umbral de la puerta que Susana le abrió de inmediato, al ver en el cubo de hielo la botella abierta de champaña, Rodrigo sintió una gran ansiedad por lo que sabía que iba a suceder. Susana estaba vestida todavía, pero no tardó en quitarse los pocos trapos de verano que la cubrían, y de inmediato extendió su viuda desnudez sobre la cama, como queda dicho. Entonces fue cuando

Rodrigo se desnudó también, y antes de no poder supo que no iba a poder. Y no pudo. No. No pudo. Primero estuvo de lado, abrazando a Susana, tocando sus oquedades más secretas, disfrutando su piel y su cuerpo, pero superado por completo por los hechos. Luego se echó boca abajo, pasó una mano sobre el pecho de Susana y se puso a mirar el suelo, como buscando en la geometría de las baldosas del piso el diseño factible de alguna buena disculpa.

Susana seguía jadeante, ansiosa, muy quieta de tan inquieta que estaba, ya boca arriba sobre las sábanas, más lista aún que antes, su vellosa vulva al aire, la pelvis mecida por un involuntario y leve movimiento, toda la piel iluminada de un rojizo amarillo por el sol de la tarde. De pronto abrió la boca, dio la impresión de que fuera a gemir, pero se puso a hablar. Hablaba, decía cosas, un torrente de palabras coherentes o incoherentes que en todo caso nadie, ni ella misma, registró. Rodrigo permanecía mudo y sin oír, completamente silencioso, avergonzado, boca abajo sobre las sábanas, las ideas confundidas y su triste pene escondido, sacándole el cuerpo a ese mismo sol que le brillaba en las nalgas redondas y desteñidas.

Pero antes de que Rodrigo tuviera siquiera tiempo de responder, de inventar una disculpa, lo salvó (y los condenó al mismo tiempo) la campana, porque de repente una tarjeta electrónica abrió la puerta y tras el ruido y la tarjeta entró Isaías, el marido, con una pequeña barracuda en la mano. Iba a darle a Susana la sorpresa de su pesquería y la pescó en la cama con Rodrigo.

Isaías pensó en matarlos, en destrozarlos a dentelladas como de barracuda, pero él era bondadoso de carácter. Ni siquiera los insultó; si abrió la boca fue sólo en señal de asombro y no para hablar; sin pronunciar palabra dio media vuelta y se fue. Se fue del cuarto, se marchó del hotel, se fue de la ciudad, se largó del país, jamás volvió a la casa de Susana, no mandó nunca más un telegrama o una carta, nada. Ni una postal ni una tarjeta de Navidad. Nada. Ni un fax, ni un e-mail, nada. Desapareció del mundo, Isaías. Al menos del Tercer Mundo. Era radical y recto, Isaías. Un tipo del otro mundo. Del primero, mejor dicho. Llegó a ser un catedrático importante en la Universidad de Edimburgo, Escocia. Terminó casándose con una hiperbórea rubia, de secta puritana, quien le daría seis hijos, todos ellos legítimos, y se supone que fue feliz hasta donde es posible.

Rodrigo siguió viendo a Susana, casi viviendo con ella, viéndola todos los días desde ese día. Ya al siguiente, por la mañana, regresaron juntos a El Poblado, el barrio de Medellín donde vivían. A El Poblado, porque Medellín, el resto de Medellín, es decir casi todo Medellín, era invivible para ellos. No sabían nada de la otra ciudad. La de los pobres, la de los muertos. La de la gente que no se moría de infarto ni de vieja sino de bala o cuchillada. Su mundito se reducía a ese vecindario que domina la ciudad desde las colinas: verde y sin aceras, plagado de edificios altos y bajos, de casas asediadas por los constructores, de carros blindados, de piscinas

privadas, parques particulares, gimnasios, campos de golf y canchas de tenis, de centros comerciales mal copiados de Miami, tan irreales y postizos como un Disney World trasplantado a un valle andino de los trópicos.

Abajo estaba la peste. Ellos se encerraban en las fortalezas de las colinas mientras abajo la peste hacía estragos. No era cólera ni bubas y ni siquiera sida; era plomo, puro plomo lo que se iba llevando al cielo por puñados, por racimos, las almitas de la gente de su ciudad. Al menos a los de abajo. A los de arriba menos, pues vivían más protegidos, ellos, y todos como Susana y Rodrigo, encerrados en sus fortalezas, rodeados de mallas, perros policías, puertas eléctricas, citófonos, porteros, guardaespaldas, circuitos cerrados de televisión, vigilantes, guachimanes, alarmas. Adentro todo era tibio y tranquilo, como un útero, y se podían contar cuentos; porque abajo la realidad superaba cualquier cuento y lo único que se le ocurría contar a la gente eran historias de atracos, de robos, de secuestros, de sicarios. Pero Susana y Rodrigo todo eso no querían verlo y mucho menos querían que todo eso los viera. Su ilusión era no ver y no ser vistos. Ellos no querían ser ni médicos ni enfermos en esta epidemia. Esperaban poder quedar al margen, encerrándose a hacer el amor y a contarse historias en esa fortaleza con cobijas de su cama. No eran capaces, definitivamente no eran capaces de ser médicos y tampoco querían ser apestados. Ajenos a toda conciencia ciudadana, estaban seguros de su incapacidad de ser siquiera curanderos o enfermeros. Sin embargo, no podían estar seguros de no resultar un día contagiados; algunas veces la muerte los había tocado de cerca. Y este mismo temor a la muerte, a la muerte antes de tiempo, antes de amarse mucho, los llevaba a encerrarse más, a amarse más.

En el avión que volaba hacia el interior montañoso del país, Susana escogió la ventanilla. Rodrigo se sentó en el lado del pasillo. De vez en cuando Susana le mostraba una nube un nevado un escote una cascada mientras le pasaba la mano por encima de los pantalones, en inmediaciones de la ingle, como preguntándole, ¿hoy sí, Rodrigo, hoy sí sin que nos interrumpan? Llegaron al aeropuerto de Medellín, en Llanogrande, y a toda velocidad, en sus dos carros (ella un Volkswagen escarabajo, abollado y amarillo, él un Chevrolet viejo perseguido por una nube constante de humo negro, ruidosísimo por una falla en el escape), uno tras otro, se refugiaron en las colinas donde vivían, sobre el valle de la muerte, no muy lejos de la peste.

Decidieron irse, de una vez, a la casa de Rodrigo. Y al llegar allí, por segunda vez se desnudaron y por segunda vez no pudo Rodrigo, no pudo. Nada de nada, como un muerto. El pobre, sin abrir la boca, invocó en su favor el auxilio del Dios Príapo, el Único poderoso, el Único que puede otorgar la victoria en las lides del tálamo. Pero Príapo no quiso atender a sus fervientes súplicas y su poderosísima daga permaneció mustia y envainada, incapaz de arremeter contra la amabilísima enemiga suya. Es decir, la daga, mientras estuvo enfundada en los pantalones, era un arma poderosa,

enhiesta, fuerte, devastadora. Su deseo crecía por instantes y parecía desbordarse. Tocaba a Susana y tenía ganas de saltarle encima, de arrasar con ella, de atravesarla de lado a lado. Pero apenas se despojaba de su coraza, de sus trapos, apenas se tiraban en la cama y las dos desnudeces se enfrentaban, trac, otra vez, el arma se desarmaba, el cuchillo de acero se hacía de plastilina, una desgracia. No se desconsoló, sin embargo, Rodrigo. Confiaba en él —en el fondo y a la larga—, en él y también en el recuerdo de las fazañas imposibles que antaño había obrado con su daga. Además usó muy bien la lengua. Del día anterior le echó la culpa a la prisa, a la sorpresa, al temor al regreso del marido pescador, a su regreso mismo que todo lo había alterado. De este día le echó la culpa al cambio de altura y a una hernia inguinal que a veces le afectaba la erección. Echó mano de la mano y acarició a Susana con los dedos.

Al otro día, en la casa de ella, volvió a ocurrir lo mismo: nada. O mucho, pero mucho al principio, en esos antes que preparan el después, pero que en Rodrigo se quedaban en puros antes. Mientras olía, mientras metía mano, mientras empezaba a descubrir las partes tapadas por la ropa, mientras iba invadiendo de olores y sabores su nariz, sus dedos y sus papilas, todo era fuerza y arrojo. Pero después, a la hora de la batalla, el soldadito de plomo se derretía, se acobardaba, huía, se hundía en su trinchera, una desgracia, otra desgracia. Esta vez —aunque con menos convicción— atribuyó Rodrigo su flacidez al cansancio, a un rezago de jaqueca, al frío y al calor, al cambio de clima, al retrato, en la mesita de noche, del marido perdido (*la perdida soy yo*, dijo Susana) que aún no había sido vuelto boca abajo ni sumergido en el cajón de los recuerdos. Invocó también algún exceso gastronómico en el almuerzo, un vino de más, un postre de menos, ya no sabía qué otra cosa inventar. Echó mano de la boca y —labios contra labios— satisfizo a Susana con la lengua. Tuvo que confesar, sin embargo, que algo raro pasaba entre sus piernas. No podía negarlo. No podía negar ese terrible no. No se le paraba. Al menos con ella y por ahora no se le paraba. O sí se le paraba, pero antes, y no después, es decir, antes pero no durante. Susana le dijo que lo amaba, de todos modos, y le aseguró que lo curaría con palabras. Empezó a hablar Susana:

Yo sé, mi querido Rodrigo, y lo sé porque he llegado a conocer directamente varios casos como el tuyo, que la cosa no es grave. Mejor dicho: yo he conocido casos mucho más graves que el tuyo. Porque no me vas a negar lo que yo noto: que al principio se te empieza a animar el animal, y sólo se arrepiente, se avergüenza y se vuelve receloso cuando te invito a que entres en mi casa. Arrogante en el umbral, ya tímido en el zaguán.

Así empezó a hablar Susana. Se puso a hablar sin parar, a dejar salir un flujo interminable de sus labios y garganta. Como una culebrera, como una vendedora de pomadas, como una encantadora de serpientes:

Ya verás, Rodrigo, unas palabras mías bastarán para sanarte, ya verás cómo esta culebrita se te anima.

Entonces aferró con su mano derecha el sexo de Rodrigo. Acercó su cara al desanimado penecillo y empezó a susurrarle palabras cariñosas, desde muy cerca. Era como si tuviera un micrófono en la mano y ella le fuera hablando. Le relataba algo; con un sonsonete encantador le derramaba frases interminables que parecían entrar por el único ojito de la flauta de Rodrigo. Sus palabras pasaban a través de esa cabecita mustia para convencerla de que tenía que reaccionar. Y la cabeza, en mitad del relato, se fue convenciendo de su tontería, recapacitó, perdió la timidez, en fin, se despabiló. Se fue congestionando hasta tomar cuerpo. Creció. Y entonces la morada cabeza halló morada en las acogedoras cavernas del vientre de Susana. Por primera vez Rodrigo pudo entrar en la casa de Susana, y por primera vez con su oscura, profunda y exhaustiva visita fueron felices ambos. Gimieron (ella más), llegaron (ella más), se rieron (ella más), todo (ella un poquito más).

Pero el monólogo de Susana, que hizo levantar la cabeza del miembro de Rodrigo, asustó a la cabeza del cuerpo de Rodrigo. Lo confirmó en sus miedos del principio. No había correspondencia; una de las dos cabezas tenía que sufrir, tenía que asustarse. Una de las dos: la que surge del cuello o la que cuelga de la ingle. Si funcionaba la primera, padecía la segunda, y viceversa. Un viejo problema, el desacuerdo entre cuerpo y pensamiento. ¡Vaya! Un problema filosófico en la cama y en una ciudad sitiada por la peste, vaya.

Mientras Susana le hablaba al micrófono, recordó Rodrigo la historia que leía de pequeño, la historia de Sherezada. Las palabras balsámicas, fascinantes, de la hija del visir, deben curar al sultán de un mal desesperado: la desconfianza en la mujer. Rodrigo recordó que también ese relato empezaba con una traición. El sultán había salido de viaje, pero a media noche se daba cuenta de que había olvidado algo y regresaba a su palacio a toda prisa. Allí encontraba a su esposa tendida en el lecho, en brazos de un negro, esclavo entre los esclavos. Sí, eso recordó Rodrigo mientras Susana iba convenciendo a su instrumento de pararse. Pensó en las mujeres, en el potente, astuto, devastador erotismo femenino, capaz de preferir al último de los esclavos, si lo desea, en vez de los altos, luminosos y sabios soberanos. Capaz de preferirlo a él, un don nadie, un pobre afinador de pianos (y para colmo con la flauta a veces destemplada), en vez del estudioso Isaías. Cuando una mujer desea, cuando la llama de su cuerpo se enciende y la llama, desprecia todo poder, se burla de él. Bueno, pensó Rodrigo, no muy distinto es el erotismo masculino, sólo que a nosotros nos ha sido permitido ejercerlo, y a ellas no tanto, por lo menos hasta antier.

Rodrigo, ya con su animado miembro dentro de Susana, ya gozando con ella, siguió pensando. Pensó en lo que había resuelto el sultán de la famosa historia: decapitar. Ya eran otros los tiempos y no pensó Rodrigo en decapitar a Susana, no.

Pensó en decapitarse él mismo, en cortarse una de sus dos cabezas: la del cuerpo o la del alma. Dejarse ir tras las deliciosas sensaciones, tranquilo, sin pensar, o decapitar esas sensaciones y dejarse ir tras las obsesiones y la desconfianza en el cuerpo y en el erotismo de Susana. Una de las dos cabezas se impondría en esa relación. Si triunfaba la cabeza de la cabeza, sería, más que un celoso, un celador. No estaría en paz ni dejaría en paz a Susana, por temor a encontrarla abrazada, cualquier día, con el último de los hombres, un político o un ganadero, un industrial o un profesor, un drogadicto o un artista, incluso con un cantante. O, en el caso contrario, se dejaría arrastrar por la corriente de las sensaciones, hasta que durara, encapuchando su cabeza pensante en una total ausencia de ideas, cálculos y presentimientos.

Pensó también en no insistir con esta aterradora y demasiado terrenal Susana y en buscarse más bien una mujer tranquila, como otras que había tenido, una mujer que no lo enfermara de desconfianza. Pensó, mejor dicho, en decapitar la relación. Era una solución más oriental, era como cortarle la cabeza a Susana. Pero él había empezado a amarla. Aun antes de entrar en ella la quería; la deseaba aun desde antes de que ella lo invitara a su cuarto de hotel en Cartagena. Le gustaba su franqueza, su desfachatez, el desparpajo con que lo había ido sacando de su cápsula de lejanía, de su aparente útero de indiferencia, de su vida anodina de editor de partituras y afinador de pianos. Además, ahora que su miembro, sanado con palabras, disfrutaba, empujando, el delicioso baño tibio que ella le ofrecía ahí adentro, ahora que el abrazo y las volteretas en la cama lo emborrachaban de ganas, ahora que las ideas habían encarnado en sexo, ahora sí que sentía que la amaba.

Rodrigo, sin embargo, no quería sentir la sumisión, la obsesión de la excesiva entrega, la terrible servidumbre del amor. Como buen macho suramericano prefería dominar las circunstancias, no fuera a ser que un día, ya con la guardia baja, se diera cuenta de que Susana se frotaba la piel del pubis contra la ingle erguida de algún efebo deleitoso, frente a su propia frente despoblada, en un cuarto de hotel de Cartagena o de casa de Medellín o de finca de Rionegro. No, no. Debía decapitarla. Sherezada había curado al sultán de una vieja traición. Susana, con sus sabias palabras de sanación, parecía anunciarle a Rodrigo una traición futura. Era así: la confianza que ella le daba a la cabeza de su miembro, le producía desconfianza a la cabeza de su espíritu. Una mujer tan experta, una mujer que había traicionado a Isaías y lo había olvidado en cuatro horas, una mujer que lo abordaba con tanto desparpajo, una mujer que lo curaba tan fácil de sus temores con solo recordar un episodio parecido con otro hombre, tenía que ser una mujer arrasadora, engañera, peligrosísima, la más amenazante que hubiera conocido jamás.

Susana, acabado el amor, olió de inmediato lo que tramaba Rodrigo, vio su inquietud, los nubarrones de su cabeza, y supo que el amor sólo podría salvarse, si acaso, con la vieja receta de las palabras. Insistiría en lo que la condenaba. Seguiría

hablando. Resolvió hablar, hablar y hablar sin parar. Le hablaría noche a noche a Rodrigo hasta hacerlo desistir de su propósito de decapitación.

Yo no voy a fingir. Algunas mujeres conquistan y manejan a los hombres con el silencio. Es el truco más viejo, dejarlos tranquilos con la aparente y total sumisión que es el silencio. Muchas mujeres dominan a los hombres sin hablar. No pierden el control, no revelan lo que son. Hablar es perder el control. Yo voy a ser capaz de perderlo, de perder el control y también de perderte. Voy a ser clara y voy a hacer que me quieras porque me conoces, no porque me inventas —con mi silencio— algo que te sirve, algo que se acomoda a tu imaginación. Vas a quererme, o no, tal como soy, pero no me voy a hacer la santa ni la misteriosa. Voy a ser lo que soy: una habladora.

Rodrigo no respondió. Pensó que debía dejarla. Que debía dejarla, en los dos sentidos: dejarla hablar y abandonarla. Pero para esto debía haber un orden y lo primero era dejarla hablar. Así, noche a noche, Susana siguió hablando. Y Rodrigo la escuchaba con una atención exasperada, con un amor asustado; la oía con pasión, con interés, pero como quien oye una serie de amenazas, de peligros cifrados, como quien por un radio intercepta los códigos de batalla del enemigo.

¿De qué hablaba Susana? Así como a los gastrónomos les encanta hablar de comida mientras comen, y además, de sobremesa, comentar no sólo lo que acaban de comer sino también los platos corrientes, maravillosos o exóticos que alguna vez probaron, así mismo, a Susana, de sobrecama, le encantaba hablar de sexo y relatar a Rodrigo tanto lo que acababa de sentir como lo que había sentido otras veces en los brazos de sus amantes del pasado. Susana quería que Rodrigo la conociera toda, entera, totalmente desnuda y con todos sus recuerdos, con todas las dichas y desdichas de su vida amorosa.

Los cuentos de Susana eran inagotables; noche a noche era capaz de empezarle una historia que se cerraba o que dejaba en punta para terminar después, otro día. Y tenía el poder de ocupar, de copar los pensamientos de Rodrigo con sus cuentos. Lo torturaban pero también lo apasionaban los interminables capítulos de su educación sentimental en la cama. No sólo en la cama: también en la playa, en el agua (dulce y salada), en hamacas, jergones, prados, tapetes, duro suelo, ramas de árboles, baños, armarios, despensas, sofás, poyos de cocina, quicios de puerta, descansos de escalera, marcos de ventana.

Tal vez había algo masoquista en el comportamiento de Rodrigo. Esas historias de Susana, que eran recuerdos, historias verdaderas vividas por ella, lo apasionaban y al mismo tiempo lo aterrorizaban. Tenía un sentimiento ambivalente. Se sentía, al mismo tiempo, curioso y feliz de descubrir los secretos de Susana, pero también inseguro. Para intentar dominar tanta información desperdigada en noches de relatos sucesivos, para intentar despejar cualquier mentira, cualquier inexactitud o

incoherencia, Rodrigo resolvió convertirse en el amoroso notario de sus intimidades. Todos los días desde este tercer día, al volver a su casa, ya en la madrugada, sacaba un cuaderno y hacía una especie de acta o memorial de las palabras de la noche. Un diligente y detallado memorándum de lo que Susana iba diciendo.

Lo agobiaba una curiosidad casi malsana que lo llevaba a pedirle (disimuladamente) detalles, más detalles. Querer saber la verdad es una de las perversiones del amor, dijo un celoso. Y Rodrigo quería saber la verdad, saberlo todo, todo. A veces la angustia —que disimulaba ante ella, por temor a que se callara— se le volvía insoportable; sudaba, sentía que la sangre se le estancaba en la cabeza, creía que no iba a ser capaz de seguir oyendo, se veía ya dejado a un lado, reemplazado en el cuerpo y en el corazón de Susana por cualquiera de sus amantes malos, pésimos, óptimos, maravillosos, únicos, extraordinarios. Confundía los tiempos: todo el pasado de Susana se le convertía en futuro. Si los humanos estamos condenados a repetirnos, pensaba, lo vivido no es más que un anuncio del porvenir. Resolvía entonces que tenía que dejar de verla, así fuera a costa de parar los relatos. Pensaba en enviarle una nota de ruptura definitiva, en hacerle una llamada de corte radical, en hacer una ultimísima visita de despedida. Pero no era capaz. Cada noche, después de hacer el amor, venía otra historia, y otra y otra y otra. Y al irse, Rodrigo sabía que habría más, muchas más, y que iba a perderselas si sus celos o su cobardía le impedían volver al día siguiente o le llevaban a cortar una relación que lo fascinaba, lo atormentaba, lo deleitaba, lo obsesionaba, colmaba sus días con la sed de conocer a Susana, con la ansiedad de llegar a saber la totalidad de sus historias. Porque Susana, como todo el mundo, no era más que las historias que contaba, no era más que las palabras que salían de su cabeza.

Aventura del eunuco

Casi por encima de todas las cosas, y tal vez sin el casi —y quizá sin el tal vez—, lo que más le gustaba a Susana era hablar. Hablar sin descanso y contar las muchas experiencias de su vida sin ser interrumpida. Por eso no le importaba hablarles a objetos, a cosas, a partes del cuerpo. No a las orejas, a otra parte del cuerpo de Rodrigo empezó a hablarle Susana. La tenía empuñada con su mano derecha, como un micrófono, y con su voz bien templada empezó a convencerlo, a seducirlo, a enseñarle la forma en que debería portarse con ella. *Parece una monjita pudibunda, qué bobada, con lo corta que es la vida y la monjita tan tímida, tan retraída. Pero no te preocupes, esto no va a durar, esto tiene que cambiar, como dicen los políticos. Porque tú debes saber, mi desconsolado Rodrigo, que yo he conocido muchos casos como el tuyo. Y uno, en particular, mucho más serio que el tuyo, como verás. El tuyo no es ni siquiera caso, porque lo que esto tiene es sólo timidez, distensión por exceso de tensión, bobadas, demasiado pensamiento, falta de animalidad. No todo puede razonarse y pensarse, Rodrigo, hay partes de la vida en las que sólo valen las sensaciones, el instinto, lo que aprendimos antes, cuando todavía no éramos humanos y vivíamos colgados de las ramas de los árboles. ¿Has visto esas personas que van caminando bien, tranquilas, con normalidad, y uno las mira y pun, se les daña el caminado? Se les traban los pies, como si no supieran alternar los pasos ni andar derecho, como si no hubieran caminado nunca. Así es con esto, hay que hacerlo sin pensar, como quien camina, como quien baila. Tu caso no es de los graves, como el que yo conozco, eso sí te lo aseguro. Porque tiene que quedarte claro que yo a ti no te creo. Esto que aprieto en mi mano, lo sé muy bien, crecerá. Y se va a escabullir por donde debe, en las cavernas que te esperan. No te creo, me lo dice tu cara, me lo dice el olfato, me lo dicen los años en que he visto repetirse este asuntico en hombres como tú. Pero ¿por qué sabe que esto se repite en muchos hombres? ¿Cuántos hombres conoce, entonces?, se preguntaba desde sus adentros Rodrigo mientras Susana le hablaba, y al mismo tiempo se decía Tengo que dejar de pensar, dejar de pensar, si no dejo de pensar esto jamás me va a funcionar. Deja de pensar, Rodrigo, deja de pensar, que tu mente vague en el vacío, por ninguna parte, trata de sentir la caricia de su mano, trata de irte tras la música del sonsonete ameno que producen sus palabras, no intentes descifrarlas, porque tal vez su sentido podría despertarte más terror que confianza. Ni pienses sus palabras, déjate más bien llevar por la melodía del sonido de sus palabras.*

A mí, además, me gusta lo que te pasa. El potente inmediato suele ser prepotente. Los hombres que he amado más antes que tú, y que son tres, o cuatro, ya ni sé, tuvieron al principio, exactamente, este mismo problema. ¿Tres o cuatro? ¿Tres o cuatro? Y lo dice así, tan tranquila, como si a mí nada me importara nada. Que no es un problema, es una muestra de que no te soy indiferente, de que en tu cabeza, sobre mí, hay varios pensamientos difíciles, y no sólo el deseo de atravesarme con tu lanza. Y sí, es cierto que pienso muchas cosas difíciles sobre Susana —se decía Rodrigo—, pero mejor ahora no pienso nada. Tengo que dejar de pensar, cortarme esta cabeza para que la otra cabeza reaccione y salga de su ahogo, de ese ahogo en que la mantiene mi obsesivo pensamiento. Ella tiene razón. Razón, razón, todo lo pongo en términos de razón, cuando lo único que debo hacer es despojarme, liberarme de la razón. Tirana razón, déjame, odiada razón, libérame, terca razón, abandóname, amada razón, dame pausas y sosiego.

Para sanarte te diré cómo son los casos de verdad desesperados. Conozco uno. Y fue así. El eunuco era un hombre mayor, cuando lo conocí. Mayor que tú, por lo menos, más cercano a los cincuenta que a los cuarenta. Me atraía mucho, sin embargo, no creas. No era mozo pero sí buen mozo y fuera de eso las canas dan una ilusión de serenidad, de calma, de fidelidad, de matrimonio apacible que conversa sereno y ya sin dudas ni tentaciones de fuga en las leves mecedoras del atardecer, en un balcón. Ah, era medio viejo y a ella le gustaba, entonces le gustan todos, cualquiera le gusta, no puedo soportarlo. Además era un mago en declararse con palabras; me decía maravillas sobre mí misma, me pintaba, hacia el futuro, una relación con pajaritos de oro, me escribía unas cartas que ni Cyrano de Bergerac, que ni la portuguesa monja Alcoforado. ¿Y esta de dónde habrá sacado esos títulos, o habrá visto la película? Algo empiezo a sentir, como si se me esfumara en algo el miedo, como si se soltara este nudo en la boca del estómago, como si la cabeza, esta de arriba, al fin, empezara a embotarse. Eso, así, no pensar nada, nada, oír como de muy lejos su melodioso sonsonete sobre el impotente.

Era lampiño, como corresponde a los eunucos, pero no era lampiño porque fuera eunuco, sino por los normales vericuetos y variaciones de nuestros genes en el trópico. Como sabrás, Rodrigo, en los velludos pueblos de los árabes se ve muy mal que un hombre se afeite. Incluso en algunos países islámicos encierran y hasta azotan a los hombres que se afeitan. Todos tienen la barba crecida y la pelambre abundante, como tú. Y me he dado cuenta de que es precisamente en su tradición en la que más eunucos ha habido, para que les sirvieran a las mujeres en el gineceo, sin riesgo de deshonra para los sultanes. Entonces he pensado que la falta de barbas es entre ellos una señal de falta de virilidad. Los únicos glabros en Arabia debían de ser los eunucos. ¿Por eso mismo te dejas tú la barba, Rodrigo? ¿De qué habla esta mujer, qué me estará preguntando? No le entiendo nada, ahora hablando de árabes.

¿Qué tienen que ver los árabes con esto?

Pero esto era un paréntesis. El asunto es que el eunuco, por eso lo puse así, nunca me buscaba con el cuerpo. Mucho amor con palabras, muchos planes futuros, muchas epístolas de veinte folios, muchos regalos y sorpresas a las cuatro de la tarde, pero besos mezquinos, abrazos nada apretados, caricias entre gélidas e insípidas; jamás se demoraba en olerme el cuello o en rozarme la oreja con la piel de su nariz. Jamás. Yo no he sido tímida con mi cuerpo, Rodrigo. Pero sentía que él no me permitía mucho acercamiento, ponía una distancia. Y no decía nada, ni una palabra, sobre sexo. Y yo en silencio también, podrías imaginarte, yo que hablo más que los locutores de fútbol. Ah, eso sí es verdad. No para de hablar, parece una emisora de noticias, inagotable, perpetua, pero yo ya estoy hartado de silencios, que hable, que hable todo lo que quiera, empiezo a tener ganas de todo, de ella toda, quiero tragármela entera así como me trago sus palabras.

Pasaban las semanas y los meses. Hay días, debes saberlo, en que yo amanezco con esto que me tocas inundado. Eso notaba yo entre mis yemas, eso estaba notando, deliciosa goma pegajosa entre mis dedos. Camino y algo resbaladizo me roza entre los muslos. Tengo como dos cuerdas que me tiran hacia arriba por el vientre y es como si me abrieran abajo un túnel que quiere ser llenado entre mis labios. Habrá que llenarlo. Son días de esos en que todos los hombres me parecen hermosos; porque otros días los hombres pasan frente a uno y es como si desfilaran árboles, postes de la luz, palos de escoba, o más bien como si fueran muebles, los cuadros o los adornos de siempre en la sala de la casa, que uno nunca los ve de tanto verlos. Pero hay días, en cambio, que cualquiera, el que jamás habías volteado a ver, el patojo o el cojo, el zambo o el mendigo, el taxista o el carretillero, parecen un príncipe azul. Un día de esos, pues, no pude más, y le dije a mi eunuco: «Quédate quieto, déjate. Sea lo que sea, no te preocupes». Yo, Rodrigo, creía lo peor, pensaba en cosas terribles, una mutilación o algo así, un accidente de niño, como en Los cachorros de Vargas Llosa, una operación como las que les hacen o hacían a los castrati antes de dejarlos entrar a la Capilla Sixtina. Le bajé los pantalones, los pantaloncillos. Lo quería ver, comprobar si tenía, y si sí tenía, qué tenía, le examiné sus partes. Cerré los ojos antes de mirar, temblando. Ni los quería abrir, me esperaba lo peor. Los abrí. Nada. Pobre hombre, y esta mujer atormentándolo con sus excesos. Nada faltaba, quiero decir. Como a la mayoría de los hombres, también a mi falso eunuco el huevo izquierdo le colgaba un poco más que el derecho. Su instrumento era normal, aunque pequeño. Quise tocarlo, como ahora a ti. Pero él me dijo: «No, y si me hablas de esto es peor». Agarró los pantalones con las dos manos y se los volvió a subir hasta encima del ombligo, de afán, se apretó el cinturón dos huecos más de la cuenta. Yo no sabía eso de la pelota izquierda, ¿dónde aprende estas cosas? En fin, qué importa, después se verá qué hago con ella.

No, no era un eunuco del cuerpo, mi Don Juan palabrero. Tal vez lo sería del espíritu o de partes del cuerpo menos aparentes y accesibles, de esas que se esconden por alguna ruta extraviada de los sesos. En todo caso nunca volví a verle el aparato. Lo dejé tranquilo. Nunca había pasado nada, él jamás quiso hablar de su problema. A los pocos días desapareció, no volví a verlo, se me esfumó como una nube, con todas sus promesas, no volvió ni a escribirme, mi Don Juan desarmado. Rodrigo en cambio ya no estaba desarmado, ya casi ni oía las palabras de Susana, y empezaba a buscar una postura un poco más arrogante, encaramaba un muslo por su espalda. El cuerpo, las sensaciones, la falta de raciocinio, al fin, se tomaban el poder y destronaban su tirana cabeza entrometida.

Ya ves que hay casos peores, mucho peores que el tuyo, Rodrigo. Además, ya te dije, al principio es siempre así, con los sensibles, con los responsables. Tal vez notan mis ganas excesivas, tal vez. O tienen miedo, como tú, de no poder satisfacerme, qué bobada, con lo fácil que es, si a mí casi me bastan las palabras, basta que tú te apoyes sobre mí para yo ir sintiendo que me disuelvo por dentro, casi pierdo el sentido, Rodrigo. Rodrigo, esto está bien, esto ha crecido mucho, ¡juy está inmenso!, está durísimo, ya lo ves, tú no tienes problemas, tú no serás mi eunuco, ponte encima, así, así. Finalmente Rodrigo tomó posición con su arma amenazante frente a Susana; ella misma cogió la daga con sus dedos y la fue dirigiendo con calma hacia el muy negro blanco. Casi sin darse cuenta Rodrigo había destronado, momentáneamente, una de sus cabezas. Estaba la del cuerpo desorientada y perdida entre muy espesas nubes, y la del miembro bien orientada entre no menos espesas aguas.

Así fue la historia en la primera noche de Rodrigo y Susana. Que no fue noche, en realidad, sino día. Era una tarde soleada de sábado y tenían todo el tiempo. Por el ventanal del cuarto de Susana entraba ese chorro de luz casi palpable de los trópicos, que revela cada poro, cada arruga, cada vena. Ella, desnuda, con miel en la piel por los días de Cartagena, y con pocos pelos, pocas espinillas (aunque las suficientes para no parecer una muñeca Barbie), le parecía a Rodrigo más hermosa que nunca. Tenía ese cuerpo duro de las deportistas, con el bronceado intermitente que dejaban las marcas del traje. Los senos, el vientre y parte de la espalda eran más pálidos que el resto del cuerpo, y sobre los hombros se veían también las huellas de las tiritas con que se sujetaba el traje de baño. Las piernas y los brazos eran más oscuros porque ella, en su trabajo como instructora de natación, recibía sol todo el año. La miraba, la tocaba, la olía, la recorría entera. Al fondo se veían el humo y las casuchas y los buses y el ruido y los altos edificios del Valle de la Muerte. Pero ellos no los vieron, sino que retozaron mucho rato, felices, ajenos a la peste.

Cuando terminaron se rieron a carcajadas y siguieron abrazados. Hacía mucho calor y ambos estaban sudorosos. Rodrigo salió del cuerpo de Susana y se dejó caer a

un costado de ella. Cogidos de la mano, se quedaron tendidos uno al lado del otro, en silencio, inmóviles, mirando hacia el techo. El ventilador encendido dejaba oír su ronroneo, levantaba su brisa artificial, movía las cortinas y, cuando las abría del todo, la luz inundaba aún más el cuarto. Entraba tanta luz que esa claridad casi irreal dolía en las pupilas. Por momentos el chorro de luz que penetraba por el gran ventanal era tan intenso, que ellos parecían vestidos de amarillo, cubiertos por una luminosidad espesa, excesiva, brillante. Parecían dos actores que, después de una escena de amor, descansan, iluminados todavía por los reflectores. Había sido una dura prueba tanta claridad. Hacer el amor, por primera vez, a las tres de la tarde, es más difícil que hacerlo de noche. La noche todo lo atenúa, la penumbra vuelve las cosas un poco menos reales. El día revela, destapa, descubre, nada puede disimularse. De noche, en cambio, muchas cosas no se ven y lo que no se ve difícilmente existe. Pero Susana y Rodrigo habían resuelto ser claros, casi transparentes el uno con el otro.

—No es verdad, no siempre es verdad —dijo Susana—, ese dicho latino de que «post coitum, tristitia». Me lo enseñó un filósofo.

—No, ni mucho menos. «Post coitum, laetitia» —dijo Rodrigo, y se quedó mirando largamente el cuerpo de Susana, con una sonrisa lela dibujada en la cara. Ella le dijo:

—¿Sabes? Por mucho tiempo a mí no me gustaba que me miraran. Dejarme ver tanto, con toda esta luz, es una muestra clara de amor y de confianza, otro día te lo explico.

Insomnio alrededor de la pe

Rodrigo no sabía qué pensar. Llegó al edificio, pasó los controles, marcó la contraseña en el teclado electrónico, sacó las llaves, abrió las dos cerraduras de la puerta blindada, entró en su apartamento, se quitó los zapatos, caminó descalzo, a oscuras, sintió el tapete bajo sus plantas, se fue desnudando camino del cuarto dejando una estela de prendas por el corredor, al entrar al dormitorio prendió la luz, se tiró ya en pelota sobre las colchas, la cama y él sonaron al unísono, la cama con sus resortes y él con un gran suspiro, apagó la luz. Volvió a encenderla, buscó un cuaderno, anotó en la primera hoja un breve memorándum sobre el amante impotente, apagó otra vez, miró hacia el cielorraso, no vio nada, le sonrió a la penumbra. Estaba desnudo, en el centro de una bolsa oscura, no podía dormir y sonreía.

Estaba contento. Al menos ya había hecho el amor una vez con Susana. Ya ella sabía que él sí podía, que él no era como el otro que le había contado. Ella lo había contado, tal vez, por hacerle un comentario a su situación de las primeras veces, por animarlo y distraerlo con un caso extremo y peor, mucho peor que el suyo.

Ahora sentía ese orgullo real y algo ridículo del macho garañón. Sonreía, tarareaba *vittoria, vittoria, vittoria*, de una vieja ópera, pensaba uno por uno en los trescientos millones de espermatozoides que había dejado cabeceando impacientes contra el DIU de Susana. Ya no era el que no, el que no y no. Estaba harto de que le pasara siempre lo mismo. Siempre. Conocía una mujer con la que se quería acostar y cuando finalmente iba a comérsela, trac, no se podía acostar, no funcionaba, es decir, se acostaba, pero para nada, sólo para estar echado, horizontal, con ella. Pasaban noches así, semanas. A veces las mujeres se aterrorizaban. No volvían a intentar nada. A veces él mismo se aterrorizaba. Esta vez Susana lo había llevado de la mano, como una maestra que enseña a escribir a un niño. Era una maga, Susana, una sabia, una palabra suya bastó para sanarme, volvió a repetirse Rodrigo, en tono de misal, él, que ni siquiera iba a misa.

Ahora —lo sabía por las otras veces— no iba a sucederle nunca más con ella, se había desbloqueado un mecanismo mental y su impotencia no volvería hasta que el azar o la vida lo llevaran a tener otra amante. Ahora no era ese el problema, ahora el problema no era él, no era su presente, no era la pe de su presente o su potencia, sino la pe del pasado de ella. ¿Sería capaz de soportar su pasado? Ella había apenas empezado a hablar y ya a él lo rondaba el fantasma de la mujer infiel. La que lo ha

hecho tanto, lo volverá a hacer; este era el camino de su imperfecto silogismo.

En realidad Susana era una mujer distinta, pero no tanto por lo que hacía, sino por lo que era capaz de contar. Había, además, ese pecado original: ella buscándolo con los pies en un restaurante de Cartagena, ella invitándolo al cuarto del hotel. Temía recibir, algún día, la misma medicina.

Se le ocurrió que las mujeres, pese a lo que se piensa, hacen muchísimo más o, mejor dicho, con muchísimas más personas el amor que los hombres. Porque muchos hombres viven proponiendo, y ellas muchas veces aceptan. Por curiosidad, por salir de eso, por no hacer un desaire, por ver si la cosa se compone en la cama. Él no era un hombre de los que viven proponiendo y las mujeres se lo habían propuesto o insinuado poquísimas veces; así que se sentía un novato, un falta de experiencia frente a ella. Pero las mujeres, permanentemente, tenían que decidir si sí o no, ante tantas propuestas. Y, tantas veces, ¿por qué decir que no? Se imaginó mujer y supo que en su caso él sería lo que la mayoría de los hombres llaman una puta. Sí, se acostaría a diestro y siniestro, para qué negarlo, de ser mujer.

Lo difícil, el trabajo que tenía que hacer en su cabeza, era no desterrar a Susana, no decapitarla, no despreciarla por haber sido tan plenamente mujer, tan plenamente humana. Y además, y más grave, tan franca. Casi nadie era franco. La hipocresía, recordó, es el homenaje que el vicio le rinde a la virtud. Ella no era hipócrita, no se creía viciosa ni virtuosa, no tenía que rendir homenajes ni al vicio ni a la virtud. Era como era, por lo menos con él y quería hacerle el regalo de contarle todas sus historias. Con otros hombres, se lo había confesado, había sido hipócrita como cualquier otra. A su primer marido le fingió que era virgen. A su segundo no pudo, pero le dijo con lágrimas que fuera del primer marido y de otro amigo casual, ninguna otra vez había conocido varón. Eso es lo que les dicen casi todas las mujeres a los hombres, cuando sospechan que estos se fijan en el asunto: que solamente lo han hecho con un hombre, con nadie más. No confiesan todos sus amantes, confiesan uno o dos: es el homenaje que el placer le rinde a la virginidad. Susana, en cambio, al menos con Rodrigo, era franca, abierta, le hablaba de todo, como a una amiga íntima. Ya le había anunciado que le contaría todo su pasado amoroso, todo, y había empezado a hacer la lista, inventándole nombres: te hablaré de *Homero*, el ciego, de *Pocaluz*, el troglodita, de *Juan Lenteja*, el eterno, de *Alicán*, el perro, el más perro de todos los perros que he conocido, de *don Bertulfo*, el ganadero, del poeta filósofo, de *Cagliostro*, el esotérico, del nadador, del mafioso, del político...

Era curioso, pero hasta ese día era el silencio de las mujeres lo que siempre lo había impresionado. Rodrigo siempre había sido dominado por el silencio. Una presencia silenciosa, a su lado, se convertía para él en obsesión. Se sentía obligado a llenar ese silencio con su propio pensamiento. Su imaginación se alborotaba hasta llenar con fantasías esa ausencia de palabras. Alguien que calla —para él— no era

alguien que hubiera dejado de pensar; era más bien alguien que oculta lo que piensa.

Pero ¿qué piensa esa persona que calla, si es que piensa?

Cuando conoció a la mujer con la que había estado casado largos años, lo había impresionado sobre todo su silencio. Más que la belleza, más que cualquier detalle del cuerpo: su silencio. Salvo por frases informativas y tenues monosílabos, podía decirse que su primera mujer era muda. Y poco a poco él había ido quedándose anclado a ese silencio. Tal vez se había casado con ella con el único fin de llegar a descifrar esa mudez perpetua. Ahora tenía a Susana, un torrente de palabras, y se estaba anclando a ese torrente de palabras.

Esto era más normal. Es posible que la mayoría de las personas se dejen envolver y seducir por las palabras, es posible que padezcan el hechizo de la elocuencia. Pero a él las palabras, hasta conocer a Susana, más que concentrarlo, lo distraían, no lo cautivaban. El silencio, en cambio, hacía entrar en efervescencia todas sus obsesiones. Su cabeza era propensa a desbordarse en fantasías cuando no lograba aferrar el camino de la psicología, de los sentimientos, los pensamientos de las personas que lo rodeaban. Por eso su sueño era contar con un poder de intromisión telepática que le permitiera invadir la soledad del otro. Ahora se ha dado cuenta de que la capacidad de sumergirse allí lo llena de terror, pues precisamente ahora que le ha tocado oír lo que dice Susana, oír sus pensamientos, meterse en su cabeza, conocerlo todo, está horrorizado.

Rodrigo tomó la Biblia y buscó ayuda, al azar, en el libro sagrado de su padre. Lo que leyó al primer intento, en el *Libro del Eclesiastés*, lo preocupó («No pongas los ojos en la mujer que quiere a muchos, no sea que caigas en sus lazos»), pero lo que leyó al segundo lo aterrorizó: «No te dejes llevar de las lisonjas de la mujer malvada; porque los labios de la ramera son como un panal que destila miel, y son más suaves que el aceite sus palabras. Pero sus deijos son amargos como ajenos y penetrantes como espada de dos filos. Sus pies se encaminan hacia la muerte, y sus pasos van a parar al infierno; andan descarriados; incierta e incomprensible es su conducta. Ahora, pues, hijo mío, escúchame y no te apartes de los documentos que te doy. Huye lejos de ella; jamás te acerques a las puertas de su casa, a fin de que no entregues tu honra a gente extraña, ni tus floridos años a una cruel. Ahora, pues, hijo mío, escúchame, y atiende bien lo que te digo: no dejes arrastrar tu corazón de sus atractivos, no sigas seducido sus caminos. Porque son muchos los que ella ha herido y derribado; y han muerto a sus manos los varones más fuertes. Su casa es el camino del infierno, camino que remata en la muerte más funesta».

Rodrigo, aunque no era el más libre de los mortales, tampoco era chapado a la antigua. No era rígido o por lo menos no lo era con los demás. Había sostenido siempre que no existían pecados del cuerpo, aunque (o quizás porque) había crecido en un mundo fúnebre, retorcido, de sordidez católica, para el cual el pecado más

grave es el de la carne. Pero él se sentía ajeno a esa tradición; para él este no era ni siquiera un pecado. Poder gozar con el cuerpo era un derecho —inocente e inocuo— de todos; y gozar, además, todo lo que pudieran. Pero ahora se le presentaba a él mismo, en su casa, en su vientre, la mujer que había vivido según las normas que él predicaba. Y lo ponía en crisis. No se atrevía siquiera a pensarlo bien, porque otra vez la palabra, la fatídica palabra que empieza por pe, ahora aplicada a ella, afloraba a sus labios. Puta, puta. Y más aún: pura puta, puta pura.

Pensó en la falsa pero hermosa etimología que había leído hacía poco en una revista: «el verbo latino *puto*, *putas*, *putare*, *putavi*, *putatum*, procede de un vocablo griego, *budza*, que significaba sabiduría hacia el siglo VI antes de Cristo». Puta, lo más peyorativo, venía de lo más alto: ¡pensar, creer, tener destreza y sabiduría! A las mujeres sabias se las despreciaba en la Antigüedad y por eso *budza* llegó a ser despreciativo. Sí, Susana era puta en ese único sentido, era puta porque era sabia, porque sabía, era sabia porque sabía, y no sólo de sexo, era sabia porque era libre. ¿Su amada empezaba, pues, por pe? Se puso rojo de vergüenza; en la penumbra y sin espejos supo que se ponía rojo de vergüenza. Susana empezaba por ese, por ese de sabia, de sana, de sabrosa, no por pe de puta, no, jamás por pe. Él era como un árabe, un árabe machista, un moro peor que Otelo, un árabe de esos que castiga el adulterio (el de las mujeres, claro) a las pedradas, de esos que no se limitan a tirar la primera piedra sino la segunda, la tercera y otra y otra, o incluso peor, de esos que castigan a las adúlteras emparedándolas vivas, o como su modelo secreto el sultán de Sherezada, decapitándolas a todas porque una le fue infiel. Resolvió obligarse a dormir; sería un árabe, sí, pero un árabe capaz de dormirse, de dominar al déspota despierto que habitaba en él y que durante el sueño se quedaba dormido. Invocó el nombre de Príapo, agradecido, antes de empezar a contar ovejas, como en los cómics. Pero como oveja no empieza por pe, las contó en italiano e iba diciendo una pecora, due pecore, tre pecore, quattro pecore, cinque pecore y perdió la cuenta y el sentido en la pecora número noventa y nueve.

Mientras Rodrigo, al despertarse, volvía a desenredar en su cabeza la madeja de las pes, Susana vivía su última pesadilla de la noche. Era perseguida por un perro de lengua roja que le tiraba manotadas de arena a los ojos. Los ojos le ardían muchísimo y Susana no entendía por qué el perro, en vez de morderla, le hacía eso. Al fin se despertó y cuando consiguió sacarse de la cabeza los últimos restos del perro y de la noche, volvió a pensar en Rodrigo, un hombre que finalmente le interesaba, la intrigaba, la enamoraba. Un hombre a quien iba a ser capaz de contarle toda su vida, porque en él podía confiar, estaba segura de que en él podía confiar. Él era de esos tipos inteligentes, modernos, nuevos, sin prejuicios, uno de esos pocos hombres a los que todo se les puede contar sin que se escandalicen ni desprecien a una mujer porque ha vivido plenamente su vida. ¿Qué le contaría?

Hizo mentalmente una lista de sus amantes como quien reza un rosario de desengaños. No, sin duda a veces había disfrutado la vida con muchos de ellos. Pero los que más le habían gustado, infaliblemente, se habían ido, los había perdido en alguna curva de su vida. Muchas veces, por no estar sola, se había resignado a la compañía de hombres que la hacían avergonzarse de sí misma. Hacía el amor con ellos como de lejos, en los días en que sentía que ya el deseo era una fuerza impostergable, pero no se entregaba del todo. Se desnudaba con ganas de hacer el amor pero sin ganas de que la vieran desnuda, con rabia de que pudieran verla así, incluso con rabia de que esos tipos pudieran decir por ahí que habían hecho el amor con ella. Se dejaba montar por delante, pero evadía cualquier intento de caricia muy íntima o de beso profundo. Le daban un tris de asco incluso mientras sentía que el orgasmo se acercaba. Al fin. Luego sólo esperaba que ellos acabaran pronto para poder ir a lavarse, para poder inventarse algún trabajo o compromiso que la liberara de la obligación de su compañía.

Ahora quería estar sólo con Rodrigo, uno de esos hombres, en el fondo escasos, que no le daban asco. Le había encantado desde el mismo momento en que lo había visto —hacía algunos meses— en su polvorienta oficina del centro, rodeado de instrumentos viejos y de papeles y partituras en desorden. Era una oficina sucia, con olor a viejo, a humedad, a guardado, pero Rodrigo contrastaba con ella, él olía a limpio, parecía limpio, era ordenado en su manera de vestir. Cuando se dieron un beso en la mejilla, Susana percibió en su cara un olor que de inmediato la sedujo. No sabía a qué era, en ese momento, pero meses después lo descubriría: era un olor que tenía reminiscencias de albahaca, su hierba preferida. Sí, él en su oficina le había parecido como una mata fresca en la mitad de un camino polvoriento y en ese mismo instante había resuelto seducirlo, ganárselo y abandonar al profesor, al mismo profesor, su marido, que se lo había presentado. Iba por buen camino, tenía buen olfato y en él podía confiar. Al fin un hombre que no se escandalizaría con sus historias, al fin un amigo amante, lo que se dice un amor completo. Al fin.

Con *Homero*, el ciego, o la desventura del virgo

Rodrigo estaba acostado en un sofá de la sala de Susana y ella le hacía un lento masaje por la espalda y el cuello. Rodrigo se había desnudado en el baño. Se había desnudado por completo. Se había quitado todo: cinturón y pantalones, medias y calzoncillos, camisa y camiseta; se había quitado hasta el reloj, hasta los lentes de contacto. Como no tenía el líquido especial para guardar los lentes, llenó un vaso de agua y los echó ahí, para que no se le secaran. Las lentillas flotaron en el agua, casi invisibles, como dos películas de hielo, diminutas. Susana lo masajeaba con intensidad y le pasó algo (en aquellas circunstancias) grave: le dio sed. Vio el vaso de agua puesto ahí, y parecía tan fresca el agua que no lo pensó dos veces, se la tomó de un trago. Con los lentes adentro. Ni cuenta se dio; se los tragó enteros, sin sentirlos, o sintiéndolos como leves escarchas de frío. Rodrigo no tuvo tiempo de advertirle. Rápida como era ella, impulsiva como era, cuando él atinó a pensar ya ella había terminado. Entonces se lo dijo, a los gritos: «¿Qué estás haciendo? ¡Te tomaste mis lentes de contacto!», Susana corrió al baño a intentar vomitar, pero no, ya era muy tarde, no pudo vomitar. Dijo entonces Rodrigo, que a veces se tomaba muy en serio —ridículamente en serio— los accidentes:

—¡Todo sucede por algo! Ahora voy a caminar a ciegas ante ti. Esto quiere decir que tú no quieres que yo te comprenda, que tú ni siquiera quieres que te vea, Susana, que quieres dejarme a oscuras sobre ti.

Entonces Susana, como siempre, le puso fin a las bobadas simbólicas de Rodrigo con un regaño:

—¡No seas pendejo, Rodrigo! Mañana te compras otros lentes y listo. La única consecuencia de esto es que a lo mejor a mí se me dañe la digestión. Los accidentes son accidentes y nada más, no quieren decir nada, no les busques significados recónditos. Si mucho, recuerdan cosas, las traen a cuento. Tu falta de lentes, tu mirada borrosa, tus ojos perdidos me recuerdan que te debo una historia que te había prometido, en la que la ceguera tiene buena parte, y ahí sí importa de verdad la vista. Óyela.

Para mí fue muy bonito que las primeras veces que estuvimos juntos en la cama, Rodrigo, estuviéramos juntos de día, por la tarde, y que tú me miraras con tanta intensidad. A mí antes me daba miedo, por encima de todo, la luz. Yo era muy joven cuando empecé a sentir un apetito tremendo aquí abajo. Un gran apetito y un tremendo pudor. Con mis amigos llegaba a excitarme hasta lo insoportable, y con

sólo mirarlos, con que apenas me rozaran una mano. Ah, aquí vamos otra vez, pensaba Rodrigo. Se excita con nada, con la menor insinuación. Llegará el día en que me toque verla abrazada con otro, y yo como un idiota. *Pero a pesar de mis ganas infinitas tenía un temor horrible de que me vieran desnuda. Por eso, vestida, y con el puro roce de los cuerpos, era capaz de llegar al orgasmo, pero si me empezaba a desvestir, de repente me enfriaba, me convertía en espectadora del otro y de mí misma. ¿Y qué pensará cuando se vuelve espectadora mía? Esta maldita costumbre de revisarme el cuerpo, de sentirme inseguro cuando me miran, y haber dado con ella, con una mirona.*

Al separarme de mi ropa era como si me separara de mi cuerpo, era como estar parada allá, en la puerta, y como si mirara a dos que se desnudan. Sí, es raro cómo a veces uno tiene la sensación de que se sale del cuerpo y la conciencia es capaz de mirar desde afuera el cuerpo en el que sin embargo vive, el cuerpo de donde nace la conciencia y que la encierra. De ahí debe venir la creencia en el alma. Entonces me volvía a vestir a toda velocidad, no me dejaba ni tocar cuando empezaban a verme, decía que no y que no. Yo ya no quería seguir siendo virgen y sin embargo desnudarme me quitaba las fuerzas de acostarme. Al quitarme la ropa, toda la excitación, que había sido tremenda, se esfumaba. Parece mentira, con lo fácil que ahora se desviste, pero parece verdad por el tono en que lo dice. Uno cambia con el tiempo. Cuando yo era adolescente sentía un pudor horrible por la desnudez; casi que ni era capaz de hacer pipí en un baño público si había más tipos ahí. Ya no. Uno va perdiendo el pudor de que lo vean y el miedo de ver mucho. A mí, mirar de muy cerca el orificio secreto de una mujer, cuando era muy joven, me paralizaba; ahora me encanta, puedo quedarme mirándolo horas sin cansarme. Son impresionantes esos pétalos humedecidos, esos colores oscuros y rojizos de la carne, esas texturas a veces muy lisas y a veces muy rugosas, esas viscosidades de molusco, esos pliegues marítimos con el vello que tapa y que destapa.

El azar, o los dados cargados del destino, me concedieron la perfecta estratagema para salir de esta neurosis. Conocí a Homero (inventó este nombre para complacerte, mi Rodrigo), un tipo que de griego tenía muy poco, pero todo de ciego. Nada griego, dice, ella que siempre me habla de los griegos, de las estatuas griegas, de la belleza de los griegos, del vientre de los griegos, del pipí de los griegos, de las perfecciones de los griegos... Malditos sean todos sus griegos. Al fin, era como estar desnuda sin estarlo. Al fin, era como quitarme la ropa sin desvestirme, sin mostrarme. Al fin, era como hacer el amor no a la vista sino al tacto. Así que resolví que no podía haber nada mejor que acostarme con el ciego. ¿Qué pasa cuando un hombre y una mujer deciden que van a hacer el amor? Por lo general ni siquiera se lo dicen, sino que lo saben, secretamente lo saben. Susana y el ciego lo sabían; Susana y él también lo sabían, la primera vez, en el hotel. Ella había ido regando

aceptaciones e indicios, y él, en lo mejor del cuento, se había aterrorizado. El sexo es uno de los momentos más felices en la experiencia de estar vivos. Es como un paréntesis, como una oleada de alegría en el océano repetitivo y monótono de la existencia. Pero la primera vez, para muchos hombres y para muchas mujeres, se carga de una tensión que puede incluso destruir la emoción y la alegría. Las personas civilizadas han perdido buena parte de su espontaneidad animal y natural. Llegan a todo encuentro cargados de temores y prejuicios. El miedo: como un examen. El miedo a la desnudez, a mostrar el cuerpo. El temor de la mujer de no ser suficientemente bonita, atractiva, y del hombre de no ser suficientemente macho, potente, satisfactorio. No son capaces de irse tras el cuerpo, que los guiaría con seguridad y mano firme. Interponen sus cabezas, miles de ideas, suposiciones, angustias. Pero aquí, por lo menos, con el ciego, Susana había logrado que no se interpusiera la vista, ese camino trillado del pensamiento.

Y era un sabio, Homero, con el tacto y las palabras, era un maestro de los dedos y las manos. Sí, también yo tendré que volverme un sabio con el tacto, ser como el ciego, no, mucho mejor que el ciego.

Fue con un ciego, pues, Rodrigo, con quien lo hice la primera vez. Y me gustó, no me dolió. Pero no me pareció mucho mejor que tocarme sola, no, al principio no noté gran diferencia entre mis ejercicios solitarios de amor propio y mi oscuridad compartida con Homero. El caso es que así, por lo menos, me curé del temor a que me vieran, y me curé también de la virginidad, del oneroso y poco honroso fardo de la virginidad. Podía empezar a ser la que sería. Es increíble la facilidad con que habla de todo esto. Ninguna mujer, antes, me había hablado con tanta tranquilidad ni de su primera vez ni de su vicio de masturbarse. Susana me asusta, me da la sensación de que su erotismo es tan grande que yo nunca podré con tanto. Que por mucho que haga, a ella siempre le hará falta más y por lo tanto recibirá a otros hombres extras. Palpito de miedo, como si nunca fuera a darle la medida. Que no se me note, debo permanecer impasible.

La virginidad, Rodrigo. Desde pequeña me habían dicho que era algo que yo debía ofrecer en sacrificio algún día, pero solamente en el altar del matrimonio. Para mí el sacrificio era no sacrificarla, el suplicio era seguir pendiente de eso, temerosa de eso, incierta y angustiada por eso. Yo tampoco, nunca, quise ser virgen, quería acostarme cuanto antes con una mujer; ¿entonces por qué la juzgo a ella? ¿Por qué yo soy macho si lo hago y en cambio si Susana lo hace se me ocurre que es puta? Estoy maleducado por una horrible tradición y no puedo evitarlo, o sólo puedo evitarlo haciendo un gran esfuerzo. Lo peor es que —automáticamente, desde el fondo muy hondo de mi educación— se me ocurren pensamientos con los que no estoy de acuerdo. No estoy de acuerdo con lo que pienso, no estoy de acuerdo conmigo mismo. Además lo que a mí me preocupaba perder era la intimidad con mi

cuerpo; que alguien me viera desnuda me parecía grave, no que alguien me atravesara con su lanza o me cortara con su daga una inútil membrana. Yo quería que me la enterraran, pero a oscuras, completamente a oscuras, sin ver nada, y el ciego —por fuerza— así lo hizo. Para perder la virginidad de la mirada, para perder el temor de ser vista, tuvo que pasar mucho más tiempo.

Rodrigo notó que Susana terminaba la historia de *Homero* y buscó, maquinalmente, los lentes de contacto. Miró el vaso vacío, en el que ya no había ni una gota de agua. Lo revisó con una última esperanza. No podía enfocar a Susana, aunque estaba a su lado, y le dijo con fingida solemnidad:

—Bien conoces, amada concubina, lo grave que es mi miopía. Si me acerco desprovisto de lentes a estos pelos, no sé si son pelos de tu pelo o de tu pubis o de tus axilas. Voy a ser, otra vez y por un rato, tu ciego.

—Me afeito las axilas, Rodrigo, y no digas mentiras que hasta un ciego reconoce el pelo de las partes.

—Sea lo que sea, me gusta al tacto, al olfato y al gusto —siguió Rodrigo—. Y todo, es verdad, lo reconozco por el olor, porque cada segmento de tus pelos tiene su propio olor y ni sé cuál de los tres me atrae más, si este por suave, este por gastronómico, este otro por fuerte. ¿Sabes? He descubierto que en este sitio está el verdadero olor de la guayaba. Entonces no hay nostalgia porque esta guayaba se la puede uno llevar, o encontrar, en cualquier parte. Los olores son para mí lo que para ti, al principio, era la oscuridad. O tal vez no. Al principio a mí me afectaban los olores como a ti la luz; si una mujer olía a algo, yo me escandalizaba, me espantaba. Era como los niños, que no soportan el olor del vino, del queso, de la cerveza: es necesario madurar los sentidos. Ahora casi que necesito que una mujer huela a algo y me decepciona, me entristece que no huela a nada. Espero que me entiendas, Susana, así como ahora a ti la luz te excita, y antes te excitaba la ausencia de luz, a mí ahora me excita el olor y antes sólo me excitaban los cuerpos sin olor. Tal vez uno sólo se va volviendo completo con el tiempo.

Oliéndose y mirándose, una vez más hicieron el amor con los ojos cerrados, enceguecidos de gusto. Ella emanaba de su cuerpo perfumes de oriente y de occidente, de norte y sur, de frutos tropicales y flores boreales, y Rodrigo tapaba y destapaba sus partes con la sábana blanca, como si fuera un turbante. Se sumergieron el uno en el otro y Susana gritó varias veces hasta que los vecinos protestaron y Rodrigo no gritó más que dos veces, aunque no por temor a los vecinos sino porque esta es la desgracia de la mayoría de los hombres que pasan de los cuarenta.

Insomnio sobre el recuerdo

Ya muy tarde, al volver a su casa, tanteando a oscuras el interruptor, balanceándose de sueño hasta el estudio, Rodrigo sacó el cuaderno donde había empezado a llevar el recuento de los amantes de Susana. El suyo no sería un catálogo de meros nombres y números como el que canta Leporello en *Don Giovanni*. Iba a ser, en cambio, un resumen meticuloso de todo lo que ella le contara sobre su pasado. Los relatos, a Susana, le salían de la memoria a su capricho, sin ningún orden específico. Rodrigo pensó, con miedo, en su sitio en ese orden (por ahora el último) y en el día que Susana resolviera, otra vez, acostarse con otro y él pasara a ser el penúltimo, pasara a ser un cuento, un relato, una historia del pasado. *Yo tenía un novio que afinaba pianos...* empezaría ella, como con cualquier otro. Le dio susto de ella y de sí mismo, se le quitó el sueño. Una vez más se preguntó si no sería mejor, al día siguiente, decapitar la relación. Luego se elevó meditando en los recuerdos de su amada. Era tanta la intensidad con que escuchaba las historias de cama de Susana, que el recuerdo ajeno le parecía propio.

Empezó a escribir y mientras escribía descubrió, pensándolo mejor, que las reminiscencias de Susana no eran del todo caprichosas, sino que obedecían a las curiosidades de posición, movimiento, palabras, ritmos, tiempos, fuerzas que ellos mismos imprimían a sus cuerpos durante el amor. Eran una especie de memoria recobrada. Rodrigo intentaba adivinar un orden secreto y pensó que tal vez en las reminiscencias de su amada las magdalenas ensopadas en agua de tilo podían ser sus besos, sus caricias o su propio miembro. Muchas veces, cuando Rodrigo tomaba la iniciativa, la palanca del recuerdo la movía alguno de sus actos o movimientos, un acierto o una torpeza, una caricia o un mordisco. Si por casualidad, un día, él resolvía morderle el lóbulo de la oreja, o besarle los ojos o chuparle el cogote, entonces ella, al terminar, podría apoyarse en ese mordisco, beso o chupetazo para revivir y relatarle una experiencia pasada. Era una especie de «eso me recuerda la vez que», y entonces empezaba. Para poder saberlo todo, pensó Rodrigo, tendré que ser un gran amante, el mejor amante. Mientras más cosas sea capaz de hacerle sentir a su cuerpo, más hombres conseguiré arrancarle del recuerdo, más avivaré la llama de sus pasadas llamas, y más completos y nítidos serán los eslabones de esta larga cadena. Tendré que ser capaz de ser todos los hombres que ha tenido, si quiero conocer toda su historia, si quiero conocerla totalmente. Y tendré que ser también todos los hombres que podría tener en el futuro, para que no me cambie. Aunque

esto es más difícil.

Se dio cuenta de que su cabeza se ocupaba tan solo de los hombres de Susana. Pero había habido también, sin duda, mujeres de Rodrigo. Empezó a contar con los dedos de la mano y fue haciendo un rápido recuento en la cabeza de las mujeres que habían sido suyas. La expresión era absurda; ninguna mujer había sido suya; todas eran de sí mismas. De las mujeres que se le habían entregado. La expresión era peor. El lenguaje de la cópula era ridículo, pertenecía a la época de los caballeros andantes. ¿Las mujeres (más románticamente) con las que había hecho el amor? Pero tal vez estas no eran las más importantes. Sí, lo pensó un momento y de inmediato se dio cuenta de que era así. Tenía un recuerdo mucho más vivo, mucho más importante, de algunas mujeres con las que nunca había habido nada corporal, ni besos hondos ni acostadas. Algunas con las que sí se había acostado, habían sido sólo episodios efímeros, bruscos reclamos de una biología demasiado exigente, pura obediencia a los imperativos de la carne. Trató de hacer la lista y las viejas imágenes se le esfumaron. No, no tenía interés en recapitular, le había dejado esa tarea, definitivamente, a su Susana.

No le interesaba en absoluto su propio pasado, que además cabía en los dedos de la mano, si mucho, de las manos. El de Susana, en cambio, era bastante más extenso, mucho más interesante e incluso ya podía empezar a darle un orden cronológico al elenco de sus experiencias. Rodrigo volvió algunas hojas hacia atrás y puso un gran uno en su cuaderno. Debajo había escrito: «Aventura de *Homero*, el ciego», y seguían dos páginas con las claves esenciales que serían útiles si algún día decidía emprender la redacción completa de esa historia. También anotó la coincidencia que había llamado el recuerdo. Tal vez si Susana no se hubiera tragado sus lentes de contacto, si no los estuviera ahora digiriendo, tampoco la historia del ciego habría salido del tonel del pasado. Aunque los verdaderos motivos del recuerdo, como siempre, eran múltiples: la luz de las primeras veces, la oscuridad, los lentes, todo junto había llevado hasta la historia de *Homero*.

El motivo definitivo, sin embargo, había sido que todas sus dioptrías se habían conjurado para volverlo un cegatón ante los ojos abiertos y alertas de Susana. Esta vez no había sido propiamente una proeza de amante lo que había despertado su recuerdo, sino una torpeza de precipitada y una miopía casi de ciego. Y esa misma madrugada, por el mismo motivo banal de su ceguera momentánea, sin que mediara acto erótico alguno de su parte, ya Susana le había anunciado para la próxima ocasión otra historia opuesta a la primera, ya no de ciegos sino de mucha vista.

—¿Sabes? —había dicho Susana—, alguna vez tuve un gusto completamente opuesto al que me daba *Homero*. Fue el gusto porque me vieran. Y no como tú, sin lentes, sino con los lentes puestos, con muchos, muchos lentes.

Y se murió de risa, Susana, como si la palabra lentes tuviera mucha gracia.

Rodrigo, bocarriba en su cama, recordó la cara de Susana, su sonrisa. Y hubo discusión entre los ojos y la memoria de Rodrigo, porque los ojos (con lentes) decían que era mejor ver a Susana que recordarla, y la memoria dijo que por el recuerdo sube el agua a los ojos y el corazón se inflama de amor. Eso no lo pensaba Rodrigo, sino que lo decía su memoria, que a veces se enredaba en poemas ajenos. El verdadero problema para él era definir si Susana amaba más sus recuerdos de amantes del pasado o si lo amaba más a él, que un recuerdo no era. Fue en este punto de sus meditaciones cuando a Rodrigo, doblado de sueño y sin acabar de tomar partido en la disputa entre ojos y memoria, se le cerraron los ojos sin anteojos. Durmió bien, sin insomnio y con sueños de visiones placenteras. Los miopes, al soñar, igual que al recordar, no necesitan lentes para ver.

Amanecer

Cuando dos se quieren, creen que están solos sobre la costra del mundo. Rodrigo tendía a olvidar que Susana tenía padres, hermanos, tíos, parientes. Tampoco le gustaba pensarla en Medellín, en esta ciudad sitiada por la peste, amenazada por el terrorismo, asediada por mafiosos y sicarios, enfurecida por guerrilleros, saqueada por políticos, hecha aún más violenta por un ejército y una policía a veces cómplices, a veces impotentes y casi siempre desquiciados. El espacio que Rodrigo aceptaba para Susana no era el de la ciudad; era, si mucho, el de su casa. Pero era, sobre todo, su cama. Quería verla sola, quería pensarla sola y todas las demás presencias le estorbaban. Sólo admitía los recuerdos de otros, no la presencia de nadie. Ni siquiera le gustaba verla entre sus amigos y amigas, entre conversaciones que él no entendería, entre reuniones de compañeros del colegio o aniversarios familiares. Poco le preguntaba por sus cuestiones de trabajo, sus clases de natación, sus alumnos, sus jefes o sus súbditos.

Los enamorados son exclusivos y nunca se aburren cuando están juntos porque, como dice un malpensado, se la pasan hablando de sí mismos. Ellos son el asunto y ponen al resto del mundo entre paréntesis. Susana también tendía a ignorar el mundo del trabajo y de la esfera familiar de Rodrigo, que también tenía, como todos, padres, hermanos, tíos, parientes. No le interesaba dónde vivía Rodrigo. Medellín era para ella, como para él, un espacio apestado pero irremediable; el sitio donde habían nacido, donde estaban acostumbrados a no sentir el clima, que era tal vez lo único perfecto de la ciudad; donde conocían los sitios fundamentales y los matices del acento, donde olían y huían del peligro, donde no se perdían y encontraban los caminos de ida y de regreso. No, no era un lugar que se pudiera abandonar fácilmente. Por ahora lo mejor era ignorarlo, poner lo peor de la ciudad en otra parte, como si no tuviera nada que ver con ellos.

Salvo por la irrupción de los recuerdos de Susana, que eran la única intromisión extraña en sus asuntos privados, ellos eran dos, eran sólo dos, una pareja abrazada y sola sobre la costra del mundo.

Sobre la costra de Medellín también. Sobre la costra de las heridas de Medellín, porque esa madrugada los dos se despertaron en el mismo instante. Aunque no estaban durmiendo juntos, aunque vivieran a kilómetros de distancia, se despertaron exactamente a la misma hora, en el mismo segundo, en el mismo momento. No, no tenían los despertadores sincronizados. Tampoco un pacto previo. Y tampoco tuvo

que ver esta rara coincidencia con nada oscuro o esotérico, con las energías sutiles de que hablan los ilusos que creen en la magia. Lo que pasó fue que hubo un gran estruendo, un ruido tenebroso, apocalíptico: una inmensa explosión. Algo grave había pasado en la ciudad; probablemente los mafiosos habían volado un puente, o la guerrilla un banco, o los paramilitares la sede de un sindicato. Los vidrios de sus casas se estremecieron, algunos se reventaron, en añicos. Rodrigo llamó de inmediato a Susana por teléfono:

—¿Estás bien?

—Sí, aunque con susto. Sonó durísimo.

—¿No pasó nada en tu casa?

—Parece que abajo se rompieron algunas ventanas, pero nada muy grave.

—Menos mal. ¿Qué habrá sido?

—Una bomba, claro.

—¿Pero dónde?

—No sé, tal vez en el centro, en una farmacia, en un periódico, en un cuartel, donde sea. Lo de siempre, tú sabes. Estoy temblando, tengo el corazón a mil. ¿Allá pasó algo?

—No. Sólo el susto. Ahora estoy oyendo sirenas de ambulancias.

—Ven temprano esta tarde. Y ten cuidado.

—¿Cómo se puede tener cuidado? Puede pasar en cualquier parte, en cualquier momento.

—Hay que salir lo menos posible, eso es todo. Y si estás aquí, conmigo, hablando, a mí me parece que no nos puede pasar nada.

—Sí, si hablamos mucho no nos puede pasar nada. Llego antes de las siete. Cuídate.

—Cuídate tú también.

Aventura del fotógrafo

Cada día trae su propio afán. Al siguiente Rodrigo estuvo de compras por las ópticas, midiéndose lentes nuevos de distintos materiales. Pero mientras le fabricaban los escogidos tuvo que ponerse sus viejas gafas con montura de tortuga. Llegó de anteojos viejos a la casa de Susana, que dijo *Me gustas más sin gafas, así te ves más viejo, pero en fin*. Comieron un pescado al vapor con hierbas aromáticas, salsa de ostras y raíz de jengibre. Se fueron luego a la cama, dizque a hacer la digestión, pero al instante se trenzaron en una lucha lingüística de besos apretados y en otra manual para quitarse la ropa. Susana desnuda era una iluminación. Tenía ese color de las muchachas mestizas del trópico, que es la perfección porque no es la leche de las nórdicas ni el chocolate de las africanas ni el amarillo pálido de las asiáticas, sino la canela perfecta que a todos los reúne, contiene y magnifica. Un color total, un color no racista, el mismo color que llegará a tener la humanidad cuando al fin acabe de mezclarse toda, que es lo que debe hacer. Aunque no, tal vez no, lo bonito del mundo es que es variado, de todos los colores y con personas tan distintas que tienen gusto para todos ellos, para el canela, el negro, el blanco, el rojo, el amarillo.

Susana, entre las piernas, tenía una humedad que sólo existe ahí. Y Rodrigo entre las suyas una dureza recta y simétrica que inspiraba confianza. *Todo lo tuyo es pura rectitud, Rodrigo*, le decía Susana entre sonrisas, y después, muy antioqueña en el fondo, repetía *Avemaría, avemaría qué cosa*, mientras la rectitud se iba abriendo camino poco a poco entre los pliegues blandos, húmedos y las salinas y afrutadas oquedades. Sudaban y jadeaban. Rodrigo sabía darle tiempo. Contenerse, esperar, esperarla, lo excitaba aún más. Le lamía el cuello, le chupaba las tetas de tamaño perfecto, le olía las axilas, le acariciaba los muslos, le hundía los dedos entre la raya de las nalgas, le tapaba los ojos con la boca, se hundía hasta el fondo y volvía a la superficie, le mordía la nuca, le pintaba de babas la cumbamba con la lengua, le daba falsos azotes sobre la piel de los muslos. En un momento, siempre, todas las veces (ella nunca fallaba) veía que ella dirigía los ojos hacia el infinito, hacia la nada, veía que ya era incapaz de seguir en contacto con las cosas del mundo, que ya se iba, se iba (pues era absurdo decir que se venía cuando estaba más ida del mundo que nunca) y empezaba a gemir, a gritar, casi a eructar palabras, y a tener una brusca y más fuerte erupción de goma hirviendo entre sus piernas. Gritaba como una loca, con la piel erizada, se estremecía como en un ataque epiléptico, incapaz de soportar

en silencio y en quietud tanta delicia, fuera de sí, hundida en ese mundo por fuera del mundo al que tan sólo podemos visitar unos segundos. Esos gritos a él también lo alejaban de la realidad, le obnubilaban finalmente su cabeza demasiado pensante, le enloquecían el tino, le tapaban las entendederas, le daban una fuerza invisible en los riñones, lo devolvían a su pasado de simio, le anunciaban una alegría animal que era como corrientes de sangre electrizada por todas las células de su cuerpo, lo arrancaban de esta realidad, lo sumergían por unos pocos segundos en la otra. Terminaba también él bufando como un animal herido, anclaba su cuerpo entero en el mar de la dicha, y quedaban ambos agotados en una alegría simétrica, en el más feliz cansancio.

Al rato Rodrigo, que quería volver a verla entera y bien, sin las nubes borrosas de la miopía, volvió a ponerse los anteojos de montura de tortuga y ella se acordó de la historia de los lentes. Mientras Rodrigo la miraba con mucha más atención que a una obra de arte, sus oídos empezaron a oír la tortura de otra historia, la tortura y el gusto de otra historia.

Al fotógrafo lo tuve hasta que me tomó una foto por dentro. No fue hace muchos años y todo empezó, claro, con unas fotos. Yo había visto que el tiempo pasaba, que en mi cuerpo se iban quedando a vivir las huellas de su paso. Y entonces quise detener, al menos en una película y en un papel, ese instante en el que yo también fui joven, deseable, atractiva. El fotógrafo me miraba mucho, me hablaba más de la cuenta, me decía que ya sabía cómo retratarme. Era un buen fotógrafo. Simpático. Soltaba frases que a veces me hacían reír, tomaba fotos de mujeres sin blusa y sin tapujos, con unos ángulos rarísimos, con unos ojos nuevos. Vivía llamándome por teléfono, correteándome por la calle, yendo a verme a la piscina, y todo el tiempo me insistía en que quería retratarme, como fuera, y que ojalá fuera de cuerpo entero, en cueros, y me decía que lo llamara a cualquier hora, del día o de la noche, cuando me decidiera, a cualquier sitio (me dejó el teléfono del estudio, de la casa, de la finca, de la casa de la mamá, de la suegra), que él saltaría a tomarme las fotos en el mismo instante en que yo estuviera al fin dispuesta. Acababa de empezar la historia y ya Rodrigo sentía un nudo de celos y de rabia. Se le manifestaban como una incomodidad en todo el cuerpo, pero sobre todo con una contracción en el estómago. No era dolor, era un fastidio leve, como una tensión, como un cansancio, como lo que se siente cuando se aprieta por mucho rato el puño con demasiada fuerza, eso mismo, pero en la boca del estómago y en la raíz de los testículos. Cuando ella mencionó lo de las fotos desnuda el malestar se convirtió en mareo. Se recostó en la almohada y dejó de mirarla, pues ya le parecía que no eran sus ojos los que la miraban, sino los del fotógrafo.

Yo no quería y siempre le dije que no y que no y que requete no . Rodrigo recordó una frase de Sherezada: ¡Nada está escrito con tinta indeleble en el libro del destino

de las mujeres! *Pero un día lo llamé a su casa y luego fui a su estudio, a ver la cosa y como quien no quiere la cosa, a ver, en fin, si me animaba. Y me animé. Sus fotos me encantaron, me sedujeron. La sedujeron, la sedujeron. Rodrigo odiaba que algo pudiera seducirla, que cualquier situación, hombre, persona, cosa, pudiera seducirla. Si ella era muy seducible, era, entonces, muy perdible. Se sentía perdido, con una novia seducida por otro. Empezó a sudar ya no de placer, sino de angustia y rabia; sobre el reciente sudor cálido se superpuso otro vinagre, avinagrado. Porque a mí siempre me ha seducido lo bien hecho, lo que revela cierta maestría, una destreza, un arte. Veía sus fotos y me llenaba de emoción pensar que ese mismo objetivo, que esos mismos ojos que tanto habían visto y captado en la realidad, pudieran descubrir en mí los ángulos, las secuencias, las poses, los aspectos que iban a ser mi recuerdo, mi retrato. Él, sólo él lograría de mí, y no en la memoria sino en un papel perpetuo, una imagen perdurable, apetecible siempre, una foto que al pasar de los años mostrarían mis bisnietos con orgullo, mucho después de mi muerte, diciendo entre risas, «esta muchacha tan buena era mi bisabuela». Una bisnieta atractiva, quizá, hallaría en mi aspecto los genes de su éxito. Él y sólo él, por qué diablos tiene que haber siempre un él que parece irremplazable. No lo soporto, pensaba Rodrigo, odio la fotografía, es una peste, es un engaño, es una trampa. La gente cree que se toma una foto, o que toma la foto de algo, y que ya ese algo o ese alguien queda suspendido para siempre, fijado para siempre, qué mentira.*

Yo no quería, eso sí, fotos tradicionales, de abuelita. Tal vez de abuelita de los futuros siglos, del próximo milenio, tal vez. Quería fotos locas, impactantes, fotos que revelaran la felicidad que siento de estar viva y de sentir el mundo, de estar en contacto con el mundo con cada uno de mis pelos, uñas, huesos, huecos. Con todos mis orificios, Rodrigo, que son ocho, uno más que los tuyos, y por eso las mujeres somos más felices que los hombres. Ya hacía mucho tiempo yo había superado el temor a dejarme ver, quería mostrarme, estaba dispuesta a seguir todas las instrucciones del fotógrafo, si iba a valer la pena para el resultado. No era como antes, de joven, cuando estuve donde un fotógrafo, otro, que me escandalizó con su voyerismo, con sus ganas de ver, es decir, con lo que es inherente a todos los fotógrafos. Pasaba que ahora los había entendido, les había entendido su manía de ver y de mirar ¡y que les premien su defecto!

Para un buen retrato, creo, el fotógrafo se tiene que sentir atraído por la modelo. Ya empieza otra vez la maldita atracción. Rodrigo se sentía como perseguido por las atracciones que Susana sentía, que Susana suscitaba. Me estoy sumergiendo en un mundo sitiado por la atracción, dominado por los apetitos de la carne. Y para acabar de ajustar ahora parezco un cura predicando, ¿por qué me duelen los apetitos de la carne de ella? ¿Es que preferiría la anorexia de la carne? Ese apetito de ella por tantos es el mismo que ahora se vuelca en mí. Pero ese pasado se me vuelve

presente, me revuelve el presente, me abrume, sumerge en brumas de miedo el dudoso futuro. *Los fotógrafos, a diferencia de los ciegos (claro), son unos mirones. Y para ser buen voyerista hay que tener una ilusión, aunque sea del todo imaginaria. Una ilusión de que lo que ve, de alguna manera, es también, o será también, poseído. Por eso yo fui capaz de ser ambigua con el fotógrafo, de darle algunas lejanas esperanzas.* Coqueta, ni siquiera le da pena confesar lo coqueta que es, la manera en que con su risa, con sus movimientos, con sus manos apoyadas en el muslo, con su sonrisa intermitente, con sus comentarios ambiguos, con todo su cuerpo coquetea. Y usa todo ese arsenal de insinuaciones y gestos como un arma de dominio, de manipulación. Y yo en manos de semejante arpía, qué voy a hacer. *Ni siquiera me gustaba mucho, pero yo quería sacar de él lo mejor, de mí lo mejor, en cuanto a fotos. De los dos lo mejor. Y hasta lograrlo, era necesario ser ambigua. Lo fui a mi pesar, porque ya estaba yo en mis segundas nupcias y aunque me aburría mucho con mi segundo, lo apreciaba bastante, pues era un pozo de ciencia. Pero no quiero hablar de esto.* Hasta se burla del esposo; está a punto de contarme cómo lo traicionó y se burla de él. Así será conmigo. Prepárate, Rodrigo, para lo peor, vas a ser, inexorablemente, tú también, un cornudo.

Las primeras sesiones fueron apasionantes. No creo que jamás mi cara, ni siquiera en los momentos que tú ya me conoces (esos momentos en que me toca aferrar el alma con los dientes porque parece que se me escapara con el gusto que siento por todos los agujeros del cuerpo), creo que ni siquiera en ese instante alcanzo a realizar tantos gestos y tantas expresiones como las que en esos ratos yo alcanzaba a sacar en el estudio del fotógrafo. ¿Querrá decirme que el fotógrafo sacaba de ella más cosas de las que yo logro? No me gusta sentir que me comparan, y menos para mal. Maldita sea. Maldito fotógrafo, te abomino. Me di cuenta de la infinidad de caras que todos podemos tener en nuestra propia, en nuestra sola y dizque unánime cara. Yo era feliz y triste y angustiada y radiante y apasionada y frágil. Era indiferente, intensa, sumisa, mansa, dócil, furiosa, energúmena, santa, procaz, maligna, endiablada, asustada, desolada, magnífica, avara, generosa. Yo era todo. El fotógrafo me decía una palabra y yo ya sabía, yo ya era eso. En mi cabeza y en mi experiencia ya existían los gestos de lo que él me iba pidiendo. Descubrí, ahí, todas las Susanas que tenía adentro, todo lo que sería capaz de ser si sólo fuera necesario, si sólo viviera el tiempo suficiente para llegar a ser todas las que soy. Y todavía quiere ser más de las que ha sido, como si no fuera suficiente. Esta mujer no le pone límites a su ambición, y lo peor, quiere ser la mía, pero no quiere dejar de ser también la de los otros. Ese es nuestro terror, que una mujer no sea para siempre y desde siempre sólo nuestra. Debe ser un capricho biológico, un anuncio de que a lo mejor nos ponen a cuidar crías no nuestras; en todo caso detestamos (no con la razón, con una intuición oscura) todos los roces que cualquier otro macho tenga o

haya tenido con nuestra pareja. La tocan en un codo y queda embarazada, eso creemos en el fondo los hombres. Que nadie las toque, que nadie las haya tocado, que nadie las vaya a tocar. Por eso las queremos vírgenes, fieles, devotas. Ya lo decía mi abuelo: «La mayor virtud que debe tener una mujer es la fidelidad; qué digo: la única virtud que puede tener una mujer es la fidelidad». Por eso su rutina debe ser única: de la iglesia a la casa, de la casa a la iglesia, y mejor que tampoco se confiesen muy largo, pues también los confesores son de carne y hueso. Ni se diga un fotógrafo. Me estoy enloqueciendo, se me salió el abuelo.

Pero no somos sólo cara. La cara es la parte, creo, menos corporal del cuerpo. A las pocas sesiones ya el fotógrafo, con razón, quería ir más lejos. Yo también, yo también, pero sin revelarlo. Fingía un pudor que en el fondo no sentía. Era excitante mostrarme, era excitante ver su excitación, ver que su deber profesional le impedía entregarse por entero a la excitación, pero que esta estaba allí, en el temblor agitado de sus manos, en los aspavientos de sus movimientos, en la dureza entre sus piernas, visible para mí como una pata más detrás del trípode (o mejor, como otro trípode), entre las sombras y las luces excesivas del estudio. Ya vamos llegando a lo fundamental. Hay que ver la cara con que lo cuenta. Hay que ver cómo se le van animando las palabras, hay que ver cómo va y viene el color de sus mejillas, hay que ver ese meneo nervioso de las piernas y ese giro de los ojos que parece que miraran hacia adentro, hacia alguna ventana muy nítida del recuerdo, hay que ver todo esto para sentir toda la rabia que yo siento.

Una vez, finalmente, al final del trabajo, con dos tragos de vodka y la tensión precedente, nos tendimos en un colchón bajo las lámparas apagadas del estudio. Rodrigo los vio, horizontales, juntos. Respiró hondo, se sentía la cabeza congestionada de celos. Cerró los ojos, disimuló. Estábamos cansados, se suponía. Íbamos a descansar, se suponía. A quedarnos muy quietos, se suponía. Por casualidad (¡que me parta un rayo, Rodrigo, si te miento!) toqué con la cadera el aparato duro del fotógrafo, y entonces todo su cuerpo saltó contra mi costado. Aquí también Rodrigo tuvo un sobresalto. De dolor. Después, ya ni sé cómo, después de caricias y prendas arrancadas, el miembro del fotógrafo era un teleobjetivo que me miraba por dentro, era un zoom que se encogía y agrandaba, era un ojo de pescado que apartaba mis nalgas y mis algas y nadaba en mis aguas y me tomaba fotos submarinas, de cavernas. Después, con algo que sé blanco, me iluminó por dentro, como un flash, en dos o tres disparos. Fue bonito. Pero no duró mucho, fue una única vez. Las sesiones de fotos se habían acabado y al final del amor nos miramos con esa profunda, con esa absoluta inocencia de los que se han acostado una vez y saben que ya nunca más lo volverán a hacer. Esta frase no es mía, Rodrigo, la leí en algún lado, pero queda bonita, ¿no te parece? Sigamos: del fotógrafo, me queda un buen recuerdo y unas fotos magníficas. Se revuelca con el otro y luego me habla de

su profunda inocencia. Aunque tenga razón, es el colmo. Ya las mujeres no son lo que eran, diría mi abuelo, pero tal vez nunca fueron lo que parecían ser, y ahora se deciden a mostrarse, y nosotros, pobres hombres de hoy, somos las primeras víctimas de este despertar, o no despertar, de este destape de lo que en el fondo son y sienten. No lo aguanto.

En realidad el fotógrafo quiso alargar el asunto, quiso echarle fijador a esta instantánea, un poco artificialmente. Yo creo que cedí una o dos fotos más. Ah, sí, ¿no había sido, pues, una única vez? Ni se da cuenta de sus mentiras. Pero notó que yo perdía interés, ya no podía sacar de mí las poses que quería, suspendimos las fotos porque sin esa complicidad ya no podríamos sacar nada más. Y no hubo más agitados descansos en la blandura del colchón, en la dureza de su lente, no volvió a encandilarme con la luz excesiva de su blancuzco flash.

Quedaron, como te digo, unas fotos preciosas, si quieres te las muestro.

Rodrigo vio las fotos. Grandes, unos estudios bien hechos. Ella estaba más joven. Se veía que el episodio había sido varios años antes. Pero era Susana, sin duda, y estaba hermosa, llena de atractivo. Sus tetas, visibles en varias fotos, eran más grandes y duras que las de ahora, y las areolas miraban un poco más alto. Le dio rabia con el fotógrafo, que las había tomado (y palpado) en momento tan bueno. Comentó algo al respecto con una sonrisa de aparente ingenuidad e indiferencia en la cara. Ella aclaró que había adelgazado, que se le habían vuelto más pequeñas. Luego Rodrigo cerró los ojos, apagó la luz, y empezó a hacer el amor, otra vez esa noche, pero con los senos de antes de Susana, con los de la foto, y en cuanto estuvo dentro de ella sintió que él era el fotógrafo, que en ese momento él era el fotógrafo que la exploraba por dentro. Como una ampliadora que se prende y se apaga, en el cuarto oscuro de su memoria, aparecían por pocos segundos los senos de Susana, los de entonces, cuando ella estaba más joven. Rodrigo era él y era el fotógrafo, y sintió que cuando ella gemía de gusto, y gimió varias veces, estaba gimiendo con el recuerdo del fotógrafo, con el teleobjetivo del fotógrafo, con el cuerpo de ella cuando era más joven. Al terminar la foto, después de disparado el flash que poco dura, se sintió satisfecho, la rabia se había hecho más tenue, miró por largo rato a la modelo y la cámara oscura de sus ojos, el obturador dilatado de sus dos pupilas, el frágil lente de su cristalino, la imagen al revés que su cerebro enderezaba en el punto focal (algo desenfocado), todo esto, se fijó para siempre en su memoria.

—Nunca voy a necesitar fotos para recordarte, Susana —dijo Rodrigo antes de irse y al terminar de mirarla.

Insomnio territorial

De regreso a su casa —y a pesar de que en el camino lo había parado dos veces el ejército para hacer preguntas y requisas— tenía todavía a toda Susana instalada en la cabeza. Cabía ahí, entera, en el pequeño espacio de su cráneo. Era verdad que no necesitaba fotos para recordarla. Tal vez necesitaría un soporte (un frasquito, una prenda) para recordar su olor. Porque uno reconoce los olores, pero difícilmente los recuerda. Se llevó los dedos de la mano a la nariz. Allí estaban, suspendidos, los más íntimos perfumes de Susana. Si no se lavaba esa mano, allí estarían todo el día siguiente, lo acompañarían siempre que lo quisiera, en la oficina, en un taco de tránsito, en una fila en el banco, en una sala de espera, bajo la cola de un piano desafinado, en el baño.

El olor le hizo revivir el deseo. Bajó la mano hasta tocarse el miembro, el teleobjetivo del fotógrafo que hasta hace poco se zambullía por el cuerpo de Susana. Tomó el cuaderno de la mesita de noche y anotó el recordatorio para el episodio del fotógrafo. Breves trazos, un esquema con lo que había oído de labios de Susana. Apuntó lo del colchón y otra vez le dio rabia. Le dieron celos del fotógrafo, se sintió un cornudo retrospectivo, un traicionado desde antes. No era nada razonable, pero era eso lo que sentía, que Susana se la había hecho. Sentía que le habían invadido su territorio. Pero ¿podía decir que ella era su territorio? Si no podía decirlo ahora, que eran pareja, ¿podía decirlo para ese pasado remoto en que ni siquiera la conocía?

El cuerpo de la amada como un templo. El mito de la virginidad viene de ahí. Se protege la psiquis desbordada del futuro marido, aquel que no podrá soportar la rabia retrospectiva contra los antiguos invasores, violadores, penetradores del templo. Era algo así. Pero no era razonable. No podía ser ya como su abuelo. Ella había tenido, como él, un cuerpo suyo, un cuerpo para gozar con él, y ella lo había usado. Había hecho bien. Pero Rodrigo, el gran celoso árabe, el moro Otelo, no aceptaba que otros hubiesen desflorado, penetrado, hurgado a su Desdémona. Lo atormentaba ese pasado que parecía proyectarse hacia el presente, que parecía contaminar también el porvenir.

El cuerpo, el cuerpo humano, es deudor de un diseño animal. No está pensado para gozar de un solo cuerpo. Está diseñado para gozar de cualquier cuerpo que se le atraviese. Así era, así lo había entendido Susana; así, hasta ahora, lo había entendido él. Pero la realidad ponía en jaque sus convicciones, sus convicciones luchaban contra sus sentimientos de rabia, contra sus ganas de tener entre las dos manos una

cimitarra para poder decapitar, un palustre y piedras y cemento para emparedar.

No conocía al fotógrafo. Nada sabía de su aspecto y ni siquiera se lo podía imaginar. No sabía si era joven o viejo (lo pensaba más bien joven), gordo o flaco (creía que más bien flaco), bobo o inteligente (por lo que ella decía, sobre todo gracioso). En realidad tampoco le interesaba conocerlo. ¿A Susana le interesaría conocer, verles la cara, a sus amantes del pasado? No tenía sentido. Tal vez pocas personas tan poco peligrosas como las amantes del pasado. Eran asuntos definidos, clausurados. Eran, si mucho, eso, un recuerdo dulce, nada más. Pero ya no ocupaban ningún espacio, ningún territorio. Quedaba una huella en la memoria, una huella cada vez más borrosa, inofensiva. En su caso lo entendía muy bien. Pero si pensaba en el caso de Susana, concretamente en el fotógrafo, se ofendía con ella, como si todavía sintiera una invasión territorial que por algún mecanismo se volvía presente. Un pasado que se vuelve presente. Bueno, no tanto. Una traición presente sería insoportable. Pero incluso las del pasado (que no eran, no podían ser traiciones) le quitaban el sueño. No puedo ser tan irracional, pensó. Y se obligó a cerrar los ojos como quien le pone la tapa al lente de una cámara. La oscuridad le convino. Se distrajo. Se durmió. Algo mejor: al despertarse, en lo primero que pensó no fue en ella con el fotógrafo, sino en un café con leche. Hasta eso era un consuelo.

Descripción de Susana

Rodrigo se había puesto a releer pedazos de *Las mil y una noches*. Buscaba allí la clave de sus amores con Susana, esa Sherezada medellinense que lo tenía cautivado y aterrorizado con sus historias. Quería, además, ver cómo describían a las mujeres en el famoso libro. Notaba que a veces, casi siempre, las descripciones venían envueltas en un lenguaje bastante rebuscado. Tal vez por eso, al intentar describir con palabras, en su cuaderno, el aspecto de Susana, empleó un tono muy árabe y escribió en el cuaderno que su rostro resplandecía como la luna del Ramadán; y que eran sus ojos negros como la noche y con la luz de cien auroras; que su boca era un prodigio de perfección, y que las rojas cerezas envidiaban el color de sus labios y la leche el de sus mejillas; podría añadirse que la más famosa cantante no tuvo jamás el timbre armonioso de su voz y que ni en las dilatadas regiones de la Siria, ni en las fecundas vegas de al-Ándalus, ni (claro) en los vastos desiertos del Sahara, pudiera hallarse mujer alguna que ostentara las perfecciones de aquel cuerpo que se adivinaba bajo las sedas que lo cubrían.

Podría decirse y escribirse todo esto, si alguien estuviera dispuesto a caer en los delirios árabes de Rodrigo o a copiar su cuaderno. Pero para ser más claros hay que escribir más bien que Susana era, en el mal sentido de la palabra, buena. Troza, como dicen por aquí, aunque no muy alta de estatura. Era redondeada, llena, de formas generosas, pero de manera contradictoria, pues en ciertas partes exhibía bruscas y pronunciadas protuberancias en la silueta, como filos, como lanzas, sobre todo a la altura de los hombros (unas escápulas de huesos casi al aire) y de las nalgas, de las redondas nalgas que brotaban hacia afuera, hacia arriba, en una doble ostentación de duras redondeces, pero que eran acompañadas a los lados por otro par de huesos salidos, amenazantes, especies de espuelas para el ataque o la defensa. Pero fuera de estas pocas angulosidades y puntas, tenía curvas, muchas curvas y se sentía orgullosa de ellas según un precepto clásico: «A los hombres les gustan las curvas y a las mujeres los rectos». Bajita, como queda dicho, de pelo negrísimo y piel blanca quemada por el sol, con muchísimas pecas, inútilmente maquillada, pues la piel era tersa, suave, sin cicatrices graves, y la tez rubicunda, de buen color. Con unas cejas gruesas y muy negras que eran casi una única ceja que marcaba la frontera entre los ojos y la frente. Sin arrugas ni canas temporales. Y eso que iba más allá de los treinta. Dura, dura, durita, de arriba abajo, durita. Flexible, saltarina, nerviosa como un resorte, alegre como un scherzo de Mozart. De dientes parejos y

rectangulares (como chicles Adams en tamaño pequeño), casi perfectos si no fuera por un despicado del incisivo superior derecho, perdido en el borde de una piscina adolescente. La sonrisa, pese a la imperfección (o gracias a ella, que la hacía más coqueta), era casi constante, casi excesiva. Ojos muy despiertos, verdosos, grandes grandes, y de mirada dulce, aunque incisiva, con una fijeza dominadora. Sin grasa, sin gordos, sin llantas, sin celulitis, sin liposucciones, sin lifting, sin silicona, sin cirugía estética. (Ya toca, en una descripción, hablar más de las ausencias que de las presencias). Cintura pequeña y de repente brota como un brinco la cadera, hacia los lados y hacia atrás, casi hacia arriba, en armoniosa curva. Pechos más grandes que la cuenca de la mano de Rodrigo. La buena teta, que en la mano quepa, dice un refrán asturiano. Senos, pues, de buen tamaño y firmes, y a Rodrigo no le disgustaba que rebasaran el tamaño de su mano. Ombligo hundido, de nudo elegante. Vello escaso, de color claro y suave, negrísimo y espeso donde debe serlo, de una pelusa tenue por los lados donde obliga. Boca carnosa, labios fuertes, grandes, muy aptos para el beso con mordisco. Lengua larga y afilada, peligrosa. A veces dice que le gustaría cortársela, porque no pocas veces se le suelta sola, la muy imprudente, la muy impudente, y la hace quedar mal, como un zapato. Zapatos (a propósito) bajos, casi siempre, a veces hasta tenis, tacón ni en los cocteles; más bien prefiere andar descalza. Brazos y piernas fuertes, como conviene a una nadadora. No tan ancha, sin embargo, la espalda. Cara en conjunto bonita, atractiva. Cuerpo delicioso. Hasta los pies, zona crítica y difícil, hasta los pies son de buena forma, dedos pequeños, alargados, y uñas rectas. Sin huesos protuberantes (salvo aquel muy salido y muy puntudo, excepcional, en el anca), sus protuberancias están siempre envueltas en blanda y a la vez muy firme carne. Carnal mujer, muy carnal. Sabrosa para ver quieta o andando, destinada a despertar amenos y muy tiernos pensamientos, quizás merecedores de la cólera de Alá, por lo muy poco castos.

Tenía un grave límite, sin embargo, el aspecto de Susana: no era dueña de su rostro. Es decir, sus sentimientos y no su voluntad gobernaban su cara. Era mala para el disimulo pues todo se transparentaba en esa cara. Tal vez a esta incapacidad de disimular se debía su aparente desfachatez. Se ponía colorada con frecuencia y bastaba una pregunta inocente para que se pusiera roja como un tomate. ¿De qué tipo era su rubor? Rodrigo consultó un tratado sobre el asunto y allí decía, de algunas mujeres, que «enrojecen por miedo a la calumnia, a ser acusadas de acciones reprobables que no han cometido y que, acaso, no habrían pensado nunca en cometer; es este rubor propio de las tímidas, pero no de las tímidas por insuficiencia mental, sino por exceso de reflexión autointrospectiva». Parecía tan franca y directa, tan desfachatada en medio de la común hipocresía, que tal vez pensaba que le atribuían muchos más pecados de los que era capaz. Pero cuando Rodrigo le hizo este diagnóstico de su rubor, ella le dijo, poniéndose colorada, que no, que era otra

cosa, y lo peor era que no sabía qué cosa, pues se ponía roja inclusive estando sola.

Tampoco era dueña, Susana, de sus lágrimas. Una leve tristeza, el más lejano asomo de desdicha, un breve contacto con la otra ciudad, la de la peste, las desencadenaban sin que le valiera ningún esfuerzo para contenerlas. Igual la risa o la carcajada: se le soltaban con un ímpetu irreprimible, repentino. Y el rictus de la rabia, las arrugas de la impaciencia, el ceño de la preocupación, la iluminación de la alegría, toda su mente parecía reflejarse en su rostro como en un espejo. Era impulsiva para todo, para hablar, para alegrarse, para ponerse furiosa, para el entusiasmo, la ira o la depresión. Hasta para el sexo se excitaba con una avidez y una velocidad de adolescente.

Otra peculiaridad consistía en que cambiaba de carácter por la noche. La noche la volvía más enfática: hipersensible e hiperbólica. Sus historias nocturnas eran una sarta de exageraciones, con gran elocuencia de desgracias inmensas o de maravillas sin límites. Con las sombras perdía el sentido de la medida que recuperaba al amanecer. Aunque esto convenía al oírle sus nocturnos cuentos disfrazados de hipérboles, pues todo lo exagerado se entiende siempre mejor, era conveniente también mermarles ímpetus y énfasis a todas sus afirmaciones nocturnas. Exagerada, sí, y de palabra rápida, poco pulida, hecha de pincelazos, de brochazos más bien, sin jamás un retoque. De sus amantes prefería hacer caricaturas que retratos. En parte por no ofender a Rodrigo, en parte porque en efecto su memoria así los recordaba. No le interesaba mayor cosa el pasado, y lo reducía a un esquema, a una exageración.

Impetuosa, impulsiva, briosa. De ahí, quizás, sus abrazos innumerables, los que al desolado afinador de pianos desvelaban. Había hecho tantas veces el amor, Susana, tanto y con tantos, que Rodrigo dudaba de que hubiera tenido tiempo para amar. Un día se lo dijo.

—Susana, tú que tanto has hecho el amor, ¿sí habrás tenido tiempo para querer a alguien? Porque amar, lo que se dice amar (y perdóname el verbo tan poético), es sobre todo un ejercicio del pensamiento, imaginario, y sólo en parte estos brincos del cuerpo y este intercambio de sudor y células.

Otra característica de Susana es que tenía la respuesta rápida:

—No, el amor no es imaginario, el amor es real como un taburete. He tenido, sí, muchos amantes, pero poquísimos amados, y el amor que sentí por ellos, como el que siento por ti, es tan real como un taburete.

Y eran esas respuestas de Susana las que hacían que Rodrigo se sintiera más cercano a ella; eran también esas respuestas las que lo enamoraban. Las que lo hacían esclavo de ella y del amor.

Pero estas virtudes y debilidades de Susana se descubrían a la larga, muy a la larga y sólo en la intimidad. Allí aparecían su alegría y su risa, y sobre todo su

tristeza. Porque de sus lágrimas, en realidad, sí podía ser muy dueña, especialmente en público. Tanto que al principio la personalidad de Susana parecía una roca, firme, segura, seria. Rodrigo, con buena intuición, había escrito en las primeras hojas de su cuaderno: «Oculta tanto sus debilidades que parece padecer la terrible anormalidad de no tenerlas». No era anormal, había descubierto Rodrigo con la intimidad y con el tiempo, incluso era de lágrimas y tristeza fáciles, pero controladas si había gente por ahí. Claro, pues, que sí tenía debilidades. No muchas ni muy dolorosas; las necesarias para ser perfectamente normal, nada angelical ni demoníaca; humana, deliciosamente humana.

Susana era más enfática y menos humana al describir a Rodrigo. Le gustaba ponerlo como un semidiós. No era, tal vez, para que él se envaneciera, sino por vanidad de ella: quería que a su lado estuviera un hombre excepcional. Por eso exageraba y decía que su amante tenía el cuerpo como el Diadúmeno de Policleteo, un griego perfecto, de esos de antes de Cristo, cuando mostrar el cuerpo todavía no era pecado. Rodrigo no se ponía cinta o diadema en la cabeza, en todo caso, como el tipo de la estatua, que además era glabro, y en cambio Rodrigo se dejaba crecer la barba. Y de todas maneras el parecido no era ni lejanamente aproximado. Lo de Diadúmeno lo pensaba Susana los días en que estaba más enamorada (los buenos días del ciclo, se decía Rodrigo) y cuando sus sentimientos (sus hormonas, pensaba Rodrigo) le distorsionaban la visión. Entonces lo veía blanco, apolíneo, marmóreo, de una belleza estatuaria de esas que tanto escasean desde los tiempos clásicos. Pero la imagen no era ni remotamente exacta. Tal vez lo que pasaba era que Rodrigo tenía en sus formas regordetas y ya algo envejecidas, pedazos sueltos que a Susana le recordaban al Diadúmeno de Policleteo. *Por ejemplo las uñas*, decía Susana entre risas los días en que estaba menos enamorada. O las comisuras de los labios. Cuando estaba más enamorada decía que los muslos, que la espalda. El abdomen nunca, ni ovulando. En realidad, tal vez el único parecido era con los brazos, que no eran los originales de la estatua, sino añadidos de quién sabe cuándo y de oficinista o afinador de pianos. En fin, Rodrigo no era ningún Apolo, un hombre mestizo de los trópicos, común y corriente, sin bigotes, sin excesos, ni buen mozo ni feo, con cara parecida, creía él, aspiraba él, a la de Félix Mendelssohn-Bartholdy, si mucho a la de Schubert.

Aventura del nadador

La belleza, lo estético, lo realmente lindo, para mí, está en la juventud. Lo bonito, lo estéticamente realizado, es lo joven. Eso decía Susana, en tono de conferencia, mientras Rodrigo, aterrado, pensaba en su barriga y en las arrugas que se le hacían al lado de la boca y en las bolsas que se le formaban debajo de los ojos. Recordó las palabras de un duro moralista: «De nada sirve la juventud sin belleza, ni la belleza sin juventud», lo que confirmaba en parte y en parte desmentía la tesis de Susana. Ella insistía: Yo siempre les regalo mi risa a los más bellos y por muchos meses casi no paro de reírme desde que conocí, en un entrenamiento en la piscina olímpica, al joven más hermoso. Era de una belleza indescriptible, Rodrigo, como de película de Visconti. Tenía la piel del mismo color que la tuya, una piel suave y canela, los excesos de blancura quemados por el sol. Una piel como la tuya, Rodri, pero eso sí —y me toca decírtelo—, unos músculos más duros, más llenos, más redondos, sobre todo en los brazos y en el pecho e incluso en otro lado, Rodrigo. Y aquí Susana se rio. Rodrigo se rio menos, pero recibió estoicamente el cimbronazo, qué le podía hacer, después de los cuarenta. En fin, ella estaba con él, y el nadador quién sabe, ojalá hasta ahogado. Sí, ahogado, ojalá, ojalá y así lo quiera Alá.

En todo caso el nadador tenía cuerpo de nadador. ¿Alguna vez habrás visto a Mark Spitz, el que se ganó no sé cuántas medallas en los Olímpicos de no sé dónde? Yo tenía un afiche. Bueno, como él, pero mejor. Un pecho duro, sin pelos, de carne sobresaliente, como queriéndose salir de las tetillas, como tallado en madera. Un vientre de esos con morritos, de alacrán, de escorpión, de no sé qué. Muslos duros, pantorrillas contorneadas. Olía un poco a cloro eso sí, pero hasta me gustaba, me parecía limpio. Y entre las piernas algo durísimo, aguerrido, apenas insinuado, estilo Calvin Klein Underwear, que yo no veía la hora, día a día, de coger y acariciar e incluso de ir más lejos, o más bien más cerca, es decir, más adentro. Aquí Rodrigo recordó uno de los poemas favoritos de Susana, de una escritora española, y al llegar a su casa lo copió: «Fuera yo como nevada arena/ alrededor de un lirio,/ hoja de acanto, de tu vientre horma,/ o flor de algodnero que en su nube ocultara/ el más severo mármol travertino./ Suave estuche de tela, moldura de caricias/ fuera yo, y en tu joven turgencia/ me tensara./ Fuera yo tu cintura,/ fuera el abismo oscuro de tus ingles,/ redondos capiteles para tus muslos fuera,/ fuera yo, Calvin Klein». Al leerlo vio a Susana encima de su nadador, horma de su vientre. Y ni siquiera era un deseo, no era un «fuera yo», sino que era ella, ella misma, ella

misma en el pasado, que era horma y estuche de su severo mármol, de su joven turgencia. Hasta los poemas preferidos de Susana le producían celos, se iba a enloquecer, estaba enfermo.

Lo recibía de falda, sin calzones, para estar preparada, para invitarlo a un clavado a la menor distracción de los presentes, a la más breve ausencia de los ausentes. Se descuidaban y yo tac, le abría la bragueta, me le sentaba encima, y él ya estaba listo, siempre listo, como un puro boy scout. Como severo mármol, como un lirio, volvía a pensar Rodrigo y veía a Susana que en su joven turgencia se tensaba.

Pasábamos como ya nunca volveré a pasar, al menos con el cuerpo. Éramos jóvenes los dos, casi un par de adolescentes, y yo también nadaba, por estar más con él, por ver en pelota todos sus centímetros cuadrados menos unos cuantos en el bulto y las nalgas. Nos metíamos al agua y ya jadeantes de nadar pecho, espalda, libre y mariposa, ya jadeantes, a veces, empezábamos a jalar por motivos distintos. Llegábamos, lo juro, a calentar el agua de toda la piscina. No soy como las imitadoras de García Márquez, no me creo Esquivel ni Isabelita Allende. Si lo fuera, la piscina, seguro, empezaría a hervir. Esa era la sensación. Pero para qué exagerar, para qué echar mentiras. En todo caso yo tenía la ilusión de que cuando lo hacíamos ahí, en la piscina olímpica, toda el agua se calentaba y los que madrugaban a entrenar al otro día la encontraban templada, tibia, deliciosa, en fin, fantasías baratas, puro realismo mágico, pero no del bueno sino del peor. No me faltaba más que también ahora me saliera con orgasmos macondianos, no hay derecho. En todo caso una vez un amigo científico (te tengo que hablar de él, era un pozo de ciencia) me hizo el cálculo y me dijo que si al otro día alguien, por error, hacía un buche con el agua de la piscina, con seguridad, él me dijo la cifra exacta, engulliría no sé cuantas células germinales, así le decía él al polvo, células germinales, de mi nadador. Y sí, ni más faltaba que también ahora, en cada beso que le doy, haya también moléculas de las babas del mismo nadador, ni más faltaba, la ciencia convertida en realismo mágico.

En la piscina, en el vestier, en la ducha, en la casa, en el cine, en el baño, metidos en un clóset, en todas partes, a todas horas. Yo lo había hecho con el ciego y con muy pocos más, dos o tres compañeros de la universidad, porque en ese tiempo yo hice unos años de universidad, historia del arte. Pero aquí realmente descubrí que era mejor entre dos que un mero solitario y que era mucho mejor con un nadador experto que con compañeros inexpertos. Descubrí la pareja que se vuelve una persona en el abrazo, descubrí el olvido de la mente, descubrí el dominio, la feliz tiranía del cuerpo. Con él lograba, con su belleza y la mía, ser solamente cuerpo. Pero todo se acaba. Y aquí Susana suspiró, y como Rodrigo también lo hiciera, ella añadió: Menos lo de nosotros, Rodrigo (y aquí ella se rio, otra vez, mirándolo con

una mirada que era la mezcla perfecta de la burla y la ternura). Pero esa risa ambigua, para Rodrigo, quería decir que ella no confiaba en nada, que todo era frágil, precario y se podría acabar de un momento a otro, que bastaría un nadador muy joven y muy bello para que ella en su joven turgencia se tensara. Tengo que decapitarla. No puedo soportar estar pensando siempre en ella, en ella pero con otro, no conmigo.

Lo del nadador se acabó porque pasó que yo creía que él me quería menos que yo. Y yo soy orgullosa, Rodrigo, como tú, casi tanto como tú. Y eso tú y yo no lo soportamos, que nos quieran menos de lo que nosotros queremos ¿cierto? Ahora pretenderá hasta adivinarme el pensamiento o qué. Así que resolví dejarlo, sin querer dejarlo, sin ton ni son, casi por ver cómo reaccionaba él ante mi abandono. Y me destruyó ver que él no quedaba destruido con mi decisión. Evidentemente me amaba menos que yo a él, el nadador. Lo abandoné yo misma y lloré por haberlo abandonado.

—¿Se ahogó, finalmente? —preguntó Rodrigo.

—No, no, qué va. Dejó la natación. Estudió ingeniería farmacéutica. Ya no nada ni nada, le creció la barriga, tiene como seis hijos, se acuesta con la esposa cuatro veces al año o cuando menos por pascua de Resurrección. Tiene un buen puesto y cuando lo veo pasar veo que pasa el tiempo y me da una nostalgia...

—Ya lo veo, Alá no se interesa en los infieles.

—¿Qué dices, Rodrigo?

—Nada, un mal pensamiento que se me ocurrió. Ni los dioses ajenos atienden nuestras súplicas.

—Me hablas en jeroglíficos, Rodrigo.

—Mejor. No sería bueno que pudieras meterte hasta en mis pensamientos. Que son malos pensamientos, casi siempre.

—Tan bobo, Rodrigo, tan bobo. Yo tengo toda el agua de mi piscina para lavártelos.

Y lo abrazó, se abrazaron, quedaron abrazados largo rato, sin deseo y sin ansia, cada vez más calmados, sin hacer el amor. Dejaron pasar el tiempo durante mucho rato. Lo dejaron pasar.

Insomnio sobre el tiempo

Ahora lo aferraba el terror a envejecer. Incluso a ser ya viejo. No, no era viejo aún, ni sabía bien lo que quería decir viejo. Achaques, suponía, ganas de no sufrir más, ganas de no estorbar, conciencia de que buena parte de la vida se había ocupado en minucias sin ninguna importancia. Pero no era viejo todavía. En noches y días muy recientes, con Susana, había hecho el amor con los ímpetus de un adolescente, al menos eso le parecía, al menos eso recordaba de su adolescencia. Un largo embate seguido de otro aún más largo; sí, largos, vigorosos embates, y Susana feliz. Largos. Tal vez lo de largos no era muy adolescente. Los adolescentes tenían un deseo tan impetuoso, tan incontrolable, tan relámpago, que era todo menos largo. Él era mejor amante que los adolescentes, sí. Ellos son breves, tal vez, porque no han vivido el largo tiempo de nosotros, que tenemos una vida cada vez más larga. Era quizá mejor amante, aunque menos hermoso, evidentemente. Lo sabía, lo veía, lo reconocía. Hasta un adolescente feo era más hermoso que él, claro, porque la juventud da otra cosa, en la piel, en el pelo, en la silueta del cuerpo. Pero él era capaz de abrazar largo rato, sin sentir el ímpetu irreprimible de saltar encima, como un adolescente, y a veces esa serenidad también es buena. Todos hablan y buscan afrodisíacos, ¿por qué no a veces hablar y buscar anafrodisíacos, la paz de los sentidos, la calma de las piedras?

No le gustaba perder del todo la juventud. Se sentía en riesgo de perder a Susana, de ya no conquistarla, de quedar relegado. Pero una adolescente también era más bella que Susana, también. Tal vez, eso sí, no sería tan sabia, tan fogosa, tan deliciosa amante ni tan recorrida. Los años dan una sabiduría que si los jóvenes también la tuvieran serían insuperables. Los jóvenes. La pasión de su época era la juventud. Bastaba ver las revistas, la televisión, las vallas, toda la publicidad. Los jóvenes, la ubicua imagen de los jóvenes se imponía por todas partes. A los jóvenes todo les estaba permitido: la ropa que quisieran, los peinados y colores que les diera la gana, todo el ruido que quisieran meter, todas las patas que pudieran meter, también las partes que quisieran meter y todas las brutalidades por decir. Todo, a los jóvenes, les es perdonado después de una sonrisa. Cómo conquistan, cómo derriban barreras, prejuicios, caras adustas, genios malos. Cómo enamoran, a veces incluso antes de despertar deseo, incluso sin despertarlo, cómo gustan.

Por eso había sentido terror de esa acumulación de grasa en su cintura, de esas arrugas que le atravesaban la frente como una página rayada, horizontal. Eran cinco

rayas, una especie de partitura, y otras arruguitas verticales hacían de corcheas, de notas inarmónicas. Alguna vez intentaría transcribir las notas casuales de su frontal pentagrama. Sería interesante, la música del azar. Tal vez su cara, en algún sitio, llegaría incluso a ser como una página cuadriculada. Le tenía terror al paso de los años. O no al paso de los años sino al deterioro del cuerpo que traía consigo. Era superficial y vanidoso, sufría, como todos, como muchos al menos. ¿En qué momento de la vida se resignará uno al cuerpo que le regala la vejez?

Llegaría un día, tal vez, en que sería repugnante para cualquier mujer. Lo había leído en un poeta: primero se seduce con el cuerpo, después con la inteligencia, finalmente hay que pagar. Sólo los hombres ricos o los muy famosos consiguen mujeres jóvenes cuando ya están viejos. Pero incluso en este caso ellas, en el fondo, los desprecian, sienten un ineludible impulso de rechazo, cuando no de repugnancia. Si no quieren llegar a esto, los hombres deben contentarse con su mujer de siempre, con su viejita al lado, que ya tampoco levanta muchos pretendientes, cada vez menos, y a lo mejor ya ni levanta el miembro de su esposo, que podría calentarla, revivirle esas épocas mejores de su pasada juventud.

Susana también envejecería. Cada vez le resultaría más difícil conseguirse un amante nadador. Era un consuelo. También era un consuelo —machista, pero consuelo— que a los hombres les durara más rato la posibilidad de encontrar mujeres jóvenes. Algunas mujeres, pocas, también lo logran, pero casi siempre acaban teniendo, en ellos, hijos, unas especies de hijos que quieren que los mimen, les laven la camisa, les ayuden a ordenar los papeles, a hacer las tareas.

Sí, la atracción que son capaces de despertar los hombres decae mucho, bruscamente, después de los cincuenta; la de las mujeres después de los cuarenta. Menos mal que era un pensamiento inexpresado pues Rodrigo, con sólo tenerlo, veía ya la furia de las feministas, el puño izquierdo y el derecho en alto, era poco correcto decir estas cosas, incorrecto hasta pensarlas. Pero era así, le parecía que por lo menos en su cultura era así. Claro, había casos distintos, excepciones, personas que sentían muy distinto, personas que hasta en la carne mustia veían carne apetitosa o, al otro extremo, personas dedicadas a dietas infernales de convento, a ejercicios incansables, a abdominales, trotes, sudores, sufrimientos de atleta. Pero llegaba un momento en que era inútil. Intervenían los cirujanos plásticos, ayudando algo con la firmeza de las nalgas, con la turgencia del seno, con los depósitos de grasa en la papada, disminuyendo la grasa del vientre y las patas de gallo de los párpados. Estaban las tinturas para teñir el pelo, las lociones, las cremas, las mascarillas, los tratamientos de mar, de sol, de agua, de barro. Sí, hombres y mujeres buscaban cada vez más antídotos contra el envejecimiento. Luchaban por no sufrir ese proceso que les indicaba el deterioro, por no sentir ante el espejo el paso de animal grande de la muerte. Pero era inútil; tarde o temprano casi todo era inútil. Llega un momento en

que no se es atractivo para nadie, el mismo cuerpo que había sido punto focal de apetitos, se vuelve una especie de repelente sexual. O no el mismo cuerpo, mejor dicho, sino la misma persona con su cuerpo decaído, decadente, decrépito. Algún día Susana y yo no le gustaremos a nadie, a nadie, ni a nosotros mismos.

El cuerpo de los viejos, a lo mejor, se volvía menos exigente. Ojalá. Los placeres, tal vez, se hacían menos urgentes y cambiaban. Había alternativas que duraban toda la existencia y que no tenían que ver con el placer de dos cuerpos abrazados. Leer, el placer de leer duraba toda la vida. Pensar, lo mismo. Comer bien, lo mismo. Oír música, buena música, y perderse tras ella, olvidado del cuerpo. Caminar, perder el tiempo, ver caras o mirar el campo. También aprender, tratar de entender el mundo. Sí, había otras cosas, sin contar el también placentero sexo de los viejos, pero ahora Rodrigo sólo estaba obsesionado por el envejecimiento de su cuerpo, que le resultaba desastroso. Lo temía y temía que por él Susana lo cambiara. O incluso que por lo mismo él buscara otros cuerpos distintos al de Susana. Se le iban los ojos detrás de las jóvenes, como un león viejo y nostálgico, el último de la manada, el antes alfa hoy omega, que no volverá a comer. ¿Y no sería ya mejor, para Rodrigo, para cualquiera, quedarse definitivamente con una única mujer, con un único hombre, con una sola hambre, conformarse? ¿No era eso la civilización, conformarse?

¿Conformarse? Esa palabra no existía en el léxico vital de este par de personajes. La luz del alba se coló por las persianas y Rodrigo no encontraba un cabo para jalar e intentar desenredar esta madeja. Se miró en el espejo y vio con odio sus ojeras azulosas acentuadas por el insomnio, sus bolsas en los párpados, su pelo ralo, sus canas que empezaban a ganarle el partido al pelo negro. Leyó la partitura de su frente y vio que reproducía el letargo de un andante, de un adagio tristísimo y sin brío. Hizo una mueca de desprecio, al mundo, hacia sí mismo, y se obligó a dormir unos minutos, tarde en la vida, en el crepúsculo de su cuerpo, bajo la fresca luz de la mañana.

Bienaventuranzas del seminarista

La familia de Rodrigo, árabe por parte de uno de los cuatro abuelos, era cristiana. Pero a él le gustaba fingir que aún seguía, como su barbudo antepasado, las leyes del Islam. Era una especie de fidelidad al cuarto árabe de su sangre mixta. Leía los preceptos del Ayatola Jomeini sobre su religión y defendía sus insensateces como no menos insensatas que las del catecismo católico. Admiraba, sobre todo, la apertura mental de los islámicos frente al matrimonio, y en esto se definía como un cruzado o, mejor, como un medio lunático musulmán. Había descubierto que entre los islamitas era posible contraer matrimonios a término, por ejemplo de un día o de dos horas, o de cuatro semanas: *el matrimonio de mut'ah*. Y siempre le había dicho a Susana —en serio y en broma— que estaría casado con ella hasta el próximo Mundial. Eso quería decir más de tres años, casi cuatro, casi una eternidad. Cuando se desposaron según el rito islámico, escogieron esa fecha de caducidad. Siguiendo las instrucciones de Rodrigo, ambos unieron las manos y, poniendo a Mahoma por testigo, pronunciaron las palabras adecuadas, como ordena el precepto, para quedar casados. Rodrigo le dictó a Susana las palabras mágicas, sílaba por sílaba, y estas sonaban algo así como *zauuaytuka nafsi fi-l-muddati-l- ma'lúmati 'alal-mahri-l-ma'lúm*. A continuación Rodrigo, arrodillado, descalzo y dizque mirando hacia La Meca, dijo o casi que gritó ¡*Qabiltu!*, que significa «Acepto». Al ver a Rodrigo en semejante pose tan hierática, al verlo actuar al mismo tiempo de clérigo y de cliente, al verlo haciendo reverencias de rabino, emitiendo rugidos de Ayatola, repartiendo bendiciones de obispo ortodoxo, admoniciones de cardenal católico y sermones de obispeza anglicana, Susana recordó que ya antes había tenido un amante religioso.

No era cura, realmente, sino monje benedictino. Ya había tomado no sé qué hábitos o votos intermedios, aunque todavía no le había dado su definitivo adiós al mundo. Se quiso despedir del mundo conmigo. Yo le di la despedida del mundo, mejor dicho. Ahora anda en clausura, no sale nunca, lleva años sin ver una mundana o una santa, no tiene espejo en qué mirarse, no habla con nadie salvo su confesor, vive en una celda de tres por tres, y además de los votos de castidad y de pureza, los hizo también de pobreza y de silencio. Una cosa admirable. Rodrigo notaba que Susana se burlaba de los votos del seminarista. Pero a Rodrigo no le parecía tan despreciable esa elección de silencio, de retiro, de aislamiento. Él mismo, a veces, muy pocas veces, había sentido una lejana vocación de ascetismo; no de dedicarse a Dios o a la virgen o a los ángeles y a los santos o a cosas así, en las que no creía,

pero sí a aislarse en su propio pensamiento. Cuando oía que Susana se reía de los aspectos ascéticos del monje, sentía que se estaba riendo al mismo tiempo de él, sin darse cuenta. Porque él a veces soñaba con el silencio, con largarse del ruido y el peligro de Medellín, con refugiarse en unas montañas frías, inhóspitas, aisladas, pero con buena vista, lejos de la peste, a no oír nunca más hablar al prójimo, a no oír más rancheras ni más vallenatos, a no volver a sufrir tiros ni bombas ni atracos, embelesado en el viento y en los pájaros, en el sereno vaivén de las hormigas en fila.

Yo lo recogía en mi carrito a la salida del convento, desde una primera vez en que lo vi subiendo sudoroso loma arriba y me gustó su cara enrojecida, su piel tersa de monja bajo el cráneo tonsurado. Ahí mismo, después de dos o tres preguntas, me di cuenta de que el seminarista era un espíritu puro al que había que hablarle con mucha cortesía, con grandes cuidados, con extremo recato, como si fuera un santo. Pero yo no soy buena para esas ceremonias. Al revés, cuando siento que las tengo que hacer, me voy al otro extremo. Tal vez fue por eso que, al dejarlo en la puerta del convento, le dije: Bueno, padre, adiós pues, pero antes de bajarse deme aunque sea la bendición. El pobre se puso como un tomate y yo arranqué picando loma arriba. Yo vivía cerca del convento y cada vez que lo veía subir o bajar la loma lo recogía, hasta que nos hicimos amigos. Le miraba esas manos largas, macilentas, de venas azuladas, manos como del Greco, muy aristocráticas; esas ojeras oscuras como producidas por las largas abstinencias, los reiterados ayunos y las secretas flagelaciones, esa sonrisa de niño enfermo... Me inspiraba ternura. Ella decía ternura y Rodrigo pensaba: ganas, deseo. Le inspiraba deseo, y eso mismo quería inspirarle a él. En el Medioevo te habrían quemado, Susana, por intentar hacer pecar a un santo. Si supieras las historias que se cuentan de las meretrices que intentaron seducir a los beatos ermitaños, si las supieras te daría vergüenza portarte así, haberte portado así, como un puro instrumento del maligno. Acabé dándome cuenta de los horarios en que salía del convento y ya lo esperaba a la salida siempre, un poco más abajo, para que no nos vieran y poder conversar con él. ¿Para conversar? Para seducirlo. Ya la rabia se le había subido a Rodrigo a la cabeza y los celos lo hacían tener pensamientos de inquisidor. Si tuviera él ahora el poder de un inquisidor, sin duda alguna la enviaría al brazo secular para que la quemaran viva por sus sucias acciones con el santo varón. Pero quería oír, quería saber. Torturarse en las palabras de Susana era su deleite. Saber de ella con el secreto fin de ser capaz de dejarla.

Hablábamos de teología. No es que a mí me interese mucho la teología, pero yo le preguntaba por Dios. Dios es el Creador, tú sabes, Rodrigo. Al menos eso creen los cristianos. Algo que se parece al Alá tuyo, en todo caso, si bien el Alá en quien tú finges creer está más solo pues el Dios de los cristianos son tres. No me preguntes por qué, pero es así, es dogma de fe y el que no crea en las tres personas, sea anatema. Todas las criaturas, para la religión de los cristianos, no provienen de las

mutaciones caóticas y sabias de la evolución, surgidas a partir de un caldo primordial, por feliz coincidencia de circunstancias felices, miles de millones de años después del big bang. Para ellos las cosas son más simples: una especie de patriarca inmenso, de luengas barbas blancas, todopoderoso, de mirada recia y bondadosa, gesto sublime y omnipotentes voz y pensamiento, mueve la mano y habla y todo surge. Estaba solo, Dios, en medio de la nada y de repente a este ser se le ocurre decir: hágase la luz, y la luz sale de la nada. Fórmense las estrellas, y estas empiezan a chisporrotear en todo el firmamento. Hágase la Tierra, y un planeta azulito de oxígeno e hidrógeno empieza a corretear alrededor del Sol y a bailar como un trompo sobre sí mismo. Que haya plantas y animales y tac, en un segundo, brincándose a los dinosaurios, aparecen blanquísimas palomas, negrísimos gallinazos, coloreadísimos pájaros, terribles serpientes, flexibles delfines, longevos helechos, hondos celacantos, gráciles abedules. Hágase el hombre, y el hombre surge del barro, risueño bípedo, con su cabeza ovalada, su pene eréctil y el don del pensamiento; hágase la mujer, y la mujer surge de la costilla del hombre, con sus tetas redondas, sus dos bocas abiertas; sin dudarle un momento, ahí mismo empieza a hablar sin parar, como yo, y a seducirlo también como yo con su joyita entre las piernas, con sus glándulas mamarias que al tiempo invitan a la procreación y luego a criar las crías. Una maravilla, una cosa sublime, puro realismo mágico del más antiguo cuño en un angosto cuño. Rodrigo se escandalizaba. Él mismo no era religioso; hasta fingía ser musulmán por amor al pan ácimo con puré de garbanzos. Pero soportaba mal que su novia se burlara del Génesis. De cuándo acá tanto atrevimiento, tanta irreverencia. Al cabo de un momento lo pensaba mejor y sabía que no podía estar en desacuerdo, más aún, que lo que ella pensaba era lo mismo que él siempre había pensado, que el relato del Génesis podría ser poético, pero desde el punto de vista de la cosmología era sólo ridículo. Su mente le llevaba la contraria a las palabras de Susana, y notó que este tipo de reacción intuitiva era sólo una forma de intentar, otra vez, decapitarla, destrozar lo que salía de su cabeza, porque en esa cabeza se acuñaban pensamientos de traición, recuerdos de actos que lo hacían sufrir.

Pues sí, con este monje yo me ponía a discutir de teología. Yo le hablaba del big bang y del azar, de Darwin y de Nietzsche. Y él me contestaba que Dios había dado la orden del big bang, creado la evolución e inventado el azar y había enviado a Darwin a descubrir sus mecanismos y había dado muerte a Nietzsche (pero no viceversa). Yo oía sus palabras, le inventaba otra blasfemia, y él escandalizado se santiguaba. Me decía: eres como Eva, metiendo la duda y la desconfianza en mi tranquilo Paraíso. Rodrigo estaba identificado con las palabras del seminarista. Él había captado la esencia de Susana: ser una Eva que mete la duda, la más desesperante duda, incluso en paraísos de tranquilidad. Porque Rodrigo no había sido

antes ese ser inseguro en que se había convertido desde que Susana le hacía sus relatos de episodios galantes.

No eran dudas lo que yo quería meter, sino algo menos discutible, más indudable. Lo que yo quería era que él, al menos una vez, probara mi manzana, mi fruto prohibido, la flor oscura de este árbol del bien y del mal que acaba siendo un cuerpo. Pero él, aunque con ganas, seguía intransigente, firme, quieto, evasivo. Frío, al parecer, a todos mis encantos. Aunque no del todo porque a veces, en algún pliegue de la túnica, yo alcanzaba a entrever la punta de algo que apuntaba hacia el cielo del que tan píamente estaba hablando. En el convento él inventaba —él mismo me confesó, compungido, su mentira, su pecado— que yo era una prima hermana suya, que lo llevaba a la casa a visitar a la mamá. Qué va. Yo me lo llevaba a pasear por las montañas. Nos íbamos, por ejemplo, a caminar por el Llano de Ovejas. Yo le decía Vámonos para San Pedro, que ese santo es de piedra y nada te puede pasar. Al anochecer empezaba a hacer frío, nos envolvíamos juntos en una misma manta y nos acostábamos ahí, a la intemperie, sobre la hierba húmeda, a mirar el cielo y yo le iba enseñando el nombre de las constelaciones. Los nombres de las constelaciones. Rodrigo se enfurecía al reconocer las tácticas malignas, mañosas de su Susana. Se salía siempre con la suya, era la seductora mejor que jamás hubiera conocido, si había habido Don Juanes, ella era una Doña Juana. Él me citaba a Pascal y no sé cuántos pensamientos suyos sobre el infinito que lo unían a Dios, a su Deus absconditus, un Dios que se le escondía pero que él lograba percibir por signos. Yo le hablaba del Monte Palomar, de cómo también por signos se podían ver los agujeros negros, de la distancia que había hasta Próxima y hasta Alfa de Centauro, de novas y supernovas, de Copérnico, Galileo, Kepler, Newton. Él me interrumpía para decirme que todos creían en Dios, incluso los científicos del Monte Palomar, incluso los astronautas del Apolo. Alzaba el índice y decía que el mismo Newton no habría descubierto la gravedad si no hubiera creído en las energías divinas y en las perfecciones de la creación. Pobre seminarista, pensaba Rodrigo, ya vas cayendo en la trampa. Tú crees que estás hablando de filosofía, de ciencia, pero en realidad ella te está tendiendo una celada biológica; ella sabe que tú también tienes hormonas, instintos, ganas, sabe que estás programado desde hace millardos de años para dejar descendencia, copular, sobrevivir en tu esperma, todas esas cosas que tú no te explicas que Dios haya creado y que sin embargo te dominan. Pobre seminarista, ya te he de ver caer en las redes de mi Celestina.

Tendidos en la hierba mirábamos las estrellas hasta muy tarde. Yo acercaba mi cuerpo y con el pretexto del frío apoyaba todo mi costado contra el suyo. Ah, aquí te quería ver, pensaba Rodrigo. Aquí te quería ver, con Susana hace años, con ese cuerpo que tenía, con esas tetas que tenía apoyándotelas en un costado. No, querido seminarista, en la otra vida esta caída, que ya veo venir, te será perdonada, no podrán

condenarte, ni san Jerónimo hubiera resistido. Tus dioses y santos han sido demasiado castos, pero los dioses griegos, por ejemplo, que no desdeñaban el comercio sexual con los mortales, habrían caído en tentación con Susana, como tú caerás, qué duda cabe, pero tranquilo, en el cielo no serás culpable, con Susana no hay quién no caiga. *Empezábamos a hablar de los apetitos de la carne. Del triunfo que era dominar el cuerpo para entregarse enteramente al servicio del Creador. Yo le decía que los dos éramos un pobre par de criaturas efímeras, que nos íbamos a morir, que él se iba a morir, que la otra vida sí, a lo mejor, pero que si de pronto se moría y nada, al otro lado nada, sino pura oscuridad, pura muerte, puro sueño, entonces se iba a perder un importante pedazo de existencia, una experiencia que, sola, justificaba nuestro breve contacto con la superficie de la Tierra. Llegué a decirle incluso —en su lenguaje— que el sexo era la única anticipación del Paraíso que Dios había dejado aquí en la Tierra. Que apostara, al menos, por un instante de placer y después si quería se confesara, pero que la experiencia sensorial más intensa que podía sentir un ser humano era la de abrazar un cuerpo ajeno. Se está cerrando el círculo. Aquí mi Susana, quizá sin saberlo, está invirtiendo el argumento de la apuesta pascaliana. Qué viva, qué sutil. Pobre seminarista, cuánto habrá sufrido con semejante astucia, con semejante virtuosa del razonamiento disoluto.*

No pude convencerlo. No puede ser, ¿se habrá salvado?, se preguntó atónito Rodrigo y levantó de la almohada la cabeza, preparándose a oír una revelación, la primera vez que Susana saldría derrotada por la castidad. Se convenció solo. Una noche no aguantó más. Se levantó los hábitos, se sacó el instrumento, hicimos el amor debajo de la luna. Una luna de miel. El acto fue algo torpe y rápido e incluso imprudente de su parte (pudo dejarme preñada, qué insensato) pues fue incapaz de interrumpir el embate. Una luna de miel brevísima, además, y singular. Al acabar de atravesarme con su arma, gimió como un ternero, de gusto y de dolor, de placer y también de culpa y arrepentimiento. Luego se puso tierno, me contó que era la primera vez, que era hermoso, pero que estaba triste. Que algunas veces, antes y sólo en sueños, algo se había salido de sus manos; que incluso en la adolescencia, por su propia mano, también. Pero que con una mujer nunca antes. Esos pecados de la adolescencia los estaba pagando todavía, me contó, pues se daba azotes con una cuerda llena de nudos, en la espalda, todas las mañanas, y llevaba un cilicio, que me mostró, atado al muslo, con unas puntas horribles que ya le habían dejado cicatrices. Le rogué que no se fuera a torturar después por haberlo hecho con una mujer, conmigo, le rogué que se perdonara, que no se maltratara, que se quisiera un poco, que quisiera su cuerpo siquiera un poco. No sé si lo hizo, no sé si se perdonó haberlo hecho una vez con una mujer, conmigo.

Nunca antes con una mujer. Y nunca más. Porque después no volví a saber de él. Recuerdo solamente sus últimas palabras, cuando nos despedimos esa noche: «Tu

nombre, Susana, es susto, tu nombre es susto, Susana». Eso fue todo. Tenía razón el monje, sí, Susto, esta Susana asusta, inspira susto, suspira susto, asusta, sí, Susana asusta. Lo esperé muchas tardes, en vano, a la salida del convento, en la curva de abajo, y luego frente a la puerta, hasta que un monje viejo salió a decirme, de muy mala manera, que dejara de husmear por allí, que me largara de una vez por todas con mi tufo de azufre nauseabundo. Comprendí. Mi monje, seguramente, se había confesado. Al menos yo apuesto a que se confesó. Apuesto que la penitencia fue guardarlo para siempre allá adentro. Apuesto que todavía se siente culpable de haber sido feliz por un instante en su vida. Lo apuesto y lo lamento.

Rodrigo se entristeció algo con el cuento del monje. En vez de celos tenía tristeza. Después volvió a considerar que tal vez, de todas formas, la vida en el monasterio daba como compensación una calma, una lentitud, un silencio alejado de este mundo ruidoso, que también eran importantes. No trabajar por plata, no madrugar para coger un bus, confiar en otra vida futura llena de deleites. Tal vez vivía engañado, ese monje, pero también muchos de los que viven en el mundo viven con otro tipo de engaños, más dolorosos, más malignos, más mezquinos y tontos, mucho peores. Susana añadió unas palabras que confirmaron lo que Rodrigo pensaba: *Él siempre me decía, como muy convencido: «Nadie es tan feliz, ni tan razonable, ni tan virtuoso, ni tan amable como el verdadero cristiano». Un poco pretencioso, pero, en fin, él creía que sólo haciéndose santo podía aspirar sin temor al reino de los cielos.*

Susana estuvo un rato en silencio. Un currucutú empezó a cantar. Susana dejó de pensar en el monje y se acordó —con el canto del ave— del ornitólogo. Rodrigo ya se estaba vistiendo, sumergido en elevados y trascendentes pensamientos. También esa noche, aunque algo circunspectos (sobre todo él, Susana alegre y suelta como siempre, como nunca), habían hecho el amor. Lo habían hecho pensando en las estrellas. Susana dijo:

—No me dejes olvidar que te cuente del ornitólogo. Es algo que tiene que ver con el pájaro. Más aun, con la insuperable belleza del ave del Paraíso.

Y después de tanta metafísica le dio un ataque de risa física, demasiado física.

Insomnio alrededor de la nada

Esa noche Rodrigo, como muchas otras noches en el momento de acostarse, tuvo miedo de no volver a despertarse, de ya no levantarse al día siguiente ni nunca más. Temía envejecer, pero algo aún más grave que el envejecimiento era la muerte. La muerte para él y para Susana que no creían en un más allá. La muerte, esa cosa aparentemente tan parecida al interminable período que había precedido el momento de su alumbramiento. Morirse. Haber sido testigo del mundo, espectador del universo, haber visto caras y pronunciado nombres y de repente nada, nada. La oscura noche silenciosa y perpetua. Sin sueños, sin recuerdo, sin presente ni futuro, la nulidad que había sentido una vez en la anestesia, cuando había sido operado del apéndice.

Envidiaba, a ratos, a sus amigos creyentes. También le daba rabia con ellos. Eran ingenuos, eran soñadores. No se daban cuenta de que la vida era esta, sólo esta. Que aquí terminaba, que no éramos eternos, incluso que el alma, como decía alguien, es mucho más mortal que el cuerpo. El cuerpo al menos dura unos años, se transforma en savia, en comida de gusanos, en abono, en cena de gallinazos, en compost, en algo. Pero del alma apenas si podía quedar un eco, un recuerdo, en las palabras registradas. Las palabras habladas y pensadas podían morirse antes que el cuerpo. Un daño vascular, una pérdida de conexión en las neuronas y listo, mudo o afásico por el resto de sus días, sin voz, sin palabras, sin escritura, como decir sin alma. El alma muerta y el cuerpo empeinado en seguir viviendo. Sacó el cuaderno. Se obstinaba en escribir, Rodrigo, en escribir las aventuras de Susana. Apuntaba la última que ella le había contado, la del cura, como para rescatar del olvido un fragmento de existencia. «Non omnis moriar», no moriré completamente, no morirás completamente, seminarista, quedarás en algún verso perdido de cualquier Horacio.

Al cura este ejercicio le parecería inútil, esta supervivencia en un breve recuerdo erótico, demasiado poco para alguien que sueña con la eternidad. Inútil pornografía. ¿Por qué tanta insistencia en apuntar los episodios del cuerpo de una mujer impura? ¿Pero era impura Susana?, se preguntaba Rodrigo y sólo podía contestarse que era la más pura, la más clara, la más limpia de las mujeres. Una mujer viva, vivísima, enfrentada con todas sus fuerzas y con todo su cuerpo al inquebrantable destino de la muerte. Él vivía furioso con ella; mientras Susana le relataba sus historias empezaba a hervir por dentro y todos sus prejuicios y papeles antiguos a floraban a la conciencia: machista, inquisidor, cura, déspota, tirano, verdugo. Pero cuando lo

pensaba mejor tenía que reconocer la honda pureza de Susana, su delicada delicia corporal, la manera deleitosa como tomaba las cosas del mundo, la intensidad con que vivía este breve paréntesis entre dos nada que era la existencia.

Ella se levantaba y gritaba con una gran sonrisa, ¡estoy viva, estoy viva, otra vez estoy viva, sigo viva, viva, viva! Ella vivía sus días como un milagro, como un milagro laico, ella quería gozar cada minuto, ella miraba el mundo con ojos insaciables. Quería apoderarse del mundo, vivir hasta el fondo el chiripazo de esta existencia suya sobre la Tierra. ¡Un chiripazo, un chiripazo!, gritaba, y aunque de toda esta experiencia mía no quede nada, esta es mi única oportunidad, la única, y tengo que vivirla con todas mis fuerzas. No, no me quiero morir, no me quiero morir nunca.

Tampoco Rodrigo quería morirse nunca. Pensaba que tal vez llegaría un día en que el cuerpo y la mente se resignarían a morir, dejarían de luchar, de aferrarse a los cinco sentidos de la existencia. Dejaría de luchar, se iría, los pulmones y el corazón dejarían de chupar aire y de bombear sangre, el esófago dejaría de contraerse para bajar la comida, los intestinos dejarían de moverse, los genitales dejarían sus deseos insaciables de gozar y de dejar descendencia. Esa era la orden inconsciente del cuerpo: ¡dejar descendencia! Ellos, Susana y él, copularían hasta el final de sus días sin dejar descendencia.

No quería pensar en eso. No quería pensar en los hijos que tendría o no tendría Susana, en los hijos que él tendría o no tendría. Quería pensar en ellos dos solos en el mundo, vivos, dos cuerpos que se quieren y se quieren conocer hasta el fondo del cuerpo y de la mente. La mente, el cerebro, el órgano mental, el órgano que produce ideas como bilis el páncreas, como ácidos el estómago, como cortisona las suprarrenales. Ideas, esas cosas sin peso, insaciables, esas cosas que apenas si pueden ser aferradas en parte por las imágenes y por las fórmulas y por las palabras.

No quería morirse. Quizá por eso mismo le costaba tanto dormirse. Le costaba mucho dejar de ser espectador del mundo. Pero al fin se durmió. Era necesario, era importante, para tener al día siguiente la difícil lucidez de seguir viviendo con toda la intensidad, con toda la curiosidad, con toda la creatividad de que era capaz. Lo único que le chocaba era que tantas palabras importantes terminaran en *dad*.

Vuelos del ornitólogo

Rodrigo, a pesar de su insomnio, madrugaba. Se iba de casa en casa (dos o tres visitas al día) detrás de pianos desafinados, con su diapasón, sus llaves, su estroboscopio, su paciencia, o si no había trabajo por fuera se iba a la oficina, y después de trabajar todo el día en sus partituras o en sus claves y cuerdas y teclas y manijas, se montaba en el carro, hacía rugir el motor, que soltaba una nube de humo negro, y salía disparado para la casa de Susana, en las colinas. Pasaba los controles del portero, el citófono, ignoraba los furiosos ladridos de los perros tras las rejas, pasaba el portón eléctrico, llegaba hasta la puerta y tocaba el timbre, si Susana ya estaba, o entraba con su copia de llaves, a esperarla. Ella le abría, casi siempre, y se abrazaban. También Susana había hecho su trabajo durante el día —era profesora de natación en una piscina para niños— y por lo general lo esperaba.

Lo primero que hacían, al reunirse, era empezar a cocinar. Platos árabes, chinos, orientales y también de los otros, occidentales y locales. Pasaban del ajíaco y los frisoles a las verduras chinas con hojas de menta y lascas de cerdo, a los quibbes de Arabia con yogur de pepinos o puré de garbanzos, a las tortillas mexicanas rellenas con pollo en mole de chile y chocolate, a las pastas italianas aliñadas con ajos, tomates, albahaca y pimienta. Cocinaban conversando y comían conversando sin parar de comer ni de conversar. Juntaban en el espacio de la cocina lo más carnal, la comida, y lo más espiritual, la voz. Después, cierta urgencia de la carne y del espíritu los llevaba a la cama. Allí hacían lo más espiritual y lo más carnal que hay: unir sus cuerpos, enteros, y también entremezclar sus genitales. Las caricias se apoderaban del pensamiento; el pensamiento se enloquecía de caricias. Hacían el amor con facilidad, con felicidad, con variaciones, apasionadamente. Al terminar, siempre, soltaban una carcajada de alegría y se volvían a abrazar largo rato. Después del largo rato conversaban de nuevo. En un momento de la conversación, Susana o Rodrigo se acordaban del cuento pendiente y entonces Susana empezaba a contar.

Ah, sí, el ornitólogo. Era un hombre rico y solitario. No tenía que trabajar ni le interesaba trabajar. Nada le interesaba demasiado, salvo las aves y ocasionalmente el sexo con amantes ocasionales. Organizaba excursiones por todo el país. A ver pájaros. Dotado de manuales, catalejos, binóculos, cámaras. Dotado a veces también de compañía femenina, de una mujer tras otra, de una mujer cualquiera, de una mujer de carne, pero casi abstracta. Yo lo acompañé una vez. Había frases que Rodrigo no podía soportar, y no sabía bien por qué. Frases como esa de «dotado de

compañía femenina». Era horrible y no entendía que Susana la pudiera usar. Otras frases de ella, en cambio, le gustaban, por lo llanas, por lo poco elaboradas, por lo corrientes, por lo poco poéticas y rebuscadas. Pero se estaba distrayendo, tenía que concentrarse en la historia del pajarero tan dotado.

Nos fuimos a ver pájaros a la Serranía de la Macarena. A mí ya sabes cuál es el pájaro que más me interesa de todos. Y yo ya se lo había visto. Magnífico, casi alado, largo, grueso, majestuoso, como nunca lo había visto ni lo he vuelto a ver. Como el Ave Fénix renacía de sus cenizas cada vez más lozano, más duro y flexible a la vez, más aguerrido. Sucedió en el intervalo entre mi primer matrimonio, con el pintor, y el segundo, con el profesor. Yo vivía unos meses de frenética libertad, liberada finalmente de los óleos, los lienzos, la trementina y los museos de arte moderno, los afiches de Kokoschka y las prédicas interminables del pintor sobre el romanticismo, sobre Degas, sobre Ingres y Rafael y Delacroix. Estaba harta, sobre todo, de esos basureros que ponen en los museos los instaladores, como un costurero de abuelitas, como un juego de niños, esas bobadas que llevan tanto tiempo de moda y que sólo se valen una vez porque después son ridículos. Me había ido al museo de antropología e historia natural (a los que nunca me llevaba el pintor) y estaba embelesada frente a una vitrina, mirando el espectáculo multicolor de centenares de pájaros embalsamados. De repente, en el vidrio, detrás de mí, vi la imagen reflejada de un hombre elegante, alto, que miraba los pájaros y miraba, incluso más que los pájaros, mis nalgas. Me hice la loca, la que no era conmigo. Seguí moviéndome hacia otras vitrinas. En la sección de los colibríes (y yo no sabía que hubiera tantas especies de colibríes) el hombre a mi espalda, sin sacarme los ojos de encima, empezó a hablarme. Me dijo que eran bonitos, pero que en la realidad eran otra cosa, otra cosa completamente distinta. ¿Sí?, le pregunté yo, y cómo es eso. Otra vez, un encuentro casual que ya va camino de la cama. Rodrigo sintió un retortijón en los intestinos, un vacío en los riñones, una acidez en el esófago, un desaliento en las manos, una ira en el miembro, una contracción en los testículos y una confusión en la cabeza que, junto con todo lo otro, le inundó la frente y la nariz de sudor. El agrio sudor de los celos que salía ya vinagre de su mente. Susana seguía, impertérrita, como una niña que pedalea despreocupada por un sendero del parque montada en su triciclo. Así hablaba, así contaba sus historias de cama, con la mayor inocencia, como quien cuenta que se comió un durazno maduro. Esquematisándolas un poco, sí, como por salir más rápido del paso.

Entonces él, atrevido, me dijo que era tan distinto como ver fotos de personas haciendo el amor y hacer el amor en persona. Claro, también él, cuando no se podía ir a la sierra, venía al museo a mirarlos, a repasar, así como cuando estaba solo miraba revistas pornográficas, para ayudarle a la imaginación. Pero que era mejor ir a la sierra, y mejor estar en compañía de una mujer que de una revista. Es como

si Susana tuviera un imán y los hombres, algunos hombres, lo descubrieran de inmediato. Un imán que los lleva a hablar de sexo con ella.

No me gustó ese tonito confidente sin siquiera conocernos, pero acabé por aceptar un café. Fuimos a tomárnoslo a la cafetería del museo. Más tarde, esa noche, fuimos a un restaurante y pedimos carne blanca, de aves. Salimos otro día con sus binóculos, por las afueras de la ciudad: vimos toches, azulejos y petirrojos, vimos vulgares garrapateros, pinches y más estilizadas garzas. Al cabo de esas dos salidas, fuimos a su casa. Al entrar se fue directo al equipo de sonido y puso algo para piano, muy moderno, pero suave y me explicó que era el Catálogo de pájaros de Messiaen, su obra preferida. Lo peor es que le resultan entre cultos y místicos sus amantes. Rodrigo pensó que jamás había oído completa una obra de Messiaen, y el pensamiento de que ese amigo del pasado de Susana pudiera ser más que él, musicalmente por lo menos, más que él, ya le daba una sensación de envidia, de rabia, ganas de decir que Messiaen era un compositor menor, mediocre y para colmo místico. Por suerte no lo dijo, hubiera sido pura rabia.

Poseía, el ornitólogo, una curiosa erudición. Imitaba a la perfección el canto de muchas aves. Una vez llegó a afirmar que su imitación del currucutú era superior al currucutear de los mejores currucutúes cantores que hubiera oído en su larga experiencia ornitológica. La rabia de Rodrigo iba en aumento. Esto de que el ornitólogo supiera cantar los cantos de los pájaros mejor que los mismos pájaros le recordó al Quijote. Le recordó la aventura del rebuzno, de ese hombre que sostenía que sabía rebuznar mucho mejor que los burros. Un burro, un burro tenía que ser ese maldito ornitólogo. Sabía también, y me ilustraba después de los largos coitos (tan largos que yo lo puse la avutarda, de tanto que se tardaba), que no era Aristóteles, como creían muchos estudiosos, el primer autor que hubiese mencionado alguna vez las loras, no. Que ya Ctesias antes que él, en el quinto siglo antes de Nuestro Señor Jesucristo, había descrito un pájaro que sabía hablar una lengua india y repetir todo cuanto se le dijese. Todo eso sabía mi avutarda ornitólogo, y mucho más. Ah, malditos sean estos que se dedican al conocimiento inútil, imprecó Rodrigo para sus adentros. Y volvió a recordar al Quijote, a ese estudioso que se había pasado su vida investigando quién había sido el primer hombre en estornudar en toda la historia del mundo. Buen oficio.

Tenía una lorita en su casa, y le había enseñado su propio nombre seguido por la frase «eres el más grande». La cosa me pareció algo egocéntrica. Pero le perdoné, en breve, porque lo más grandioso de él quedó evidente cuando se desnudó. Me quedé deslumbrada como ante un pájaro maravilloso y yo también le dije, como la lora, «eres el más grande». No tenía plumas, pero qué forma, qué textura, qué color. ¡Y sobre todo, qué tamaño! Ya había emprendido el vuelo y parecía preparado para una gran migración, como si tuviera que atravesar el Océano Atlántico. No tuvo

aquí, Rodrigo, ningún recuerdo del Quijote que lo socorriera para poder burlarse y menospreciar esa secreta dote del ornitólogo. Estaba quieto, fruncido, con la mente en blanco, derrotado. Ante esa virtud tenía que inclinar la cabeza, rendirse, declararse vencido. Nada había que hacer ante unos genes victoriosos que habían hecho eso, precisamente eso en el cuerpo de su enemigo de esa noche.

Y así fue. Nunca en mi vida he hecho el amor, seguido, por tan largo tiempo, como las veces que lo hice con el ornitólogo. Era ave de largo vuelo, el ornitólogo. De largo vuelo para hacer el amor, de largo vuelo para mirar a los pájaros. Estaba dentro de mí horas, muchas horas. Rodrigo nunca había estado horas dentro de Susana ni dentro de nadie: no era capaz. Se deprimía, se sentía como después de un partido de fútbol perdido siete cero. Derrotado, asfixiado. ¿Sería una solución matar a todos los hombres que fueran capaces de quedarse horas en el vientre de sus mujeres? No, no era una solución ni la podría llevar a cabo, si lo fuera, ni siendo sultán de Arabia. Había que resignarse a perder, a perder. Yo a veces me cansaba, a veces incluso dormía un rato. En este aspecto yo conozco todos los extremos, Rodrigo. Desde aquel que era vertiginoso como un rayo hasta este que, como los ríos, jamás llegaba a pasar totalmente. Después de darme mi cabeceada yo volvía a la realidad y él seguía ahí, meciéndose suavemente como un cóndor que planea sobre las alturas de los Andes, como un alcazaz en un benéfico remolino de aire. A veces se lanzaba en picada sobre mí. Era algo arrebatado, arrebatador, apremiante. Se apoderaba de todo mi cuerpo, parecía morderme a picotazos el útero, llegaba, se salía con la suya, se elevaba con su presa en el pico. Y renacía al poco rato, como el Ave Fénix. Hasta alusiones mitológicas me tengo que aguantar con este prodigio de la naturaleza. Qué humillación. Estoy jodido.

No, no temas, Rodrigo. No pongas esa cara de trigo rancio, esos ojos vidriosos de pescado recién pescado. Yo no voy a dejarte por el ornitólogo. Él es del pasado, a él no le interesa conversar conmigo, cocinar conmigo, tampoco, ni siquiera le importa mucho volar conmigo o con cualquier otra, aunque vuele muy bien. Él prefiere, ante todo, el sonsonete de su lora amaestrada que repite desde hace años lo mismo, «eres el más grande, eres el más grande» y puede que hasta diga «tienes el más grande». Y sobre eso no hay duda, Rodri. Pero ya que te cuento esto te quiero confesar algo que las mujeres casi nunca confiesan, y es muy cierto: a nosotras sí nos interesa el tamaño, el tamaño sí importa o, mejor dicho, las mujeres los prefieren grandes. No descomunales por largueza o calibre, pero sí notorios cuando se dejan ver al aire libre, cuando se liberan de los calzoncillos. Las mujeres no lo confesamos muy abiertamente porque nos da vergüenza; algunas se refugian en eso de que lo importante es el uso, pero en esto es muy cierto aquello de que todo entra por los ojos, y también por los ojos empezaba a entrar eso. A Rodrigo siempre le daban rabia estas confesiones. No le gustaba que ella se entusiasmara ni siquiera con las

formas lejanas y abstractas de la pantalla, menos con los recuerdos reales. Sus celos incluían a los galanes de celuloide, y con mayor razón a los tipos desnudos, jóvenes y apuestos. Una vez, al amanecer, después de una noche en apariencia serena, ella se había despertado feliz, de un humor delicioso, y le había contado que toda la noche se la había pasado soñando con el miembro tieso de Brad Pitt. Era demasiado para él, tener que competir hasta con los actores.

Ahora lo había puesto a competir con el pájaro del pajarero. Él no hablaba de detalles corporales de las mujeres con sus amigos. Hablarle a alguien, por ejemplo, del pecho de Susana, o de su delta más interesante, le parecía como desnudarla y mostrarla ante otros, y sus mismos celos le impedían hacer ese ofrecimiento, suponer que otros hombres pudieran siquiera imaginarla, pensar en ella sexualmente, desear ese objeto dibujado con palabras. Pero Susana misma le había dicho que ella con sus amigas, o al menos con Pilar, sí comentaba las formas de todos los miembros que había visto o experimentado en su vida. En Medellín es muy difícil hablar del asunto porque la variedad de nuestras palabras para ese instrumento era bastante pobre. Con un léxico tan exiguo era casi imposible escribir una historia erótica. ¿Cómo referirse a una parte del cuerpo que casi no tiene nombre? Aquí no tiene nombre, mudo, enmudecido, enmudecedor, había que apelar a la palabra infantil: pipí.

Susana seguía hablando. *Claro que los mejores son los que uno ve de verdad verdad, los vistos en vivo y en directo. Los vistos y los tocados. A mí me parece que... No sé, siempre me he equivocado cuando toco encima del pantalón. Como que la mano exagera la cosa; la mano es muy optimista. Una vez, con un novio enorme que tuve, me pasó eso. Medía como uno noventa y pesaba casi cien kilos. Después de los besos lo toqué ahí y me pareció palpar una inmensidad, algo descomunal. Estaba entusiasmadísima. En cambio después se desviste ¿y qué pasa? Nada, era chiquito, menos que común y corriente, triste. Me acordé de un versito: «Y eso que soñé grande, cómo fue diminuto, y tanta y tanta sed para un minuto». También he tenido la sensación, tocándolos sin verlos, de que son flores. Sobre todo con la luz apagada, a oscuras, acariciando con las manos, he tenido esa sensación, como de flor que se abre. Y eso que son largos, más bien como ramas o troncos, como árboles en miniatura, como árboles. En la forma son árboles y en la textura flor. Y son flores también en eso de que duran poco. No te rías. Es verdad. Tan florecidos, tan arrogantes, tan duros, y de repente, traque, nada, inofensivos, muertos, vueltos nada. Sí, van de un extremo a otro. Pero siquiera son flores que vuelven a florecer muchas veces. Hay una cosa rara en ti, Rodrigo. Todos los hombres siempre preguntan, acaban preguntando cómo lo tienen. Tú nunca me lo has preguntado y te lo voy a decir, para que ahora no pienses que el ornitólogo te superaba en mucho. Era más grande, sí, pero tú estás muy por encima de lo normal, no te preocupes.*

¿Sabes cómo es el tuyo, Rodrigo? Es bonito, pulido, grande. Pero muy susceptible. Es muy tímido, parece una monjita pudibunda. Suena el teléfono y se desinfla; ve algo que no le gusta y se desinfla; le hago un chiste y se desinfla. Y cuando está bien caliente, la cabeza parece una carita, a veces feliz. Parece que estuviera rezando, y a veces la veo como en éxtasis, en éxtasis místico. Y después de que acabamos es como si se envolviera en el hábito, como una pura monjita, tímido, recogido, casi triste, casi mustio. Pero cuando crece es grande, casi como el del ornitólogo. Para mí, digan lo que digan en los libros, el tamaño sí importa. No es que allá abajo se sienta muy distinto, a no ser cuando entra. Después es muy parecido. Pero ver un pipí muy chiquito cuando está parado, es triste. Es más erótico cuando son grandes. A la larga no importa, a uno se le olvida, como me imagino que a un hombre, si una mujer le encanta, no le importa que tenga las tetas muy chiquitas. Pero grande es mejor, no es nada emocionante que sea chiquito. Será por eso que ustedes viven tan horrorizados con el propio instrumento, nunca saben si sí vale la pena o si es despreciable. ¿Sí has visto lo preocupados que viven los pobres hombres con el tamaño? Todos, en eso sí, son casi idénticos. Da hasta risa. Siempre acaban preguntando. Dizque muy despejados, como quien habla de otra cosa, y lanzan indirectas para que uno les levante la autoestima y los consuele. Para que uno los tranquilice y les confirme que está bien, muy bien, que mejor ni Supermán.

Esa es una de las cosas más sorprendentes de los hombres, admitió Rodrigo. Lo increíble es que una fuente tan grande de placer sea una fuente tan grande de inseguridad. Si ellas no nos confirman que estamos bien armados, nos sentimos derrotados. Y aunque nos lo confirmen, muchos seguimos inseguros. Cada vez que preguntan los hombres, se ponen todos paranoicos y notan con desconfianza que ya tenemos las respuestas listas, porque, ¿qué más les puede decir uno, sino que son magníficos? De lo contrario se deprimen o no vuelven. Es un círculo vicioso: uno les dice lo que quieren oír, y como uno les dice lo que se están esperando, entonces desconfían de la sinceridad de lo que uno dice y se quedan sin saber la verdad. Un amigo sincero me dijo una vez que la mayor duda de su vida, e insoluble, era la del tamaño de su pipí. Tanto que dijo que iba a poner en su lápida: «Aquí yace tal y tal: nunca pudo saber si lo tenía grande o chiquito». Al pajarero no, eso sí, nunca tuve que decirle nada, o se lo dije con tanta seriedad y sinceridad que para él fue solamente una confirmación de lo evidente. Nunca he vuelto a ver nada igual, ni en las películas. Susana se calló un momento y Rodrigo no quiso preguntarle en qué estaba pensando, por lo obvio.

Fue bonito, no lo niego y no reniego, por qué habría de hacerlo, pero con él sentí la soledad que no siento contigo, al menos que no siempre siento contigo. La soledad con él era una cosa con plumas, como dijo una célebre poetisa, y la soledad yo no me la aguanto ni con plumas, la soledad es tan maravillosa que hay que compartirla

con alguien, dijo un calvo, y no con alguien como el ornitólogo. ¿Se consolaba, podía consolarse, era esto un consuelo? No. Y sin embargo le disminuía la piquiña en la cabeza, le sudaban menos las manos, le daba menos rabia en el miembro, se le relajaban los huevos, respiraba menos agitado, la miraba con menos odio, tenía que agradecerle que no todo lo de su enemigo fuera tan perfecto como su pájaro.

Me di cuenta de esto en la Serranía de la Macarena. En medio de un paisaje maravilloso, ambos, el ornitólogo y yo, estábamos solos, queríamos estar solos. Hay personas que despiertan nuestro altruismo y personas que nos exacerban el egoísmo. El ornitólogo y yo, juntos, nos despertábamos el egoísmo. Y por eso, a pesar del magnífico vuelo de los pájaros, la cosa no duró. El puro sexo, el sexo a secas, por bueno que sea, no basta. Esto es una banalidad, Rodrigo, pero es cierto. Por eso no creo que lo del pajarero vuelva a repetirse. Puedes estar tranquilo, al menos mientras tú de verdad estés conmigo, Rodrigo, mientras contigo yo no me sienta sola. Él a veces me llama y me dice que a la orden, que lo use cuando quiera y cuando necesite, pero si estoy contigo yo no lo necesito, por grande que lo tenga y aunque tú lo tuvieras menos grande de lo que lo tienes. Había tal vez, en esta última frase, al mismo tiempo que un mensaje de seguridad, también una amenaza. Pero era una amenaza placentera. La abrazó. No quería que se sintiera sola. Apoyó su cara contra el cuello, respiró hondo. No dijo nada. La derrota no lo dejaba hablar. Se consoló pensando en la dignidad que tienen a veces los derrotados, en la detestable arrogancia que muestran a veces los victoriosos. Se consoló pensando que era una arrogancia injustificada creerse lo mejor del mundo tan sólo por el hecho azaroso de tenerlo más grande y más hermoso que el de los demás. Se consoló. No mucho. Pero en algo.

Insomnio radial sobre la desconfianza

Puso la radio al llegar a su casa. Por la emisora de la Universidad el judío Itzhak Perlman tocaba un concierto para violín del soviético Jachaturian. Trató de recordar la cara de Perlman y la biografía de Jachaturian. A su memoria llegó la cara de un amigo de rostro semita y pocos datos sobre Jachaturian. Recordó la voz del amigo que decía: «La música de Jachaturian, a pesar de ser del siglo xx, es estrictamente tonal, estrictamente tonal». Rodrigo sabía bien lo que quería decir tonal, y gráficamente lo definía como las melodías que se pueden silbar y aprender fácilmente de memoria. Lo que ahora tocaba Perlman, en efecto, aunque rapidísimo, se podía silbar. Intentó repetir lo que oía, silbando, y lo silbó, idéntico, aunque con otro instrumento.

Cuando no podía dormir, cosa muy frecuente, sus ideas se desgajaban y ramificaban como un chamizo. Por el tronco chamuscado del chamizo, sin embargo, todavía pasaba la savia de Susana. Era en ella y en su nueva situación en lo que quería pensar cuando la voz del locutor lo distrajo con el anuncio de que A continuación escucharemos el concierto para violín en re menor de Aram Jachaturian interpretado por el violinista Itzhak Perlman bajo la dirección... no, no se acordaba bajo la dirección de quién ni para cuál orquesta. Tal vez Israel, tal vez.

Ella ya estaría durmiendo en su apartamento en las colinas. Él no podía dormir en el suyo, los ojos abiertos contra un techo que no veía, las notas silbables por el altavoz del radio. Sin poder suprimir el pensamiento, sin poder siquiera pensar en lo que de verdad quería pensar, su mente divagaba. ¿Podía el pensamiento parecerse a una música tonal o atonal? ¿Y cuáles eran sus pensamientos? Más que pensamientos tenía una terrible, visceral sensación de desconfianza. Había algo en Susana que le producía una honda desconfianza. Intentaba definir qué era, pero no hallaba los motivos con claridad.

Lo más obvio —el relato cotidiano de sus historias pasadas— no era suficiente, precisamente por demasiado obvio. Eso generaba una desconfianza inmediata, pero no tan honda. Había algo intuitivo, no dicho, algo no racional ni razonado que le hacía encender por dentro una alarma de peligro. El problema, sin embargo, consistía en que era una sensación difícil de racionalizar y de situar. Era como una adivinación, como un presentimiento de dolores futuros. Él sabía o por lo menos creía que las intuiciones y los presentimientos existen de verdad; estos forman parte de un instinto de la especie que se ha formado durante millones de años en partes

muy oscuras de su ser, alojadas en regiones anteriores al pensamiento. Tal vez las intuiciones y los presentimientos, pensaba, estén formados por una red de percepciones no del todo conscientes y que si no siempre, al menos muchas veces, remiten a algo real. Su misma razón le decía que tenía que hacerles caso a esos presentimientos, que no debía despreciar sus intuiciones y sensaciones, así no fueran del todo sensatas, así estuvieran tejidas por un hilo invisible que ocultaba la trama, las causas, los efectos, pero que enviaban un mensaje claro al cerebro y al cuerpo: ¡Alerta, alerta, ten cuidado, estás en peligro!

¿Quién le enseña al pájaro a desconfiar de la serpiente de colores muy vivos? ¿Quién le dijo a la gacela que tenía que correr al percibir cierto olor? Hay mensajes cifrados de la realidad que no son descifrados por la parte racional de nuestro cuerpo, sino por algún receptor que tenemos dentro de nosotros y que es —al mismo tiempo— mucho menos ciego que los ojos, mucho menos bruto que la razón, y mucho más oscuro y difícil de definir que ellos. Hay cosas que nuestra intuición no descifra como una idea sino como una sensación, como un vago sentido: de agrado, de tranquilidad, de alarma. El presentimiento no era un poder secreto o esotérico que poseyeran algunos mortales especiales; todos estamos dotados de ese poder. Sólo que no es racional: está hecho de recuerdos que no tenemos presentes y hecho de la memoria de la especie, que sabe más por vieja que por cualquier otra cosa.

Era una tragedia de las sensaciones: muchas veces Susana, a esa parte oscura de su percepción, le despertaba sensaciones de alarma, de peligro. Y Rodrigo no sabía, no estaba seguro de si eran puros prejuicios culturales o si de verdad tenían que ver con el pasado intuitivo de su animalidad. No sabía si hacerle caso a su instinto (que le ordenaba: ¡huye!) o a su corazón (que le latía: ¡quédate!) o a su razón (que no se definía y como un péndulo le aconsejaba: ¡huye o quédate!, ¡decapita o entrega tu cabeza!).

Así mismo el vaivén de Jachaturian. Así mismo el arco del violín del judío Itzhak Perlman: huía y se quedaba, se quedaba y huía. Tocaba y se fugaba, quería irse y quedarse al mismo tiempo. Toccata e fuga, toccata e fuga. Tocar a Susana y luego huir de ella.

Ordeños de don Bertulfo, el ganadero

No había animales en el apartamento de Susana. Ni perros ni gatos ni pececitos rojos. Ni siquiera un canario o un pájaro cantor en su jaula de plata. Había tenido un perro, es verdad, pero hace años lo había regalado, después de que le arrancara el labio superior, de un mordisco, a un amigo flautista. El amigo había perdido el don del soplo y ella había perdido millones en psicoterapeutas y cirujanos plásticos. En todo caso los animales, varias veces, habían formado parte de sus aventuras y a la noche siguiente, después de haberse comido unas alitas de pollo al horno, el recuerdo de unas gallinas la condujo a hablar de don Bertulfo, el ganadero.

Al ganadero, el hombre que tuve antes de conocer a mi primer marido, no le gustaba mucho hacer el amor: don Bertulfo pisaba duro, hablaba duro, comía haciendo ruido, eructaba y se tiraba pedos sin recato, pero en cuanto a la cama era frío como una vaca Holstein, el sexo con él era tan emocionante como una inseminación artificial, como una fecundación in vitro, como una clonación con células de la espalda.

Sin embargo, como eran buenos tiempos y como yo lo amaba, o creí amarlo por un tiempo, al principio yo deseaba ardientemente que hiciéramos mucho el amor. Él, para no reconocer que no quería hacerlo, en el momento de acostarse decía que iba un momento al gallinero, a reparar con alambre un roto de la malla, o al establo, a revisar los calores de las vacas horras. Yo me ponía o me quitaba mi pijama de seda y lo esperaba ya bien dispuesta para lo mejor, con eso allá abajo humidísimo, tensísimo. Pero él no volvía, no volvía, prolongaba su paseo por el establo y por entre las vacas, dizque revisando las terneras, curando las ubres, ordenando los destetes. Le interesaban más las ubres de las vacas que mi propio pecho. Se demoraba horas hasta que yo, al fin, me quedaba dormida. Al despertar, al día siguiente, ya no estaba a mi lado, había madrugado para ver el ordeño, antes del amanecer, o a revisar los nidos de las gallinas cluecas. Por una vez Rodrigo sentía menos angustia ante un recuerdo de Susana. Ella siempre era la que deseaba, pero lo grave era que sus amantes —en la mayoría de los relatos— respondían con ímpetus iguales. Le daban menos celos del ganadero, en cambio, precisamente porque se veía que no podría ser nunca pareja para Susana, que Susana nunca podría aguantar por mucho tiempo un tipo tan frío.

Después ensillaba y salía con el mayordomo a recorrer la finca, a contar el ganado y revisar las cercas, a medir el agua de la quebrada, a observar cómo iban

el sembrado de maíz, el platanal, los frutales, las yucas. Llegaba a la hora del almuerzo y después de almuerzo yo lo invitaba a hacer la siesta, para que descansara. Para que descansara, le decía yo, pero era para ver si al fin yo descansaba de esa ansiedad que sentía aquí en el cuerpo. Él me decía que sí, que lo esperara, y yo me acostaba a esperarlo, desnuda bajo las sábanas, segura de que no tardaría. No llegaba tampoco y después de mi siesta obligatoria —me quedaba dormida sin ganas de dormir y me despertaba de más mal genio que nunca— salía a buscarlo furiosa y él me explicaba muy campante que se había acordado de que había unas yeguas en celo. ¿Por qué, se preguntaba Rodrigo, en los relatos de Susana hasta los animales viven en calor?

El toro montaba sus vacas, el gallo cubría sus gallinas, el perro se quedaba anudado a la perra, los gansos retozaban, los caballos también, hasta las moscas se perseguían en el comedor y las avispas en el patio. Sólo yo quedaba sola, tendida en la cama, esperando a que el ganadero tuviera ganas, pero nunca tenía ganas. Hasta que me di cuenta, por pura casualidad, de que sí tenía ganas, y muchas, pero no conmigo. Ni conmigo ni con otras ni con otros: sólo consigo mismo. Un día, en mitad de la noche, me obligué a despertarme y me forcé a levantarme. Recorrí la casa de la finca, y en el cuarto de al lado, tendido boca arriba, ¿qué veo? Lo veo dedicado al ejercicio solitario. Meticuloso, insistente, el cinco contra uno, san Francisco de Asís, el dulce hermano dándole la comida al pájaro en la mano. No es que yo me ofenda, Rodrigo, con los hombres que se masturban. Sé que todos lo hacen, que el vicio se coge en la adolescencia y ya nunca lo dejan, ni en el hospital, estando ya al borde de la tumba. Pero volví a salir, otras noches, tanto en la finca como en la casa, y siempre lo encontré en las mismas. También de madrugada, bajo la ducha, dedicado al placer de sí mismo. No era frío, el ganadero, era egoísta, se bastaba a sí mismo, y eso es muy humillante.

Aunque una que otra vez lo hiciera también conmigo. Porque no puedo exagerar hasta el punto de decir que nunca nos acostamos. Pero yo ya sabía y me daba cuenta de que aunque él no era helado del todo, como el eunuco, sí lo hacía como muy a la fuerza, como sin entusiasmo, como con rabia de tener que salirse de sí mismo, como intentando no mirarme sino concentrarse en su soledad. No sé cómo describírtelo, o sí, mira, era como una plancha que no está mala del todo, que calienta un poquito, pero no mucho, que se queda tibia, que hace el trabajo a su pesar. Sí, él era una plancha tibia cuando estaba conmigo, y consigo mismo un horno crematorio, ardiente, que lo consumía solo. Lo tuve que dejar. Ahí fue cuando cambié la vida bucólica y silvestre por la de los artistas. Lo tuvo que dejar. En eso estaba la clave y el temor para Rodrigo: que también a él, algún día, ella lo tuviera que dejar. Pero ¿por qué se preocupaba tanto? ¿Acaso él no la deseaba como a nadie, acaso no estaba seguro de poder seguir siendo con ella como hasta ahora por años y años? No, no

debía sentir tanto miedo, para él no había comparación entre el amor con ella y, digámoslo así, el amor propio. Era como comerse una comida fría o una comida caliente, el día y la noche.

Conocí al pintor que fue mi primer marido. Hice un viraje brusco: de los caballos a los caballetes, de las sogas que me ataban a los lienzos que me dibujaban. Era curioso, tan macho que parecía el ganadero, con su par de bigotes mexicanos, con su voz recia de hombre montañero, con su olor a boñiga, con su voz gritada, con sus piropos callejeros, pero a la hora de la verdad no le importaba, era frío y distante como un cactus, evasivo como un molusco encerrado en su caparazón de ocupaciones, encerrado en sí mismo y bastándose a sí mismo.

Rodrigo y Susana, entonces, se pusieron a hablar de la frialdad. De los hombres fríos, de las mujeres frías. Él recordó una frase famosa: más que personas de gran castidad, hay personas de pasiones débiles. Cuando la pasión era tan fuerte como ellos dos la sentían, no había órdenes de castidad que valieran. Para los fríos era más fácil, era otra cosa muy distinta, los fríos eran castos sin gracia, sin esfuerzo. Engreídos y orgullosos de su pureza y bondad, pero en últimas castos tan sólo por hacer lo que en el fondo les dicta el cuerpo. Son de esos que dicen que el sexo es una cochinateda, algo aburrido, cansado, repetitivo, maluco. Todo porque no les gusta ni lo conocen bien, o porque le temen al sexo de verdad, que es entre dos. En realidad había mucha gente así, y tanto Rodrigo como Susana habían tenido siempre muchos problemas por haber revelado siempre su pasión por el cuerpo, no sólo por el propio, sino por el del otro. Los veían mal, los criticaban, los veían como personas dominadas por el sexo, como mentes lujuriosas a merced de sus bajos instintos. Pero no, al contrario, como vivían el sexo plenamente, el resto del tiempo lo podían dedicar con tranquilidad a muchas otras cosas, sin pensar más en ello, satisfechos. Viven más obsesionados por el sexo los que poco lo practican.

Esos bajos instintos que hacen girar el mundo, pensaba Rodrigo. Esos vastos instintos, esos febriles, fuertes, indomables instintos que producen placer y dolor, delicias y problemas. Sí, también problemas, al fin y al cabo, porque no todo ahí son éxtasis y clímax. Problemas. Y no pensaba en los más evidentes, como las enfermedades venéreas (sigilosas sífilis, hediondas gonorreas, mortales sidas, fastidiosos herpes, insidiosos papilomas), sino en esos otros más escondidos y dolorosos, menos corporales y más espirituales: los celos, las penas de amor, los odios por el enemigo, las ganas de decapitar, el miedo a las traiciones y la tentación de traicionar. Y por detrás, camuflados como si nada tuvieran que ver con el sexo, las ansias de poder, de dinero, de fama, de juventud, que en el fondo encerraban un anhelo de no dejar nunca de gustar, de tener siempre la posibilidad de conseguir a alguien con quien yacer abrazados, en fogoso o sereno intercambio de humores corporales.

Madrugada

Abría los ojos con afán de estar despierta. Se deshacía de sus sueños con la misma indiferencia con que se quitaba la camisa de dormir. Se levantaba de prisa, como si un resorte del colchón la arrojara al suelo con un pinchazo en el lomo. Corría al baño y le daba impaciencia que el agua caliente se demorara tanto en salir, en desalojar el agua fría. Al sentir el aguacero tibio sobre su espalda, se enjabonaba precipitadamente y así mismo se secaba con la toalla, lijándose la piel como con furia de no poder estar seca en un instante. Ponía a calentar el fogón mientras llenaba y cerraba la maquina del café, al tiempo que clavaba (con la otra mano) dos tajadas de pan en la tostadora. Desayunaba de pie frente al poyo de la cocina y al café negro le echaba leche fría para poder tomárselo a toda marcha, sin tener que dejarlo enfriar, ahí, parada, sin siquiera sentarse. Al fin, cuando se montaba en el carro y arrancaba, veía que iba a llegar muy temprano al trabajo, mucho antes de la hora de entrada. Entonces sentía su primer sosiego del día, la invadía una especie de serenidad de último momento y, al fin relajada, de acuerdo con el tiempo, manejaba muy despacio, ponía música. Salía de los parlantes esa nube de ruidos armoniosos y de repente se sentía hundida en un remanso que contrastaba con la agitación que había sentido desde el mismo momento en que había abierto los ojos.

Avanzaba despacio entre el tráfico, pero la música que oía no era lenta. Ponía una emisora de música *rock*, casi siempre, y cantaba, cantaba, movía el cuello y los brazos y las piernas, movía todo el cuerpo sentada en su Volkswagen. Bailar sentada era su primera gimnasia matutina, casi un calentamiento. Se calmaba, se le arreglaba la vida, la música le daba una sensación de alegría, de plenitud, de mañana feliz. Dejaba de correr desbocada y no le importaba el tránsito abigarrado ni los pitos de los carros ni los semáforos en rojo ni el ruido de las motos ni los coqueteos de los que pasaban y la miraban y le gritaban cosas: «¿Por qué tan feliz? ¿Por qué tan hermosa?», pues los hombres que pasaban a su lado no podían ni creer que alguien fuera al trabajo tan feliz y tan hermosa.

Le encantaba ser cumplida, llegar antes, tener tiempo. Tal vez corría tanto con el único fin de que el tiempo le sobrara. En todo lo rutinario, en lo corriente e indispensable, hacía lo posible por ahorrar tiempo; corría, volaba, se apuraba, afanaba a los demás, se desesperaba. Y lo hacía para más tarde poder entregarse, a sus anchas, a lo inútil, a lo inesperado. Después de despachar como un rayo todo lo rutinario, se entregaba a los tiempos vacíos, a los tiempos que llenaría con su gusto y

su voluntad. Después de haber corrido por horas como una obsesa, se dejaba ir tras el placer del tiempo muerto con una lentitud sensual. Usaba la rapidez del alba para poder sumergirse después en la paulatina lentitud de la oscuridad con que llegaba el ocaso.

Susana era el contraste, era los bruscos cambios de ritmo, de la celeridad a la serenidad. Usaba relojes ordinarios, desechables, de esos que casi los regalan por baratos y que al cabo de unos días se quedan parados a las ocho menos cuarto o en el peor momento, pero por compensar esa elección ordinaria usaba dos, uno en cada muñeca, porque también era esclava de las horas y tenía la neurosis de retrasarse, de incumplirle a alguien, de no llegar a tiempo. En todo caso salía siempre con tanta anticipación que cuando iba a llegar podía casi detenerse y entregarse al deleite musical o a la pausa contemplativa. Lo mejor de ir a tiempo es que dentro de la burbuja de su carro podía dedicarse a sentir la música, a no pensar en nada, sólo a sentir la música y a irse con ella a esas regiones de la insensata felicidad que dan el ritmo, la melodía, los acordes.

Esa era su relación con los minutos, pero así mismo contaba sus años, con angustia. Había notado que en su niñez, o al menos en su recuerdo de la infancia, el tiempo no pasaba. En cambio, y esto lo comprobaba año tras año, había visto que el paso del tiempo venía acelerando su ritmo con el cambio de los años. Temía que si esa aceleración seguía constante, al final de su vida sentiría el paso del tiempo como un rodar por un despeñadero, como una caída libre desde un precipicio hacia el barranco oscuro de la muerte. Sus días eran rápidos por la mañana y lentos al atardecer; su vida, en cambio, le parecía lentísima al comienzo, con esas jornadas y esos años interminables de la infancia, y parecía ir acelerándose cada vez más.

Por eso corría y frenaba en seco, embalaba y paraba. Hacía lo posible por volver a tener otra percepción del tiempo. Lo intentaba todos los días, por la tarde, pero en realidad sólo podía lograrlo durante dos semanas al año, cuando se refugiaba en una cabaña en el Pacífico. Allí volvía a sentir una cadencia más natural, más humana, recuperaba la esencial lentitud de la vida (y también su delicioso y escaso silencio pues allí no había electricidad ni música ni radio ni cantinas ni ruido) y volvía a sentirse pulsar con el ritmo de las olas y del viento, de las quebradas dulces que caían al agua salada, de los alcatraces que iban a pescar o volvían de la pesca, de las ballenas jorobadas que emergían y volvían a hundirse sobre la raya del horizonte. Era capaz de demorarse horas viendo caer el agua de las quebradas en el agua del mar: la lentitud de los arroyos en la furia del océano era como su lentitud de esos días frente a la furia del año.

En esas dos semanas largas volvía a no sentirse extraña, excéntrica, un bólido unido a otros bólidos subidos en un mundo parsimonioso y extraño. El mundo y ella misma, por una vez, iban al mismo ritmo, feliz, parsimonioso. Jamás, en esas dos

semanas de calma, añoraba los paréntesis de música; parecía plena, satisfecha, sin tener que acudir a su droga musical para evadirse de la rutina. Recuperaba un paso más humano, una percepción de las cosas que parecía ir al unísono con los larguísimos tiempos geológicos de la Tierra, y no con los agitados ritmos moribundos y televisivos de los hombres de su época.

Tal vez, pensaba, había escogido a Rodrigo por lento. Tal vez él pudiera ser un ancla, una rémora que le diera a sus días otro paso menos agitado. Porque también sus dos esposos habían sido rápidos, desaforados, aguijones de tábano que la espoleaban y le pedían más, más, más. Creía en la lentitud de Rodrigo, en su paso de buey seguro, lento y seguro. Ah, poder tener, a veces, la parsimonia de una vaca sagrada de la India. Aunque también era hermoso brincar y correr como un potro, en una colina, bajo un cielo lleno de luz, azul intenso, azul postal, azul pastel, azul con nubes blancas. Y hermoso caminar como un nómada, sin rumbo fijo, por un sendero de montaña inundado de verde, salpicado de humedad, con ese aire filudo que pica en la nariz, con esos rumores de aves, de agua, de viento, que invitan a pensar, a descansar y también a seguir.

Le fascinaban los cambios de ritmo y por eso amaba esos saltos de cadencia que son los distintos movimientos en la música. A veces vivía (casi siempre) como en un *allegro assai* o *allegro agitato*, pero añoraba y buscaba y esperaba para su vida también algunos períodos de *lentissimo*, de *larghissimo*. Sí, quería en su relación con Rodrigo algunos *allegrettos* —como hasta ahora—, pero también lentísimos adagios. Si Rodrigo no la obligara tanto a hablar de su pasado —porque sentía que Rodrigo la obligaba—, ella podría dedicarse a ese nuevo ritmo, más lento y armonioso, que percibía en su feliz relación con él. Ah, poder dejar el afán, la prisa, el desasosiego, la carrera, poder acostarse a ver pasar las nubes en el cielo, a sentir crecer los árboles, moverse los planetas, descender las pelusas, ocultarse el sol, aparecer la luna, caer la lluvia y evaporarse el agua. Poder ser ella misma. Y gozar con él, pero no buscar más, no agitarse más, no acostarse con más hombres (por ahora o incluso para siempre), tampoco arrepentirse de nada, pero cambiar de ritmo, dejar de correr y empezar a caminar, dejar de entregar testimonios en una infinita carrera de relevos, y andar de la mano de Rodrigo, sosegados ambos, por un fresco sendero de montaña, verde abajo, arriba azul, y en medio ellos, color carne.

Tremendas trementinas de un pintor

Yo volvía desesperada de la finca del ganadero. Empezó Susana otra noche, boca arriba sobre la cama, cogida de la mano de Rodrigo, hablando rápida y entrecortadamente, como siempre, exagerada, como siempre, exaltada, como casi siempre. Y Rodrigo a su lado pendiente de sus palabras, al acecho de sus historias, hurgando en sus recuerdos como un minero en el mejor filón de un socavón, queriendo saberlo todo hasta el último detalle, como siempre, y también como siempre sufriendo con las palabras de Susana, con el recuento de sus historias de cama contadas en la cama, evocadas en la cama, como siempre. Desde el escenario de la cama, los dos desnudos, tomados de la mano, seguían hablando de otras camas, de las camas en que ella se había acostado acompañada, como siempre.

De otras camas y otros hombres que Susana no pintaba con técnica figurativa. No hacía ella de sus amantes retratos psicológicos, no se sumergía en honduras humanas, en dramas dialécticos, no intentaba penetrar los últimos motivos y los móviles finales de su comportamiento. Susana era, ante todo, una exagerada, una que sabe que sólo en la exageración nos entendemos, y para exagerar usaba el viejo truco de la caricatura. No era pintora de paisajes bucólicos, con río cristalino, colinas armoniosas, vacas en claroscuro, pastor en siesta y casitas reflejadas en el agua; tampoco pretendía hacer retratos del Renacimiento, donde el alma del personaje parece que se toca hasta en los botones del traje. Ella era rápida y describía a los brochazos, como pintaba ese pintor que había sido su primer marido, sin pulir, sin arrepentimientos, dejándolo todo como salía al primer trazo.

Rodrigo alguna vez había visto al ganadero real, el último novio de Susana antes de casarse con el pintor, y el hombre no se parecía para nada a su retrato, ni siquiera parecía un ganadero, si es que los ganaderos tienen cara de algo; era un tipo suave, de ademanes cultos, con un bozo ralo, triste, más con apariencia de pianista de cabaret que de criador de ganados. Pero Susana escogía señales particulares de sus amantes para transformarlas, para extremarlas, para verlas a través del cristal de su conciencia deformada y su memoria incierta. Susana, además, perseguía la liberación de la risa, que es el mejor camino del olvido, y no buscaba para nada la belleza del recuerdo, la fijación poética, el buen estilo, no. Ella soltaba palabras desbocada, boquisucia, lengüilarga, sin pensarlo mucho, sin detenerse jamás, sin ninguna prudencia, sin titubeos, como hablan las personas que no viven pendientes de sí mismas, que no se embelesan en sus propias palabras, que no les gusta oírse

hablar sino hablar a secas, hablar, hablar, sacar de la cabeza todas esas ideas y palabras que se agolpan en el cráneo y luchan por salir por el agujero oscuro de la boca. Y Rodrigo, al volver a su casa, las copiaba tal cual, sin pulir los arrebatos, sin dorar la píldora, sin mejorar los colores, atenuar los bordes o suavizar los trazos. Así, como iban saliendo de su boca las barbaridades, Rodrigo las copiaba, más o menos igual, unas horas después, a veces avergonzado de sí mismo, de poner en el papel algo tan crudo.

Decidí que me iba a meter en un mundo que fuera lo más distinto, lo más distante posible de la ganadería, le dije chao al ganadero, y empecé a ir a exposiciones, a galerías de arte, a museos, así. A mí todo me interesa, Rodrigo, todo, la leche de las vacas, el parto de las yeguas, los marcos de los cuadros, los cuadros por dentro, la basura de las instalaciones y el óleo de los pintores, todo. Me escapé de la finca y me enclaustré en las galerías, me trasnoché en las inauguraciones, en las cantinas sórdidas donde acaban su noche los artistas. Volvía tarde a mi casa y varias veces encontré al ganadero, casi de madrugada, completamente borracho, debajo de mi ventana con un trío de serenateros, cantándome canciones de despecho, Tú me acostumbraste, a todas esas cosas, y tú me enseñaste, que son maravillosas... Pero no era verdad, no nos habíamos acostumbrado a nada, a no ser a la abstinencia. Lo hacía entrar, le daba un alkaseltzer, y él me pedía perdón, me juraba que todo iba a cambiar y le rogaba al reloj que no marcara las horas porque iba a enloquecer, pero en vez de enloquecer se quedaba dormido sobre mi almohada, roncando, y a mí me tocaba despertarlo temprano para poderme ir a trabajar, Despierta mi bien despierta, mira que ya amaneció. El rostro de Susana no revelaba crueldad alguna, sonreía sin maldad. No era cruel, Susana, no era exactamente cruel. El tono con que contaba la verdad, a ratos, era casi melancólico, pero salpicado de risa. Rodrigo, en todo caso, sabía que ella no contaba la verdad, sino el recuerdo de la verdad, que es una mentira inmensa, y que deformaba a su antojo ese recuerdo, para volverlo trizas, para deshacerse del peso del pasado, del peso de la realidad, que es tan inútil, tan cargante, tan insoportable. A veces daba risa, o amagos de sonrisa, pero eran tristes algunas radiografías que hacía de sus hombres, patéticos borrachos, enamorados y sin deseo, enamorados e incapaces de amarla, como este ganadero, borracho, llevando serenatas de despecho, dormido de aguardiente. O tal vez ella se lo contaba así, se los contaba así, con todos sus defectos, sólo para halagarlo a él, al último, a Rodrigo, y tarde o temprano acabaría hablando pestes de él también, como de cualquier otro, «yo tuve un novio que afinaba pianos», siempre Rodrigo imaginaba que su historia empezaría así, «yo tuve un novio que era músico frustrado y entonces se había dedicado a afinar pianos».

Por esos días apareció ese artista desbordado que fue mi primer marido. Él me hizo meter en la universidad, a Historia del Arte, y me enseñó todo lo que él sabía.

Todo lo que ahora yo sé sobre arte, lo sé gracias a él; y aunque no es mucho, sí aprendí tanto de estatuas griegas como de la aftosa y el moquillo de las vacas, que era lo que me enseñaba el ganadero. Yo estaba viendo una exposición de uno que pinta miniaturas; unos cuadritos perfectos, por montones, cientos de miniaturas llenas de pelitos y patitas y rayitas y detalles. Unos dibujos diminutos y minuciosos, como de relojero, como de paciente tapicero persa. Detalles y detalles perfectos, tan perfectos como manías de neurótico, dibujos hermosos pero exasperantes para mí que pulida no soy, ni paciente, ni metódica, sino que me parezco más a los brochazos brutales del otro pintor, no a los colores pulidos de este dibujante. Tal vez aquí sí era cruel, Susana. Rodrigo conocía el trabajo de ese monje de la pintura al que seguramente se estaba refiriendo y a él no lo exasperaba, al contrario. Era meticuloso, preciso, pero para llegar a resultados bellísimos. Oficio: el arte es también oficio, dedicación, paciencia. Me presentaron al pintor y como por contraste él me dijo que no, que él no pintaba cosas que hubiera que ver con lupa sino cuadros gigantes como lupanares de Egipto, como safaris de unicornios, como manglares de la China. Yo estaba harta de delicadezas, buscaba un burro con todas sus burradas. Rodrigo pensó en protestar por su poco generosa descripción del dibujante, pero resolvió no hacerlo porque sabía que la lengua del dibujante era aún más afilada que la de Susana, y aún, si se puede, más envenenada.

Me invitó a su taller, a que viera lo que era trabajar en grande. Era arrollador, avasallador, tenía una personalidad de esas que pasan por encima de todo, como la de Picasso. Quizá él no llegue a ser un genio como Picasso, pero vivía tan convencido de ser un genio como Picasso que esa confianza se transmitía a los otros y hasta algunos le creían. Yo misma le creí mientras viví con él. Además, con sus brochazos, creaba otra realidad, una cosa alternativa a esta, y era una realidad violenta, terrible, miedosa, sensual, de todo. En su estudio yo, desde la primera vez, me sentí como mareada, como drogada, me tuve que tirar al suelo, sobre un lienzo, a tomarme un café y a descansar. No tenía ganas (no tenía esas ganas que en cambio sí me daban en la finca del ganadero) pero sin darme cuenta, de un momento a otro, tenía al lado, encima, debajo, por todas partes al pintor en grande, al enorme pintor que ya me desnudaba me cogía me daba la vuelta me elevaba me desvestía me lamía me penetraba me hacía de todo y yo ni cuenta me di, no alcancé a decir ni mu, creo que ni a excitarme en un principio, del susto, de los sobresaltos, pero al rato ya estaba feliz, sobre todo de ver semejante portento, y después ya sin ver, feliz de haber dejado de ser yo misma, feliz de haberme ido de mí. Ahí estaba otra vez Susana en el piso, patiabierta, abrazada por otro, abrazándose a otro. Ese pintor había sido su marido, su legítimo esposo —Rodrigo lo sabía bien—, y de un marido uno se puede esperar, como mínimo, algo de sexo. Y sin embargo la vieja escena le dolía. Se repetía ese dolor que todos los días sentía al oír los relatos de su Sherezada.

Y no era capaz de detenerlos; estaba allí por oírlos, para oírlos. A veces pensaba que estaba allí, que seguía allí, su mano entre la suya, solamente por oírlos. Y se sentía poca cosa al lado del recuerdo del pintor, él que casi siempre montaba, al modo tradicional, y no era capaz de ser arrasador, como ese recuerdo. Susana no paraba.

Cuando menos lo pensé había tenido cinco orgasmos y él estaba a mis pies con unos pinceles, pintándome las piernas con unas rayas de colores largas largas, desde la punta del dedo gordo hasta el principio de los pelos del pubis. No me dejaba ni pensar, me zarandeaba de un lado para otro, me agarraba de la cintura, de los hombros, de las nalgas, me dominaba por completo. Yo, mal acostumbrada al ganadero, imagínate, y llegar a este portento de la naturaleza, a semejante bestia. Bestia exhibicionista, además, pues nada le gustaba tanto como que yo lo mirara. Su palabra repetida y predilecta era: ¡Mírame! ¡Mírame, Susana, mírame! ¿No te gusto, no te parece que esto está muy bien? Y se mostraba, se mostraba todo, como las mujeres en un strip tease. Se cogía las partes con el puño apretado, se mecía el miembro de un lado a otro para aumentar su tamaño. Y después de menearse y exhibirse ante mí, como una danzarina egipcia (pues nada lo excitaba tanto como exhibirse, así fuera en fotos), volvía a la carga. Lo que me faltaba, ahora, uno que se pavonea, un farolero, se remordía por dentro Rodrigo, imaginándose esos secretos íntimos, y esas íntimas partes aumentadas con lupa del primer marido de su Susana.

Se me abalanzó sobre el cuerpo, desde esa primera vez, sin que yo pudiera resistirme, y ya por largos años no pude sacármelo de encima. Yo caí en ese abrazo, por muchos años caí en ese abrazo. Caí tanto, caí tan bajo, que hasta me casé con él a los dos meses. Fue una decisión apresurada, como todas las mías, pero después del fracaso con el ganadero yo ya estaba pensando que me iba a quedar para vestir santos y eso no podía ser. Siempre acelerada, Susana, siempre con exceso de velocidad, deberían multarla. Tal vez nunca aprendería a vivir más despacio, a no precipitarse, a no gritar, a no reaccionar como un resorte, como un relámpago, como un animal nervioso. El pintor me gustaba, me entusiasmaba; él necesitaba plata, además, para no tener que ponerse a trabajar y poder seguir pintando, y yo estaba dispuesta a dársela. Un año antes se había muerto mi tía solterona y me había dejado una herencia, una dote con instrucciones precisas, «Para que te cases». Hicimos una fiesta con todas las de la ley, contratamos cura y todo, y coro, y pajecitos con los anillos, y músicos que tocaran el Sueño de una noche de verano, y soprano y fotógrafos (no, no el fotógrafo de los lentes, otro) y champaña y meseros y hasta invitados de smoking y vestido largo. Mi pintor tenía un sombrero de colores, diseñado por él, un bonete, un gorro frigio de la esclavitud, un tricornio, yo no sé, una obra de arte, en todo caso, todavía lo tengo. La imagen de la fiesta no le importaba nada a Rodrigo; era una fiesta como la de cualquiera; incluso había visto las fotos, típicas, horribles: partiendo la torta, embutiéndose los anillos en los dedos,

brindando con las copas, rodeados de parientes llenos de dientes. Lo que no entendía bien era que una mujer como la Susana de ahora pudiera haberse sometido algún día a todo el aparato de los rituales, a toda la parafernalia de los matrimonios.

Después empezamos a vivir aquí. Yo pagaba todo y él se pasaba todo el tiempo en el taller. Organizamos varias exposiciones, vendió muchos cuadros, cada vez más caros, y mientras más caros los vendía más avaro se volvía el pintor. Que tenía que ahorrar para el futuro, me decía, y que por el momento era mejor que siguiéramos viviendo de mis recursos. A mí en realidad en esa época no me importaba, le daba todo de muy buena gana, además todavía quedaba parte de la dote de la tía. Ahora es cuando me importa, porque con todos esos ahorros del pintor, a la larga, me sentí algo estafada, aunque en últimas uno nunca se debe arrepentir de lo que da y era una plata que yo quería gastarme. Además, y esto tal vez los hombres no lo saben, por mucho que yo dé, es más lo que yo tomo. Yo a todos mis hombres, Rodrigo, los exprimo, yo vivo ávida de aprender cualquier cosa. Tú sabes que apenas si estuve unos meses en la universidad, pero de cada amante he aprendido más que de cualquier curso formal. Yo sé de filosofía gracias a un filósofo, de teología gracias a un seminarista, yo sé algo de ciencia y hasta de hechicería y de política. Todo gracias a los hombres que he tenido, que he tendido a mis pies y piensan que les abro mis piernas gratis, pero ellos están pagando con todo lo que saben. De mi pintor aprendí mucho de arte; gracias a ti, ahora, sé cada día más de música y he oído a Shostakovich y a Bloch, gracias a ti, igual que reconozco un Degas gracias a mi pintor. Él también me ayudó a perfeccionar una técnica que había aprendido sola: sacar máscaras con yeso. Algún día, tal vez, te voy a hablar de esto. O no, mejor no, ojalá nunca tenga que hablarte de esto. Rodrigo no entendía bien, pero ella no quiso explicar, sólo dijo que las máscaras se sacaban a los muertos, como un recuerdo, que era una técnica funeraria muy antigua y que podía también practicarse con los vivos. Yo doy, pero recibo, siguió Susana, y luego se detuvo un momento, como a pensar en todo lo que había aprendido y en todo lo que había dado. Tomó aire, pero no suspiró. Su cara recordaba sin remordimientos, sin tristeza, sin ganas de volver atrás. Con una melancolía serena, de persona dispuesta a volverse a equivocar con tal de no ser como la mayoría de los mortales, con tal de no caer en ese definitivo egoísmo de la mayoría de la gente.

Creo que fui feliz con él, pero todo se acaba, y hasta el amor por un tipo con una fuerza tan extraordinaria como la que él tenía para todo, hasta el amor por ese fenómeno de los colores y el vigor y las ideas insólitas, hasta ese amor se acaba. Y se acabó, como también la herencia de mi tía y mis ganas de seguirlo manteniendo aunque ya estuviera mucho más rico que yo, gracias a sus pinturas gigantescas. Al cabo de los años tuvimos que dejarnos, pero no sólo por lo de la plata, sino también, entre otras cosas, porque un día lo encontré haciéndole lo mismo que a mí a una de

sus modelos predilectas, una morena majestuosa, grande como él, de enormes tetas y vientre desafortado que le posaba desnuda en el estudio. También a Susana le había tocado, entonces, su ración de dolor y de traición. También a ella. Y eso, para Rodrigo, era un toque de bálsamo consolador. Se sentía vengado de antemano, con anticipación. Era cruel su pensamiento, pero sentía que cuando el pintor se acostaba con esa mulata, era él mismo que se vengaba de todas las proezas de Susana, de todos sus calores y colores.

Yo tenía la llave del estudio y un día, de sorpresa, me presenté allí por la mañana, muy en silencio; dejé el carro en la esquina, entré con los zapatos en la mano, subí al segundo piso sigilosa y ya desde el segundo peldaño empecé a oír los gemidos. Era como oírme a mí misma, algunos años antes; después fue como verme en un espejo. Él la zarandeaba, la volteaba, la revolcaba sobre el lienzo crudo, se le ponía encima, debajo, por los lados, le echaba aceite en el cuerpo, la penetraba, le decía que ella no tenía monte de Venus sino Monte Palomar porque lo hacía ver estrellas; y la morena gemía de gusto, como yo, abría las piernas y él parecía entrar dentro de ella todo entero, gritaba de gusto, de ganas. Daban alaridos, estaban como idos de este mundo, ni me veían, ni me hubieran oído si yo hubiera gritado, creo que hasta grité y mi grito se confundió con los de ellos. Entonces di media vuelta con un taco en la garganta, con los zapatos en la mano, cerré la puerta despacio, fui hasta la esquina, cogí el carro, lloré como cuando empieza un aguacero en el Chocó, pero me fui directo donde un abogado, con una frialdad y una indiferencia metidas hasta el fondo de eso que los poetas llaman el corazón. Un taco en la garganta, ese taco en la garganta de Susana valía por algunos nudos en el estómago de Rodrigo. Por lo menos eso fue lo que pensó Rodrigo, al hacer sumas y restas, al cobrar infidelidades y tratar de hacer balances. Él era los tacos en la garganta, ¿cuándo sería capaz de sentir también esa frialdad de fondo, ese desprecio, esa sequedad de lo que ella llamaba —o los poetas— el corazón?

Pero no vayas a creer que yo me trago tan tranquila semejante cosa. Yo soy capaz de venganza, Rodrigo, si puedo yo me vengo. Aquí, Rodrigo, además del tono dolido del recuerdo, percibió también un tono de advertencia, hacia él, como por si acaso, como diciendo, mira lo que te va a pasar si se te ocurre traicionarme con otra, fíjate de qué soy capaz. Hablé con el abogado, pero le pedí prudencia. Le dije que no empezara ningún proceso de divorcio oficial todavía, que hiciera en silencio los papeleos previos y me diera tiempo para pensarlo bien. Yo ya lo había pensado bien y estaba decidida. Quería tiempo, solamente, para organizar mi desquite. Esa misma noche, cuando mi pintor volvió a la casa, al acostarnos, le olí las manos, disimulando todos mis sentimientos. Incluso por encima o por debajo de la trementina, tenía entre los dedos el olor indeleble del pecado mulato, y otra vez me estremecí de una rabia dolorosa, y sentí entre los muslos una esponja sedienta de

venganza.

Mi marido tenía un amigo encantador, un galerista, que me coqueteaba. Siempre que nos veíamos, al saludarme, me abrazaba despacio, apretando más, mucho más de lo necesario, en cuanto a presión y en cuanto a tiempo, se le iba la mano. Era un hombre buen mozo, alto y sobre todo muy divertido. Hablaba, decía dos palabras y con eso bastaba para hacernos reír. Lo primero que una mujer espera de un hombre es que este, al menos, la haga reír, que no la aburra. Ya tenemos aburrimento suficiente en este Valle del Aburrir. Mi marido sabía que yo le gustaba mucho al galerista, pero yo hasta ese día no había ni pensado jamás en corresponder a sus coqueterías. Yo estaba felizmente casada con mi pintor. Y uno en la felicidad es fiel. En ese momento la situación cambiaba, yo me consideré como una separada bajo el mismo techo. El pintor y yo habíamos alquilado una finca por Sopetrán, una vieja casa de hacienda, medio desvencijada, pero que tenía un paisaje maravilloso y una piscina para sacarle el cuerpo al calor. Ese mismo fin de semana —ocultando mi rabia mejor que una actriz cómica esconde sus tristezas, mejor que un tahúr sus trampas— le propuse al pintor que fuéramos allí y que invitáramos a un grupo de amigos suyos, entre ellos al galerista. Mi marido estuvo de acuerdo; a él le gustaba trabajar allá, al aire libre, con sus caballetes, haciendo ejercicios con las hojas de los árboles, con las tapias de barro que rodeaban la hacienda, con los verdes y amarillos de las seis de la tarde. Y le gustaba sobre todo tener una corte de admiradores, que era en el fondo lo que eran sus amigos. Invitamos a un grupo como de seis personas, casi todos hombres.

La finca no tenía luz eléctrica. Mejor dicho, tenía una pequeña planta Pelton que apagábamos a las diez de la noche, después de la comida. Llegaron los invitados, poco a poco. Cuando el galerista llegó, el encuentro fue como todos los anteriores: la usual coquetería de su parte, el usual abrazo apretado y más largo de lo indispensable, pero esta vez yo le devolví con igual fuerza el apretón excesivo del abrazo, lo detuve tanto contra mis pechos como él a mí contra el suyo. Noté su sorpresa, su felicidad, y a partir de ese instante no volvió a quitarme los ojos de encima y se pegó a mi sombra como una garrapata. Pero además —fíjate, Rodri, yo estaba organizando bien mi venganza— quise ser insinuante con los otros invitados. Quería que el pintor sintiera celos, pero no sólo del galerista, sino de él y también de todos los otros. Quería quitarle su suprema tranquilidad, su altivez, su desprecio. Así se fue la tarde. La comida fue agradable, un asado perfecto, y fueron muchas las cervezas, muchas las risas, los chistes, las charlas. Al fin, casi a las once, apagamos la Pelton y la conversación siguió a la luz de las velas. Yo había preparado un lecho nupcial, un lecho de traición, en un cobertizo que había detrás de la piscina. Había sido una casita de muñecas, pero nosotros, sin hijos, la usábamos para guardar herramientas. Allá había instalado, en un descuido de la mañana, un colchón amplio

de lana debajo de sábanas muy limpias de algodón, nada más.

Nos quedamos hasta muy tarde. A mi lado, al lado izquierdo, el galerista, al derecho otro de los amigos de mi pintor. Otro que no me gustaba nada, pero al que también le dediqué fingidas atenciones, sonrisas hasta las muelas y hondos escotes velados por las velas durante la noche. Noté que mi pintor se ponía algo nervioso; me decía que tenía sueño y me insinuaba que nos fuéramos a acostar. Yo no le respondía, por mí hablaba mi alegría, supuesta o real, no sé, pero por mí hablaba la alegría, la euforia de la cerveza y la sed de venganza. Hasta me puse a cantar, boleros y cosas de esas, le hacía el dúo a Agustín Lara en «Noche de ronda». Al fin todos se fueron yendo a dormir. Quedamos el galerista y yo. Nos besamos. Apagué las velas. En la penumbra lo conduje, de la mano, hasta la casita de muñecas detrás de la piscina. Lo orienté hasta que diera con el colchón. Nos tiramos sobre las sábanas y despacio, muy despacio, tocándonos y casi sin hablar nos desnudamos. Estábamos haciendo el amor y el galerista gemía pasito, para que no nos oyeran, y yo fingía un poco más de felicidad de la que sentía en realidad, tal vez para que nos oyeran. En esas estábamos cuando oímos que la puerta se abrió. Estábamos en total oscuridad y, desde que la puerta se abrió, también en total silencio, a no ser por el aire que entraba y salía por las bocas abiertas. Yo no sabía quién había entrado, pero si mis planes se cumplían debía ser el pintor, mi pintor.

La persona que entró tropezó con el colchón y la sentí caer sobre mí, casi me parte una costilla. Reconocí la complexión excesiva y el vago olor a trementina y aceite de linaza de mi marido. Era él y sudaba. Lo empujé a un lado. Pasó una mano por mi cuerpo desnudo y me reconoció. Empezó a hablar. «Susana, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Con quién estás?». Yo no le contesté. Silencio y oscuridad. Penumbra. Yo recordé una palabra que había aprendido de pequeña, Conticinio: momento de la noche en el que cesa todo ruido. Sentía, a mi lado, dos temblores. El de mi pintor, de rabia, y el del galerista, de miedo. Yo estaba tranquila. El pintor decía: «El que está con Susana, si es hombre, dé la cara, diga quién es, hable». Nadie respondía. «Hable, no sea cobarde», insistía mi pintor. El galerista temblaba, muy callado. Pasaron unos minutos aterradores. Al fin sentí que el galerista se envolvía en una sábana, que empezaba a incorporarse, oí el rumor de sus pasos descalzos, vi una sombra atravesar el umbral de la puerta, el blanco de las sábanas apenas reflejando la luz de una lejana estrella. Una silueta irreconocible de árabe embozado, de lívido fantasma... «¿Quién era?», me preguntó el pintor una y otra vez. «¿Quién era?» Al fin yo hablé, le dije: cualquiera. Me levanté yo también y sin vestirme salí, envuelta en la otra sábana. El pintor me alcanzó llegando al cuarto, pero yo toda la noche, aunque no dormí, le di la espalda y no respondí a ninguna de sus preguntas desesperadas, a ninguno de sus gritos de furia, ni a sus llantos ni a sus amenazas. Mientras él preguntaba, yo, en silencio, entendía la inutilidad de la

venganza. Yo no había sentido casi nada con el galerista. Era imposible sentir con la voluntad lo que el pintor había sentido con el instinto y con su modelo. Yo, en realidad, no me había vengado. La única venganza era haberle hecho sentir a mi marido una rabia simétrica a la mía. Pero la venganza era incompleta porque yo no había podido sentir un placer igual al suyo. Desde ese día supe que jamás me volvería a vengar sexualmente. El sexo vengativo no produce gusto sino desazón, consigue el objetivo de los celos, pero no el del placer, y así la simetría es incompleta. He aprendido venganzas más sutiles, la frialdad, por ejemplo, y el olvido, sobre todo el olvido.

Al otro día desayunamos todos juntos, en medio de una tensa serenidad. El galerista había recuperado su ropa de la casita de muñecas en la madrugada. El pintor miraba con odio a sus amigos, pero sobre todo a los dos que habían estado por la noche a mi lado. Nunca le revelé siquiera con cuál de los dos lo había traicionado. Tampoco le conté que lo había visto con su modelo. Esa semana empezamos, juntos y de común acuerdo, los trámites del divorcio. Era lo mejor, era lo único.

Era difícil saber si Susana había contado con tristeza o con felicidad interior su venganza. Se le notaba cierto amargo deleite al ir reviviendo paso a paso los episodios de esa noche lejana. Y Rodrigo no había querido interrumpirla ni siquiera con el flujo de sus pensamientos. Era una mujer capaz de todo, su Susana. ¿Sabes, Rodrigo? Esta venganza mía había sido, hasta ahora, algo muy íntimo, algo de lo que ni siquiera quería hablar. No me vengué para que otros lo supieran, fuera del pintor, pero ni siquiera quise que él lo supiera con toda claridad. La venganza oscura me parecía más eficaz. No sé por qué te la cuento a ti. Tal vez porque tú me exprimes la cabeza, tú todo me lo sacas de adentro, tú me secas. Pero ya te lo he dicho, desde esa vez dejé de ser una mujer vengativa. Puedes estar tranquilo. Si tú me hicieras algo, ya no me vengaría. Me iría, simplemente, y no hay peor venganza. Ya lo decía un ciego, que el olvido es la única venganza y el único perdón.

Ahora somos amigos, el pintor y yo, muy civilizados como tú sabes, Rodrigo. Cuando voy a su estudio me regala cuadros, esos enormes y raros que cuelgan de la sala, hasta tengo un retrato fantasmal de la modelo desnuda, la morena, a la que nunca miro porque todavía la recuerdo como la vi y me estremece. Cuando voy a su estudio, a veces, quiere que le pose desnuda, y también quiere volverme a revolcar entre los lienzos crudos, como a cualquier modelo mulata arrebatada, pero yo ya con él no me vuelvo a meter, me acuerdo de la modelo y se me quitan las ganas, me acuerdo de mi sufrimiento y se me quitan las ganas, me acuerdo de toda la plata que le di y me da rabia. Lo veo bien a él, en lo que es y no en lo que aparenta ser, y se me quitan las ganas, Rodrigo. Pero a Rodrigo no se le habían quitado las ganas. Apagó la luz y en la penumbra la abrazó. La enrolló con las sábanas y luego se le puso

encima. Le hizo una ventosa con la boca en su boca, bajó con su mano hasta el centro de su cuerpo, le abrió un poco las piernas. Buscó con los dedos señales de humedad, despacio. Cuando besó sus ojos sintió algo salado entre su lengua, algo muy húmedo y salado. Ella, sin embargo, se animó, le fueron dando ganas. La humedad de los ojos tuvo una rima, mucho más alegre, abajo. Y las dos manos de ella se apropiaron de las dos nalgas de él, y lo empujó contra sí, con fuerza, una y otra vez, una y otra vez. Y la boca de Rodrigo le hizo cortes al cuello de Susana y luego bajó y se apoderó de sus pezones, primero uno, luego el otro, y con su lengua lamió las dos medialunas llenas de los senos, y sus manos la abrazaron con fuerza, y le tocaron la parte interna de los muslos, y al fin, ya al final, una de ellas se tomó la cima del monte de Venus, clavó allí la bandera de uno de sus dedos, y desde allí bajó al cráter donde empieza el volcán y allí palpó una espinita erguida, un instante, y luego arreció el ritmo de la pelvis, y todo, con gritos de ambos, todo, el mundo entero, empezó a desmoronarse.

Fue así como esa noche retozaron felices, perdieron el sentido, se perdieron felices, se rieron después, también felices, se despidieron felices. Sólo en el carro, y ya a última hora, Rodrigo tuvo una preocupación: Ya lo sé, si llego a hacerle algo y ella se entera, esta mujer se vengará, aunque lo haya negado, porque ella niega y amenaza. Como esos que dicen: no voy a decir que tal es bobo, y ya lo han dicho. Yo no me voy a vengar, pero la amenaza de la venganza ya está hecha. Sí, emprenderá una venganza contra mí que me hará arrepentir hasta la tumba de lo que le haya hecho. Pero en fin, si llega a pasar, me lo merezco, así como se lo merecía el pintor. ¿Pero y si fuera yo el que algún día tuviera que vengarme? Ojalá que no, aún no he aprendido. Y se durmió, Rodrigo, tratando de pensar los pasos y la trama de una venganza posible, en caso de que algún día fuera necesaria.

Intermezzo vienés

Rodrigo, refugiado en su casa, leía la primera página de una famosa novela de la Europa Central. No podía concentrarse en ella, sin embargo, pues, supino dorsal como estaba sobre la cama, padecía un reflujo gastroesofágico de grado III sobre IV, el cual no era vencido por la acción peristáltica. La permanente aspiración de los ácaros, mohos y hongos domésticos, unida a todas las partículas de venenos industriales que flotaban en el aire, había elevado a 36.8 su nivel de eosinófilos. Así mismo, la inmunoglobulina en sangre había llegado ya a 998 unidades por mililitro. Una curva espirométrica revelaría la clara contracción bronquial y en particular la severa disnea se reflejaría —diáfana— en la curva relativa a la espiración. Tal anomalía ventilatoria tenía que ver con una disminución del flujo en las vías aéreas medias. Una placa de tórax mostraría el típico tejido esponjoso de las paredes pulmonares y el corazón con atrofia en forma de mango por el excesivo trabajo muscular. Podrían verse, también, algunas adenopatías calcificadas en el hilio, correspondientes a una dura cepa de antigua inmunización anti TBC, pero dichas calcificaciones poco o nada tenían que ver con su estado actual y antes bien, quizás, le habían evitado un final a lo Margarita Gautier. En últimas, para ser más claros, aunque con una frase bastante anticuada, pero que resume bien los hechos, puede decirse que Rodrigo tenía un ataque de asma.

En todo caso, mientras respiraba con dificultad, se consolaba pensando que, sin lugar a dudas, tenía al menos una precisa coincidencia biográfica con un gran músico: padecía —y ya era mucho— un asma como la de Vivaldi.

Al percibir el molesto silbido y la opresión de su pecho embombado y luchador, cerró el libro de ese hombre que para él quedó definitivamente sin atributos pues no pudo pasar del primer párrafo. Sacó el tubito del inhalador, uno de sus más íntimos, fieles e inseparables amores, su salvador cotidiano de forma fálica y delicado azul, su amado Ventilán, y al segundo disparo ya la ventilación pulmonar había mejorado en altos porcentajes. Bendijo, para sus adentros, la química y la ciencia médica. Con este buen pensamiento y respirando con una fuerza y una libertad que habrían envidiado Vivaldi, Proust y Carpentier, se durmió con el sueño espeso de los justos. Ya en el umbral del sueño más profundo, dejó salir de sus pulmones una especie de oración o breve jaculatoria literaria: «Querido Marcel, eres mi hermano en cel». En celos y en asma, quería tal vez decir el recién durmiente a quien cualquier letanía con rimas —sagradas o profanas— le ayudaba a conciliar el sueño, otras noches

esquivo y esa asmática noche acogedor.

Libreta de teléfonos de Susana

Susana se entregaba, con una mezcla de ternura y sevicia, a un oficio que solía repetir en todos los eneros: iba pasando a una libreta nueva los teléfonos y direcciones de la libreta del año pasado. Muchos nombres habían superado incólumes el cambio de los años. Amigos infatigables, íntimos o de superficies, pero en todo caso a los que se seguía sintiendo muy unida. Sin titubeos volvía a escribir sus nombres y teléfonos, la dirección si vivían en otra parte. Estaba segura de que también este año seguirían en contacto. Algunos, tal vez, que estaban bajo la misma letra, subirían de puesto en el orden de la lista, porque ponía más arriba a quienes más llamaba, a quienes esperaba que la llamaran más. Pero fuera del orden importaba la presencia. Volvía a pasar en limpio nombres con los que tal vez en todo este año tampoco hablaría nunca, pero no quería perder la posibilidad de hacerlo algún día, si le daba el arranque.

En la letra R aparecía, de primero ahora, Rafael Ignacio Posada, un empresario rico que había conocido en la piscina, por casualidad, y que de vez en cuando la llamaba. Puso a su lado el teléfono de la empresa, el de la casa, el de la finca, pero pensó que si Rodrigo llegara a ver tantos teléfonos para un solo nombre, se moriría de celos y emprendería un interrogatorio. Entonces borró su nombre y puso sus iniciales RIP. Otros nombres, en cambio, desaparecían con un último pensamiento que podía ser fugaz o circunspecto. ¿Para qué, por ejemplo, apuntar ya el teléfono de un muerto? Camilo, qué pesar, estaba en uno de los primeros renglones de la letra M, la de su apellido, Mesa. Pero Camilo había resuelto, una noche, lanzarse por la ventana de su cuarto para caer a aplastarse contra la capota de un carro, abajo. Recordó la noche en que lo supo; de la desesperación de ese día (en que había llorado con todo su cuerpo y gritado con todos sus pulmones) ya apenas le quedaba un breve encharcarse de los ojos, un rostro más borroso por el tiempo, su último regalo (una pulsera, no muy bonita, para qué negarlo), fragmentos desteñidos de su última visita en la que él hablaba sin cesar y sin mucha coherencia. Camilo Mesa no volvería ya nunca a estar en su libreta.

Tampoco a Pedro, el todero, volvería a pasarlo. Lo tenía apuntado en la te: Todero, Pedro, y le decía todero porque sabía arreglarlo todo, desde un teléfono hasta una cañería, desde un carburador hasta un cortocircuito. Abría la cerradura si la llave se quedaba adentro; destapaba el desagüe obturado por el tiempo; salvaba el pescado en peligro de descongelarse en el congelador descompuesto; pintaba las

paredes descoloridas por el tiempo, pegaba las tabletas sueltas del parquet. A Pedro el todero lo había matado hacía muy poco la peste de la ciudad. Le habían dado tres balazos para robarle el sueldo; dejaba un hijo inútil, nadero, esposa y dos novias.

Otras personas desaparecían sin morir. Estaba segura de que ya no le importaba su amistad. Toda la ilusión que había tenido al conocer al piloto, por ejemplo; esa simpatía que las primeras veces le pareció tan franca se había sumido en una definitiva indiferencia. Pocas veces habían bastado para saber que con él no valía la pena ni intercambiar palabras. Más doloroso, en cambio, cuando el nombre que ya no copiaría había sido antes un nombre amable, amado. El profesor. Lo había amado durante algunos años y además habían sido amigos durante mucho tiempo, incluso después de que el amor se había terminado, pero en agosto, sí, todavía recordaba muy bien la fecha, había sucedido el episodio definitivo con Rodrigo. La traición, su traición. Revivió en la memoria las circunstancias de la llegada al hotel de Cartagena, con la barracuda en la mano. ¿Era imperdonable? Era. Sabía que ya nunca más volvería a llamarla, sabía además que el profesor se había ido del país y estaba en un refugio tranquilo del Primer Mundo, lejos de la peste. Ni siquiera tenía su teléfono y si lo tuviera tampoco lo copiaría. Nunca más volverían a hablar. Era triste, casi terrible, era su segundo fracaso matrimonial, pero no le gustaba recordar al profesor, nunca pensaba en él, habría sido la única persona con la que hubiera tenido hijos, y lo había perdido.

Había amigas que habían pasado del cariño al olvido: caras que ya no quería ver, nombres que no quería pronunciar, presencias malignas y maledicentes que prefería ausentes y quería evitar. Las tachaba de la libreta y las borraba de su memoria.

También había nombres sin ninguna carga afectiva, pero necesarios. El administrador, el tipo de los seguros, la agencia de arrendamientos. Los pasaba apresurando el bolígrafo, como quien hace una tarea rutinaria pero indispensable.

Un nombre, de repente, carecía de cara y de todo referente. ¿Quién será, por favor, Martín Romaña? Se veía que el teléfono y el nombre habían sido escritos apresuradamente. Ni siquiera se entendía bien si su apellido era Román o Romano o Romaña, pero ninguno de los tres correspondía a una cara. Se encogía de hombros, no lo copiaba y seguía adelante, confiada en que la memoria crea sus baches con selectores sabios de lo importante y de lo desechable. Ah, recordó ahí a su amigo Gonzalo (ya lo había copiado, en la letra O), que no tenía libretas sino que se aprendía de memoria todos los teléfonos. ¿Sería capaz Gonzalo, si quería, de olvidar? Porque —como decía alguien— la gente se da cuenta de su buena memoria cuando intenta olvidar algo. ¿Qué tal que ella tuviera que usar un borrador voluntario en sus neuronas para cancelar el teléfono viejo, digamos, del profesor? ¿Qué tal que toda la vida siguiera recordando inútilmente el teléfono de Pedro el todero o el de Camilo Mesa? Sin embargo, había recuerdos así, ya completamente

inoficiosos, una huella indeleble y perfectamente inútil en su cerebro. Ella recordaba, por ejemplo, el número de teléfono de su casa de infancia, 437209. Había pasado tanto tiempo que ya la casa estaba derruida, ya los teléfonos de su ciudad tenían siete dígitos, ya no había números que empezaran por 43, y sin embargo, terco, ese teléfono de su infancia al que tantas veces llamó seguía instalado en su conciencia. Lo usaba para avisar a su padre que llegaría un poco tarde; su padre estaba muerto. Lo usaba para preguntarle a Margarita, la empleada, que si alguien la había llamado y que si hombre o mujer. Margarita ya no trabajaba en su casa y ni siquiera sabía a dónde había ido a parar Margarita. Ya tampoco sentía esa ansiedad adolescente por las llamadas de los otros. Sólo de vez en cuando, ahora, suspiraba por una llamada del ronco Rodrigo, pero tampoco mucho, y a veces, si no llamaba, hasta mejor. Recordó tantas horas de ansiedad pasadas con los ojos fijos en el aparato de la adolescencia. Eran negros los teléfonos, en ese entonces, y para marcar había que darle vueltas a un disco con huecos. ¿En qué momento toda la existencia se había convertido en teclas, en sonidos agudos, electrónicos, y ya no en esas respiraciones mecánicas de los teléfonos de antes? A veces nadie llamaba, todo un domingo, y ella levantaba la bocina para verificar si no sería que estaba mal colgado o había un daño y la línea estaba interrumpida. Y no, el fiel sonido largo aparecía, desolador. O al fin sonaba el teléfono, la bendita campana silenciosa y ella se precipitaba para tener que reconocer que no, que no era a ella a quien buscaban, que era un número equivocado.

Siguió pasando nombres. Algunos la sobresaltaban como un recuerdo grato, pero lejano. Repasando la L, llegó a Luis Alberto Álvarez, el cura maravilloso, que sufría del corazón. ¿Cómo es posible que no haya llamado a Luis Alberto en tanto tiempo? Entonces, antes de pasarlo otra vez en limpio, corrió al teléfono blanco, hundió los números con un afán insensato, y esperó con ansiedad, como si pudieran darle una mala noticia. Su corazón latía rápido, mucho más agitado que el ritmo de la señal de ocupado, como late un corazón envejecido a destiempo y asustado antes de que lo trasplanten.

Hechizos de Cagliostro, el esotérico

Susana y Rodrigo no creían en nada. Así dice la gente cuando alguien no tiene creencias religiosas o espirituales: que no cree en nada. En realidad ellos creían en montones de cosas: en que las cebras eran reales y rayadas, por ejemplo, y los unicornios cornudos, pero irreales; creían en los planetas como cosas reales, pero no en sus supuestas influencias celestiales sobre nuestra psiquis; creían que existían, aunque no se vieran, el número pi y el átomo de oxígeno; que la velocidad de la luz era mayor que la del sonido y la del sonido superior a la del leopardo; que ellos dos estaban vivos, que los ladrillos de que estaban hechos eran átomos, células y cintas de ADN, y que algún día se iban a morir. También creían que se iban a morir, como las vacas o los chimpancés, definitivamente. No creían en el más allá, en ningún tipo de supervivencia después de la muerte. Y es, precisamente, creer (o no creer) en estos asuntos post mórtem lo que la gente llama «no creer en nada». En ese sentido, en efecto, no creían en nada.

Poco supersticiosos, no temían pasar debajo de escaleras (salvo obvias precauciones por las gotas de vinilo o cal viva en la expuesta cabeza), ni los agobiaba el canto de las aves agoreras ni el paso de gatos negros ni la geometría de las líneas de la mano ni el decurso de los astros por el cielo. Creían y les tenían miedo a ladrones y asesinos, pero no a los fantasmas. ¿A dónde viaja el alma de un mosquito después de que lo aplastas con la mano? No creían en la supervivencia de las almas (en realidad, no sabían qué era el alma) ni del espíritu y creían que a la muerte todos los humanos se morirían definitivamente, igual que todos los mamíferos y todos los insectos. Sin cielo ni reencarnación, sin infierno o limbo o Hades o seno de Abraham. Sin transmigración de las almas.

Rodrigo conservaba algún resto de temores mágicos. Creía, por ejemplo, que estaba condenado a ser traicionado algún día por Susana, como si esto estuviera escrito en un rollo celeste del destino. Y también dudaba al elegir un camino nocturno para volver a su casa. Creía que de esa elección podía depender que los ladrones los sicarios los secuestradores la policía los paramilitares el ejército los mafiosos, en fin, algún malo de esos que en Medellín abundan y pululan, pudiera atravesarse en su camino. Por eso cada noche variaba el recorrido, tomaba esta o aquella loma, esta avenida o aquella calle estrecha, una glorieta o un viaducto. Creía evitar la mala suerte de un encuentro horroroso variando la ruta de regreso a su casa, después de hacer el amor hasta la culpa con Susana.

Cuando le contó a ella este residuo de superstición que le quedaba a su armadura de escéptico, Susana le contó de su amante el esotérico: *Para que veas lo que sí es serio en estos casos, Rodrigo, mi asustado Rodrigo, te hablaré de mi amigo el esotérico.*

Mi esotérico creía en el misterio. Ninguna explicación fácil le parecía creíble; buscaba para todo motivos recónditos, lejanos, escondidos. Para él la telepatía, la reencarnación, los ovnis, los ángeles, la precognición, la telequinesis, la homeopatía, la aromaterapia, la quiropraxis, todo, todo, era verdad. Decía que yo era capaz de leerle el pensamiento y que mis senos tenían un aura entre verde y morada, casi siempre, pero que si estaba caliente, el aura me pasaba al infrarrojo. Era capaz de ver, a ojo desnudo (más aún: a ojo cerrado), el infrarrojo y el ultravioleta, en mis senos, en mi cabeza, en cualquier parte. Yo decía algo y él de inmediato replicaba:

—¿Cómo lo haces? Eso es exactamente lo que yo estaba pensando. El nuestro es un caso típico de telepatía. Cuando dos corazones se aman y dos cuerpos se desean, la energía del pensamiento es capaz de superar todas las barreras físicas. Yo siento que un flujo energético brota de tu cabeza, de alguna porción de tus neuronas y se deposita intacto e idéntico en otra porción de las mías. Los antiguos tenían estos poderes extraordinarios, pero la terrible civilización técnica nos ha hecho olvidar estos poderes. Menos mal que contigo los recuperamos.

Entonces yo lo obligaba a leerme el pensamiento, para ponerlo a prueba, y como nunca acertaba, me decía que con seguridad yo estaba interponiendo alguna resistencia típica de alguien maleducado por el cientifismo fácil de la civilización técnica. Odiaba los últimos tres siglos de la historia planetaria; esos franceses y su manía por la razón, esos ingleses y sus máquinas perversas, esos gringos con su técnica maligna y su terrible violación del misterio del átomo: nos van a destruir, han profanado el embrujo de la naturaleza, estamos perdidos. Ahora han llegado al extremo de querer interponer sus sucias manos en el milagro de la generación y manipulan células para clonar mamíferos. Qué escándalo, qué asco, qué horror. Rodrigo interrumpió un momento a Susana. «Espera un segundo, Susi, tengo que ir al baño». Susana oyó cómo vaciaba la vejiga con chorro certero y convincente. Oyó el inodoro cuando hace el ruido de vaciarse. Pasaron otros segundos hasta que Rodrigo volvió al cuarto, con las manos lavadas, la sonrisa en la boca, los ojos atentos y divertidos, con ganas de seguir oyendo los cuentos del esotérico.

Mis relaciones de cama con el esotérico, Rodrigo, relaciones de estas que tú y yo practicamos con tanta frecuencia y tanta convicción, tenían con él una cadencia lentísima pues debían ser precedidas por un ritual de mapas celestiales: él debía consultar los astros antes de acostarse. Todo lo que nos acontecía, desde una eyaculación precoz hasta un repentino desánimo en mi vientre, tenía que ver con

alguna confluencia de posiciones en estrellas y planetas.

—Hoy no lo hagamos —decía por ejemplo—, porque Júpiter ha estado atravesando la órbita de Venus en la constelación del Sagitario. Si lo hacemos, corres el riesgo de quedar embarazada, pese a todas las píldoras y todos los condones. Así como un electrón puede atravesar una pared (esto lo dicen los físicos) también un espermatozoide, en esta particular confluencia de los astros, atraviesa todas las barreras del látex o de la química farmacéutica o de las hormonas. Yo pensaba, sin decírselo, en la tremenda explosión demográfica que habría en la ciudad nueve meses después, si aquello fuera cierto, y me imaginaba a los miles de parejas que a esa hora hacían el amor en mi ciudad de millones. Pero callaba mi argumento para no ofenderlo, y además él siempre podría decirme que se trataba de la precisa situación geográfica nuestra, no la de los demás, y que bastaba un milímetro para evadir esas tremendas influencias estelares.

Quería demostrarme que así como mi regla tenía un ciclo, calculado por él, de veintisiete días, siete horas, no sé cuantos minutos y veintiocho segundos, idéntico, decía, al de la luna, así mismo todas nuestras funciones corporales reciben la influencia directa o indirecta de los cielos. Cada mes me obligaba a cambiar la posición de la cama —dizque para equilibrar las cargas energéticas— y este cuarto mío vivía en un trasteo permanente. Aseguraba que así como las mareas iban y venían, sus ganas y las mías fluctuaban con la cercanía o el alejamiento de varios cuerpos estelares. Yo le decía que más que eso yo percibía cierta excitación mayor al principio del ciclo y más y más hasta el día de la ovulación para después ir decayendo hacia el final del ciclo. Y le explicaba que ni aun esto llegaba a ser regla infalible porque si David Bowie se me plantaba delante en pleno síndrome premenstrual seguramente sentiría más que con él (y hasta contigo, Rodrigo) dos horas antes de la ovulación. Era cuestión tanto de hormonas como de estímulos. Pero esta explicación a él le parecía ginecología de partera gringa, tonterías de una ciencia que quiere clasificar todo a través de la insondable química del cuerpo.

—Hablando del cuerpo —la interrumpió Rodrigo—, ¿tú no crees que uno podría tener mucho más dominio de su cuerpo si quisiera, si se lo propusiera? Por ejemplo de sus músculos involuntarios. Yo tuve un amigo de la India que me enseñó a detener el corazón. Tómame el pulso, Susana.

*Susana no le creía. Le buscó el pulso en la muñeca que le ofreció Rodrigo. Cuando lo tuvo bien cogido le dijo *Listo, ahora páralo, si puedes*. Y lo increíble fue que Rodrigo paró sus pulsaciones. El pulso dejó de sentirse por completo. Susana lo miraba con ojos incrédulos. Rodrigo le dijo que se apurara a dar la orden de que volviera a hacer andar su corazón, pues podía ser peligroso detenerlo mucho tiempo. *Entonces ya, ya mismo*, y en ese mismo instante se volvieron a oír sus latidos en la muñeca. Susana estaba desconcertada, lo miraba girando la cabeza hacia un lado,*

como los perros cuando no entienden algo.

—No es nada esotérico, Susi, más tarde te lo explico. Es que me acordé de este viejo truco oyéndote hablar del esotérico. No me lo enseñó ningún indio. En la casa de un amigo mío te lo saben hacer hasta los niños. Parar el corazón es fácil, y muy útil para los enamorados —Rodrigo se rio, Susana levantó los hombros y siguió su cuento.

Como podíamos hacer muy poco el amor, por la noche intentaba hipnotizarme para averiguar cuáles habían sido mis trece vidas pasadas (que fueran trece lo descubrió en las líneas de mi mano izquierda), y un día que me quedé dormida con sus largas pláticas, me despertó asegurándome que le había estado hablando en sánscrito de corrido y que todo parecía indicar que yo había sido meretriz en la India y esclava protegida por un faraón de Egipto. Cuando le pregunté dónde había aprendido sánscrito, me dio una respuesta vaga, no con palabras sino con un gesto de las cejas y la mano que dejaba todo a mi libre interpretación. «Hay que creer en todo, Susanita, en esta vida hay que creer en todo, y tu problema es que no crees en nada, ni en lo que te comes, ese es tu problema».

Me preguntaba en qué me gustaría reencarnar después de mi muerte, pues él decía tener un conjuro para hacer cumplir con 87% de probabilidad cualquier deseo en ese sentido. Entonces yo bromeaba y le decía que me gustaría ser mendiga en Estambul, barrendera en La Paz, cucaracha en París, costurera en Kansas, vaca en Nueva Delhi o puta en Puerto Berrío. Y él me decía alarmado, tapándome la boca y levantando el índice:

—¡Cuidado! No invoques el abismo.

El mundo estaba, para él, hechizado. Centenares de dioses y espíritus silenciosos poblaban el planeta, pero él de vez en cuando podía percibirlos con sus extraños sensores corporales. Era vegetariano, por respeto al alma reencarnada de los animales y de nada valía decirle, con sus términos, que el alma transmigra de inmediato a otro cuerpo con la muerte, y que tan solo devorábamos el cuerpo. Más peligroso era comer plantas crudas, en cierto sentido todavía vivas, en cuyo caso nuestro estómago se convertía de verdad en cementerio de almas. ¿O no era posible reencarnar, por ejemplo, en una coliflor?

Tenía la sensación de que oscuras fuerzas lo estaban persiguiendo y determinaban su destino. Hablaba con los ángeles y les hacía peticiones a los muertos. A mí me rogaba que nunca me cortara el pelo (en ese tiempo me alcanzó a llegar casi hasta las nalgas, por quererle dar gusto) porque cada hebra, decía, era una antena cósmica. Era tan valioso cada pelo, que él me decía que debía guardarlos todos, uno a uno, bien fuera que se me cayeran o me los arrancara. Yo me negaba a hacer semejante bobada, pero él mismo recogía cada uno de los pelos que se quedaban enredados en la peinilla o en el cepillo e incluso en el desagüe del

lavamanos, los iba recogiendo en una canasta y en las noches de luna llena los quemaba en el patio, junto con los pocos suyos, porque era medio calvo, diciendo unas plegarias en un idioma secreto. Hablando de su pelo: por la noche oía unos casetes que dizque evitaban la caída del cabello, unos cantos rituales de no sé qué indígenas mexicanos entre los cuales no se conocía la calvicie. Esos cantos tenían el poder de regenerar el cuero cabelludo. Y yo le decía que ojalá, que ojalá, porque cada día el pobre tenía menos antenas cósmicas y lo único que le iba quedando eran unas lanitas cómicas, como de enfermo de cáncer después de dos meses de quimioterapia. Lo que sí le sobraba eran barbas y vellos por todas partes, era todo peludo, menos en el cráneo.

Tenía una relación rarísima con el lenguaje. Todos los jueves hacía «ayuno de verbo», una expresión que a mí sí me encantaba, y además todo el día me dejaba tranquila con sus cuentos, libre de sus misterios, porque era lo mismo de los conventos cuando hacen retiro y no hablan, se pasaba todo el jueves en silencio. Pero el silencio de los jueves no era nada. Lo grave era la cantidad de palabras que no se podían decir. Por ejemplo yo no podía decir que él era mi novio, no, eso jamás. Él decía que novio significaba no-vio, es decir que no había visto, y que entonces eso querría decir que él no había visto bien al acercármeme. Así que yo tenía que decirle sivio. Él tampoco podía decirme novia, porque novia quería decir novía, o sea que no había hallado el camino correcto, y por lo tanto me decía sivia. Tampoco se podían pronunciar las palabras que acababan en «miento», porque eso era mentir, y entonces yo no podía decir «acercamiento» o «recibimiento», sino acercacierto o recibicierto, y no podía decir conocimiento, porque eso significaría que ignoraba, sino conocicierto. Tenía problemas con la partícula no en cualquier palabra, porque eso era energía negativa. Ah, sí, por ejemplo ni él ni yo teníamos nombre, sino simbre, y el simbre era un nombre secreto que nos asignaba alguno de los venerables maestros de su secta. Él había averiguado el mío, que era Achitophiel, y me había revelado el suyo, que era Gadiph. Un amigo de él se llamaba Alejandro, pero como él lo quería mucho y no quería que se alejara lo llamaba Acercandro. Cuando escribía no usaba nunca la be, todo lo escribía con uve, porque la be desprendía una energía brava. Por ahí tengo cartas de él llenas de vesos y avrazos.

Practicaba sin destreza técnicas aprendidas en manuales de Yin y Yang y Kamasutra. «Todo, todo se resume en el Yin y el Yang», me repetía a toda hora. En cuanto al sexo, intentaba posiciones de las que era incapaz, pues no era muy flexible, aunque vivía bregando. Era tieso y frágil como una tiza y los huesos le traqueaban y le dolían cuando intentaba las posturas de yoga que veía (con desespero y ansias de imitación) en confusos grabados orientales. Era pálido, amarilloso de tanto caroteno, de tanta zanahoria y tantos jugos de mango, y cada

catorce días pretendía seguir un régimen de ahorro de semen y decía que durante siete días y seis noches dejaría de eyacular para proteger su vida y el equilibrio de sus fluidos vitales. Decía que uno en la vida tenía los polvos contados y había que cuidarlos, pero lo cierto es que siempre llegaba aunque fingiera haberse detenido a tiempo, sólo que fingía no haberse derramado, para seguir en paz con sus manuales y con su espíritu. Aquí Rodrigo recordó una de las características más especiales y raras de Susana. Era la única mujer en el mundo que sufría de orgasmo precoz. Era también la única mujer en el mundo que no sólo no fingía los orgasmos, sino que fingía no tenerlos. Cada vez que por algún motivo se enojaba con él y no quería acostarse, si en últimas cedía a sus caricias, se hacía la fría, la helada, y en el claro momento del orgasmo fingía no sentirlo. Sí, hasta en esto era única Susana.

Tenía una mano para recibir las cosas y otra para entregarlas, ya no me acuerdo cuál era para qué, y me prohibía que usara escotes o me pusiera minifalda. Tampoco permitía que yo bailara con otra persona porque según su maestro cuando alguien baila con otro, la energía de ese otro se queda vagando siete años por el cuerpo. Rodrigo, en esto, estuvo de acuerdo con el esotérico; se sonrió, pero no fue capaz de confesarlo. A veces, pensaba, los oscurantistas son sabios, tienen accesos de comprensión y de sabiduría, como los árabes que obligan a sus mujeres a taparse porque saben muy bien cómo los otros hombres las miramos, con qué ojos y con qué intenciones, siempre. Tampoco le podía dar la mano a nadie porque eso contaminaba las energías de las dos personas por ocho días y siete noches. Me rogaba que jamás comiera con tenedor porque ese utensilio se parece al trinchante del diablo y aseguraba que no se le podían dar patadas a un balón, porque el balón es esférico, redondo como el planeta, y patearlo era igual que patear a la madre Tierra.

No se bronceaba jamás a la luz de la luna porque decía que la energía lunar (como su nombre lo indica) era nefasta para los lunares. Era posible tomar baños de luna, pero sólo en menguante, cuando los rayos caían sobre el alma con una inclinación más adecuada y sin ocasionar daños irreparables al sistema simpático (decía así, el muy antipático, haciéndose el muy culto, el muy exacto, porque le encantaba mezclarles a sus locuras trozos de jerga científica, para darles estatus).

Practicaba técnicas de meditación y sostenía que dos o tres veces había llegado a levitar. Sin testigos, por desgracia. Casi todos los días me llevaba esencias florales y medicinas naturales para equilibrar no sé qué partes de mi energía corporal: cidrón para el color de las mejillas, cilantro para los cólicos, albahaca para la longevidad, valeriana para ya no me acuerdo qué. Una vez pretendió clavarme dos agujas en algunos sitios estratégicos que me curarían para siempre del lumbago (del que jamás había ni he sufrido). Me obligaba a colgarme cuarzos y piedras y amuletos que avivaban mis energías positivas y neutralizaban las negativas. Filtros

cósmicos, los llamaba él. Me prohibía usar tenis o zapatos con suela de caucho, para no aislarme de la benéfica energía del planeta, me enseñaba sus artes de meditación y me llevó donde un brujo a que me revelara el nombre secreto de mi mantra, que resultó ser algo así como Reprtruka. Ay, ahora me acuerdo de que está prohibido revelárselo a nadie, pero ya está dicho, qué se le va a hacer. Hablaba de mis karmas, mis destinos, las infinitas transmigraciones de mi espíritu que había sido (esto lo invento yo, Rodrigo) yegüita de mar en las Antillas, antílope en Sudán, meteorito en Basora, sequía en el Chocó, gota de lluvia en el Sahara, copo de nieve en Necoclí, gata en Angora, ángel en Sodoma, prostituta en Gomorra, saliva de Borges y flor de guayacán.

En fin, quedé agotada, y un día, sin que sus dotes de presciencia lo previeran, le rogué que no volviera. En realidad lo decidí al ver que mi peludo estaba sufriendo una curiosa metamorfosis: el pipí se le volvía cada vez más pequeño. Era increíble. Al principio lo tenía normal, ni grande ni chiquito, pero no sé si sería por las dietas o de tanto comer hongos alucinógenos (porque comía de eso cada vez que quería entrar en contacto con extraterrestres), pero el caso es que se le fue reduciendo tanto que al final lo tenía del tamaño de un grano de maní, te lo juro, poco a poco se le fue desvaneciendo y entonces yo también lo fui dejando hasta dejarlo todo, sin que él pudiera preverlo. De vez en cuando, todavía, me llama por teléfono a contarme algún sueño premonitorio y me advierte, por ejemplo, que tenga mucho cuidado con los taxis amarillos, o que no vaya a viajar en un avión rojo, o que me cuide mucho los riñones o el páncreas, pues fuerzas desconocidas le han revelado durante el sueño que yo estoy en peligro. Un día me comunicó que yo había quedado embarazada, sin darme cuenta, de un extraterrestre y que en nueve meses vería el resultado. Eso fue hace años y todavía no siento los dolores del parto. Otras veces me pide que recite no sé qué plegarias para plegar a mi favor algún dios desdeñoso. Yo le prometo que lo haré y después me olvido. No puedo más que agradecerle y olvidar lo que dice, porque si llegara a creerle una sola palabra de sus delirios, el despeñadero de la locura estaría asegurado. Una locura más bien inofensiva, es cierto, pero en todo caso una enfermedad en la percepción del mundo.

Reflexiones desde una burbuja

Un día Rodrigo fundió máquina. Es decir, se le rompió el cigüeñal, perdió todo el aceite y se le quemó buena parte del motor al viejo Chevrolet. Así que tuvo que coger taxi durante una semana. Sobre todo taxi, para no perder tiempo, pero también cogió bus, y metro, por mirar, por variar, por aprovechar, haciendo por placer lo que la gran mayoría de la gente de su ciudad hacía por obligación. Se sentía como un político en campaña, de esos que dicen que «hay que untarse de pueblo, compañeros, hay que untarse de pueblo para entender este país». Y Rodrigo se sentía hasta contento untándose de pueblo. Sentía que ahí estaba, finalmente, esa ciudad que no veía nunca, sino como de lejos, como desde otra parte. Muchachas de blusa estrecha y senos abultados en el autobús, muchachos con una forma de hablar que no entendía, emisoras de radio con música caliente, olores olvidados desde los días de la infancia, tipos de bigote, siempre de bigote, al menos el 70% de bigote, según una estadística que llevaba en la mente, para distraerse.

Nada es tan difícil de ver como lo que uno tiene muy cerca, frente a sus propias narices, sobre todo si lo único que lo preocupa es su mundito interior y su espacio sentimental, si todo se reduce a problemas de trabajo, cuestiones de oficina y celos obsesivos de pareja. Su vida se había convertido en comer, afinar pianos y sentir celos. En comer, en sentido literal y en todos los demás sentidos que la palabra tiene, al menos en este terrible país de la paloma. No hacía más que comer y comerse a Susana. Olvidado por completo de la peste, de lo que había afuera. Consciente por un instante de la peste, se rascó la cabeza. Por un prejuicio ideológico se decía que no le gustaba vivir fuera del mundo, pero en realidad no le gustaba ni le interesaba ser contemporáneo de nadie, conciudadano de nadie, y nadaba a sus anchas en el egoísmo.

Ante sus narices —casi siempre detrás de vidrios transparentes—, apenas ahora se daba cuenta, lo que había era una ciudad. Esa ciudad donde había nacido. Una ciudad desconocida, llena de gente, calles, casas, casuchas, edificios. Rodrigo siempre había visto a Medellín desde su encierro en alguna burbuja de seguridad. No había escogido encerrarse, pero el sitio era violento, peligroso, invadido de narcos, de policías corruptos, de gobernantes insensibles, de gente ávida, de rateros sagaces y algunos delincuentes sanguinarios. Y no tenía tiempo de ir con una lupa, buscando gente justa. Rodrigo se sabía parte de una diminuta minoría (¿el 5, el 10% de la población?), parte de esa pequeña casta que lee los periódicos y las revistas, que

tiene carro o va en taxi, que a veces hojea un libro, que sabe inglés y ve por cable las noticias de la CNN, las entrevistas de televisión española o las lejanas maravillas de Discovery, que si camina al aire libre lo hace sólo en unas pocas calles controladas, o en un pedazo de campo cercado y custodiado, o en un club, o en la zona verde de una finca aislada o una unidad cerrada. Vivía en una especie de exilio, refugiado en esa exigua colonia de Primer Mundo que hay en todos los países del Tercer Mundo.

Una película transparente, más o menos gruesa, más o menos blindada, lo protegía y separaba, siempre, de la realidad de afuera, la de la mayoría: ruido mugre vendedores cuchillos pistolas frutas boleros vendedores empanadas peluquerías papeles botellas vendedores tangos arepas balones ladrillos vendedores humo ceniza vallenatos cemento lluvia buses polvo carnicerías vendedores llantas moteles muertos iglesias quebradas vendedores derrumbes tugurios cervezas rap mendigos vendedores cadáveres vendedores. La realidad, esa terrible aglomeración de sustantivos, ese montón de agresiones y alegrías, la veía siempre a través de un vidrio: desde la ventana del apartamento, detrás de la ventanilla del carro, al otro lado del ventanal de la oficina, desde la ventanilla del avión, al otro lado de la vitrina del almacén o del café, por la ventana virtual de la televisión o del computador. Siempre, siempre envuelto en una burbuja en la que se sentía a salvo de esa incomprensible, inquietante, agresiva multitud que se agita y camina y rebusca y zumba y grita y vende, sobre todo vende, de todo, agitada como un avispero.

La otra realidad, la del 80%, el avispero, a veces lo rozaba. Un niño sucio que limpia el parabrisas y las puntas del índice y el pulgar de Rodrigo se asomaban por la ranura de la ventanilla del Chevrolet —ahora en el taller— para dejar caer unas monedas en la palma abierta. La empleada del servicio que pide un pequeño aumento de sueldo o alguna ayuda para el pariente enfermo, desplazado, desocupado, herido. El portero, el policía, el guardián, el celador, el vigilante, el guachimán, le decían buenos días, doctor, o buenas tardes, doña Susana. El embolador que va a su pecera y por mil pesos le acaricia diez minutos los dedos de los pies a través del fino cuero del zapato. Algún loco le gritaba un insulto divertido. Por distracción (alguna falla momentánea en la burbuja) podían atracarlo o hacerle un instantáneo raponazo. Le había pasado algunas veces, como a todo el mundo en Medellín. El susto pasa y el seguro paga. Y por televisión veía de vez en cuando las inundaciones, los derrumbes, las masacres, los partidos, las manifestaciones, los asaltos.

Se daba cuenta de que parecía un extraterrestre, un muñeco de Disneylandia. No vivía aquí. Tampoco en otra parte, aunque su vida se pareciera mucho más a la de cualquier norteamericano o europeo promedio. No vivían, ni él ni Susana, muy distinto a ellos. Los imitaban, en el fondo los imitaban, hasta en sus hábitos sexuales. El barrio en que vivían, salvo por los robos esporádicos, eran copias

mediocres de los suburbios ricos norteamericanos. Los centros comerciales, que ahora se llamaban *malls*, trataban también de parecerse a esos infiernos similares y escuálidos de allá. Familias dominicales en fiebre de hamburguesas, música rock, papas fritas, pantallas gigantes de televisión. Su Chevrolet viejo era una copia caduca de los carros de ellos.

Montado en el metro se dejó ir de El Poblado a Niquía. Era como pasar —en media hora— de Miami a Bangladesh, o a Bengala, como mejor se dice, si no fuera por la influencia del concierto. ¿Dónde vivimos? Si llegamos a caminar por las calles duras del centro, por las calles empinadas de los barrios populares, nos damos cuenta de que vivimos en una especie de mundo falso, publicitario (limpio, rubio, hecho de *jogging*, helados dietéticos, *Vogue*, toallas sanitarias, whisky y perritos falderos), un mundo como de muñecas Barbies mezclado con Epcot y Disney World. El otro mundo, el del 80%, lo fascinaba y aterraba y aturdía, todo al mismo tiempo. Y sobre todo lo asustaba. Lo tenía siempre ahí, en las narices, pero casi sin verlo: niños de la calle, vendedoras de chicles y de rosas, sicarios, desechables, viciosos, trabajadores simples, muchos trabajadores, mensajeros, meseros, camareras, indigentes, muchos indigentes. Era un mundo desconocido, casi invisible, transparente como los vidrios ventanas ventanillas vitrinas. Invisible como la burbuja en que vivía encerrado.

Ceremonias del político

Rodrigo le contó a Susana lo que había estado pensando ahora que tenía el carro en el taller. Mientras comían algo tailandés le contaba de la gente que había visto, la cantidad de gente, los montones de pobres, el humo, los vendedores, las caras tan alegres o angustiadas, las niñas de la calle, los niños que se emborrachaban aspirando sacol, los mendigos, los marihuaneros, los vendedores de chicles. Estuve en el viejo Palacio de la Gobernación. *¿Qué es eso?* Le preguntó Susana. Y Rodrigo se indignó porque le parecía vergonzoso que una persona de Medellín ni siquiera conociera el Palacio de la Gobernación.

—Un día te voy a llevar a conocer Medellín, Susana. Es el colmo que vivas aquí desde que naciste, hace más de treinta años, y que de la ciudad conozcas seis manzanas. Te voy a llevar a oler bestias en el zoológico de Santa Fe, a ver orquídeas y árboles en el Jardín Botánico, a seguir pedreas y a ver cómo hacen sancochos con los pupitres de la Universidad, a ver mendigos en el parque de San Ignacio, a comprar artesanías en la Feria de San Alejo, a oír tangos en la Casa Gardeliana, a mercar en la Placita de Flórez, a comer empanadas en Aranjuez, a ver pobres alegres y tristes en el Popular dos, a las calles repletas de Castilla, a la vista serena del cerro El Volador, a los lascivos moteles de Robledo, a un *striptease* en San Juan (más *sexy* que en París), a un partido de fútbol del poderoso Dim... Antes de que esto explote, Susana, porque esto algún día va a explotar y a lo mejor nos pasan a otra vida.

Uy, Rodri, ya estás como el político. Te va a dar por la conciencia social y todo eso. Los políticos son asquerosos. Bueno, por lo menos el único político que yo he conocido. Lo chantajea a uno con una moral que no tienen. Rodrigo le preguntó quién era ese político que conocía y Susana empezó a contarle, casi sin respirar, feliz de recordar y contenta de pararle el rollo tenebroso a Rodrigo, que con tres días de metro ya parecía con conciencia social.

Tenía la cara roja, abotagada de aguardiente, con la piel picada por los surcos, simas, senos, senderos y señas del acné juvenil. Con oírlo una vez, se aprendía de memoria el nombre de todo el mundo, y siempre que volvía a ver a alguien lo saludaba por el nombre de pila, como si fueran íntimos amigos. Cuando lo conocí, tenía un buen puesto en el Municipio (era secretario de algo) y se iba a Madrid a negociar los créditos del Metro con la banca española. Rodrigo empezó a recordar que alguna vez Susana le había hablado de su viaje a Madrid con un grupo de funcionarios del Metro. Seguramente Susana conocía mejor Madrid que Medellín,

podía apostararlo.

Yo era asesora en relaciones públicas del Metro, en ese entonces, y en el vuelo a Madrid viajamos en el mismo avión. Ahí nos conocimos y ahí me clavó los ojos, esos ojitos suyos de felino enfermo, con ese pestañeo, y ese guiño repetido de uno solo como muestra suprema de coquetería, entre diminutivos espantosos del tipo mamita, mamacita, virgencita, cielito, tesorito. Sobre el Atlántico, como a las tres de la mañana, sentí que una mano (más bien una manita) húmeda, fría y repugnante como un sapo me tocaba el hombro y ascendía camino de la nuca y descendía camino de los senos. Salí del entresueño para esa pesadilla, y con sensación de asco vi su cara cuadrículada, su sonrisa de político, su simpatía de campaña electoral, su vozarrón de discursero que decía Espero no haberte despertado, Susanita. De inmediato se puso a palmotear, como en una cantina, despertó a medio jumbo, y llamó a la azafata para que me sirviera un whisky, que yo ni quería ni había pedido ni probé. Pero yo era muy joven, Rodrigo, y él era ya desde entonces un político poderoso, un hombre con un nombre, con un par de apellidos que de sólo nombrarlos abrían puertas, dejaban boquiabiertos e inspiraban respeto (al menos en Medallo, en Madrid no). Su par de apellidos se repetía en todo un ejército de hermanos y hermanitas, primos y sobrinos, cuñados y concuñados, muy bien colocados todos en las esferas altas o medias de la sucia burocracia patria, desde los ministerios hasta las notarías, desde el Senado hasta las grandes empresas de transporte. Muy bien conocía Rodrigo a esta fauna de caciques. Ministros, senadores, secretarios, gobernadores, alcaldes, jefes de institutos descentralizados, gerentes de empresas del Estado, embajadores, cónsules, notarios, concejales, consejeros... De todo, de todo, con su gente y sus fichas puestas en todas partes: amigos de cuñados, primos de suegros, hermanos de yernos, clientes de hermanos, conocidas de nueras. Eran maestros en esa habilidad marrullera con que reparten cargos los políticos criollos, tan parecida tal vez a la de los políticos de todas partes.

Ya no paró de hablar hasta Barajas y me compró, tax free, un perfume y un pañuelo, además de un cartón de cigarrillos mentolados, Por si fumas, me dijo, sin preguntarme siquiera, y yo que odio el cigarrillo mentolado. En fin, llegamos a Madrid y los primeros días los políticos y funcionarios del Metro se perdieron. Hacían reuniones larguísimas con banqueros, constructores y altos burócratas del gobierno español. A mí, francamente, no sé para qué me habían llevado. Yo era una especie de adorno en la delegación, un inútil apéndice con pasajes, hotel, viáticos y todo el tiempo libre para mí. Me dediqué a ver Madrid con una amiga. Nos íbamos de tapas, como ella decía, españolizada, que era salir a tomar mucho vino, mucha tortilla con salsa brava, muchas gambas rebozadas y anillos de calamares (deliciosos), mucha marcha, con ratos de rock y palmas de flamenco. Madrid era o es una ciudad feliz. La gente está despierta hasta muy tarde, cada vez más despierta

cuanto más tarde está, y a uno se le va contagiando la felicidad. Caminábamos por La Castellana, hablando y hablando, hacíamos todo el recorrido del Prado, a veces parando ante los cuadros más impresionantes. A mí, sobre todo, me dejó estupefacta Velázquez, aunque no esos reyes con el mentón inmenso montados a caballo, sino Las Meninas. Había visto Las Meninas en reproducciones y no parecía nada, pero verlo, verlo: es la perfección de la pintura, te lo digo yo, aunque de pintura no sepa ni una coma. En cambio Goya, esto no lo voy a decir muy duro por la calle, Rodrigo, me pareció mal pintor, no siempre, pero en algunos cuadros. No sé, como con unos chorros mal echados de óleos en las caras. Los grabados sí eran impresionantes y algunas telas, pero las tales Majas, ¿has visto algo más feo que esas Majas, sobre todo la desnuda? Apuesto a que tú jamás te acostarías con una Maja así. Me encantaron también los pintores de Flandes, Bruegel y El Bosco, todavía dan miedo, y la parte de Picasso, que da una especie de euforia entre las piernas. Pero no voy a hacerte un resumen de Madrid, Rodrigo, mejor te presto la Guía Michelin.

Veíamos a algunos colombianos que estaban allá porque dizque aquí estaban muy amenazados y los iban a matar. Periodistas, casi todos, amigos de mi amiga. Una gente muy brava. Como resentidos, furiosos con Colombia, hablando pestes de Colombia y muertos de nostalgia. Dos periodistas calvos y barbudos, como que muy famosos, no me acuerdo los nombres. Uno de ellos no hablaba sino de toros, que los pitones tal cosa, y las corridas tal otra, y la nobleza de las bestias, la ternura de los bichos, que cómo iba uno a estar en contra de la fiesta brava si no estaba contra el aborto. Bobadas así. Al otro le interesaba más el fútbol, no hablaba sino del Santa Fe y de unos amigos cómicos argentinos que le mitigaban, con risa, la nostalgia de la Sabana. Francamente no me explico por qué los iban a matar, parecían muy inocentes con sus toros y su fútbol, y sus cabezas peladas y su sentido del humor. Había también un señor de aquí, de Medellín, no me acuerdo tampoco del nombre, pero creo que empezaba por a, sí por a, Alirio, Antonio, Alberto, Abimael, ya no me acuerdo. Era de pelo blanco largo, como que nunca se lo cortaba, parecía un poeta, y vivía en una pensión con una bruja colombiana que le hacía frisoles. Ese señor de Medellín era como muy serio, no hablaba ni de fútbol ni de toros, estaba indignado y furioso con las matanzas de la ciudad y usaba unas palabras que yo no le entendía: irrito, superfetatorio, birlibirloque, zascandil. De raras hasta me las grabé. Se veía que tenía una personalidad grande, como de aquí a la luna, y no decía sino lo que pensaba. Era duro, intransigente, y se burlaba de mí, decía que yo era una niñita tonta de El Poblado. Qué le vamos a hacer, tiene razón, creo que nos amamantaron en muy distintas circunstancias, yo toda puesta en orden, peinada y peluquiada, y él con la camisa rota y los mocasines viejos, diciendo que El País era mejor que El Colombiano, pero que a él le gustaba más leer El Colombiano porque le daba más

rabia. Y después de decir «rabia», para mi asombro, se reía. Detrás de las descripciones, Rodrigo creía reconocer a los personajes. A veces lo avergonzaba la forma tan olímpica en que Susana pasaba por encima de todas las cosas. Ni se había dado cuenta de haber estado con los periodistas más importantes del país, con personas que habían intentado, al menos intentado con sus plumas ponerle fin a un mar de arbitrariedades y de abusos y que por eso mismo se habían tenido que ir. Pero no la quería regañar y menos la quería interrumpir.

Al final reaparecieron los políticos del Metro y algo muy bueno les debió haber pasado pues estaban eufóricos y nos invitaron, a toda la comitiva, al mejor restaurante de Madrid. Él, mi político picado de viruela, mi palabrero de 20 de julio, el que había dado la orden para que me empacaran en la comitiva oficial (porque me había visto muy bonita en un coctel, confesó en el avión), me dejó una nota en el hall del hotel: «Esta noche nos vemos en el mejor restaurante de Madrid: Sala Caín». No era un chiste, era que no sabía el verdadero nombre, que mi amiga ya me había dicho: Zalacaín. Allá, con el vino y el brandy y los mariscos se fue volviendo cada vez más insinuante. Al hablarme, muy de cerca, me salpicaba con gotitas de saliva y tenía un aliento fuerte de cigarrillo mentolado mezclado con langosta. Decía que la langosta era un afrodisíaco, que él esa noche haría maravillas, que si yo, negrita, monita, morenita, mamacita, todo eso me decía, no lo quería ver. Menos mal que al rato se quedó dormido y los otros políticos tuvieron que montarlo al taxi colgado de las axilas y así mismo lo subieron al ascensor y lo llevaron al cuarto. Rodrigo trató de recordar una novela en la que los políticos siempre estaban borrachos, echaban discursos y se quedaban dormidos. Pensó y pensó sin poder recordarla.

Pero al otro día, al anochecer, volvió a la carga, esta vez por el teléfono interno del hotel. No me propuso salir, sino compartir con él, en su habitación, una botella helada de champaña, y mariscos para el ánimo, dijo, con risa, aunque ayer no funcionaron bien, añadió. El tipo me parecía repugnante, Rodrigo, pero una empleadita como yo no podía decirle así, sin más ni más y sin disculpa válida, que no. Por eso le dije que sí, que más tarde iba, pero me inventé una estratagema. Susana, había que reconocerlo, era diestra y sagaz para torear a los hombres. ¿Qué pase de torero se inventaría para sacarle el cuerpo al político? A Rodrigo no se le ocurría nada para salir del paso, y ya estaba pensando que Susana, una vez más, acabaría en la cama de otro. Ya sentía asomar por los anuncios de su esófago los celos retrospectivos y la rabia cotidiana.

Llamé por el teléfono interno a toda la delegación y les comuniqué que el Doctor nos invitaba a su cuarto a tomarnos una champaña, para celebrar otra vez el éxito de la negociación. Que nos encontráramos en el hall a las ocho para subir juntos. Todos juntos.

Éramos tantos que casi no cabemos en el ascensor. Yo me adelanté algo por el corredor y yo misma toqué la puerta; al momento apareció su cara roja, abotagada, cuarteada por las cicatrices del acné juvenil, el pelo húmedo y muy bien peinado hacia atrás con brillantina, exhalando un perfume tan abundante y dulce que tumbaba, en bata de baño o especie de albornoz oriental con dragón chino o japonés a la espalda, de tela símil seda, amarilla, con pantuflas de cuero, la mesa puesta para dos, con una vela y dos rosas, un cigarrillo mentolado encendido y apoyado en el cenicero, la champaña en el cubo del hielo (una cava catalana, hay que decirlo), y todo a media luz, a media luz los dos, con los altoparlantes en música ambiental, de esa que ponen en los ascensores de los bancos, en las salas de espera de los dentistas y los dermatólogos.

Yo iba a la cabeza del grupo y los dejé un poco atrás antes de tocar, como te digo. Le sonreí a la sonrisa meliflua del político, di un paso adelante, le ofrecí una mejilla a su baboso beso. El pobre ya se inclinaba para dejar su húmedo ósculo, cuando dio un brinco al ver a los demás, en fila india, pero reaccionó a tiempo, los hizo pasar a todos, y se hizo el loco, como yo. Hasta se puso a contar chistes. Son recursivos con las palabras estos políticos nuestros, hay que reconocerlo. Cuando volví al país, ya estaba en el escritorio mi orden de despido. No la firmaba él sino uno de sus áulicos. No me ofendí siquiera, fue un alivio.

Rodrigo celebró, fue una celebración íntima, que Susana no se hubiera acostado jamás con el político. Las mujeres, al menos eso sospechaba su parte más machista, sucumben fácilmente ante los poderosos. Qué perfume magnífico exhalará el poder que tantas caen a sus pies. No miran la barriga, la edad, el aliento; olvidan la corrupción, los golpes bajos, los manejos, los timos. Y caen, caen. Muchas caen. Le gustaba que el instinto certero de Susana, que su temperamento independiente, no la llevara a caer con especímenes así. Lo quiso celebrar con un abrazo más estrecho que los de siempre. Lo único bueno del político había sido la champaña, aunque fuera de España. No eran malas las cavas catalanas; es más, él no las distinguía de las champañas francesas. Quiso abrir una para esa noche. Recordó también la tarde del hotel en Cartagena, con otra champaña inútil, abierta no para el amor, sino para la pena. Le parecía casi ridículo, muy película de Hollywood, eso del cuarto de hotel con champaña en la hielera. Pero la realidad, aunque no imite al arte, sí imita a las películas. Y él quiso imitar la realidad imitadora de películas, por lo que puso a helar una botella de champaña. Cuando dos se quieren, es verdad que el alcohol no es mal afrodisíaco. En algo, en alguna cosita, el fastidioso político, el politiquito de los diminutivos, tendría que tener razón.

Insomnio con lectura

Rodrigo cogió un libro y leyó lo que decía un sabio de la Galia, con descarnado descaro: «El hombre y la mujer viven, en lo que respecta al sexo, sujetos a la ley inexorable de la *necesidad de variación*. El apetito sexual, la libidine, que mantiene la atracción de dos sexos, y, por lo tanto, la persistencia de la humanidad sobre el planeta, tiende, como todos los apetitos, a embotarse por la costumbre. Decimos, *como todos los apetitos*; y no es exacto: el sexual es el más exquisito entre todos los apetitos elementales; y por ello es también el más sensible a esa acción desgastadora del hábito. Se ha dicho muchas veces que no hay enemigo más fuerte del amor que la costumbre; y con toda razón. Un hombre y una mujer que se aman, necesitan renovar constantemente los motivos externos de la atracción, para que esta perdure: los trajes nuevos, la conmemoración de ciertas fechas, las ausencias, las riñas y la reconciliación subsiguiente, no son más que formas diferentes de renovar el poder de atracción, de luchar contra la línea recta del hábito, que aniquilaría a aquella. Tan sólo gracias a estos subterfugios perdura el amor monogámico, cuando el milagro de esta perduración se logra; a no ser, y esto es mucho más raro, que la vida sentimental y psíquica de la pareja sea lo bastante frondosa para encontrar en ella misma, por encima de los centros de atracción externos, motivos de renovada curiosidad».

Rodrigo recibió la lectura, la lección, como un golpe en la cabeza; no le revelaba nada nuevo, nada que no hubiera sentido por su propia experiencia, pero lo hacía pensar en ello, como hacía mucho que no lo pensaba. Recordó luego unos versos de Quevedo, que decían más o menos lo mismo: «El mayor apetito es otra cosa, aunque la más hermosa se posea. La que no se ha gozado, nunca es fea; lo diferente me la vuelve hermosa». Pero Rodrigo, por ahora, estaba anclado a una sola pecadora, sin pensar en cambiar, ni en otras, por diferentes que fueran.

Tal vez el subterfugio que había hallado Susana para lograr su fidelidad era narrarle las infidelidades de ella. Y no importaba que estas fueran infidelidades previas, anteriores, es decir inexistentes, irreales, pues él las vivía con un dolor que parecía presente y con un temor de repetición que las hacía futuras. Era una curiosidad que se renovaba noche a noche y lo hacía desear a Susana cada vez más. Quizá por primera vez en su vida él era, a su vez, perfectamente fiel. No pensaba en ninguna otra mujer, no las miraba como objetos sexuales. Susana lo obsesionaba por completo. Ella, con su poliandria pasada, había logrado en él el milagro de la perduración monogámica.

¿Será que los celos conducen a la fidelidad? ¿Era Otelo fiel mientras sospechaba de Desdémona? ¿Lo era Marcel mientras desconfiaba de Albertine y la tenía presa en su casa? Tenía que revisar esos libros. En él los celos habían aparecido de manera paulatina, cada vez más fuerte, con los relatos de Susana. Al principio nada. Era curioso, cuando un hombre se está robando una mujer, cuando una mujer se está robando un hombre, no sienten celos, nada de celos, por el hombre o la mujer a quien le están haciendo el hurto. Incluso, digamos, si la mujer le cuenta que sigue acostándose con él, con el dueño original, el ladrón no se inmuta. Los amantes no se enojan con los maridos ni con las esposas. Pero una vez el marido es abandonado, aparecen los primeros síntomas de posesión. Desde la fuga del profesor, los celos de Rodrigo no habían hecho más que crecer. Ahora los amantes de Susana se acumulaban en su cuaderno y en su imaginación como fantasmas, como peligros inminentes. Los odiaba.

Se le ocurrió que podría hacer una *razzia* de todos sus amantes, reunirlos a todos en una sola, magnífica fiesta, y envenenarlos de una, en un solo y apoteósico brindis con un coctel al cianuro. Como esos locos de las sectas gringas, que se matan en masa para reencarnar en mariposas o para huir con los ovnis a lomo de un cometa. Lo pensó, lo pensó un solo instante, y de inmediato vio lo ridículo, lo imposible, lo tonto, y se rio de la situación, de los muertos y de sí mismo, sobre todo de sí mismo, de sus tristes fantasías de loco de los celos.

Ya estaba cayendo en el oscuro algodón del sueño cuando su pensamiento le puso otra trampa, un nuevo sobresalto. Susana, con sus amantes relatados del pasado, había impedido que él se preocupara por lo verdaderamente importante: sus posibles amantes del presente. Tal vez él no era un cornudo retrospectivo, sino actual. Nada de raro que ya Susana hubiera sucumbido a la *necesidad de variación*. Horrorizado ante esta idea y ya sin poderse dormir, Rodrigo estuvo viendo hasta la madrugada idiotas e innumerables programas de televisión.

Confusos pensamientos de un filósofo

*Ah, los filósofos, excelentes personas, grandes personas, personas profundas, delicadas y sutiles. Pero no saben tirar. Follar, pichar, joder, templar... como se diga. Al menos los de ahora, digo, porque quién quita que Sócrates fuera un gran amante; de efebos, sobre todo, me imagino, aunque vaya a saber lo que diría Fenarete, su esposa; el filósofo mismo (no digo Sócrates, me refiero a mi filósofo doméstico) me enseñó su nombre: la esposa de Sócrates llámase Fenarete, así me dijo. Rodrigo recordó a uno de sus pocos amigos; recordó su barba blanca, recordó lo que le habían dicho una vez, desde una ventana: «Usted es igualitico a Aristóteles». Y su amigo era, de verdad, sabio como un filósofo; sabía muchas cosas, sabía dar consejos acertados, era sensato y tolerante, era bondadoso y bienhechor. Había sido siempre su benefactor. Se le ocurrían, a Rodrigo, a veces, palabras altisonantes (y para colmo en rima) para hablar de sus amigos, como estas de bienhechor y benefactor. No, no le gustaba que Susana se burlara de los filósofos, pero este filósofo de Susana, seguramente, no tenía nada que ver con su amigo el tolerante, el que escribía para liberar las drogas, el aborto, la eutanasia, para prohibir el castigo físico y la discriminación. Sería un falso filósofo, como los hay tantos, ahora que la filosofía no se aprende caminando y vagando sino en las cátedras universitarias. Filosofía de encierro. Susana seguía repitiendo las retahílas de su filósofo falso: *Y Sócrates, a Fenarete, le hizo tres hijos (Sofronisco, Lamprocles y Menexeno, me dijo mi filósofo), por lo menos esos tres hijos. Pero los hijos pueden hacerse de afán, como cumpliendo un deber con la democracia ateniense, los hijos no son ninguna garantía de buen amante. Por lo menos eso es lo que yo pienso, porque mi filósofo también tenía hijos.**

—¿Y Diótima? ¿Habría sido ella buena amante? —preguntó Rodrigo.

No sé, de las filósofas mujeres sabrás más tú, Rodrigo, ¿o acaso falta una filósofa en tu escaso catálogo de escarceos donjuanescos? ¿Tienes sólo una poetisa? Poca cosa, poca cosa de veras. Pero, a propósito, mi filósofo también era poeta. Y estaba convencido de que podía conquistarse a las mujeres con frases dizque muy poéticas. A mí al principio me dijo: «Déjame penetrar en tu lenguaje». La frase me pareció ridícula, y yo sabía que él en el fondo lo que quería penetrar era otra cosa, pero yo le seguí la corriente, me hice la que me dejaba encantar por esos monumentos de tonta ambigüedad: ¡Déjame penetrar en tu lenguaje!, qué idiota, me parece oírlo, y seguro que con esa misma frasecita había penetrado a más de cien.

Yo lo llamaba el ventrílocuo de Dios. Porque él me decía que el ser (y parecía que lo dijera con mayúsculas, El Ser), a través del verso, hablaba. Y como yo le preguntaba y le preguntaba sobre ese ser que hablaba a través de sus versos, que quién era ese ser y que si se podía escribirlo con minúsculas, el ser, y eso, y que si no le parecía muy curioso que al revés fuera res, cosa en latín, novillo en español, que si no sería un mensaje, le preguntaba yo, del genio de la lengua. Pero él no era muy claro cuando me hablaba del ser; decía que, ante todo, el ser es evento. Y yo le preguntaba evento qué, cuál evento, evento cultural, evento deportivo, evento qué. Y él me decía no, no, no, quiero decir que el ser no está sino en el evento de su historizarse. Aaah, le decía yo, aaah. Y él me decía sí, es así, desde Parménides, pasando por Hegel hasta Heidegger, desde Sócrates, pasando por Nietzsche y por Husserl, hasta Deleuze y Vattimo. ¿El evento del ser pasa por todas esas estaciones?, le preguntaba yo. Y él me decía muy serio sí, ese es el camino de Occidente en el que el pensar se ha confundido con el ser.

Trataba de explicarme mejor y me aclaraba que una cosa era el ser y otra el aparecer y otra el ser en el mundo o el estar en el mundo que dizque era el dasain, el dasain, así decía él y yo no sé como se escribe, ni el sain ni el dasain, pero que en todo caso era muy importante la distinción, me decía, que porque al interior, así decía él, al interior, que al interior de la vida se inscribía (también decía así, se inscribe y se inscribía) una relación que podía ser de sain o de dasain, y que yo esto lo entendería tal vez mejor en italiano pues en italiano sí hacían la distinción entre el esere y el eserchi, así decía también él, muy culto, el esere y el eserchi. Me explicaba que la gran amenaza para el dasain estaba dada por la técnica que era a su vez la crisis de la metafísica. Aah, le decía yo, aaah. Susana, pensó Rodrigo, es impermeable a la filosofía. A ella no le gusta detenerse a meditar mucho rato en nada, ella todo lo vuelve práctico, vital, inmediato, a ella no le interesan los laberintos de la reflexión.

Pero al otro día, para provocarlo, le pedía, Por favor no des tantos rodeos, dime en últimas y bien claro lo que es el ser. Y él empezaba con que el ser era lo que era, que el no ser era todo lo que no era y que lo que era era el ser. ¿Algo así como Dios?, le preguntaba yo, y él decía que no, que no exactamente, salvo en una perspectiva panteísta a la Spinoza, decía, pero yo más le preguntaba sobre el ser y él cada vez más se acercaba a darme una definición del ser que era igual a lo que en el colegio me decían que era Dios. Por eso yo lo puse el ventrílocuo de Dios. Un Dios más bien confuso (confuso no, abstruso, decía él, todo lo importante no es accesible a la inmediatez de la aprehensión, sino que se dilata en un paulatino aprehenderse que no acaba de aprehenderse jamás, concluía). Y decía aprehender y aprehenderse —así, con hache intermedia y todo, hache no muda, porque hasta se le oía, aprehenderse—. Rodrigo se reía, pero algo muy adentro le decía que Susana no

tenía derecho a burlarse así de su filósofo, ni de ese ni de los demás filósofos. Aunque quién sabe, tal vez desde Kant no había vuelto a nacer nunca más un filósofo sensato y la filosofía de este siglo estaba huérfana, semimuerta, al mismo tiempo acomplejada y altiva ante la ciencia y sin encontrar un camino que, teniéndola en cuenta, les dijera asuntos útiles e interesantes a los hombres corrientes. No, ahora era una palabrería insensata y, peor, incomprensible.

Poco le logré yo entender al filósofo, para serte franca, cuando me citaba a Heidegger que citaba a Hegel que citaba tal vez a Empédocles o a no sé quién. Él me enseñaba mucho, me decía que tenía que salir de mi obtusa óptica positivista, materialista y estrecha. Me enseñó incluso a pronunciar los nombres de todos los filósofos y a saberles poner una etiqueta. Que Nietzsche, se dice niche, era el que le había extendido a Dios su certificado de defunción; que Bergson, se dice bersón, había inventado la risa; que Kierkegaard, se dice quírquegoor o algo así, había inventado la angustia; que Feuerbach, se dice fóierbaj, no me acuerdo lo que se inventó; que Hegel, se dice jéguel, era el padre de la dialéctica y la apoteosis de la especulación delirante. El único que me parecía claro y sincero era Kant que se decía igual, cant, como «no se puede» en inglés. En fin todos los nombres que te he dicho me los enseñó él y también me hizo todas las explicaciones que no te puedo dar. Era un enredo tremendo y él al verme tan confundida me decía Te lo voy a explicar más claramente con Foucault (él decía fucó) y Derrida (pronunciaba degridá) y Habermas, quizás incluso con Lacan (decía algo así como lacá o lacó). Aunque quizás Lacan también te resulte un tanto abstruso, sabes. Lacan en ocasiones, al interior de su discurso, es un tanto evasivo, gusta del jeroglífico y del gesto adivinatorio, él no dice hoy, sino «el día que viene después de ayer y antes de mañana», que es una cosa mucho más seria y profunda que decir, sencillamente, hoy. Sí, así hablaba mi filósofo, como decía él que hablaba su psicólogo, Lacá o Lacó, a quien dizque había conocido en unos famosos seminarios, en París, y que él personalmente (y este era el más inmenso, el más grande orgullo de su vida) lo había oído pronunciar, por primera vez y en directo, las tremendas palabras aquellas que, decía él, son la cifra del mundo, la clave de toda la existencia, y encierran la mayor enseñanza sobre el ser del hombre que se haya pronunciado en este siglo xx que agoniza. Antes de hablar, antes de revelar este misterio, Susana se incorporó en la cama, acercó sus labios a la oreja de Rodrigo y ahí sí pronunció despacio, ese conjuro mágico: «El inconsciente se articula como un lenguaje». Yo oí, estos oídos míos oyeron (y aquí el filósofo se exaltaba, llegaba casi a un éxtasis místico, se metía dos fálcos índices por el orificio de cada oreja), yo escuché en directo la revelación del Gran Misterio del Ser: nuestro inconsciente se articula como un lenguaje. Amén. Lo de amén lo decía yo, que sólo en los curas había visto semejante fervor. Un fervor complicado, envuelto en laberintos. No sé si de profundo

me parecía oscuro, pero tiendo a pensar que sólo por lo oscuro parecía profundo. No a mí, a otros. O que se oscurecía aposta, que le echaba brea viva a sus palabras para ocultarles la simpleza, la banalidad, la nadería.

De cuando en cuando nos dábamos un casto y brevísimo beso y él volvía a empezar con que al interior del no sé qué se inscribía el no sé cuántos; y que la modernidad era la posibilidad de la transitividad social; y que la posmodernidad era la imposibilidad de la comunicabilidad, al menos al interior del mundo de la vida. Y aquí yo le decía Eso sí te lo creo, eso sí, porque comunicarse contigo en cristiano es imposible, querido. A él le daba risa de mí tan ignorante, me acariciaba la frente con el mismo índice que se metía en las orejas, como diciéndome en esta frentecita jamás penetrará la sabiduría del sain y del dasain, jamás. Sí, jamás y menos mal, porque esta frentecita mía se articula con un muy otro lenguaje.

Porque a nivel y al interior de la relación lo que se inscribía era una total falta no digo de sexo, sino incluso de caricias. Eso pensaba yo, tan banal, tan carnal, tan poco espiritual, tan terra terra, como decía él que dicen en italiano de las personas como yo. Tú eres terra terra me decía y yo le contestaba que claro que sí que yo era tierra tierra y fango fango y agua agua y carne y polvo, y que además me encantaba la carne en polvo. Y el polvo de él nada, ni tan siquiera un polvo enamorado, quevedesco, nada. Yo soy terra terra y tú eres cielo cielo o limbo limbo, le decía yo, antes de quedarme dormida. Me quedaba dormida por sus rimas, sus eternas rimas de palabras que acababan en «dad». Unicidad, modernidad, otredad, equivocidad. Ay, no, yo no me aguanto ese monotonón de palabras que terminan en «dad», hasta mentiridad, decía, en oposición a su verdad. Odio, definitivamente odio las palabras que terminan en dad, y la peor de todas creo que es castidad. Por supuesto, Susana, por supuesto, eso no tienes que decírmelo a mí, se remordía Rodrigo.

Ah, el filósofo, además era vanidoso. En su casa tenía una foto suya sobre el escritorio que lo mostraba en ese mismo escritorio, la cara apoyada en la palma de la mano abierta como si el cuello fuera incapaz de cargar con semejante peso de ideas que rondaban su cabeza. Lo que pesa un sain, lo que pesa un dasain. ¿Has visto que todos los filósofos y todos los poetas del mundo se hacen tomar una foto con la barbilla apoyada en la palma de la mano? Les encanta, les encanta, y más todavía si aparecen con la vista perdida, extraviada en un arcano ideal, en un utópico o platónico planeta, en meditaciones muy espirituales, y la mano tensa, temblorosa bajo tanto peso, como la de un levantador de pesas bajo trescientos kilos.

Yo, al filósofo, le metía la mano por debajo de los pantalones, le agarraba las partes, la trinidad, su misteriosa y blanda trinidad. A veces el padre reaccionaba y se ponía menos blando, en posición de líder, mientras el hijo se subía un poco más y el otro espíritu también se contraía un tanto hacia arriba. Entonces el filósofo

abandonaba sus doctas lucubraciones, se abría la bragueta de un solo jalonazo, se me abalanzaba y en pocos segundos dejaba caer su simiente en un costado de mi vientre. La cortedad de la coitedad. Sus coitos eran repentinos, violentos e instantáneos pues sufría de eyaculación precoz. Era un relámpago, el filósofo, para lo carnal, tanto como largo y tedioso para lo espiritual. Después de la caída en esta tierra, de inmediato, como un rayo, volvía al espíritu, guardaba la Trinidad, se subía la bragueta, repitiendo siempre la misma frase de no sé qué santo, san Agustín tal vez, que era post coitum tristitia, el hombre est triste aprés coitus, triste después de pichar, depresso dopo aver fottuto, sad after fuck, empezaba a repetir la frase en todos los idiomas que se sabía hasta que volvía a sacar a relucir el sain y el dasain, que una cosa era la ilusión y la imaginación y la vaguedad (sain) del coito mental y otra la procax (dasain) realización del coito, tan banal, tan triste, tan decepcionante. Tan decepcionante porque en el amor se realiza el choque de dos imaginarios que no coinciden, porque el objeto del deseo es oscuro, oscuro, y jamás esta claridad decepcionante. Yo le decía en efecto, en efecto, decepcionante, por lo menos al interior y a nivel de lo que se inscribe dentro de mí es decepcionante, enfriador, mejor dicho, casi casi triste, como dices tú, si bien para mí no es un post, sino un ante, porque es que a esa velocidad yo no sé qué post puede haber, hijo mío, cuando casi no hay ni antes ni durante.

Algunos días estaba más filósofo que nunca, filósofo hasta la médula y hasta la exasperación; pero cuando su seriedad llegaba al colmo a mí me empezaban a entrar dudas, dudas de verdad. ¿Y si algo de lo que él iba soltando fuera cierto? Él decía, a propósito, que el objeto último de la filosofía era la verdad. Y que verdad era descubrimiento (así decía él, paraba en seco en des y después decía despacio cubrimiento) o decía también des (stop) velamiento, que porque la naturaleza estaba oculta y era necesario des... tapar su ser. Yo no sé. Después me decía que yo erraba como una loca por el mundo, pendiente sólo de mi cuerpo, y me citaba a Heidegger: «La inquietud que impulsa al hombre a alejarse del misterio para dirigirse a la realidad corriente, y que lo hace proceder de un objeto a otro de los que hay en la realidad cotidiana, sustrayéndole el misterio, eso es el error. El hombre erra». El hombre y la mujer, añadía él, tú eres una Susana errante de coito en coito y nunca vas a lograr suprimir la inútil angustia de tu inútil errancia por los cuerpos. Después seguía con su filósofo amado. «El error es la esencial antiesencia de la esencia originaria de la verdad. El error es el albergue abierto y el fundamento del error. El error se extiende desde las ordinarias acciones equivocadas, desde las fallas leves hasta los cálculos incorrectos hasta los verdaderos extravíos que acompañan los comportamientos y las decisiones esenciales». Tú vas a equivocarte siempre en tus decisiones esenciales, Susana, me decía el filósofo, porque vas errando detrás de fútiles apariencias superficiales sin lograr desvelar el misterio de

la vida. Y seguía con su maestro: «Lo que la costumbre corriente y también las doctrinas filosóficas llaman error, es decir, la no conformidad del juicio, es la falsedad de la consciencia, en realidad hay una sola manera de errar, y es además la más superficial». El errar tuyo, por ejemplo, Susana, que erras y yerras alejada del misterio del ser. Todo eso me decía mi filósofo y yo no sé francamente si podía tener algo de razón, porque algo podía haber ahí, no sé, en el fondo alguna lucecita. También me decía que la única manera en la que yo podría salir de mi errar y de mi error sería despidiéndome definitivamente del cálculo, de ese modo de pensar habitual de Occidente que era el calcular. Así me decía, el calcular, y me acusaba de ser una calculadora sexual, una que sumaba sus amantes y que a cada hombre que conocía le calculaba lo que podría hacer en la cama. En el pensamiento que calcula, citaba de memoria mi filósofo, a diferencia del pensamiento que piensa, no hay salvación, más aún, allí se esconde el riesgo más inquietante, porque, dice Heidegger, «Lo que es verdaderamente inquietante no es que el mundo se transforme en un completo dominio de la técnica. Mucho más inquietante es que el hombre no esté para nada preparado para esta radical mutación del mundo. Muchísimo más inquietante es que no seamos capaces todavía de alcanzar, mediante un pensamiento pensante, un enfrentamiento con lo que está emergiendo en realidad en nuestra época». Todo eso me decía o me citaba, pero yo no creo haber entendido nada.

Más fácil era entenderle otros días, cuando estaba menos filósofo y más poeta. Se le entendía, pero era peor. Cuando entraba en la fase poética le daba una languidez, una apatía, unas ganas de repetir versos de Silva y versículos de Valencia, la sola sombra larga y los lánguidos camellos de elásticas cervices, el instante en el crepúsculo en que las cosas brillan más (y yo pensaba, mentira, brillan menos, si quiere brillo que se pare en la mitad del mediodía). Se volvía romántico y melancólico, protestaba contra el mundo prosaico y mercantil y me hablaba de la locura de Hölderlin, la valentía de Byron, la delicadeza de D'Annunzio... Estaba seguro de que los poetas estaban llamados a redimir el mundo y me recitaba de memoria tiradas de Paz, pedradas de Roca, Teresas del Carranza o chistes de la Carranza, y en cada verso, según él, se confirmaba la verdad de su aserto: los poetas son profetas y redentores del mundo, por ellos el ser habla, el ser se manifiesta, ventrílocuos de Dios. Yo bostezaba.

Lo que sí era idéntico, en sus fases poética y filosófica, era el amor: relámpago y como a regañadientes entre dos recitales de citas en alemán o de versos colombianos.

Insomnio alrededor del baile

Habían ido, una noche, a *Convergencia*, un diminuto antro de baile por la calle San Juan, oscuro, ruidoso, noventa decibeles, lleno de ron, de sudor, de cerveza y de negros majestuosos bailando con negras casi inconcebibles. Habían ido a bailar, pero más bien Rodrigo había ido a ver bailar a Susana, que llevaba mucho tiempo sin hacer ese programa y ya le hacía falta, estaba a punto de bailarse sola. En cambio él jamás había podido aprender a dar un paso de baile. No, Rodrigo nunca bailaba, era incapaz.

Eso se escribe muy fácil, pero no saber bailar, en este trópico, es una tara nefasta. El trópico, sin duda, es excesivo. En calor, en mosquitos, en sequías, en lluvia, en frutas. Acostumbrados a ver frutas del tamaño de una aceituna o de una pera, los europeos tenían que desmadejarse a la vista de una papaya o de una sandía o de una guanábana verde con piel de dinosaurio. Pero no sólo en frutas es excesivo el trópico; lo es sobre todo en baile, y Rodrigo frente al baile era como un europeo de cereza en mano frente a una mulata que saborea un zapote entre los labios o una chirimoya contra el paladar. Aquí todo se convierte en baile: un matrimonio, un bautizo, a veces hasta un velorio. Sin contar con el hecho de que no saber bailar, aquí, es como no saber distinguir la nieve entre los esquimales, como no comer pasta en Italia, carne en Argentina, curry en la India, arroz en China, como no saber sumar en Norteamérica, ayunar en Arabia, trabajar en Japón, hablar francés en Francia o en Haití. Rodrigo no sabe bailar, y ni siquiera sabe por qué no sabe bailar. Pudo ser vanidad, es decir, temor a equivocarse y a que todos notaran su torpeza. O tal vez la familia de la madre, tan religiosa, los tíos curas, los rosarios, el recóndito temor al pecado; porque sin duda para una religiosidad sexófoba, ese meneo de los cuerpos tiene un fin pecaminoso. El baile árabe (de sus ancestros paternos) también era otra cosa, más femenino y directamente asociado a la seducción, en todo caso un asunto de mujeres solas, no una cosa de hombres. Ah, cómo le gustaría ser como ese personaje de película, un tipo que bailaba deliciosamente mal, música árabe, un enamorado de las tetas, como él, *El marido de la peluquera*, se llamaba la cinta, ser capaz de bailar, aunque fuera mal, pero sin darle importancia a su torpeza.

Tiene más teorías para su carencia: no nació en la Costa ni en tierra caliente, como los buenos bailarines del Caribe y de Colombia, sino en unas montañas violentas y tristes, demasiado inclinadas al trabajo, al rencor y a la circunspección. Ha dominado estas tendencias (la tristeza, el rencor, la violencia), pero no tanto

como para llegar a bailar, alegre y distraído, como los costeños. Saber bailar, supone, consiste entre otras cosas en ser capaz de abandonarse, y esto es algo para él casi imposible. También pudiera ser una incapacidad natural para sentir el ritmo o una timidez tan acentuada que lo lleva a vigilarse, a ser consciente de sí mismo, y a sentir vergüenza al hacer esos movimientos por lo menos curiosos que su razón no puede gobernar. Porque sabe que en el baile es inútil cualquier inteligencia racional y hay que apelar a ciertas ancestrales sabidurías del cuerpo.

Estuvo en clases, varias veces, con parientes, con amigas, con profesores, con profesoras. De salsa, de merengue, de pasodoble, de cumbia, de vals, de tango. Nada, completamente inútil, como un oligofrénico aprendiendo cálculo. Había sido buen estudiante siempre, pero los exámenes de baile fueron los únicos que nunca ganó en su vida. Sí, ha hecho innumerables esfuerzos por superar ese que considera un límite oprobioso de su cuerpo, pero ha sido peor porque el esfuerzo seguido por un nuevo fracaso lo sumerge siempre en una retorcida depresión. Cada vez que ha hecho un intento por superar esta derrota, la derrota ha crecido. Es lo más parecido a sus esporádicos ataques de impotencia, pero en el caso del baile es como si fuera un impotente perpetuo. Sospecha, sabe, todos le han dicho que el acto es bueno, agradable; su misma pareja lo espera con ansia. Pero él está seguro de que no conseguirá hacerlo, que a su vida le faltará algo para siempre.

En él es más triste esta incapacidad, porque tiene oído (es obvio que lo tenga un buen afinador de pianos, y él hace bien su oficio, es capaz de distinguir hasta cuartos de tono, o más, y es capaz de imaginar y de emitir un La antes de haberlo oído en el diapasón). Sabía que en un piano el Do sostenido es igual al Re bemol, y así lo afinaba, a su pesar, pues también sabía que en cambio en un violín el Re bemol es un poquito más bajo que el Do sostenido. El piano era imperfecto, siempre lo había pensado, y le tocaba achicar las distancias con estratagemas que a nadie revelaba, sin aparatos de ayuda, con la increíble precisión de su oído. Como debía unir en una tecla dos notas diferentes, partía la diferencia entre el Do sostenido y el Re bemol. Creía percibir diferencias inferiores a la coma y en los momentos más delicados decidía desconectar el estroboscopio, y se enfrascaba en una lucha con las llaves y su oído. A veces, de tanto luchar, se le embotaba el oído y ya no sabía bien a dónde quería llegar, como cuando uno oye mucho una palabra y ya casi no la distingue, ni sabe qué quiere decir ni dónde empieza. Otras veces oía tanto que hasta le dolía la mandíbula, a veces, con las vibraciones, y alguna vez había concluido, con un pito para perros, que oía tanto como los perros, si no más, por encima o por debajo de los registros que perciben los demás hombres. Era capaz de percibir, en la voz de Susana por ejemplo, cadencias que le indicaban el verdadero estado de su espíritu, sabía si tenía rabia, angustia, hambre, si estaba serena, sola, acompañada, feliz o deprimida, todo.

Tenía oído, pues, y además no le habían faltado ganas de aprender a bailar, pero había un bloqueo insuperable en su cuerpo. En todo esto pensaba, triste y sin poder bailar, mientras muchas parejas jugueteaban con sus cuerpos en *Convergencia*, mientras Susana bailaba con un hermoso negro en *Convergencia*.

No siente celos, sino envidia de los bailarines. Siente que ellos gozan mucho y esto le produce una lástima intensa. Es lamentable no poder darle a Susana ese placer, ese gusto de bailar. Siente tanta vergüenza por no saber bailar, que es capaz por un rato, por toda una noche, de poner entre paréntesis sus celos, y dejarla que se mueva con otro bailarín, con otros. Mientras estuvo en ese sitio, miró a los bailarines con deleite, incluso a los que bailaban con ella y la hacían gozar, reír, saltar. Casi todos eran negros, o mulatos, y a su lado él se veía desteñido, flaco, flácido, torpe. Notaba la complacencia de Susana, su entusiasmo que iba pasando a euforia con las piezas. Miraba con una mezcla de gusto y de dolor esos precisos movimientos: en el baile la gente goza y se goza.

Ahora, bocarriba en la cama, pasada la tortura de una noche como espectador inútil y sonriente, le da tristeza de sí mismo, se compadece de él, lo cual es un sentimiento muy desagradable, el más desagradable. Pero es que sabe que esta limitación ha cercenado una parte importante del precario placer que es posible extraer de nuestra corta experiencia sobre la Tierra. Sabe que ha perdido una de las formas más gratas y sutiles del erotismo. Ya lo había pensado, en realidad, y no por pura coincidencia, precisamente al ver que Susana se apretaba contra su pareja, y que él la gobernaba con destreza y movían las piernas y los brazos de una manera que le daba más envidia que rabia, menos celos que desesperación, más lástima de sí mismo que rencor por ellos.

Uno de sus amigos, Alberto, le había explicado hacía tiempos el placer del baile con su «teoría de los nueve placeres» (sí, nueve, él que no puede sentir ni uno): el primero era un placer discreto, el del rigor del ritmo, la disciplina de lo bien hecho, por supuesto inaccesible para los pies bisojos y la cintura lerda de Rodrigo. El segundo placer era la conciencia del cuerpo, su cansancio, sus límites, las partes del cuerpo que participan en el movimiento y que son casi todas. El tercero tenía que ver con el cortejo o con la seducción mutua (y aquí sí que sufría Rodrigo, pensando en que perdía a Susana en cada paso). El cuarto era ir conociendo y reconociendo a la otra persona por su cuerpo (claro, porque más se acercaban y tocaban a su mujer, recordaba con rabia Rodrigo, bocarriba, más se acercaban con el pasar del tiempo). El quinto, le había dicho Alberto, era el abandono, en manos de la música y en manos de la pareja con quien se baila; era una especie de confianza en el otro, de correspondencia. El sexto (y aquí Rodrigo ya entendía menos) era la transformación continua del propio cuerpo por las exigencias del otro y del baile, sentir que el propio cuerpo se convierte en otro. El séptimo era fácil, era el juego, el placer de

jugar, el goce por sí mismo. El octavo era el placer de transportarse, de viajar mentalmente y sentirse en otro sitio. El baile como avión, como tapiz volante, Rodrigo no podía creerlo. Y menos podía creer en el placer último y final, el noveno, que, decía Alberto, era un placer sin nombre, el innombrable, donde el que baila adquiere una conciencia acrecentada de todo. Una sensación última, decía su amigo, y decía también que muy pocos humanos en el mundo lo alcanzaban.

Con la duda de si Susana lo habría alcanzado alguna vez, y con la rabia de que ella llegara tan lejos con sensaciones que él jamás podría darle, se obligó a dormir cuando ya entraban las primeras luces de la madrugada.

Demostraciones del científico

Rodrigo era músico, pero sentía pasión por las cuestiones científicas, no sólo por la armonía o por los tonos o por los decibeles. Era curioso y quería saber lo que la gente iba descubriendo en los laboratorios, con los telescopios y los microscopios, en los aceleradores de partículas, en los simuladores electrónicos, en las aulas de las universidades. Le parecía que esos callados científicos, más que los filósofos con su palabrería, eran los que estaban destapando los secretos más interesantes de toda la existencia, los que hablaban del mundo y le quitaban un velo tras otro, aunque tal vez no hubiera esperanzas de llegar nunca a la verdad desnuda. A lo mejor por este interés personal, y porque ella alguna vez se lo había insinuado, una noche le preguntó a Susana si en su harén del pasado no había habido algún científico. Por supuesto que sí lo había habido y ella empezó a recordarlo.

Ante todo era de una gran precisión mi amigo el científico, que había estudiado matemáticas y física. Tenía sus obsesiones: la sociobiología, la evolución, la cosmología, la química cerebral y el problema filosófico de la conciencia. Todo lo abordaba metódicamente. Poco después de conocerme —cuando notó que ya estábamos a punto de llegar a eso que él llamaba, según una expresión de las revistas gringas que leía, «sexual intercourse»— quiso estar enterado de cuánto duraba en promedio mi ciclo menstrual y en qué día, con exactitud, estaba. Para él lo fundamental en el amor eran las hormonas. «¿Te has hecho alguna vez un examen de estrógenos, de progesterona, de prolactina?», me preguntó en una de las primeras salidas, y añadió: «Yo, debes saber, una vez tuve un bajón en la testosterona, fue terrible, por más de cuatro meses me la pasé sin ganas, se me cayó la barba, el palo, todo. Desde entonces cargo este pequeño tensiómetro que mide la turgencia del miembro, así puedo detectar a tiempo cualquier disfunción eréctil». Usaba expresiones de esas, espantosas, de manual de medicina: disfunción.

Era una persona larga, metódica, puntillosa. Yo evitaba hacerle preguntas porque si le hacía incluso la más insulsa, la respuesta podía costarme cara (una tarde completa, toda una mañana). Bastaba preguntarle la hora. ¿Qué hora es?, y él emprendía una extensa reflexión sobre el tiempo, una erudita explicación sobre las concepciones del transcurrir y pasaba revista a largas listas de científicos que se habían ocupado del problema. Luego me hacía una detallada historia de la invención del reloj, empezando por los de sol, pasando por el de arena, la clepsidra, me contaba cómo funcionan en Oriente los relojes de olor, y al fin llegaba al cuarzo

y los relojes atómicos ultraprecisos, de esos que se atrasan un milésimo de segundo cada siglo. Usaba una expresión latina al empezar sus respuestas didácticas: lo mejor es partir *Ab ovo*, desde el huevo, desde el origen. Decía: «Eso hay que analizarlo *ab ovo*, es necesario partir del principio». Una vez lo noté triste y cometí el error de indagar en los motivos de su tristeza: se remontó al big bang y empezó por explicarme la estructura del átomo de hidrógeno. Sólo así llegaría yo a entender los fenómenos moleculares de intercambio de iones a nivel del córtex cerebral que en ese momento ocasionaban su sensación de tristeza. Acabó al amanecer, explicándome de qué manera el Prozac, que acababa de empezar a tomar, iba a lograr suprimir esa desagradable sensación, pues gracias a sus efectos su cerebro dejaría de reabsorber ya no me acuerdo cuál proteína que era la causante de sus sensaciones. El cerebro produce ideas como el páncreas insulina, era una de sus frases de cabecera, y yo se la he copiado.

Me exigía que hablara con perfecto rigor, que no dejara jamás un cabo suelto. Toda frase debía ser susceptible de ser demostrada con pruebas controladas de laboratorio. Yo no podía afirmar nada que no fuera falseable, así decía él, falseable. Un día dije, por ejemplo, «ese tipo tiene cara de llamarse Ernesto», y él se enfureció conmigo, me dijo que me dejara de poesías baratas, que la gente no tenía cara de nada, que eso era indemostrable y salió corriendo hasta donde estaba el tipo y volvió todo feliz diciéndome que, claro, que me había equivocado, que el tipo se llamaba Esteban. Entonces yo le dije que yo no había dicho que se llamara Ernesto, sino que tenía cara de llamarse Ernesto y que aunque se llamara Esteban seguía teniendo cara de llamarse Ernesto, aunque la cosa en últimas no tuviera demasiada importancia. Ahí se enfureció y se fue, me dijo que yo era absurda y que conmigo ni valía la pena hablar porque lo que yo le decía era tan indemostrable, tan absurdo, que ni siquiera era falso.

Si yo decía por ejemplo, ¡ay, tengo un frío...!, él miraba el termómetro (siempre cargaba uno) y decía «imposible, estamos a 21 grados y el cuerpo humano está perfectamente equipado para no sentir frío a esta temperatura. Ahora bien (decía así, ahora bien), si no mientes al decir que sientes frío, hay dos posibilidades, o que estás cometiendo una distorsión de tipo psicológico o que tienes alguna disfunción física». Me daba tanta rabia que me acaloraba y se me pasaba el frío, y le decía Tranquilo, estoy sudando. Él me miraba un segundo sorprendido, luego volvía a mirar el termómetro y a exclamar «Imposible, no has hecho ejercicio para subir tu temperatura; seguimos a 21 grados».

No se me podía olvidar nada, ni el nombre de nadie ni nada. Se enfurecía si yo daba una dirección diciendo, por ejemplo, que algo quedaba por los lados del estadio. No, no, no, la calle y el número, exigía furibundo —acalorado, aunque estuviéramos a 15 grados— y se ponía a explicarme cuándo y para qué había sido

inventada la nomenclatura de las calles. Insoportable.

Y fuera de eso una fiera: yo no podía decir que una pelota era redonda sino esférica, que una caja era cuadrada sino cúbica; en las recetas de cocina (a veces lo ponía a que me ayudara a medir algo) lo sacaban de casillas las tazas y las cucharadas y las cucharaditas y protestaba porque parecía que los cocineros no supieran lo que son los gramos y los decilitros, midiendo todavía con criterios y medidas de la edad precientífica. Todo aquello que no fuera rigor y precisión lo enfurecía. Una vez me encontró tomándome un agua de manzanilla para dormir y me obligó a tragarme un Rohypnol porque esas yerbas eran pura superstición y él no se iba a aguantar una novia bruja. Para él todos los hombres éramos solamente una especie de autómatas sin voluntad, dominados por las hormonas, por las conexiones del córtex, por los genes, y por nuestro pasado evolutivo de mamíferos superiores y de primates. «En nosotros actúa el pez, el reptil, el mamífero, todo nuestro pasado biológico», decía. «Eso ya nadie lo niega, y nada tan parecido a la sociedad humana como los hormigueros: la esclavitud, la servidumbre, toda la historia de la humanidad puede estudiarse en las cavernas de un hormiguero».

Tenía su manera de amarrarse los cordones de los zapatos. Decía haber descubierto un nudo que le ahorraba seis segundos al día y para él era incomprendible que todos los demás humanos no adoptaran su forma de atárselos. No mercaba las frutas como cualquier mortal. Llevaba una estadística completa de lo que compraba y solía pesar las naranjas, las peras, las papayas, las guanábanas antes de pelarlas y después de peladas, en una báscula ultraprecisa, de despachador de cocaína. Había llegado a la conclusión de que era más económico comprar frutas grandes que frutas pequeñas porque había menos desperdicio de cáscaras y más volumen de pulpa. Hasta me daba la fórmula. Lo mismo pasaba con las papas, con los tomates, con los aguacates, con las berenjenas.

Vivía poniéndome trampas, que él llamaba problemas. Después de hacer el amor con su cronómetro (ahora pasaré a 18 segundos de manipulación leve del clítoris; está establecido que en ese tiempo se alcanza el acmé de la excitación sin pasar al declive del acostumbramiento) me hacía alguno de sus tests: Un hombre y su hijo van por el campo paseando en automóvil. Al atravesar un paso a nivel son arrollados por el tren de las 18 y 15. El padre perece y el niño queda gravemente herido. Es llevado en ambulancia hasta el hospital más cercano. Allí el cirujano dice: «No soy capaz de operarlo, es mi hijo». ¿Cómo es posible, cuál es la solución? Yo me inventaba una telenovela: seguro el que se mató en el carro pensaba que era su hijo, pero no sabía que su mujer le había sido infiel con el cirujano, y el cirujano sí sabía, por eso al llegar al hospital y reconocer a su hijo secreto se negó a operarlo. No, tontita, me contestaba, no era eso que te dictan tus pervertidas conexiones neuronales, es algo mucho más simple: el cirujano era su madre, ya

sabes cómo es el género en español, pese a las feministas no somos capaces de decir la cirujana, se enojaría Hipócrates.

Casi siempre yo quedaba como un zapato y él me explicaba que en el largo camino de la evolución las mujeres no habían tenido que especializarse demasiado en la resolución de problemas abstractos. Que era indudable nuestro atraso neuronal para la resolución de problemas matemáticos, incluso para comprender a fondo un juego tan simple como el ajedrez. Los millones de años dedicados a la crianza de los hijos no habían sido en vano, no habían dejado incólumes las especialidades de varones y hembras. Era lamentable, tal vez, pero era así. Algunas mujeres, es cierto, se habían destacado en ciencias, pero él estaba seguro de que si les hacían una prueba de ADN, se hallaría que cromosómicamente eran hombras, así decía, hombras, y lo demostraba con el caso de una deportista española que acababan de encontrar. Después de estos comentarios me soltaba, siempre igual, su tanda de chistes machistas. Empezaba por el de Newton: Si Newton hubiera sido mujer, Susana, ¿sabes qué hubiera dicho cuando le cayó la manzana en la cabeza? «Me están pensando por M». Yo la primera vez me reí, a la quinta ya me daba rabia. Porque él tenía una memoria excelente para todo, menos para saber si ya había contado algo, y entonces repetía sin cesar los mismos cuentos. Después me preguntaba ¿sabes cómo escoger las seis mujeres más brutas del mundo? Al azar, decía, al azar, y soltaba una tremenda carcajada de macho, ronca, ronca, azarosa.

Quería tener un hijo conmigo, pero eso sí, varón. Para eso lo mejor era hacer el amor en el mismo instante de la ovulación ya que los espermatozoides xy eran un poco más numerosos pero sobrevivían menos tiempo que las resistentes yy. Haríamos además, controles cromosómicos inmediatos, para determinar el sexo del cigoto, y lo sacaríamos hasta obtener el deseado macho. Yo me sentía en la China, pero en realidad me burlaba de él, le decía que tal vez algún día tendríamos un hijo, mejor aún si un clon perfecto suyo, para que saliera bien inteligente y no torpe como yo. Pero lo cierto era que yo por dentro me decía que con ese ni hablar y además de mi diu permanente, cuando salía con él acudía a los espermicidas, no fuera a ser que me fallara la te y este me empezara a averiguar por el sexo del cigoto a ver si me extirpaba o dejaba crecer el fruto de mi vientre.

Era un poco cínico en sus comentarios. Odiaba el baile —no como tú, Rodrigo, por incapacidad física, sino por antipatía ideológica— e improvisaba diatribas tremendas contra toda danza, que le parecía un juego de mujeres, algo despreciable y casi salvaje. ¿Cómo podía la gente hacer el ridículo de gusto? Encontraba igual de ridículo el afán o la moda ecologista de la protección de la naturaleza. Bastaría un siglo sin hombres, y eso algún día pasará, para que los ríos volvieran a ser cristalinos, para que las montañas volvieran a llenarse de plantas, para que pajaritos y peces volvieran a apoderarse de los montes y las aguas. La manera

natural de ser del hombre es producir un desequilibrio en la naturaleza, el hombre es un ser contranatura. Era egoísta hasta la perversión, tiraba los papeles a la calle porque decía que un papel más o menos no cambiaba nada en el volumen de basuras de la ciudad y del mundo.

Todo lo que no fuera pensamiento científico, investigación, teoremas, técnica, todo lo que no fuera simbología lógica y fórmulas exactas, todo lo que se apartara de formulaciones rigurosas, toda la prosa y poesía del mundo eran para él tonterías, divagaciones vacuas, porque según él, a partir del siglo xx, la ciencia disfrutaba ya del monopolio entero de la magia. Todo, para él, era susceptible de ser racionalizado, pensado, meditado, nada podía dejarse a la intuición, esa virtud insensata que, según él, era un tremendo vicio femenino. Odiaba las novelas, porque le hacían perder tiempo a la gente, y la poesía, porque era una vaguedad sin sentido, y el arte en general, porque nadie le había podido explicar bien en qué se diferenciaba Picasso de las burradas pintadas por la cola de un burro. Era él el que decía burradas, pero no lo reconocía ni se daba cuenta. Aseguraba que algún día las novelas serían escritas por computadores y a la medida de todos los gustos y personas, aunque lo mejor, de una vez, sería prescindir de novelas definitivamente.

Añoraba el día —y aseguraba que llegaría pronto— en que por la mañana pudiéramos hacernos todos, en el baño, un rapidísimo análisis de laboratorio, de sangre, orina y heces. Se pasarían los datos a un computador y este nos daría de inmediato la respuesta de la dosis precisa de químicos que tendríamos que tomar ese día para mantener en perfecto estado nuestro balance corporal. En tales análisis podría verse si hay una depresión en proceso y se la atajaría a tiempo, si se han subido un tanto las prolactinas o la prostaglandina o la tiamina o la serotonina o ya no me acuerdo qué y entonces se daría la dosis precisa. Así como se toma un poco de beta caroteno o de melatonina ahora para regular el sueño y algo de sertralina para provocar los buenos pensamientos, la ciencia nos dará un día secretos más importantes y recónditos. Va a ser como los programas antivirus de los computadores: lo cargas, te conectas con un explorador y este examina todos los archivos del cuerpo, tejido por tejido y célula por célula, para detectar los problemas en ciernes y resolverlos de inmediato, sin ir al hospital. El programa suprimiría de una las malformaciones celulares, las invasiones bacterianas, las secreciones excesivas o deficitarias.

Veía supersticiones por todas partes, los sentimientos le parecían una ridiculez y sostenía que si la gente lograra ser racional dejaría de llorar en los entierros, de emocionarse en los matrimonios, de asistir a bautizos y a partidos de fútbol. Añoraba ser como el doctor Spock, el personaje de una serie de televisión, que jamás había tenido sentimientos distintos a la mera racionalidad. Ni siquiera los muertos le inspiraban respeto o compasión, tan sólo análisis. El muerto ya no siente

nada, decía, y por lo tanto es inútil entristecerse por él; y los deudos, si lloran por un muerto indiferente a su llanto son ridículos, y si lloran por sí mismos, son tontos. También afirmaba que el matrimonio es una costumbre milenaria, pero dista mucho de ser el ideal reproductivo. Anterior al matrimonio es el deseo del macho por dejar descendencia, de ahí que haya tanta infidelidad, sobre todo entre los hombres. Las mujeres son menos infieles porque ellas deben cargar con la crianza de los hijos y no pueden acostarse con el primer recién llegado. Ellas son más selectivas, a los varones les importa un comino a quién le hacen el salto, lo que importa es la supervivencia de sus genes. Cualquier mujer es apta para recibir la simiente.

Esas cosas me daban rabiecita. Para qué negarlo. Pensaba en los saltos del científico y me daba rabia. Que me viniera con salticos a mí. Ni que no hubiera píldora, ni que no hubiera diu, ni que no hubieran inventado los preservativos. Yo también haría lo que quisiera, científico bobo, saltaría con quien me diera la gana. Pero él seguía con sus teorías.

Estamos apenas empezando a descubrir cómo funciona la máquina del cuerpo, ya verás cuando terminen el proyecto del genoma humano, muchas enfermedades desaparecerán, como por arte de magia. Así como a un diabético se le controla su enfermedad con la dosis exacta de insulina, llegaremos a saber cómo dominar con ciertos productos sintetizados el insomnio, la depresión, el hambre excesiva (la obesidad por ende), la arritmia, la hipertensión, el deseo, incluso, por qué no, el amor. Ya ves que ya hasta la impotencia ha sido curada con pastillas. Yo pensaba en mi eunuco y todavía estoy segura de que nada le haría efecto. Es difícil y nos falta, pero llegará el día en que podamos diseñar nuestros impulsos, seguía él. Hoy me quiero enamorar y me pondré doble cantidad, pongamos, de ornitorrina. Y como una pócima mágica caeremos rendidos a los pies de la primera hembra que se nos atraviese. Habrá otra maravilla: cada vez que alguien nazca, produciremos un clon de esa misma persona, y lo enviaremos a una especie de prisión o marranera de clones donde sobrevivirán en estado semianimal los clones de cada uno. Así, en caso de accidente, podremos acudir a esa especie de banco de repuestos de nosotros mismos. ¿Que perdimos un brazo? No importa, ahí está el clon para amputárselo y volvérselo a poner. Y lo mismo con el hígado, el corazón, el páncreas, los ojos... Si un camión mata a un niño, no se les dice a sus padres, se acude al banco de clones y les entregan el repuesto, sólo les dicen que tuvo una crisis de amnesia.

En una cosa, quizás, tenía mi científico razón: en que este tiempo de ahora en que vivimos, en las cuestiones médicas e higiénicas, había reducido la cantidad del sufrimiento humano. Bueno, no en todo el mundo, yo siempre hablo de esta zona conquistada, adaptada, privilegiada. Pero en estos nichos, no digo en África, no digo en el Amazonas ni en los tugurios de la Iguaná, por lo menos, en los momentos de mayor dolor, tenemos herramientas para abolir el sufrimiento físico. Los

analgésicos, la anestesia, estas cosas tan simples que no suprimen la muerte, la hacen con seguridad menos angustiada, menos insoportable. La ciencia no es que alargue mucho la vida, pero la hace menos dolorosa. Lo difícil era estar de acuerdo con él; o, mejor dicho, reconocerlo. Porque aunque él tuviera razón la exageraba tanto que daban ganas siempre de ponerse en su contra.

Mi científico vivía, en realidad, como perseguido por un fantasma: que algo irracional fuera a colarse en su vida dominada por el recto camino de la lógica. Lo aterrizzaba todo aquello que no fuera clasificable, entendible, sopesado y medido por la razón. Eso lo hacía muy tieso, muy prudente, como pendiente de algo, de alguna falla sentimental o grieta emocional que pudiera colarse entre sus fríos razonamientos. Sentía terror (aunque no lo reconociera) de todo lo inexplicable, de todo lo que no se sabía qué quería decir, de los pensamientos caóticos, del sueño (se burlaba de los sueños, decía que eran mera distracción, algo sin importancia), de las ocurrencias, del entusiasmo, del baile, de los brincos de alegría, de todo lo que no fuera comprensible de inmediato. Eso era lo más triste: como se había despojado de las pasiones, había suprimido de su vida el entusiasmo. Porque el entusiasmo, el alegre entusiasmo, como la tristeza más honda, no tienen que ver con nada razonable. Bien pensado, nada debería llevarnos ni a la desesperación total ni a la felicidad sin atenuantes. Todo puede ser peor, o mejor, pero tenerlo siempre presente en la cabeza es triste, es desolador. Mi científico era ateo y racional, pero tan controlado y espiritual como un clérigo, tan árido como un cura que ha renunciado a todos los oscuros e impensables placeres del cuerpo. El cuerpo, eso no lo entendía él, porque no se puede entender y hay que dejarlo que salte, irracional como un potro, feliz como un potro que baja desbocado una colina, para nada, para nada, pero feliz, poseído, dominado por el entusiasmo. Mi científico era demasiado civilizado como para poder permitirse ser alegre. Era un lago en calma, casi un charco estancado, un témpano quieto en el mar tempestuoso, y eso tiene su encanto, pero a veces tenemos que ser capaces de ser también cascada. Todo quería preverlo y controlarlo, y el control es enemigo, sí, de la desolación, pero también de la alegría. Rodrigo pensó que también él, básicamente, actuaba y pensaba como el científico. Pero pensó también que él no se tragaba el cuento de ser un perfecto autómeta, dominado por la máquina del cuerpo. Además a él le parecía necesario suspender la incredulidad de vez en cuando, sumergirse en la música de las sensaciones (en la música, de ahí venía su amor por la música, que no era racionalizable) para poder sentir a fondo la alegría, la emoción, la dulce tristeza de seguir estando vivo, de seguir siendo espectador del mundo.

Y por encima de todas las cosas imprevisibles le tenía terror a las enfermedades. Pese a toda su infinita confianza en la medicina científica, ahí caía en un terror ancestral, de hombre frente a un fantasma. Vivía controlándose el cuerpo,

tomándose el pulso, la presión, haciéndose exámenes de sangre, electroencefalogramas, glicemias, tacs, biopsias, resonancias magnéticas, pruebas de esfuerzo... Además de la hipocondría le daba también un tris de delirio de persecución, sobre todo con cosas de salud. Estaba convencido, por ejemplo, de que en todos los bares lo iban a envenenar y cuando salíamos por ahí, llevaba siempre encima un kit, así decía él, un kit de química. Si le servían un ron o un aguardiente, le echaba al trago sus gotas y sumergía sus papelitos tornasol, dizque para comprobar si era de verdad alcohol etílico, si no lo iban a dejar ciego con licores adulterados, o si no le habrían echado polvos de escopolamina, para atracarlo. Eran tan largos sus exámenes químicos que dejó de beber, y lo único que acabó recibiendo fue cerveza en lata, sellada y abierta en su presencia.

También sufría de infartos y cánceres imaginarios. Era obsesivo, con una hipocondría apenas comparable con tus celos, Rodrigo, porque sabía que de todos modos hay algo que no podemos controlar, algo que no es razonable, algo odioso que nos aniquila, algo frente a lo cual no sirve pensar mucho: la muerte. A la muerte, como al sol, decía un sabio, no se los puede mirar fijamente largo rato, recordó Rodrigo. Tú temes perderme a mí, yo temo perderte a ti y en ese pensamiento perdemos todo nuestro equilibrio. Mi científico perdía todo el suyo si se sentía enfermo, se le escapaban del todo las firmes riendas de su vida, porque temía perderse a sí mismo, porque sabía que a pesar de toda su ciencia él también se iba a morir, y eso, eso no podía caber en sus planes del mundo. Era insoportable que la perfecta autopista asfaltada de su concepción de la vida terminara en semejante precipicio.

La trampa

Rodrigo sentía cada día más que en su cabeza solamente cabía Susana, que por su mente daban vueltas todo el tiempo las palabras de ella, trozos de sus cuentos, y además pedazos de su cuerpo le rebotaban en el cráneo en todo momento, como añicos de espejo con imágenes de sus distintas partes, un muslo, una nalga, una oreja. Le parecía estar atado a ella, amarrado a sus historias, se sentía esclavo de sus relatos del pasado, y con esos relatos, cada día, iba creciendo también un miedo incontenible a ser traicionado. Si todo eso era amor no le importaba, como no le importaba que ella se enamorara de otro. Su temor era más simple y más machista: que se acostara con otro, que compartiera ese pedazo de carne que Rodrigo consideraba suyo, con otro.

Estaba seguro de que ella sería capaz de hacerlo, en un momento dado, con una buena excusa y una buena coartada, pero quiso ponerla a prueba para comprobarlo. O quizá conservaba una lejana esperanza de que no lo haría en ningún caso, que ella lo quería tanto que jamás lo haría, y quiso curarse en salud, sentirse definitivamente sano antes de estar enfermo, como un joven saludable que se hace un detallado examen médico. Para intentar curarse quiso saber qué habría hecho Susana en un caso de clara tentación. Pensó en tenderle una trampa de amor furtivo, como una cualquiera en la que él, como hombre, pudiera caer. Primero se le ocurrió pedirle a un conocido suyo, joven y muy buen mozo, modelo de calzoncillos, que intentara seducirla. Lo descartó por denigrante. Además le pareció arriesgado y demasiado parecido a las tramas de varias operetas. Entonces resolvió hacerlo todo él. Resolvió convertirse él mismo no sólo en el novio de Susana sino también en su amante. Le tendería una trampa por escrito. Sacó un bolígrafo, se fingió un nadador de los que iban a entrenar a la piscina donde Susana trabajaba, y redactó lo siguiente:

Instructora
Susana Traslaviña
Ciudad

Hola Susana: usted no me conoce, pero yo voy a nadar también a la piscina de Oviedo. Cuando usted se tira al agua con sus niños es a la misma hora a la que yo estoy saliendo del agua y yo me quedo mirandola. Hace muchos meses que me quedo mirandola siempre, fijamente, pero al escondido porque no quiero que me vea mirandola. A veces me hago el que se está secando o brinco en una pierna como si tuviera un oído tapado o lleno de agua, pero es no más por mirarla. A mi me gustaria conocerla porque a mi me encanta, mejor dicho me fasina usted, la manera como habla, como nada, como camina. Allá en la piscina no he sido capaz de decirle nada pero si usted quiere el proximo miercoles la invito despues de clase a una cocacola, para que conversemos. Ya estoy decidido; yo quiero ser amigo suyo como sea y

aunque sea por poco tiempo. Yo me voy a sentar en la mesita al lado de las duchas y voy a estar tomandome una cocacola. Yo soy de gafas azules o uso gafas azules mejor dicho, sin aumento porque la veo muy bien. Si usted quiere se sienta conmigo y si no quiere no importa porque yo con mirarla a usted tan linda tengo. Con eso tengo, en serio, pero si se puede algo más, mejor todavía. Hasta el miércoles pues, si quiere. La quiere un poquito desde ya,

Andrés Restrepo,
el que la mira y la persigue

Le puso Rodrigo hasta los errores de ortografía para que se notara que el muchacho era sincero y muy joven. Además la redactó con una caligrafía lamentable, con tachones y una tinta verde del peor gusto. Se fue al correo y la envió a la dirección de Susana.

A Susana la carta le pareció ingenua y elemental, pero le gustó mucho. Es imposible que a una persona no le gusten unas letras donde se declara admiración por ella. Es la ley del halago, irresistible. Además a la piscina iban jóvenes de verdad muy hermosos y ella tenía la esperanza de que fuera uno con quien se había cruzado algunas veces. Por eso el miércoles siguiente buscó al supuesto nadador en la mesita al lado de las duchas y le extrañó no verlo. Pero en últimas alzó los hombros y no pensó más en el asunto. Al llegar más tarde a su casa había un mensaje en el contestador: «Susana, es Andrés el que le escribió; hoy no pude ir a la piscina porque tuve un problema, después le explico». Susana sonrió. La voz le pareció un poco tonta, pero en fin. Era la voz de Rodrigo, menos ronca y con media papa en la boca, pero ella no se dio cuenta. Rodrigo era bueno para inventar voces ajenas. Al día siguiente recibió una segunda carta:

Instructora
Susana Traslaviña
ciudad
Hola pues, Susana:

Tengo mucha pena con usted porque a lo mejor usted me buscó en la mesa y yo no pude ir, le explico porqué: lo que pasó fue que mi novia fue esta tarde a buscarme allá a la piscina, ella que nunca va allá, que tan raro, y se me pegó todo el tiempo como una garrapata y no le pude sacar ninguna disculpa para poder ir a sentarme en la mesa solo. Yo bregaba a hecharla le decía que tenía que entrenar mas ese día, pero nada. Entonces yo sufriendo porque a lo mejor usted me estaba buscando o que tan optimista yo si a lo mejor ni se acordó de mi. Pero si me buscó me da mucha pena porque yo no soy incumplido pero es que con mi novia si no podía ir cierto?

Yo la llame esta mañana y estaba el contestador y me dio pena dejarle mi telefono ademas mi novia vive en mi casa casi a tododa hora. Un amigo de allá que la conoce mejor me dijo que usted no era casi casada, pero si casi casada o algo así. Entonces me da miedo llamar y armar que bollo. Vea si usted quiere yo le propongo que nos veamos mejor en el Astor por ejemplo. Yo voy allá a tomar avevez el algo los viernes solo, y el viernes voy a ir por hay alas tres. La invito al algo el jueves si quiere para que conversemos media horita. Yo quiero saber como habla usted porque me dijeron que era muy charra y toda fresca y que decia todo lo que se le ocurría toda fresca y eso a mi me encanta. Soy timido. Pero se me pasa al rato. Lo que mas me gusta es reirme y usted es de las que asen reír. Y ya, al Astor y ya o como usted quiera. A mi me gustaria mucho poder darle por lo menos un beso. Un beso hondito y ya. Y

si no va no importa tranquila que yo siempre voy de todas maneras cojo la moto y voy y vuelvo y no me importa y el viernes me pongo en la mesita a mirarla tomando cocacola. Ah en el Astor voy tambien con gafas azules y cocacola y tengo cola pero cortica no seasuste.

Entonces bueno pues me volvi escritor y me demore mucho escribiendo esto pero es que tengo letra muy fea y trato de hacerla bien para que depronto no se burle y piense que yo soy ignorante y no va al Astor y yo esperandola con un pitillo en la boca que pereza.

Adios Susana quiero verla y me da como risa nerviosa, si me viera,

Andrés Restrepo su admirador. Le mando la fotocopia de un poema de amor que me gusta mucho y se lo dedico.

Rodrigo hizo hasta la fotocopia de un poema de Salinas. Salinas era perfecto para seducir a las mujeres, aunque a Susana no tanto. Y el viernes a las tres, agazapado cerca de El Astor, esperó con el corazón palpitante a ver llegar el Volkswagen de Susana. A las tres y cinco apareció, se estacionó al frente, se bajó con un vestidito de falda cortísima, color salmón, muy sexi, muy arreglada. Y entró al Astor con su cartera colgada del hombro y su aire despejado. A Rodrigo le dio un retortijón de rabia y de júbilo en el estómago. Pensó que Andrés Restrepo era el tipo más incumplido de la Tierra, un idiota, lo mismo que Susana estaba pensando, y atravesó la avenida para montarse en su Chevrolet viejo e irse a la casa de Susana a esperar su llegada. En el camino tenía la sensación más extraña del mundo: oleadas de celos de sí mismo. Se daba cuenta de que estaba furioso con un hombre que ni siquiera existía, con un hipotético Andrés Restrepo (en Medellín debería haber por lo menos mil personas con ese nombre) por el que sentía todo el odio del mundo. Cómo era posible que una mujer como Susana pensara siquiera en tomarse un té con un tipo así, con un imbécil de mala ortografía como Andrés Restrepo. Pero se daba cuenta de que ese tipo era él, de que él con sus manías y sus maromas había querido ser, al mismo tiempo, esposo de Susana y amante de su esposa. Yo soy Rodrigo y también soy tu amante, tu casi amante Andrés. Eso pensó decirle cuando llegara, pero en cambio le dijo:

—¿Dónde estabas?

—En el Éxito.

—¿Y qué compraste? —Susana se puso más roja que el vestido salmón. Titubeó, pero no se demoró demasiado para contestar.

—Nada, quería comprar una cobija porque ha estado haciendo como mucho frío, pero todas estaban carísimas y mejor voy a esperar a la próxima promoción.

Sí, pensó Rodrigo, Susana, como él, era buena y rápida para inventar mentiras. Se dijo: *Così fan tutte*. Así son todas, hasta la mismísima mujer de Mozart, que le empacó hijos de otros. Volvió a su casa con rabia y allí puso esa misma ópera. Todos los hombres, todas las mujeres, caen en una trampa, todos están ansiosos de caer, de ser seducidos, de gustar... La curiosidad humana, además, es insaciable, queremos ver qué cara tienen los que dicen que nosotros les gustamos. Recordó al moralista

que releía siempre: «La mayor parte de las mujeres honestas son tesoros escondidos que están a salvo porque nadie los busca». Lo mismo podría decirse de los hombres fieles, y eso lo saben todos los servicios de espionaje, que ponen rubias o morenas perfectas a cazar políticos, científicos o militares barrigones que nunca dejan de caer en sus lazos y de revelarles en la almohada los más hondos secretos de la bomba H. Y ni se diga las mujeres que llevan decenios de casadas o incluso apenas un lustro. Más de la mitad están a punto de darlo y si no lo dan es porque nadie se los pide.

Todo esto pensaba Rodrigo, esa noche en su casa, ya casi sin rabia de la fallida traición de Susana, pero decidió que la castigaría por unos días, y dejaría incluso de llamarla. Mientras tanto ella ya había concluido, por algunos indicios, que el autor de esa broma y esas cartas absurdas era Rodrigo. Se enfureció. Él intentaba acusarla de traiciones inexistentes. Si lo que él quería era traición, está bien, lo conseguiría. La rabia, es la rabia lo que más lleva a una mujer a conseguirse otro. Buscó en su libreta la letra R, y estuvo hablando largo rato con un amigo.

Visita de Susana a la adivina

Algo le decía, algo intuitivo y oscuro le decía que las cosas no iban bien. Susana no era supersticiosa, pero creía en sus sensaciones. Él no le confesaría jamás lo de las cartas, pero ella sabía, en el fondo sabía que eran una trampa de Rodrigo. Tenía rabia de haber sido engañada, y quería vengarse engañándolo a él de verdad, aunque sin que él se enterara. Quería demostrarse a sí misma que no necesitaba la ayuda de Rodrigo para poder gustarles a otros, que sus encuentros secretos no serían los que él mismo le fijara. No sabía bien qué hacer ni qué pensar, pero Rodrigo estaba actuando de una manera insoportable.

El esotérico, recordó Susana, le había dado la tarjeta de una gran bruja. «Algún día vas a acudir a la magia, Susanita, cuando veas como yo que todo es en el fondo misterioso, inexplicable», le había dicho al entregársela. En ese instante de duda y de debilidad psicológica (Rodrigo no había llamado ni aparecido el día anterior y tenía un genio curioso, entre eufórico y distraído, entre bravo y condescendiente; además se había afeitado la barba y le había dado por hacer abdominales), se precipitó al cajón de los papeles inútiles que algún día servirán y lo revolvió de arriba abajo hasta que apareció la bendita tarjeta de la maldita adivina. Llamó, pidió una cita, se la dieron para esa misma noche, jueves.

Era raro; estaba desconfiando de Rodrigo y también de sí misma. Las cartas que había recibido la tenían nerviosa. Más prevenida la tenía la última llamada de ese amigo suyo que en los últimos tiempos la había buscado tanto, y con quien a veces, pocas veces, salía, en caso de necesidad, de soledad, de rabia. Siempre lo había mantenido ahí, en salmuera, como una llanta de repuesto, y ahora tenía la ocasión de utilizarlo. No sabía si salir con él o no, y en esos días Rodrigo tenía un viaje a Riosucio; era la ocasión perfecta para complacer a su viejo admirador, al llamador perpetuo, y al mismo tiempo burlarse del burlador que intentaba engañarla con carticas.

Al salir de la piscina, siete y cuarto, buscó la dirección de la bruja, en un barrio cerca del centro, muy cerca de la peste. Tal vez ella pudiera decirle algo. Qué va, seguro que no; desconfiaba, se reía, se ponía seria y esperaba. Tenía un sentimiento ambivalente. Quería creer en ella y sabía que era mentira, que adivinar era imposible. Se sentía ridícula, se sentía como esa mujer de un cuento argentino, que consultaba el *I Ching* hasta para saber si debía consultar el *I Ching*. Sin embargo entró al antro oscuro, esperó en una salita. Desde detrás de una cortina con estrellas

y dragones salió un tipo con cara de loco, llorando. Se fue. Se dio cuenta de que a los adivinos, como a los psicólogos, los visitan sobre todo los desesperados. Una voz le avisó que era su turno. Al fin alguien le diría si estaba loca. Al fin alguien le diría si a Rodrigo le estaba pasando algo raro o no, al fin alguien le daría algún consejo, si traicionarlo o no. Sabía que todo era mentira en la adivinación, pero ella necesitaba que alguien le hablara, así fuera con imaginaciones, de su propia intimidad.

Antes de hacerla sentar, la adivina la miró de arriba abajo. Susana imaginó que hacía conjeturas a partir de su ropa y de su aspecto; tal vez la adivinación no fuera más que un juego de cálculo para nada extrasensorial sino, al contrario, basado casi del todo en los sentidos. La observaba con un frío cuidado profesional, como un médico que se concentra en un diagnóstico difícil, como estudia un antropólogo a su tribu de indios. A Susana le pareció, incluso, que la adivina acercaba demasiado la cara hacia su cuerpo, como para olerla. Cuando se sentaron, la adivina le hizo algunos comentarios sin importancia sobre la ciudad, sobre el tiempo, sobre la inseguridad. Sin duda quería oír su voz, deducir algo de sus inflexiones y vocablos, del tono y la cadencia. En Medellín, como en Londres, también existe el síndrome de Pigmalión, todo puede saberse por el acento: el barrio (Laureles o Manrique), el colegio, la clase social, la universidad (privada o pública).

Ahora le miraba la palma de la mano izquierda. Susana pensó que tampoco una mano era un signo mudo. Era verdad que las líneas no indicaban nada, pero esa callosidad en la última falange del dedo del medio mostraba ya dos cosas: que era zurda y que escribía a mano (y mucho), lo cual no era común en estos tiempos. Tenía dos uñas con corte dentado, devoradas recientemente hasta la raíz a fuerza de incisivos; eso tampoco indicaba un temperamento sosegado. La adivina no había empezado a hablar, pero ya Susana había aprendido algo: a mirar mejor su cuerpo, a percibir en sí misma signos de lo que ella era.

En la sala de espera Susana se había quitado su anillo matrimonial (para no darle pistas, había pensado, aunque era el anillo del primer matrimonio, el del pintor) y ahora se daba cuenta de que el rastro de ese anillo —estaba ahí, a la vista, como una argollita de piel más blanca y suave en la raíz del anular— era aún más elocuente que su misma presencia.

—Veo, señora —empezó la adivina— que usted no recorre caminos trillados. Al menos no sigue los caminos que en su familia o entre sus amistades se esperan. Usted debe sorprenderlos a menudo con sus decisiones que no digo que sean descabelladas, pero que seguro se apartan de lo que mucha gente considera normal. ¿Ha venido a verme por algún motivo especial?

—Siempre hay un motivo especial. Se va donde la adivina para no ir al psiquiatra —contestó Susana, seca, odiosa, con rabia de estar ahí.

—Sí. Es más barato y más rápido. Entonces hay algún motivo especial...

—Me gustaría que usted lo descubriera —Susana era excesivamente cautelosa, quería medir la habilidad y la verdad de la bruja.

—Dudo. Hay un problema suyo con él —aquí se detuvo un instante—, con su marido, quiero decir, o de él con usted.

—No entiendo. Si es de él o mío es de los dos —siguió Susana, con su actitud de enemiga.

—No quería ser brusca. ¿Teme usted que él la traicione?

A Susana le dio rabia que siempre pensarán que eso era lo obvio en una mujer, no lo contrario. Era evidente que muchas mujeres iban allí a consultar por lo mismo. Se enfureció de que pensara que ella era idéntica a las demás. Una mujer, otra más, pendiente de lo que su marido hacía con los genitales. Tanta rabia le dio que tomó el camino opuesto, pensó en su posible cita, en el amigo del fin de semana, y contestó:

—No, no es eso, es lo contrario. No sé si traicionarlo o no.

—Y quiere que yo le quite la duda, que yo le diga si debe escoger al otro o no.

—Sí. O no escoger. Si debo probar o no.

—¿Probar?

—Probar lo nuevo, pero también probar que soy capaz.

—Hay personas débiles de carácter que no se atreven a pecar si antes alguien no les dice que está bien hacer eso que está mal.

—Así es. Eso lo he leído en algún sitio. Pero lo que yo quisiera saber es qué me va a pasar. Lo que uno siempre quiere saber es el futuro (o el pasado escondido), para eso se viene aquí.

—Para saber lo que me pide, tendría que verlos a ambos, a su marido y al otro. O por lo menos que usted fuera capaz de describírmelos como si los estuviera viendo.

—El primero tiene cuarenta y dos años, uno setenta y tres de estatura, se está quedando calvo, pero no es gordo y aún es atractivo. Le gusta caminar y camina tres o cuatro veces por semana. Frente arrugada por exceso de sol, pero el bronceado le luce. Más rico que pobre. Trabaja más de la cuenta en partituras y música, va de casa en casa afinando pianos, a veces hasta muy tarde, y paso mucho tiempo sola, sobre todo últimamente. Lo quiero. Es verdad. Lo quiero mucho. Pero a veces me siento sola. Él es inteligente y no sabe nadar ni bailar. El otro... (aquí Susana dudó un instante, pues ni siquiera recordaba muy bien a su pretendiente) tiene menos de cuarenta años, quiero decir que es más joven que el oficial. Es moreno, velludo, pelo largo. Un cuerpazo. De atleta, el vientre duro con cuadritos de alacrán. Es riquísimo. Baila como un dios, nada como un semidiós. He soñado con él. Él me ha llamado. Me escribe cartas de amor (aquí estaba inventando, casi confundiéndolo a propósito con el tal Restrepo inventado por Rodrigo). No sé qué hacer. Eso es todo. No sé si arriesgarlo todo.

—Está claro. Hacerlo no es arriesgarlo todo. Ni que el otro fuera brujo. Haga lo

que quiera, no creo que importe mucho. Claro, no deje que se entere el cuarentón, pero en eso cualquier mujer es una experta. Que no vaya a saber porque, al fin y al cabo, al feo lo quiere más, es más firme, más definitivo. Por una noche (o dos, o tres) no importa. Usted es joven, aproveche, él haría lo mismo, él puede estar haciendo algo así ahora mismo.

La adivina había llegado con muchísima rapidez a una conclusión que ella no quería oír y en la que ella ni siquiera creía. O al contrario, había llegado demasiado rápido exactamente a lo que ella quería oír. A eso va uno donde todo el mundo: una amiga, un psicólogo, un psiquiatra, una adivina: a oír lo que quiere oír, y sólo paga a gusto cuando le dicen lo que estaba esperando que le dijeran. Había descrito a su pretendiente telefónico, aunque a duras penas lo había visto tres o cuatro veces, y lo había mejorado en la imaginación, tal vez, porque se imaginaba que así sería más fácil obtener el permiso de la adivina para traicionar a Rodrigo. Necesitaba un permiso, de cualquiera, porque ahora su conciencia no quería dárselo. Ella no quería en realidad nada con ese tipo; sólo ver cómo era, por curiosidad, sólo volver a sentir cómo se siente con un cuerpo distinto después de tanto tiempo acostumbrándose al mismo. Por vanidad también, y por venganza del engaño de Rodrigo con sus cartitas idiotas. También tenía la esperanza de que fuera un gran amante pues tenía fama de ser muy bueno en la cama (aunque para esto, a todos los hombres, hay que darles tiempo, casi nunca se lucen la primera vez, que es tan miedosa) y, ella ya lo había visto, hermosísimo, desnudo, en una ocasión que ni siquiera se permitía recordar de la vergüenza.

La adivina le daba rabia. Hablaba con mucha seguridad. No había adivinado nada, pero hablaba con seguridad, sin dudar. De repente se sintió extraña ahí, con la bruja que ahora le leía la ceniza del cigarrillo, el fondo del café para anunciarle si había riesgos, primero, de enfermedades y, segundo, de que el marido se enterara. No quería ni decirle que Rodrigo no era el marido, daba lo mismo. Ya no estaba interesada en saber nada, ya había oído lo que quería oír, así fuera en las palabras de una charlatana. Se exasperó. Por un tiempo dejó de oír por completo el sonsonete de la bruja. Todo era caótico, ambiguo, pero no tan ambiguo como para no notar que era completamente equivocado. La adivina hablaba de otra, de una mujer cualquiera, no de ella. Y pensar que había empezado bien. Al fin, una frase le volvió a llamar la atención.

—El 2046, ¿le parece un buen año para morir? Creo que es el suyo, pero no se asuste, es muy probable que esté equivocada. Nunca he adivinado bien la fecha de la muerte de nadie. Me temo, en cambio, que su actual marido morirá antes, una enfermedad grave o un accidente.

¿De qué más se podía morir un joven, de viejo?, se preguntó Susana para sus adentros.

—Ojalá que no pase. En cuanto a mí, sí, el 2046 me parece un buen año. Tengo tiempo suficiente. Gracias por todo. ¿Cuánto le debo?

—Antes tengo que advertirle que si usted está pensando en serle infiel a su marido, en este mismo período no lo descuide a él. Lo vi en la ceniza, está a punto de salir con alguien. No tiene importancia, tiene tan poca importancia como lo suyo, pero se lo digo por si le interesa. Además, a veces las cosas sin importancia engordan. Lo vi en las cartas también, estaba usted, la reina, pero había una figura menor, casi una esclava, que puede atacarlo por las partes bajas. Y por partes bajas, quiero decir los pies. Por curiosidad ¿a su marido le obsesionan los pies?

—¿Cuánto le debo? —insistió Susana con impaciencia, pensando en que la bruja ya estaba delirando.

Y salió sin sonreír, después de dejar sobre la mesa, al lado de la taza con el poso de café, y pisados por el cenicero, dos billetes con una india embera y otro con un poeta santafereño.

R.I.P.

Dos veces al año iba Rodrigo a Riosucio, donde vivía retirada desde hacía tiempos una vieja amiga. Generalmente se tomaba un fin de semana para ir a verla y ella lo recibía en una típica casa antioqueña de pueblo, con los muros de tapia, con su patio en el centro, el solar atrás, los corredores frescos, las eternas bifloras que no faltan en los cuentos costumbristas, la limpieza excesiva y un rumor de ollas, cuchillos y peroles en la cocina donde se molía maíz para las arepas frescas y se trozaban montones de ingredientes para el sudoroso sancocho del almuerzo. Su amiga era una mujer que se acercaba ya a los setenta años, doblada más por la artritis que por el tiempo, pero doblada solamente en el cuerpo, porque su espíritu conservaba una lucidez y una inteligencia escasas en este mundo. Había sido secretaria privada de un famoso presidente de Colombia hasta que un día la Primera Dama, enferma de celos injustificados (el presidente sí se acostaba con muchas otras, pero no con ella, que tenía mejor gusto y odiaba los calvos), había exigido su cabeza. Y el señor Presidente, temeroso de la furia de la esposa como todos los presidentes, se la había cortado sin piedad de un solo tajo, y la secretaria había sido condenada al ostracismo por el resto de su vida. Desde entonces se había exiliado de Bogotá y había vuelto a su pueblo, Riosucio. Esta amiga había sido también pianista hasta que sus dedos estragados por la artritis se lo permitieron, y amante ocasional del Che Guevara, con quien tuvo encuentros secretos en casi todas las capitales del mundo, y a quien le había guardado luto un año entero después de la tragedia de Bolivia.

Rodrigo y ella se habían conocido muchos años antes, en el barrio Belén de Medellín, en la casa de otro Rodrigo, de apellidos Arenas Betancur, el famoso chaparro que emprendía esculturas cada vez más gigantescas. Desde ese día se habían caído bien (Rodrigo era entonces apenas un muchacho) y algún tiempo después habían hecho el compromiso de que él le afinaría su piano al menos dos veces al año, en Riosucio, a cambio de un fin de semana lleno de conversación y de platos tradicionales antioqueños: sancocho, sopa de arroz, patacones y plátanos maduros, frisoles, carne en polvo, chicharrones, tamales, cortado, arequipe, todo eso.

Un viernes, pues, como solía hacer cada seis meses, se fue Rodrigo en su Chevrolet para Riosucio, que está a unas cuatro horas de Medellín, viajando sin afanes hacia el Suroeste. La noche del viernes fue serena y estuvieron hasta muy tarde tomando ron y acordándose de los episodios secretos de su amiga con el presidente (del presidente con otras), de su amiga con el Che (del Che con otras), de

su amiga con la Primera Dama (de la Primera Dama sin su presidente) y con una larga fila de personajes de la vida nacional cuyas historias privadas —de cama— y públicas —de corrupción y robos— ella conocía perfectamente. El sábado Rodrigo se había puesto a afinar el piano y la tarea le había tomado toda la mañana y parte de la tarde. Había llevado el estroboscopio, pero el clima había estado caótico esos seis meses y las más de doscientas cuerdas del piano estaban locas. Ponía los apagadores para aislar las cuerdas, pero estas, le parecía, seguían resonando, de tan flojas que estaban. El ron del día anterior le hacía temblar un poco en la mano la llave de afinar las clavijas y le parecía que no entraba bien. Notó que ese día se estaba subiendo más que nunca en los agudos, a ratos se le perdía la nota. Fue una lucha larga, de más de cinco horas, pero al fin lo logró, se dio por satisfecho.

—Tú sabes que no hay pianos afinados al 100%, pero este condenado me quedó casi perfecto; si la humedad y el calor no lo destrozan, va a aguantar más de seis meses acordado.

Ya su amiga, maniatada por la artritis, no podía tocar casi nada, pero era capaz de darse cuenta, con su índice torcido por la enfermedad, nudoso como un olivo, de si los intervalos de tonos y semitonos estaban bien o si ya se iban desviando hacia un extremo u otro de la escala. Lo probó por quintas, por octavas, por acordes mayores, y sonaba bien. Eran más de las cuatro cuando ella aprobó el trabajo y salieron a pasear por los dos parques de Riosucio, el de arriba y el de abajo, el de los ricos y el de los pobres, y a parar por ahí en las cantinas a probar el aguardiente o a conversar con los organizadores del carnaval que tiene de protagonista al mismísimo diablo. Rodrigo siempre se quedaba hasta el domingo al mediodía y esa era la última noche que pasarían juntos. No temía, entonces, pasarse un poco de tragos, porque al fin y al cabo no iba a manejar hasta el día siguiente. Esa noche el plan era conversar también hasta tarde en los sillones del patio.

Antes de las siete Rodrigo pidió permiso para llamar por teléfono a Susana. Tal vez el aguardiente le aguzó los sentidos. Tal vez por arte de compañía se le transmitió parte de la astucia de su amiga para reconocer al vuelo las intenciones secretas de cualquier persona. En todo caso Rodrigo se dio cuenta. Lo supo por el tono de la voz. Lo supo. No podría decir en qué consistía, en qué manera de alargar las vocales o interrumpir las frases; tal vez en cierta impaciencia de la respiración o en un resbalar de la lengua en las erres. A lo mejor en una vaguedad del pensamiento, en una como agudeza disminuida de la atención, aunque lo más probable es que lo percibiera en algo imposible de explicarse racionalmente en su conciencia, pero que esa parte animal que conservamos, esa remota astucia, le anunciaba como una verdad de a puño. Lo supo: Susana iba a salir con otro, iba a estar o a lo mejor ya estaba con otro. Susana disimulaba perfectamente, casi perfectamente (salvo por esa rendija en el tono de la voz o en la agudeza de las

respuestas), y Rodrigo también disimuló. Se despidió diciéndole que entonces se verían al día siguiente, por la noche, cuando él volviera de Riosucio. Lo dijo con su mejor tono de entusiasmo, le agregó unas saludes y un abrazo de su amiga, pero no más colgar el teléfono, Rodrigo, con un nudo en la boca del estómago, se fue donde su amiga y le dijo:

—Somos amigos desde hace mucho tiempo. No me preguntes por qué, no te enojés conmigo, pero tengo que irme ya mismo. Ya mismo.

Su amiga sonrió con esa sonrisa de ella, entre pícara y condescendiente. Le dijo:

—No importa.

—¿Qué es lo que no importa, Carmen? —por fin pronunciaba su nombre de pila.

—No importa si te vas, aunque lo siento porque casi nunca nos vemos. No importa en el sentido de que no me ofendo. Pero tampoco importa lo que pasa en Medellín, Rodrigo. No importa. No tiene importancia. No tiene sentido que vuelvas ahora mismo.

Rodrigo sabía que su amiga, también ella, la mujer más perspicaz que podía haber, se había dado cuenta. Las personas, sobre todo entre amigos, nos damos cuenta de millones de cosas sin tener que decírnoslas. Cuando un hombre tiene celos, además, las mujeres se lo notan de inmediato en la cara, sin que medie palabra. El gesto masculino de los celos es un gesto conocido, antiguo como la especie, inconfundible como el gesto del llanto, como el rictus del dolor, como la mueca de la risa. Basta ser mujer y tener experiencia para reconocerlo: es posible leer en la cara de un celoso como en un jeroglífico con las claves resueltas.

—Tengo que irme, Carmen. Tengo que darme cuenta.

—No vas a ganar nada con eso, sólo dolor y rabia. Y no vas a poder darte cuenta de lo que hay en el fondo, que es lo único que importa. Te vas a quedar en lo que veas, sin ir más allá, y eso es siempre una lástima. ¿Sabes qué me dijo una vez Ernesto? Lo recuerdo como si fuera hoy, estábamos frente al lago de Ginebra. Me dijo: «Benditos los que no han abierto los ojos, porque los que los abren nunca pueden volver a cerrarlos».

Rodrigo no la oía; estaba ya embutiendo en el maletín la poca ropa que había traído, los utensilios para afinar el piano, el libro del que no había leído ni una línea. Estaba ciego, pálido, aunque en el fondo conservaba una lejana esperanza de estar equivocado. Otras veces, al fin y al cabo, sus corazonadas no habían desembocado en nada, se habían estrellado contra la vida corriente. Su amiga apenas si tuvo tiempo de recomendarle:

—No corras demasiado, que ya te conozco y puedes tener un accidente con tal de llegar rápido. Una hora más o menos no importa.

Una hora más o menos era todo para Rodrigo, podía significarlo todo (ver o no ver, quedarse en la duda o reemplazarla por la certidumbre), y en el viaje de regreso

corrió varias veces el riesgo de matarse. Manejó como un loco. Las llantas chirriaban en las curvas, se les adelantaba a los camiones en las partes más peligrosas de la carretera, pasaba por los pueblos como el zumbido de un abejorro, no obedecía ninguna señal de tránsito. Por el cañón del río no dedicó ni siquiera una mirada de respeto a los azarosos rápidos del Cauca, despreció el vacío de los precipicios por el Alto de Minas, les gritó hijueputas a todos los que lo hicieron bajar un instante la velocidad, estuvo a punto de chocar más de tres veces y otras tantas de salirse de la carretera, pero llegó a Medellín a salvo, con el motor del carro echando humo y los frenos oliendo a Festival del Diablo, en poco más de dos horas, a eso de las nueve.

Bajó del carro dos cuadras antes del edificio donde vivía Susana. Lo puso en un lugar disimulado por un par de árboles y siguió a pie por la loma, hasta la portería. Tomó aire. La mandíbula y las piernas se le movían con un temblor involuntario, como un guerrero antes de entrar en la batalla. Por primera vez desde que salió de Riosucio sintió vergüenza de sí mismo, de su viaje de loco, de las curvas cerradas, de sus celos enfermizos, de su temblor de niño. Desde abajo vio que todas las luces del apartamento estaban apagadas. El portero lo reconoció y lo saludó.

—¿Por qué a pie, don Rodrigo?

—Se me dañó el carro, Óscar. ¿Susana está?

—No, don Rodrigo, ella salió hace un ratico.

—¿Cuánto hace?

—Menos de diez minutos.

—Ah, bueno. Voy a entrar a esperarla.

Rodrigo tenía las llaves. Pasó los controles, los perros ladraron, tomó el ascensor y entró al apartamento. Todo parecía más o menos normal. En el baño había restos de olor a perfume y algo de maquillaje en desorden. El piso de la ducha estaba mojado y el frasco del champú abierto: Susana se había bañado con indudable esmero. Había también, sobre el sillón del cuarto, unos pantalones limpios, descartados, como si en el último momento hubiera decidido ponerse otra cosa. Rodrigo fue al *vestier* de Susana e hizo un inventario mental, en un esfuerzo por saber qué vestido llevaría puesto. Había demasiados y no fue capaz de descubrir cuál de todos faltaba. Volvió a la sala. En el vestíbulo de la entrada, al lado de la mesita del teléfono, abierto en el suelo, estaba *El Colombiano*. Estaba abierto en la página de los cines. Rodrigo lo recogió y miró la lista de películas. Era difícil adivinar, pero muchas podían descartarse. Finalmente escogió cuatro opciones: la que daban en el Libia, la de Oviedo, la de La Frontera o la de Monterrey.

Rodrigo se sentía como un ladrón y temblaba como un ladrón sin experiencia, pero ya, otra vez, se le había olvidado la vergüenza y por su cabeza sólo pasaban pensamientos de rabia, ideas de odio, pesquisas de inquisidor, imaginaciones de

venganza. Entró a la cocina. Todo parecía normal: un plato untado de salsa de tomate y sucio de migas de pan dejado encima del fregadero, como si a última hora se hubiera hecho un perro caliente, unas papas o un sánduche. Era lo más probable, pues la waflera también estaba abierta y había una sartén con aceite en la parrilla. Tocó el metal de afuera, la superficie de adentro. No conservaba tibieza alguna. Abrió la nevera y lo único que notó de raro fue una botella de vino blanco, Chablis (él mismo se la había regalado hacía unas semanas), acostada en primer plano sobre la rejilla de arriba. También la tocó. No estaba tan helada como el resto, así que había sido puesta en la nevera hacía poco tiempo, en el momento de salir.

No hay mejor detective que un celoso. Se le ocurrió una idea y corrió al cuarto de Susana. Levantó la bocina del teléfono y hundió el botón de *redial*. Sonaron los siete piticos electrónicos y esperó con ansia. Al fin contestaron: era la voz de la mamá de Susana, reconocible en su «A ver, con quién» ofuscado y displicente. Rodrigo colgó sin decir una palabra. Volvió con paso rápido hasta la sala e hizo lo mismo con el teléfono inalámbrico que había allí. Hundió el *redial*. Oyó varias veces el tono del teléfono; no contestaban. Ya iba a colgar cuando al otro lado se oyó un ruido mecánico y un contestador automático que se activaba: era la voz de un hombre. «Este es el 3131946, deje un mensaje después de la señal». Rodrigo colgó. Apuntó el teléfono en una tarjeta que sacó y volvió a guardar en el bolsillo de la camisa. No reconocía la voz de ese tipo ni le decía nada ese teléfono, salvo que era también de El Poblado, pues todos los números que empiezan por 313 pertenecen a El Poblado. Hundió otras tres veces el *redial* para oír con cuidado la voz del tipo de la grabación. Se concentró en todos los indicios e inflexiones de esa voz. Era una voz ronca, educada, seca. No creía haberla oído nunca. Era una voz de *yuppie*, de empresario joven, de ejecutivo bien empleado en empresa trasnacional.

Decidió salir. Si Susana había salido poco antes de las nueve, seguramente había ido a cine de nueve y cuarto. Se despidió del portero. «Más tarde vuelvo, Óscar», le dijo. Bajó casi corriendo hasta donde estaba el carro y se fue directo al cine más cercano de los cuatro posibles, el de Oviedo. Recorrió despacio todos los parqueaderos en busca del Volkswagen de Susana, con la placa que se sabía y el amarillo inconfundible. No lo vio por ninguna parte. Resolvió entonces seguir hacia el cine Monterrey, pero a mitad de camino pensó que aunque encontrara el carro de ella ahí parqueado no podía hacer nada más que esperar, verla salir, intentar notar la actitud que tenía con quien la acompañara, verificar que no fuera a estar sola o con una amiga. Sí. Pero vería eso y nada más. Tendría que seguirla para ver a dónde iban y solamente en las películas la gente no se da cuenta de que otro carro los está siguiendo. Además Susana reconocía también a la legua su ruidoso Chevrolet. Resolvió jugársela toda: la esperaría en el apartamento. Hizo la U en un semáforo de la avenida Las Vegas y volvió hacia las lomas.

Escondió el carro un poco mejor que la primera vez, en una calle lateral por la que no se pasaba para llegar al edificio, pues pensó que si Susana lo veía al volver todos los planes se dañaban. Acabó de subir la cuesta a pie, aunque más despacio que la otra vez. Tenía tiempo de sobra. Si de verdad había ido a cine, y si lo que pensaba era cierto (la botella de vino puesta a helar en la nevera le indicaba que iba a volver con alguien a su casa, que no se irían a tomar algo por ahí), Susana no volvería antes de las once y media. A duras penas iban a ser las diez. Además, tenía que encontrar la manera de decirle al portero que no fuera a contarle a Susana, cuando entrara, que él la estaba esperando. Llegó a la portería.

—¿Dura la loma sin carro, don Rodrigo? Yo la subo a diario.

—Bastante. Óscar. ¿Susana salió sola?

—Sí, don Rodrigo, sola, ¿por qué?

—Ah, no, nada, es que iba a recogerla un primo mío. Vamos a darle una sorpresa, ¿sabe? Hoy está cumpliendo años. Seguro más tarde vuelve con mi primo. No le vaya a decir que yo estoy arriba, para poderle prender las velitas cuando entre. Es una sorpresa y no queremos que sepa.

—Pierda cuidado, don Rodrigo, yo no le digo nada. —El portero sonrió y había algo en su sonrisa que le indicó a Rodrigo dos cosas: que no se tragaba entero el cuento del primo, pero que tampoco le avisaría a Susana al llegar, llegara con quien llegara, que Rodrigo la estaba esperando arriba. Tampoco el portero se quería perder el espectáculo.

Rodrigo subió a pie los siete pisos hasta llegar al apartamento. Quería hacer tiempo. Quería descargar en el movimiento parte de la tensión. Quería también pensar dónde podría esconderse sin que Susana y su acompañante lo vieran al regresar. Recorrió el apartamento y resolvió que el mejor sitio para esperarla era el cuarto del servicio. Estaba al fondo, después de la cocina, y ella seguramente no entraría allí, de ninguna manera, ni sola ni acompañada, al volver a su casa. Era un cuarto prácticamente abandonado, ya que Susana sólo tenía una muchacha por horas que venía dos o tres veces por semana. Rodrigo se acostó en el colchón sin tender del cuarto del servicio, y dejó la luz apagada. De vez en cuando hundía el botoncito que iluminaba su reloj electrónico, para ver la hora, pero los minutos no pasaban; era como si el tiempo se hubiera detenido a las diez y doce, siempre a las diez y doce. No quería prender ninguna luz, por no correr ningún riesgo. Si ella veía una luz encendida, todos sus planes de espionaje podían desbaratarse. Además, el resplandor de la ciudad y de la iluminación de las calles bastaba para ver algo. Miraba, bocarriba, hacia el techo, pero no podía verlo, y oía solamente la angustia de su respiración, el sonido del viento en las ventanas, unas pocas chicharras en el jardín del edificio, el rugido de fondo de la ciudad el sábado por la noche, los motores de alguna moto lejana, de algún camión en primera marcha en denodada lucha con las

lomas.

Rodrigo, impaciente, se levantó y volvió a apretar el *redial* del teléfono de la sala. Tal vez el tipo había vuelto, tal vez habían cambiado de planes y se habían ido para su casa a última hora. Los hombres en la primera cita se sienten más seguros en su propia casa. Pero ¿por qué iba a ser la primera cita? La misma voz del contestador dijo lo mismo: «Este es el 3131946, deje un mensaje después de la señal». Rodrigo buscó algo en el directorio telefónico, una oficina de información en las Empresas Públicas, y llamó: dijo que necesitaba con urgencia saber el nombre del usuario del teléfono 3131946. Le dijeron que estaba prohibido dar esa información, y que aunque se pudiera tampoco la tenían. Vio que era inútil, colgó.

Se le ocurrió otra cosa, casi denigrante. Abrió el tarro de la basura, en la cocina, y se puso a escarbar, como un perro hambriento, como un vagabundo. No parecía haber nada que valiera la pena: cáscaras de naranja, bolas arrugadas de papel aluminio, restos de arroz viejo, pedazos de plástico. Al fin halló algo interesante, lo que buscaba: papel escrito a mano. Estaba entero, pero era difícil descifrar las letras entre las arrugas. Era una lista del mercado. Desistió decepcionado y se lavó las manos con el verdeazul jabón áspero de la vajilla.

Recordó, en la mesita de noche de Susana, su libreta personal de teléfonos. Se apresuró al cuarto y hurgó en el cajón hasta encontrarla. Se fue con ella al baño del servicio (no tenía ventanas que dieran a la calle y era la única luz que podía encender impunemente). Empezó a revisar uno a uno los teléfonos. Se detenía en todos los que empezaban por 313. Ninguno coincidía. Al fin lo encontró, en la letra R, como disimulado en un amasijo de tachones. Al frente no había un nombre verdadero. Decía R.I.P. La sigla, a Rodrigo, le pareció nefasta, pero no la sabía interpretar. R.I.P. Debían de ser, simplemente, las iniciales de un nombre que, como el suyo, empezaba por erre. Ramón, Raúl, Ricardo, Roberto, Ruperto, Romualdo, Rudesindo, Roque... Ninguno le sonaba. Ni se le pasó por la mente que se pudiera tratar de otro Rodrigo. La I podía ser el segundo nombre o el primer apellido. Era inútil. Había demasiados.

Hizo pipí. Tomó agua del grifo en la cuenca de su mano. Notó que su corazón latía con fuerza y que la frente y las axilas le sudaban. Apagó la luz del baño y volvió a acostarse en el cuarto de la muchacha, sobre el colchón sin sábanas ni colcha, con olor a polvo, a encierro, a falta de uso. ¿Qué iba a hacer cuando Susana volviera? Supongamos que vuelve sola, pensó. Supongamos que viene acompañada. Supongamos que con una amiga, digamos con Pilar. Supongamos que viene con un tipo, con Réquiem. Lo puso Réquiem, el Réquiem de Berlioz, el de Mozart, el de Verdi... Quería oírlos hablar. Quería verlos. Quería ver el aspecto de él y la cara que ella le pondría. Quería oír el tono de su voz. Se imaginó besos. Se imaginó caricias. Se imaginó quejidos. Se imaginó risas. Se imaginó burlas. Se imaginó su nombre salpicado de carcajadas de desprecio. Seguía temblando y el tiempo no pasaba. Sonó

el teléfono y Rodrigo se levantó. Fue hasta el cuarto de Susana, y vio cómo el casete del contestador empezaba a moverse. Después de la contestación grabada de Susana, que no se oía, se activó el micrófono y se oyó la voz que llamaba:

—¿Qué hay, bobita? ¿Dónde te metiste? Llámame al volver, me imagino que habrás salido con aquel.

Rodrigo reconoció la voz. Era la de Pilar. No estaba en cine con Pilar y Pilar sabía que salía con otro. Con aquel y aquel no era él. Sintió un estallido de ira mala en la raíz de las piernas. Por hacer algo, por intentar controlarse, cogió el directorio, se fue a la letra *i* (muy pocos apellidos empiezan por *i*) y empezó a recorrer, con el índice sobre los números, todos los que empezaran por 313. Era una tarea larga, de todos modos, como buscar una aguja en un pajar, y al rato desistió. Sacó la tarjeta del bolsillo de la camisa, leyó el número apuntado y volvió a marcarlo. Réquiem contestó de nuevo desde su voz cuidada de grabación. Ya odiaba esa voz, la voz de la mismísima muerte.

Cada vez que oía el ruido de un motor que se acercaba, aguzaba el oído; reconocía el ruido del Volkswagen de Susana entre cientos, como los perros. Para algo sería afinador de pianos. El tiempo no pasaba. Más de una hora después, después de los incontables minutos en que su cabeza recorrió mil alternativas sobre lo que iba a hacer cuando ella llegara (sola, acompañada), distinguió a lo lejos el motor del carro de Susana, que se acercaba. Lo oyó desde que dio la vuelta en la esquina de abajo y corrió a oscuras hasta la sala para mirar desde detrás de las cortinas de gasa. En la penumbra no debería verse sombra alguna pero apenas si asomó la cabeza desde el borde del muro maestro que dividía la sala del balcón. Susana venía sola y estaba diciéndole algo al portero. Rodrigo no pudo oír lo que decía, ni lo que Óscar contestaba, pero en cuanto Susana aceleró para entrar al garaje las luces de otro carro asomaron por la esquina de abajo. El portero no tuvo tiempo de volver a cerrar la puerta y Rodrigo alcanzó a ver un gesto de saludo desde detrás de la ventanilla, correspondido por el vaivén de una mano en la garita del portero. Susana, con seguridad, había advertido al portero que dejaran entrar al que venía atrás. En el segundo carro venía un tipo de camisa clara y aspecto juvenil, fue todo lo que pudo ver Rodrigo. Volvió rápido al cuarto del servicio, con el corazón retumbándole en el cráneo. Oyó el ruido del ascensor al abrirse, oyó la voz de Susana, su voz más alegre, su mejor risa, oyó dos o tres monosílabos de un hombre, oyó la llave entrando por la cerradura, el picaporte corriéndose, la puerta al abrirse, el golpe de la madera al volverse a cerrar, vio por el resplandor que prendían, en silencio, las luces de la sala. Sintió la tensión de ese silencio cuando dos entran en una casa vacía y saben que tienen la noche por delante y saben lo que va a pasar y ambos lo piensan y callan. No se puede pasar a los hechos de inmediato, pero hay un lubricante social, un lugar común de las costumbres, que es bajar la tensión con un poco de alcohol. Claro, al

fin Susana dijo:

—¿Qué te quieres tomar? Creo que tengo vino blanco en la nevera.

Creo, creo. Idiota, cree que tiene vino en la nevera. *Sabe* que tiene vino en la nevera y para él lo puso, imbécil.

—Un vino blanco me parece muy bien, ¿te ayudo? —Rodrigo reconoció la voz cuidada del tipo del contestador. Sí, era R.I.P., era Réquiem.

—No. Más bien vas poniendo algo de música, el equipo está ahí y los compactos debajo.

La luz de la cocina se encendió y Rodrigo, iluminado por el resplandor indirecto que se colaba por el marco de la puerta abierta, dobló las rodillas y se contrajo aún más en el colchón sin sábanas de la muchacha inexistente. Al momento oyó el ruido seco del corcho al salir, poco después un son de Portabales, qué rabia, pone la música que yo mismo traje y se tomará el vino que yo mismo compré. Portabales no sonaba muy duro, pero igual hacía difícil oír la conversación. «A caballo vamos pal monte, a caballo vamos pal monte» y una guitarra, un bajo. «Yo trabajo sin reposo para poderme casar», decía la voz de Guillermo Portabales, «soy guajiro y carretero, y en el campo vivo bien». De los otros dos, Rodrigo sólo podía descifrar hilachas de frases («movimientos de esos» descifró en la voz de Susana, «no creo que» en la de Réquiem). A Rodrigo le daba miedo salir de su escondite en el cuarto del servicio para acercarse hasta la puerta de la cocina desde donde podría oír mejor. O no miedo, más bien temía romper el hechizo antes de tiempo, no dejar que la velada avanzara hasta sus últimas consecuencias. Susana no había apagado la luz de la cocina y eso lo hacía más vulnerable, más fácil de descubrir. De todas formas se quitó los zapatos lentamente, por si después se atrevía a salir. Susana volvió a entrar a la cocina y buscó algo de comer, tal vez una lata de maní o de nueces o algo así, según dedujo Rodrigo por los ruidos metálicos. Cuando se abrió la puerta de la cocina, entró más nítida la voz de Portabales, «grato es sentarse en el puente a ver las aguas pasar», Susana seguía hablando, alzando la voz, desde la cocina:

—Cuando yo estuve en La Habana, hace como cuatro años, fuimos a oír boleros en un sitio espectacular. Estábamos ahí cuando llegaron el Gabo con la Gaba y un montón de escritorcitos borrachos que le hacían la corte. A mí la música cubana me encanta, me enferma, y creo que no hay nada mejor para bailar.

No faltaba si no que se pusieran a bailar. Susana apagó la luz de la cocina. Seguían hablando de música cubana y de García Márquez. Rodrigo se sabía entero todo ese cuento, con la invitación final a la casa de Gabo y la apoteósica aparición de Fidel. Susana, siempre que quería impresionar a alguien, exhibía ese cuento como un trofeo de su escasa vida social, y le hacía fieros a todo el mundo con su encuentro, en La Habana, con García Márquez y Fidel. Ahora que sabía el tema podía entender mejor. Réquiem no prestó mayor atención a lo que Susana le contaba del Gabo, del

Fidel agudo pero envejecido (preguntando por los presidentes de apellido Ospina) y se fue por el tema del bolero. Al tipo le encantaba Benny Moré, y también Bola de Nieve. No tenía mal gusto. Susana quitó bruscamente a Portabales, que iba en media frase («vivir la viiiiida...») y puso a Benny Moré. Moré empezó a cantar («Para qué perder el tiempo, para qué volvernos locos») y Rodrigo supo, lo supo sin verlo, que Réquiem y Susana se habían levantado a bailar. Rodrigo lo supo por el silencio de la conversación y al momento lo vio a través del vidrio de la puerta de la cocina. Se había atrevido a levantarse y había cruzado, sigiloso, la cocina, hasta el vidrio de la puerta, destinado a la muchacha para las necesidades del servicio, y ahora usado por él para su espionaje. Bailaban muy de cerca y Réquiem clavaba su nariz en el cuello de Susana, como oliéndola. Tanto la clavaba, que no se le veía la cara. Susana tenía los ojos cerrados y la expresión —le pareció a Rodrigo— más tensa que sosegada. Un frío helado recorría la espalda de Rodrigo. Bailaron un rato. Después empezaron a besarse, no muy hondo, pero a besarse en los labios. Tomaron más vino. Se quitaron los zapatos. Volvieron a besarse. Se fueron yendo, casi arrastrándose, muy juntos, por el corredor, hacia el cuarto de Susana; cuando entraron al corredor, Rodrigo los perdió de vista. Esperó un rato. Benny Moré seguía cantando («Dime por fin qué sientes, ahora que estamos separados»), pero él no lo oía ni la pareja tampoco. Rodrigo se sentó un momento, otra vez, en el colchón del cuarto del servicio. Se sentía completamente mareado. Pensó en el cuchillo de la carne, pensó en el rodillo para amasar el pan, se vio descargándolo sobre la nuca de Réquiem. Los ojos se le nublaban de lágrimas. Pensó también en irse, simplemente, en silencio. Pensó, intentaba pensar, pero en realidad no pensaba, borrosas ocurrencias le rebotaban en el cráneo. Salió de la cocina y se acercó sigiloso hasta el cuarto de Susana. No habían encendido la luz, pero en la leve claridad que llegaba desde la sala podía verse lo que pasaba dentro. Rodrigo tuvo cuidado de no proyectar hacia adelante su sombra y se movió pegado a la pared. Vio ropa tirada sobre la alfombra del cuarto: la falda, diminuta, de Susana, los pantalones de paño de Réquiem, tal vez la cuenca vacía de un sostén negro, de encaje. Ella gemía con un gemido que él no le conocía, que no era el gemido del gusto cuando estaba con él, al menos no de cuando estaba con él; era un gemido más tenue, más tímido, casi inaudible. Réquiem resoplaba un poco más. Rodrigo no se atrevió a pasar del marco de la puerta. Desde allí vio, por la posición de los pies, que el tipo estaba encaramado del modo tradicional y que no se había quitado los calcetines. Marrones, de un marrón desagradable, color mierda de perro. Tenía las piernas blancas y velludas. Las piernas de Susana, un poco más abiertas y de color canela, tenían los pies descalzos y apuntaban al techo. Vio los dedos gordos de los pies de Susana mecerse en un movimiento rítmico. Se decían, en susurros llenos de aire, sus nombres. Ssussana, decía él; Rrraffa, Rraffa, decía ella. Así que Réquiem se llamaba Rafa, Rafael. Un

angelito de la anunciación. Rraffffa, Ssssussanna. Rodrigo volvió a la cocina, desgonzado, casi más relajado que antes (como después de un clímax), y poco después oyó unos gemidos graves como de toro cuando lo pinchan, gemidos como de muerte, de dolor, de agonía y eran de pura dicha. Poco después, el tipo empezó a dar también alaridos. Algo excesivo. Tanto que por un instante Rodrigo salió de su mareo a cierta lucidez. No eran alaridos, era un grito entrecortado, como de mariachi, como de indio en medio de la batalla. Juuyjuyjuittututuijuyiii. Celebraba su eyaculación como un caballo. Sí, entre mariachi y relincho.

Rodrigo no aguantó más, decidió irse sin decir ni hacer nada. Ellos ahora estaban conversando, se oía rumor de conversación en el cuarto. No quería oír lo que decían, ya no le importaba. De pronto sintió una profunda frialdad, casi como si nada le importara: ni ella, ni los gritos de él, ni la traición ni nada. La música de Moré seguía sonando («Cómo puedes pensar que voy a soportar más tiempo tu desprecio»). Iba a salir, pero antes se le ocurrió, al menos, una venganza diminuta. Fue a la sala y allí, mal tirados sobre el tapete, vio los mocasines de Rafael. Ferragamo, con borlas, *vero cuoio* en la suela, número 42. Cogió uno, el izquierdo, con dos dedos de la mano derecha, y salió con él. Cerró la puerta sin cuidado. Sin tirarla, pero tampoco con cuidado. No quería que lo oyeran, pero tampoco le importaba mucho si lo oían. Pidió el ascensor y mientras este llegaba todavía Moré alcanzó a comentar, «me alejaré de ti, con decisión tenaz, justa y definitiva, valientemente al fin me alejaré de ti para jamás volver». Bajó en el ascensor con la cabeza que le daba vueltas. Antes de llegar al primer piso se metió el zapato por debajo de la camisa, para que el portero no notara nada. Parecía borracho, completamente borracho. A duras penas podía tenerse en pie. Al pasar por la entrada el portero preguntó:

—¿Cómo salió la sorpresa, don Rodrigo? —Rodrigo apenas si contestó con un indescifrable movimiento de cabeza. El portero debió atribuir su balanceo a la fiesta y al ron. ¿Qué saben los otros de la propia desesperación? A veces lo saben todo; se dio cuenta de que quizás el portero también lo sabía todo.

Llegó hasta el carro, fue capaz de encenderlo y de conducirlo hasta su casa. Muy despacio, con miedo de irse contra un poste. Antes de llegar tomó el mocasín y lo lanzó con furia al antejardín de una casa. Pasó la portería sin saludar, subió a su piso. Se tiró en la cama y lloró. Sin darse cuenta, entre el llanto, se quedó dormido, como si le hubieran descargado un rodillo en la cabeza.

Lo despertaron los voceadores de periódicos: «*Espectador, Tiempo, Colombianooo*». Se despertó como quien se despierta de una operación a pecho abierto. Le dolía el cuerpo, le dolía la cabeza, le dolía lo que pensaba. No había sido una pesadilla, no. Todo lo recordaba. Hurgó en su bolsillo y sacó la tarjeta. Marcó el número de Réquiem. Una voz somnolienta contestó, la de él. No había pasado la

noche entera con Susana, tal vez, o quizás acababa de llegar. Rodrigo preguntó:

—¿Rafael?

—Sí, ¿con quién hablo?

—¿Rafael Isaza?

—No, Posada.

Rodrigo colgó. Rafael I. Posada. La I ya no importaba: Rafael Iván, Rafael Ignacio, daba lo mismo. Rafael I. Posada. *Requiescat in pace*. Buscó la dirección de Rafael I. Posada en el directorio telefónico. Ahí estaba, y el nombre completo era, en efecto, Rafael Ignacio; lo encontró en el número correspondiente, recorriendo con furia a todos los Posadas de Medellín: vivía cerca de su casa y más cerca aún de la de Susana. Si quería, podía ir a su puerta y esperar a que saliera para matarlo. Podía pedir un revólver prestado. Qué bobada. No era capaz de matar a nadie. ¿Verle al fin la cara? Para qué, ya le conocía las piernas, los calcetines color mierda de perro, y era suficiente. En pocas horas, Rodrigo debería estar de regreso de Riosucio y no sabía todavía qué hacer.

Ser explícito u ocultarlo todo. Siempre se enfrentaba a ese dilema: dejarse ver o esconderse. Reconocer ante Susana toda la furia, mostrar todo lo que sabía, o callárselo, disimular. Iba a ser muy difícil disimular. También podría desaparecer como por encanto, no volver jamás. Porque cómo ablandar la dureza de los ojos, cómo soltar el nudo ciego que le cerraba el esófago, cómo esconder el dolor y la rabia. Pero sólo dominándose podía saber más. Sólo callando podía saber hasta qué fondo de mezquindad y engaño era capaz de llegar ella. Quiso darle una sorpresa. Llegaría ahora mismo de Riosucio («anticipé el regreso», le diría, «tenía muchas ganas de verte»). La abrazaría en la cama y le olería el olor a macho entre las piernas. Haría alarde de su olfato. La haría creer que la había descubierto sólo por indicios, por el color y calibre de un vello púbico sobre las sábanas. Escondería que sabía y disfrazaría su furia de mera sospecha. Así sólo tendría que fingir en el momento de llegar. Después su rabia sería real, sería la misma y podría expresarla sin que ella supiera que él sabía. Se bañó a medias, sin mojarse el pelo para no delatarse. Cogió otra vez el Chevrolet y eran menos de las ocho cuando volvió a pasar por la portería del edificio donde vivía Susana. El portero ya era otro. Al subir en el ascensor se acordó del detalle del zapato. Sólo en los cuentos podía desaparecer un zapato por arte de maleficio, en la realidad no. Susana ya estaría al tanto de todo, con seguridad habría averiguado con el portero de noche si alguien más había entrado allí. Ya lo vería.

Tocó el timbre como hacía siempre que ella estaba. Susana se demoraba en abrir. Volvió a tocar el timbre. Oyó pasos descalzos por el corredor.

—¿Quién es? —dijo la voz de Susana.

—Soy yo, Susi —y ese diminutivo casi se le atranca en la garganta—, resolví

venirme antes.

—Al otro lado hubo un silencio de piedra. El tiempo pareció detenerse, entrar en un paréntesis de nada.

—Un segundo, que ya te abro. —Se oyó el paso apresurado de Susana, que volvía al cuarto. Tal vez quería, por lo menos, echarse algo encima, tal vez quería revisar los rastros de las sábanas, borrar las huellas más claras, barrer los pelos, tapan las manchas.

No tardó mucho en volver. Abrió la puerta con una sonrisa lejana.

—Estaba profunda —dijo. Tenía puesta una bata de dormir.

—Vamos al cuarto, yo también tengo sueño —dijo Rodrigo, seco.

—¿Te pasa algo?, te oigo la voz rara.

—No, nada, tal vez algo cansado, me levanté a las cuatro para llegar temprano.

—¿Seguro que no te pasa nada?

—No.

En el cuarto no había indicios de lo que había pasado por la noche. La cama estaba destendida, claro, pero no había huellas de él notorias, ni pelos visibles, ni olores raros, ni regueros de semen. En la sala, en cambio, la había visto al entrar, seguía la botella de vino abierta, con un resto en el fondo, y las dos copas. Además había cojines en desorden, como si hubieran estado buscando algo bajo ellos. El cuarto estaba en penumbra y seguramente los dos, para sus adentros, agradecían que no se les pudieran ver las caras. Rodrigo preguntó con ira contenida:

—¿Tomaste vino anoche? Vi una botella en la sala.

—Ah, sí. Estuve en cine con Pilar y después vino un rato y estuvimos conversando hasta tarde.

Rodrigo recordó el mensaje de Pilar en el contestador. Miró hacia el aparato y vio que la luz roja de los mensajes sin oír estaba todavía titilando.

—Tienes un mensaje sin oír —dijo Rodrigo.

—Después lo oigo.

—¿Por qué no ya?

—Durmámonos un rato —Susana lo abrazó y Rodrigo se quitó los zapatos, tenso, más tieso que un poste.

—Estás raro. ¿Por qué te viniste tan temprano? ¿Te aburraste con Carmen? ¿Ella cómo estaba? ¿Le afinaste bien el piano? ¿Y el tiempo cómo estaba? —Susana parecía preguntar para que no le preguntaran.

Rodrigo sintió unas ganas incontrolables de pegarle, de partirle la cara a puñetazos. Para no hacerlo, se levantó de un brinco y entró al baño, cerró la puerta, prendió la luz. Susana, desde la cama, volvió a preguntar qué le pasaba. Miró la papelera y vio un rollito de papel higiénico. Lo abrió con una mezcla de asco y ansiedad. Lo fue desenvolviendo despacio, con cuidado, como quien abre un tesoro,

un cristal delicado. Se imaginó que dentro del envoltorio aparecía un condón rosado, con un nudo en la punta y un poco de esperma disuelta al otro lado. Imaginó que cogía el látex entre el pulgar y el índice y que salía del baño meciéndolo en su mano como un péndulo, pero dentro del rollito de papel higiénico no había nada, era un rollo sin premio, sin corazón, como una cebolla, no como un durazno. Salió del baño con las manos vacías, sin apagar la luz, ya sin ningún gesto de disimulo en la cara. Quería matarla. Susana hizo un gesto de terror.

—Te lo juro, estuve con Pilar anoche, con nadie más. Parece mentira pero es verdad.

Rodrigo se abalanzó sobre el teléfono, hundió el play. Pocos segundos y se oyó la voz de Pilar: «¿Qué hay bobita? ¿Dónde te metiste? Llámame al volver, me imagino que habrás salido con aquel».

—¿Quién es *aquel*? —gritó Rodrigo.

Susana estaba asustada. Se le salieron lágrimas, no de arrepentimiento, sino de rabia y miedo. Ya ni siquiera se obstinaba en mentir. Empezó a gritar:

—Yo también tengo derecho, yo también. Te vas para donde te da la gana, salís con quien te da la gana —a Susana, en las furias, se le salía el vos—, yo no me entero de nada, me decís mentiras, me ponés zancadillas, trampas, te burlás de mí. Pues no, yo también tengo derecho. Yo sí soy capaz de conquistar...

Se detuvo un momento, a coger aliento, tal vez a pensar cómo podía presentar las cosas para que no tuvieran su peor aspecto.

—Es un tipo que me coquetea cuando salgo a caminar. No tiene importancia, no tenía con quién ir a cine. Yo también tengo derecho. Estaba muy prendida y pasó, pero no más. El tipo no me gusta. Te juro que no tiene importancia, ninguna importancia, yo te quiero a ti. Te quiero, te quiero, te quiero. Lo que pasó no tiene importancia, a cualquiera le pasa, no tiene importancia. Quería vengarme de las mentiras tuyas, pero no tiene importancia, te juro que no tiene importancia.

No tiene importancia. Rodrigo recordó las palabras de Carmen: no importa. Sin embargo, le importaba como si se hubiera derrumbado el mundo, como si se tratara de una muerte, de un asesinato. Recordó también las palabras del Che que le había repetido Carmen: «Benditos los que no han abierto los ojos, porque los que los abren nunca pueden volver a cerrarlos». Sí, Rodrigo sintió ganas de cerrarlos, ganas de no haber visto, pero ya era muy tarde. Una profunda tristeza lo fue envolviendo, pero intentó, con las palabras, recuperar la rabia:

—¡Usted es una puta de mierda! —a Rodrigo, con la rabia, se le salía el usted—. Yo lo sabía desde el principio, pero soy un idiota. Puta, puta, puta. No sé por qué me he quedado todo este tiempo si yo sabía lo que tenía que pasar.

Susana sacó su última carta:

—Además, tenía que vengarme. Fuiste vos el que me escribiste esas cartas, para

burlarte, sólo para burlarte de mí, para hacerme creer que ya no soy capaz de conquistarme a nadie. No lo vas a negar, no lo vas a negar. Si yo soy puta, vos sos el perro más perro que conozco, y el más sucio, y el más mentiroso. ¿Me iba a quedar tranquila, como si nada? Si me la hacen, la hago. ¿Me voy a dejar hacer lo que a vos te dé la gana? Vea —Susana le hizo un gesto obsceno con los dedos, levantando el dedo del corazón y doblando los otros—. Vea, vea. ¿Querías jugar con candela? Pues ahí tenés, tomá, quemate. También creés que me iba a quedar como si nada. Pues no. Sí, me acosté con otro, y qué. Vos te lo merecés, te merecés cosas peores, perro, perro. Y gocé mucho, sí, y espero haber gozado más que vos en todas las veces que seguramente me habrás engañado. Siempre haciéndote el santo, vigilándome, escondiéndote como un pillo, y sos el perro, el más perro, un perro, un puro perro. Además vos te le llevaste el zapato, dónde está el zapato, el pobre se tuvo que ir descalzo, eran unos zapatos finísimos.

Le dio risa un instante, pero de inmediato volvió la rabia y Susana se abalanzó contra Rodrigo. Empezó a pegarle puñetazos en el pecho. El zapato, el zapato, gritaba, sin dejar de pegarle. Rodrigo la empujó con furia y la tiró en la cama. Se le abalanzó encima. De repente se sintió excitado, con una excitación como de violador. Le arrancó la bata de un tirón, le abrió las piernas, se bajó la bragueta, entró. Fue un amor rápido, de gatos, con gritos que no se sabía si eran de gusto o de dolor, con dos palabras simétricas, como un eco: puta, perro, puta, perro, puta, perro. Al ritmo de las dos pes entraba y salía de ella. Al terminar, Rodrigo se puso la ropa y se fue sin decir una palabra. Susana siguió en la cama, mirando al techo fijamente, con una expresión dura, indescifrable en la cara. Ya desde la puerta, Rodrigo repitió, con fuerza:

—¡Putá!

Y la voz de Susana, casi un eco, contestó:

—¡Perro!

Rodrigo y una tal Amalia

Entonces Rodrigo decidió perdonarla. Pero para ser capaz, antes, tenía que acostarse con otra mujer, con la que fuera, pero con otra, y hacérselo saber a Susana de alguna manera. La de ella había sido una traición anunciada. Siempre, desde el primer día en Cartagena, había temido que Susana se acostara con otro, lo engañara con otro, y por eso la había celado siempre y esperado en cualquier momento su caída; había vivido años obsesionado por la infidelidad de ella, le había oído sus cuentos pasados con un nudo presente en el estómago. Ahora todo había terminado sin ninguna sorpresa, en ese Réquiem irremediable, y todo tal como lo había imaginado, nítido, idéntico, perfecto, como si la realidad copiara su imaginación, como si el pensamiento fuera un juguete mágico que en verdad genera en el mundo lo que va pensando en su cabeza. Pero, tal vez porque ya lo sabía desde antes, o porque lo había sentido muchas veces antes de sentirlo, el dolor no fue tan hondo (o sí tan hondo, pero no tan largo) y resolvió perdonarla.

Antes, sin embargo, tenía que buscar en la realidad algo que se acomodara, otra vez, a lo que estaba imaginando, su venganza, su revancha, su desquite. No es muy difícil, en últimas, encontrar con quién acostarse, lograr un amor furtivo sin tener que pagar, al menos si uno tiene menos de sesenta. Es tan fácil, tan banal, casi tan tonto. Pero Rodrigo tenía pocas amigas, no sabía por dónde empezar a buscar y le tocó esperar.

Al fin, algunas semanas después pasó que por fuera de la pecera con espejos del taller donde trabajaba, una mujer se sonrió. O mejor dicho le sonrió, sí, le sonrió a él. Era una muchacha que ya otras veces se había sonreído ante ese espejo, pero él siempre había fingido no ver esa sonrisa, esa señal. Esta vez, en cambio, se dejó arrastrar, y ella se lo llevó, lo sedujo con más facilidad que una virgen a un sátiro, que un pedazo de pan a una boca con hambre. Rodrigo la vio ahí afuera, frente a los vidrios de su oficina, mirándose al espejo como tantas otras, y en un primer momento no la reconoció como la muchacha que a veces le sonreía. No estaba pensando en ella, ni siquiera en ese instante estaba pensando en su desquite necesario. Al verla sonreír dedujo que era una de esas mujeres que ante el espejo se coquetean a sí mismas. Luego pensó que estaba ajustándose el pelo o, mejor, revisándose los dientes, sí, le pareció que algún sucio debería de tener entre los dientes, de tanto que se los miraba, de tanto que los mostraba, de tan blancos que se le veían y a tan pocos centímetros del vidrio. Pero en esa blancura no había manchas

y los dientes se veían tanto sólo porque se exhibían en una sonrisa abierta; y la mirada de ella no buscaba su propia cara como quien se mira en un espejo, sino que parecía indagar más adentro en el espejo, coquetear con alguien más adentro en el espejo, como si enfocara no en la superficie de los vidrios sino más hondo, precisamente en el lugar donde él estaba sentado, detrás del escritorio, a un lado del último piano sin afinar. Entonces la reconoció, sí, era la muchacha que a veces le sonreía, era su oportunidad de revancha, como si la realidad viniera al encuentro de su pensamiento. Rodrigo salió de su pecera casi a las carreras, antes de que esa sonrisa se esfumara como había llegado.

Afuera estaba esa mujer, más bien esa muchacha, que seguía con una sonrisa fija, alegre, y con una mirada larga, constante, detenida en los ojos de él. Rodrigo ni siquiera tuvo que hacer nada, su oportunidad de venganza estaba ahí, encarnada frente a él, y fresca y dulce como el fruto del cercado ajeno. Sin dejar de sonreír y de mirarlo, la muchacha empezó a hablarle:

—No sé bien cómo empezar, pero yo he decidido no negarme nada. Si algo se me ocurre, lo digo; si quiero hacer algo, lo hago. Desde hace meses lo veo a usted entrar aquí, lo oigo darles golpes a sus pianos con esos martillitos, y me parece que tiene una cara tan interesante que me gustaría conocerlo. Desde detrás de los vidrios no lo veo, veo una sombra que trabaja, pero yo sé que usted sí me puede ver. A veces paso y por el silencio sé que usted no está, pero si oigo los ruidos de su trabajo, la música de su trabajo, siempre miro hacia adentro y le sonrío a su silueta, por eso le he sonreído varias veces, sin resultado. Ya me estaba cansando de mandarle señales. Ya creía que usted no me veía, no me miraba, que vivía demasiado concentrado en lo suyo, pero al fin veo que me equivoqué, y menos mal. Yo hace mucho que quiero conocerlo, no conozco a nadie que tenga una cara tan interesante.

Cuando ella cerró la boca después de semejante discurso (que fue dicho atropelladamente, casi sin respirar), Rodrigo, perplejo, no sabía qué decir. Resolvió sonreír él también y ella de inmediato volvió a abrir la boca; los labios se le iluminaron de blanco con esa sonrisa abierta, franca, y la mirada seguía clavada en los ojos de él. Rodrigo dijo lo primero que se le ocurrió.

—Usted tiene unos dientes muy bonitos. ¿Pero qué fue lo que me dijo?

Era una pregunta dictada más por la vanidad que por el interés. Quería volver a oír que tenía una cara interesante. No es nada corriente que alguien le diga a uno que tiene una cara interesante, además quería ganar tiempo mientras inventaba algo que decir, algo para poder seguir hablando, algo para retenerla.

—Que lo persigo hace tiempos, que usted tiene una cara muy interesante y que me gustaría mucho conocerlo. Ah, y que además parece lento para entender las cosas.

—¿Usted no me conoce? ¿No sabe quién soy yo ni qué necesito yo y está preguntando por mí? —preguntó Rodrigo, medio alelado.

—No tengo ni idea de quién es usted ni de qué necesita usted. Quisiera saberlo. Pero si no le interesa, tranquilo, me voy, lo dejo en paz, me llevo el recuerdo de la cara interesante. Como si la hubiera visto en una película.

Rodrigo vio que ella retrocedía después de tantos pasos adelante, se podía escapar. Y tenía un sentimiento mezclado de maravilla y curiosidad. Era tanta la maravilla que sentía, en el fondo, algo de desconfianza, como si se dijera, estas cosas no pasan en la vida real. Pero la sonrisa era abierta, franca, la mirada larga y la mujer muy joven.

—No, no. Espere. ¿Cómo se llama usted? Deme su número de teléfono.

—Y usted ¿cómo se llama?

—Rodrigo.

—Amalia. Y mi teléfono es el 2105012. Ojalá me llame, llámeme cuando quiera.

—Hoy mismo la llamo, puede estar segura.

Sonrió otra vez Amalia, con todos sus dientes, y se alejó corriendo, como huyendo de una secreta vergüenza por lo que había hecho. Miró dos veces para atrás, eso sí, con la misma sonrisa, con la misma mirada. Rodrigo anotó el teléfono al entrar otra vez a la oficina, pero al instante volvió a salir para mirarse, él también, en el espejo de su oficina. Uno va al espejo cuando le dicen que tiene una lagaña, un sucio entre los dientes, ¿por qué no hacerlo si le dicen que tiene cara interesante? Hizo el ejercicio de ser alguien a quien él no conocía, pero la cara de ese desconocido no le pareció interesante. Cerca de su oficina había un fotógrafo. Fue y se hizo tomar con Polaroid cuatro fotos en color, de esas para documentos. En la oficina miró las fotos, miró su cara, y tampoco le pareció interesante. Un gordito con los ojos hundidos, a punto de quedarse calvo. Pero a Amalia le parecía interesante, a esa tal Amalia de sonrisa abierta su cara le parecía interesante. Era increíble. Respiró hondo, haciendo pasar el aire por los tres huecos de su cara interesante, mientras los otros dos huecos de sus orejas oían la inspiración. Hundió barriga, satisfecho, rejuvenecido con el halago. Se sentía orgulloso y, pese a las fotos, casi seguro de tener una cara interesante.

Así de fácil resulta seducir a un hombre. Si es algo vanidoso —casi todos lo son—, si tiene ganas de ser seducido —todos sueñan con eso—, si tienen sed de venganza —cualquiera encuentra un motivo de venganza—, basta decirle que su cara es interesante. Aunque él no lo pensara antes, a partir de ese momento lo cree, y para siempre. Además, a su edad, ya no se puede tener una cara hermosa, cuando mucho una cara interesante. Claro que, para seducir a un hombre, la mujer tiene que tener, por lo menos, una sonrisa encantadora, y ser muy joven, por lo menos muy joven para él. ¿Y qué hay que tener para seducir a una mujer? Rodrigo no sabía bien, pero por ahora contaba con su cara interesante, y Amalia ya parecía seducida desde antes, la seductora había sido ella.

Rodrigo no fue capaz de esperar al final de la tarde. Mucho antes de las seis estaba ya marcando, 2105012. No contestó Amalia, sino un tipo. «Amalia no está», dijo.

—Dígale por favor que la llamó Rodrigo. Que me llame después de las siete. —Y dejó el teléfono de la casa.

Poco después salió Rodrigo de su oficina, a toda prisa para su casa, con un solo pensamiento en la cabeza: que Amalia lo llamara, que Amalia no fuera a llamarlo mientras él llegaba. Manejaba a gran velocidad y en el camino, al dar una curva que le evocó la carrera desde Riosucio, se acordó de Susana. Habían pasado varias horas en que no había pensado en ella. Un interés más brusco e inmediato que la misma venganza había logrado reemplazar la obsesión más honda y permanente de sus días recientes. Eran menos de las siete cuando llegó a su casa.

Mientras esperaba la llamada de Amalia, resolvió hablar un momento con Susana. Ella, en esos días, había llamado un par de veces, pero él no se había dignado contestarle. Ahora que tenía por lo menos un amago de venganza en sus planes se sentía más fuerte para hablarle. No hablaban desde esa mañana de perros y putas. Hablaron un rato, tensos, al principio con monosílabos, después con frases más largas, y al final él le dejó entender que las cosas llegarían a arreglarse, tal vez, que él sería capaz de perdonarla, pero no por ahora, después, necesitaba tiempo. Susana tenía una actitud humilde, casi suplicante, todo le parecía bien, a todo decía bueno, está bien. Cuando colgaron eran más de las siete. Puso música. Quería algo no muy difícil y escogió unas piezas de Lecuona para piano («el Chopin cubano», recordó); con ese piano al fondo, se sentó a esperar el timbre del teléfono. Pasaron «La comparsa», «Danza negra», «Interrumpida», «Poético», «A la antigua». Nada, Amalia no llamaba. Pasaron la «Danza de los ñañigos», «Palomitas blancas», «Mazurca en glissado», «Gitanerías». Nada. Siguieron más obras de Lecuona y luego de otros compositores de América, Ignacio Cervantes, Villalobos, incluso algunos colombianos, los tres «Intermezzi» de Luis A. Calvo, que murió leproso, una «Danza» de Adolfo Mejía, alguna otra pieza chopancesca de Gonzalo Vidal o de Carlos Vieco.

Sólo después de las diez de la noche perdió completamente las esperanzas de que Amalia lo llamara. Se dio cuenta de que no había comido, de que no había leído, de que no había hecho nada. Se había distraído con la música suave de sus coterráneos, música poco honda, sí, pero entre triste, jocosa, frívola y sensual, todo a un tiempo, música como él, en el fondo, música como la región en la que había nacido. Oía pianos, trompetas, violines, arpas, violas, pero sólo lo habría hecho estremecer un timbre, un vulgar timbre de teléfono. Esa cacofonía, esa alarma, ese alboroto habría representado para él la música de las esferas, la armonía de los mundos.

Más que a escuchar, su vida se había reducido, durante esas horas, a esperar. Esperar la llamada de una sonrisa de nombre Amalia. Soy idiota, pensó Rodrigo

antes de cambiarse para dormir, mientras se lavaba los dientes, soy idiota. Pero si ella no me llama, tendré que ponerme a buscar otra. Si no me acuesto antes con alguien, no soy capaz de volver donde Susana. Me sentiría menos, me sentiría con las manos vacías. Puso a Wagner, como en un acto de reconciliación imposible, y se durmió envuelto en el sereno y enamorado idilio de Sigfrido.

Al otro día volvió a verla, detrás del espejo, sonriendo. Salió. Dijo Amalia que la noche anterior había llegado demasiado tarde para llamar, pero que ella siempre tenía mucho tiempo, había sido una casualidad, que si él quería podían salir esa noche. Salir. Rodrigo no había pensado en salir. Todavía no. Miró despacio a Amalia. Le miró algo distinto a los dientes, que era lo único que le había visto bien. No era bonita ni fea, Amalia. Tenía un cuerpo compacto, durito. La miró más abajo del cuello, en ese abultamiento duplicado donde estaban puestas todas sus complacencias. Quiso ver esos ojos, quiso conocer esa segunda mirada. Le dijo que bueno, que salieran, y para sus adentros saboreaba ya lo que podía significar esa salida.

Esa noche, sentados en un restaurante mexicano, ella se quitó los zapatos. Rodrigo le empezaba a dar un mordisco a un taco con fríjoles y guacamole cuando sintió un pie, un pie y no un zapato que le subía desnudo por la pierna, sobre los pantalones. El pie, ese pie ascendiendo por su espinilla, por su pantorrilla, ese pie apoyado en su rodilla, le picó más que el chile envuelto en la tortilla. No se movió en la silla. Todo rimaba hoy con maravilla. Frente a él, Amalia sonreía. Esa noche, después del restaurante, salieron a tomar algo. Después de tomar algo terminaron en la casa de Rodrigo, en la sala de Rodrigo, en el cuarto de Rodrigo, en la cama de Rodrigo. Allí estuvo mirándola largamente a los ojos, a los ojos de arriba, los del alma, y a los ojos de abajo, los del cuerpo. Le acarició los ojos acariciables, es decir, los de abajo, la mirada sin párpados. Se extendieron en la cama. Allí la tuvo abrazada o ella estuvo abrazada a él por un buen rato, juntando piel con piel, al principio, babas con babas, pelos con pelos, al fin vulva con pene, todos esos contactos divertidos en que consiste el biológico acto de la reproducción. Lo hizo sin muchas ganas, pero divertido. Sin rabia. Sin culpa. Sin gusto y sin disgusto. Por vengarse de la traición consumada por Susana, sí, pero a ratos casi olvidado de la venganza. Si Susana lo había hecho, él también podía hacerlo, aunque le parecía en últimas insípido, gracioso pero insípido.

Esa muchacha le pareció casi tan desparpajada como Susana, pero menos buena; aun más malhablada que Susana, pero menos divertida; aun más procaz que Susana, pero con un lenguaje grosero y un acento peninsular que causaba un curioso efecto entre culto y grotesco, porque la chica había pasado algunos años en España. Muy tarde se vistieron, y él sacó el carro (ella decía coche) para volver a llevarla a su casa.

Era tan fácil la traición (aunque esto no era traición, era desquite), era tan simple, era incluso tan poco placentera. Si no fueran las tres de la mañana Rodrigo habría llamado a Susana a decirle que la amaba. Que la entendía, que la perdonaba, que acostarse con otro o con otra no tenía importancia, que el amor era otra cosa. Que quería seguir oyendo sus historias viejas, pero eso sí, no presenciando sus historias de ahora.

Apagó la luz, sin poderse dormir. No recordaba con pasión los dientes de Amalia, ni su aliento, ni su pecho (de mirada estrábica, desleal: eso lo había visto al final, cuando el interés había decaído), ni su vientre, ni nada. Lo había hecho todo como quien se echa a rodar pendiente abajo en una bicicleta. Se sigue bajando solamente por el impulso, por la inercia y porque la bajada no ha terminado. No hay ni siquiera que pedalear. En el momento en que se acabe la bajada terminará el paseo en bicicleta. No, tampoco sentía disgusto o repugnancia por Amalia. Al terminar había tenido un poco de impaciencia, de repentino hartazgo, es cierto; como ganas de que se fuera rápido, de llevarla rápido, de que se vistiera rápido, de que dejara de abrazarlo. Había sentido (después) lo que no había percibido ni antes ni durante: un aliento a cigarrillo que le desagradaba, un sabor entre agrio y ahumado en la lengua, una lengua demasiado áspera, como papel de lija, casi. Rodrigo, poco después de terminar, se precipitó, sin duda demasiado pronto, al baño, a darse una ducha, y se estregó con fuerza el miembro exhausto. Al enjabonarse se dio cuenta de dos cosas. Primero pensó con alegría que, por primera vez en su vida, se le había parado la primera vez. Siempre le fallaba las primeras veces. Tal vez ya estoy curado, pensó, tal vez las palabras de Susana me hayan curado para siempre. Y en seguida recapacitó con terror en que, por el afán de estar, dentro de Amalia, no había usado preservativo. Pensó en un óvulo fecundado, y sobre todo pensó en las enfermedades posibles, en alguna que estuviera ya incubando en la piel de su miembro o, peor, más adentro en su cuerpo. Luego pensó que pensar en embarazos indeseados y en venéreas era sólo un efecto más de la culpa. Al volver al cuarto, Amalia se había vestido y Rodrigo, para sus adentros, se dijo: siquiera. Se vio en la obligación de darle un beso, otro beso. No quería darle más besos, pero no estaba bien tantos besos antes, y ninguno después, así que le dio un beso, otro beso, y otro más. Recordando sin gusto esos besos extra que había tenido que dar sin ganas, se fue yendo del mundo de los despiertos y cayó en el olvido de todo y sobre todo de Amalia, de Medellín, de Susana y de sí mismo.

Bis

Al otro día de su primera revolcada furtiva en tiempos de Susana, Rodrigo sucumbió a más gestos de educación y gallardía con Amalia, debidos solamente a los modales de su buena crianza. Una novia lejana, recordó, le había aconsejado (segunda regla de etiqueta del sexo, la llamaba ella) que siempre, siempre, al día siguiente de la primera acostada, convenía que el hombre llamara a la mujer. ¿A qué? A nada, una especie de acto de agradecimiento, a dejar un mensaje de afecto, de interés. No llamar al otro día era como declarar a gritos: te estuve usando, gozando, o bien, no me gustaste nada. Por eso llamó Rodrigo, solamente por eso, por querer aparentar mucho gusto y nada de uso, aunque ninguna de las dos cosas fuera muy cierta. Si hubiera sido del todo sincero habría tenido que decirle: no me gustas demasiado, los hombres casi nunca despreciamos la ocasión de un salto, pero ahora que la novedad se ha perdido ya no estoy interesado, las ganas se esfumaron, chao. Pero no fue capaz. Además, se acordó de un chiste que circulaba entre sus amigas: Ya no quedan hombres. La mitad están casados, el 20% son maricas y el otro 30% son magos: echan un polvo y desaparecen. No, no iba a desaparecer como un mago, con un polvito mágico, aunque sabía que cuando un hombre se acuesta sin estar enamorado su tolerancia por la mujer es nula, no ve la hora de sacarse ese estorbo de encima. Pero en ese momento la excesiva franqueza le parecía inútil, por dolorosa, y además al otro lado de la línea encontró a una Amalia radiante, feliz, simpatiquísima. Le dijo que ese día había pasado flotando en el aire, cantando y haciendo chistes como una colegiala. Rodrigo se sintió raro, no quería oír frases de enamorada y menos quería decir las. Pero para poder acostarse con una mujer muy joven hay que gastar palabras ambiguas, hay que hacer regalos, también, regalos de verdad y de palabras, mimar los gestos cursis de cierto romanticismo de telenovela. Por eso le dijo algo cariñoso, algo que le dejara abiertas las puertas a sus piernas, pero le aclaró que por esos días no podían salir porque él tenía compromisos, mucho que hacer, como si todos los pianos se hubieran obstinado de pronto en estar desafinados. Un hombre interesado, en realidad, no está ocupado nunca, y mucho menos en las primeras semanas.

Volvió a su rutina con los pianos y sin mujeres. Le rendía el trabajo más que nunca, se decía que las mujeres quitan mucho tiempo, que razón tenían los curas de sacarles el cuerpo para poder dedicarse al arduo oficio de salvar almas, de ahí la necesidad del celibato. Se refugió en el trabajo para evadir los retortijones de la

rabia que todavía a ratos le acometían por los lados de la boca del estómago, en el plexo solar, al recordar las piernas de Réquiem, horizontales sobre las piernas de Susana, mecidas por la marea de la pelvis del otro. Le rendían tanto los días que hasta compuso dos de los aparatos que tenía arrumados en su oficina desde hacía meses; se concentró del todo en eso, ahorró, estuvo en cine, leyó más libros en una semana que en los últimos dos meses, escuchó al fin enteras todas las misas de Bach y la mitad de las cantatas. Además estaban en pleno fenómeno de El Niño y lo llamaban de todo Medellín, desesperados, los pianistas, pues con esos cambios de temperatura, con ese calor, parecía que todos los instrumentos de la ciudad se hubieran confabulado para desafinarse al mismo tiempo. Era como si la ciudad entera se hubiera bajado de tono en el mismo momento de su pelea con Susana, pues encontraba los pianos muy bajos, roncós, deprimidos. Su Chevrolet humeante iba de un extremo a otro de la ciudad, y hacía su trabajo con rapidez, en menos de dos horas por piano, aunque usando mucho más, contra su costumbre algo romántica de los días de menor trabajo, el estroboscopio que el oído. Cobraba y se iba, a otro piano, a otro, a otro, cuatro o cinco por día, hasta estaba ahorrando. Ni siquiera, como solía hacer, tocaba la parte grave del primer movimiento de la Patética, que era su manera de demostrarles a todos sus clientes lo bien que había quedado su trabajo. Hacía unos pocos acordes de Andrés Posada, un amigo compositor, y se largaba, arrugando los billetes dentro del bolsillo.

Como Amalia lo llamaba a la casa y también iba de vez en cuando a la pecera, a mirarse en el espejo, a hacerle señas con la mano, a mostrarle sus dientes blancos y su sonrisa abierta, a invitarlo a repetidos tintos en la cafetería, como todo esto, empezó a sentir que debía repetir la venganza. Con los días, las ganas del cuerpo iban reapareciendo, el deseo se regeneraba como por encanto, los motivos de repugnancia se iban disipando, la ya conocida Amalia se iba olvidando y era otra vez casi una desconocida muchacha por conocer, de nuevo una novedad. Intentaba recordar el estrabismo de su segunda mirada, y en el recuerdo los pezones parecían simétricos, la mirada tierna, las hinchidas tetas apetitosas y dulces. Al verla una tarde tras los espejos del taller, Rodrigo percibió una renovada dureza, y ese renaciente interés en su bajo vientre le indicó que quería volver a sumergirse en el bajo vientre de Amalia. Susana merecía un castigo mayor. No lo llamaba. No la llamaba. O la llamó una vez, pero la mantuvo a distancia con otra sesión de breves monosílabos. La castigaba con su ausencia aunque se moría por verla.

Volvió a invitar a Amalia y mientras la noche avanzaba, para darse fuerzas y no desanimarse al primer lapsus que se escapara de sus labios (los tímpanos de hielo, los gases del oficio, las catatumbas romanas), pensaba en los mocasines Ferragamo de Réquiem. Las ganas con Amalia iban y venían. Venían si se olvidaba de ella, se iban si se hacía muy presente. Todo fue, esa noche, una historia parecida, casi un

calco, a la de la primera vez, con la pequeña modificación del cambio de restaurante y de ropa interior: ya no mexicano sino hindú, ya no blanca sino roja. Hasta las expresiones de ella en la cama, bastante peninsulares y no poco procaces y grotescas, se repitieron idénticas: «Me encanta tu polla». «No quiero que te corras». «Tengo el coño hecho polvo», etc. En cada parte del mundo varían las formas de referirse a la ingle, y las peninsulares son tal vez las más toscas.

Las salidas se repitieron varios días, la confianza en la cama aumentó y Rodrigo le fue cogiendo gusto. Le rogó a Amalia que dejara de fumar y esta le hizo caso. Su saliva mejoró y los besos volvieron a ser afrodisiacos. Se sumergió en un deleite ya ajeno a la venganza y sólo de tarde en tarde se acordaba de Susana. No, no la había olvidado, la había puesto entre paréntesis, la había postergado. Empezó a conocer mejor a Amalia, a hablar con ella. No, no era tan divertida como Susana, ni lo intrigaba tanto, pero le daba más tranquilidad. Se sentía en unas vacaciones y decidió aprovecharlas. No es que hablara con ella; Amalia era incapaz de sostener un tema por más de seis minutos, pero bueno, iban cambiando de tema y, en fin, la juventud ayuda.

Después volvió a cansarse. Se refugió otra vez en el trabajo. Estuvo a punto de suspender las vacaciones y volver otra vez con Susana, pero el resentimiento, pertinaz, lo obligó a prolongar el castigo, el cautiverio, la distancia. Pasaron otros días en que no volvió a salir con Amalia ni a llamar a Susana, pero al octavo día volvió a sus vacaciones, y al décimo otra vez. Pasó otro período en los procaces brazos de Amalia, y de repente reapareció de nuevo el desdén, casi el asco. La vida se vuelve un péndulo de incertidumbre cuando no queremos, cuando la pareja con la que pasamos el tiempo no es la persona adecuada. Con Susana nunca había llegado a esos estados de hastío recurrentes. Seguía saliendo con Amalia, invitándola a su casa, pero ya casi por inercia, por una especie de compromiso mudo, por pesar y por temor a hierirla. Sí, en su plan de vacaciones, había mentido más de la cuenta, había dado más regalitos de la cuenta, y era una vergüenza desmentirse de todo de repente. Amalia era una muchachita ingenua y estaba entusiasmada con su amor maduro, no sabía que él la menospreciaba.

Rodrigo no quería seguirla viendo; no le decía nada, se aburría con ella, bostezaba, se distraía, se avergonzaba de lo que ella decía, de cómo lo decía, no le gustaban la ropa, el olor, los comentarios, la mirada. Cada vez pasaban más rato en silencio. Si ella iba a hablar, él prefería tapparle la boca, aunque fuera con un beso, con tal de no volver a oír sus idioteces. Amalia, para él, estaba condenada y Rodrigo no se decidía a darle el golpe de gracia, no tenía la delicadeza de ser brutal, como era necesario, la mantenía ahí, en remojo, sin saber cómo desprenderse de ella.

Quería acabar esa relación, además, para dedicarse otra vez a Susana. Ya Réquiem, en su recuerdo, estaba agonizante, y Rodrigo ya se sentía listo para

retomar el hilo de su vida pasada, quería volver a oír las historias de Susana, las palpitaciones de Susana, los sabores de Susana, las palabras de Susana, que nunca lo cansaban, a diferencia de las palabras de Amalia, que ya no podía oír sin sentir escalofríos. Todo el interés en Amalia se había esfumado, como disuelto en nada, y ya Susana estaba de regreso en su cabeza, el amor verde otra vez, reverdecido, su Réquiem de mariachis le parecía un episodio insulso y su espionaje un acto despreciable e innoble. Susana no tenía por qué ser tan casta como Lucrecia, Susana era como él, Susana era la suya.

Pero en esa indecisión (en ese ser cobarde para no ser brutal) pasaban absurdamente las semanas, pues con Amalia al frente o al teléfono no sabía sacar una disculpa y menos desenvainar la espada, el hacha, y decapitarla. Los hombres no saben cómo sacarse una mujer de encima; son las mujeres, siempre, las que se tienen que quitar de en medio. Y Amalia era de esas ciegas a los signos, incapaces de descifrar nada, y por lo tanto incapaz de despejar el campo. Rodrigo, en un acto casi contranatura, tuvo que decidirse a serle franco. Con la mayor ternura se lo dijo, pero Amalia no podía creerlo, creía que ella había hecho algo malo, pero circunstancial, y que lo de él era sólo un enfado, un enojo momentáneo. Ella quería saber dónde había fallado, quería corregir algo, trataba de imaginar sus errores y los encontraba, pero no había errores, el error era ella, y no importaba para nada lo que ella hacía. De todos modos Amalia insistió en que se vieran todavía un poco. Era mal hecho con ella no aceptarle siquiera una despedida, aunque las vacaciones de pocos días se le estaban volviendo varios meses enteros, la venganza instantánea un eterno rosario. Cuando ya todo fue evidente inclusive para Amalia, ella sacó su última carta, la más cursi, la más odiosa. La escena era de telenovela: un certificado de laboratorio médico. Decía: *Prueba de embarazo: positiva.*

En Colombia, se sabe, el aborto es delito. Se hacen más abortos que en la China, pero es un delito que da cárcel. Y había algo más: para Amalia ese huevo que le crecía en el útero era una vida humana como cualquier otra. Tenía un retraso de tres días y una mórula dentro, le explicaba Rodrigo, eso no es una vida humana, de la misma manera que un huevo no es un pollo. Ya te lo había dicho, conmigo no hay futuro, si de ese embarazo nace un niño no va a tener papá. Sí, yo lo voy a reconocer y te daré lo que pueda para mantenerlo, pero no voy a querer ni conocerlo, es una locura que lo quieras tener. Era una telenovela con sabor de pesadilla.

Amalia lloraba y Rodrigo se quería salir de esa película. Se sentía ridículo, torpe, idiota. Amalia seguía llorando, Amalia lo insultaba, Amalia lo quería, Amalia lo odiaba. Rodrigo se sentía atrapado, amarrado, agarrado, jodido. Pensaba en Susana, quería solamente a Susana y en estas condiciones no podía ni llamarla. Amalia había consultado con un sacerdote y este le había dicho que el aborto era igual a un asesinato; es más, era más grave que cualquier asesinato pues el bebé, así decía, el

bebé que tenía adentro, era aún más indefenso que un bebé recién nacido. Le había mostrado fotos en las que se ven manitas, branquias, todo lo que se ve con los cigotos... Es un amasijo microscópico de células que se dividen, mide menos que tu uña del meñique, si sigue creciendo llegará a ser algo, pero ahora no es nada, es un programa que ha empezado a rodar, interrumpir esa división celular no es grave, la misma naturaleza lo hace cada rato, no puedes destruir dos vidas (más una que aún no existe) por un capricho, por una idea loca de una religión fanática. Amalia lo consultó también con una amiga, que no estuvo de acuerdo con el sacerdote. Estaba dudando. Había pasado otra semana. Un cacho mental, que sí, que no, que tal vez, que déjame en paz, que eres un malparido, que me ayudes, que te jodas, que me dejes, que te quedes. Tortura, insomnio, rabia, desesperación, calma. Al fin, en una clínica clandestina en Bogotá (después de un viaje relámpago), Amalia aceptó el aborto. Rodrigo tuvo que quedarse a su lado, consolándola, otras dos semanas.

Salió muy caro el amorcito de su venganza. Pasaron, en últimas, cinco meses y medio. Se había perdido un zapato. Una muchacha ingenua y amable había sido engañada hasta la preñez. Había costado un aborto, preferible a todo lo otro pero para nada deseable, nunca deseable. Todo era un inmenso error. Ya con Amalia no quedaba nada, pero mientras tanto, la historia con Susana, y eso era lo peor, también se había desbaratado. Un amorío clandestino, una minucia de faldas había acabado en este enredo. Un divertimento que carecía casi por completo de importancia (puro intercambio de humores corporales, puro instinto más o menos satisfecho, simple biología), se había vuelto tragicomedia con mucho de pesadilla y casi nada de comedia.

Lo que iba a ser un episodio olvidado y olvidable, creció como un embarazo a término. Lo que iba para nada se convirtió en casi todo. Susana no había estado quieta. Se había informado, los había seguido, y había confundido la asiduidad con el amor. Ya a las pocas semanas de pelea los había visto. Llevaba Rodrigo todos esos días sin ir y hubo varias llamadas odiosas, displicentes en las que siempre se negaba a verla, a perdonarla. No, no era posible, ahí debía haber gato encerrado, Rodrigo no se estaba vengando, el asunto iba más lejos, quizás ya había decidido que esa muchachita con la que salía era su reemplazo. Una noche Susana resolvió apostarse en la esquina de la casa de Rodrigo, como había hecho él dentro de la suya.

Si él la estaba imitando (en la traición), ella también lo imitaría (en la vigilancia); iba a celarlo, a espiarlo. Dos espías simétricos y palpitantes con la misma mirada de ansia y rabia. En realidad, si Rodrigo la hubiera visto ahí apostada, hubiera sentido ya que su venganza se había consumado, no hubiera seguido derramando simiente en el lugar equivocado, habría evitado hasta la pesadilla de la clínica de abortos. Susana los vio llegar en su Chevrolet viejo, y notó desde lejos la juventud de Amalia. Tendría máximo veinticinco años. Los vio darse un besito tierno, mientras se abrían

las puertas del garaje. Los vio pasar la portería y coger el ascensor. Mirando hacia arriba, desde afuera, parada en la puntuda esquina de su desdicha, vio encenderse y apagarse varias veces la luz del cuarto de Rodrigo, vio unas siluetas móviles contra las cortinas. Imaginó el resto, que cualquiera se lo puede figurar. Otras noches estuvo ahí apostada en la misma esquina, y siempre vio repetirse una escena parecida.

Sintió una rabia inútil, mezclada con tristeza y culpa, pero no dijo nada, no hizo nada. Resolvió no decir nada, no hacer nada. Resolvió dejar su dolor en silencio, su ofensa en silencio, como si se lo tuviera merecido. Como Rodrigo no volvía, como los encuentros con esa muchacha se prolongaban, Susana fue confirmando poco a poco que el asunto era más serio de lo que había creído en un primer momento. Creyó que todo estaba roto. Resolvió resignarse, sufrir en silencio, mandarlo al diablo en silencio. Volvió a ir a cine con Réquiem, con Rafa, que volvió a cantarle sus mariachis noche tras noche.

Cuando Rodrigo al fin reapareció, a los cinco meses y medio, con ganas de reanudar todo, de retomar el hilo de la vida, ya lo único que podía hacerse por esa relación era un entierro oficial. Habían llegado a un punto muerto en el que, si bien todo era una especie de malentendido, ya resultaba imposible perdonarse. Aunque Susana intentó entender sus explicaciones, no podía ser indulgente con él. Le parecía sucio, infame lo que había hecho con la tal Amalia. Además, esa actitud de Rodrigo la había hecho recordar todo el tiempo su culpa, su engaño, sus mentiras, y ella no estaba hecha para la culpa.

Antes había creído encontrar, en él, a un hombre al que valía la pena serle fiel, al que había resuelto por primera vez serle fiel. En un momento de debilidad y rabia ella había fallado, pero ese desliz sin importancia se lo habían cobrado demasiado caro, y no iba a dejarse que la volvieran monja, no. No iba a rogar y a pedir perdón toda la vida por una acostada sin importancia. Asco y rabia, asco y rabia, era tristísimo que el mejor amor de su vida acabara también en asco y rabia.

Si pudiéramos ser con las personas cercanas tan indulgentes y ecuánimes como somos con los que no nos incumben directamente. Si pudiéramos perdonar tan fácil la traición de la propia pareja como lo hacemos en los otros. Un amigo nos cuenta que ha traicionado a su mujer y lo entendemos, incluso nos reímos, lo apoyamos. También estimulamos a las amigas para que de vez en cuando tengan una aventura. Pero ay de que sea nuestra pareja la que hace lo mismo. Así como en la casa no soportamos que al vaso de agua le falte hielo, que el tenedor esté torcido y el cuchillo sin filo, que la hermana se suene la nariz en público, que la mamá diga una barbaridad (y no nos importan el tenedor torcido, el cuchillo romo en casa ajena, ni el agua templada, ni la hermana mocosa ni la madre tonta, siempre y cuando sea la mamá de otro, la hermana de otro), así mismo nos duele, nos volvemos moralistas y

duros con la persona que ha elegido quedarse a nuestro lado, dejar de ser prójimo para vivir más próxima. Perdonamos las grandes traiciones que se hacen a los otros, pero no perdonamos ni las pequeñas que nos hacen a nosotros mismos. Susana lo sabía, lo reconocía, y, sin embargo, sabía también que por el mismo amor que sentía o que había sentido por Rodrigo, con él jamás lograría ser sensata, racional, tolerante. Y cada día que pasaba, sufriendo, le confirmaba su convicción de que él jamás la perdonaría y de que ella ya tampoco podía perdonarle. Si todo ha de acabarse, que se acabe de una buena vez.

Principio del fin

Hubo algunas noches en que intentaron perdonarse. Por un tiempo resolvieron probar un pacto de mutua libertad; como ya los dos habían infringido las reglas, como ya los dos habían pecado, se dieron ahora la libertad de pecar. Tú haces lo que quieras con tus partes y yo lo mismo, había dicho cualquiera de los dos o los dos al mismo tiempo. De vez en cuando uno de los dos no estaba en la casa, sino por ahí, y ninguno de los dos sabía dónde. Cada uno imaginaba lo peor, aunque en realidad ninguno de los dos quería ahora experimentos sexuales; iban a cine, visitaban amigos olvidados, de esos que el amor arroja a un tercer plano. Pero cada uno, por su lado, se imaginaba lo peor de esas salidas silenciosas, no anunciadas ni explicadas, porque eran libres. Se aburrían cada cual por su cuenta, ejerciendo cada cual la nueva libertad acordada. Ya no confiaban el uno en el otro, se había desvanecido del todo la confianza y hasta ir al supermercado era un signo de deslealtad.

Por reconciliarse, las veces que se veían, hicieron hasta el intento de revivir las noches del pasado, con el relato de los furtivos amores de Susana, del pasado de Susana. Pero las historias ya no tenían el tono de antes, la alegría de antes, el dolor de antes. Lo real había suplantado la fuerza del recuerdo. Los dos se daban cuenta de esto, pero siguieron intentando la medicina de los relatos hasta que una noche Susana, ya segura de que no podrían perdonarse, volver atrás, anunció que había terminado su repertorio de historias. Lo dijo, Susana, con infinita calma, y con una sonrisa dibujada en los labios. Ya no tenía que captar la atención de Rodrigo, ni quería. Ya él tampoco podía amenazarla. No hay amenaza cuando todo se ha perdido. La muerte lo suprime todo, hasta el temor de la muerte. Al tirarse en la cama, como siempre, después de comer (un triste perro caliente, *No tengo ganas de cocinar*, había dicho Susana), ella le dijo que ya no había más aventuras de lecho que contar, ni dramas del corazón, ni entusiasmos de la piel, ni recuerdos de la carne. Rodrigo, que tenía muy presente la lista de algunos episodios alguna vez anunciados y faltantes, preguntó:

—¿Y el mafioso, y el deportista, y el violado, y el noble?

Susana sabía que era verdad, los recordaba, y algún día, seguramente, habría aludido a uno o al otro, pero ya había perdido el interés por contarle sus historias, ya no quería seducirlo con palabras. Antes habría sido capaz de revivir con risa y emoción ese pasado. Ahora no. Susana había perdido el gusto de ser generosa, estaba recobrando todo su egoísmo, ese egoísmo que solamente el amor atenúa, esconde,

paraliza. Ya no estaba interesada en agradarle, no hacía ningún esfuerzo por concentrarlo en ella, no quería tampoco entretenerlo con sus historias. La relación ya no tenía sentido porque no tenía futuro; era como si se hubiera roto un plan, una ilusión, y esa ilusión era como un objeto roto, imposible ya de reparar, de coser, de remendar y volver a pegar. No quería contar, ni hablar. Sin embargo, como ese no era aún el día señalado para despedirlo, hizo un último esfuerzo, desgano, por contarle algo.

Está bien, te contaré del mafioso. Yo era muy joven, menos de veinte años, y él tenía un yate. También tenía, él, más de cincuenta años, y yo he sido como la Susana bíblica, llena de asco por los viejos, como se ve en los cuadros. Por eso con el mafioso nunca me acosté, y si te dije lo contrario fue mentira, por hacerte dar celos. El mafioso parecía un camionero, pero en vez de camión tenía yate. De esos de millonario en el Mediterráneo, de esos blancos, enormes, con radar, con antenas, con camarotes y aire acondicionado, con bote salvavidas, con camarero en uniforme, con vino blanco helado, con mariscos. Tenía yate y una mansión en Tolú, frente al mar, rodeada de mallas, de perros policías, de policías humanos. Todo pagado por los dólares de la coca, por las libras de la marihuana, por las pesetas de la heroína, por los francos del crack, por los pesos del perico y el bazuco. También Rodrigo hacía un esfuerzo desgano por oírlo; ya no lo ponían a vibrar sus historias, ya casi no le daban celos, ni rabia, ni ansiedad. Era como si Susana hubiera perdido el don del cuento. Yo estaba tomando el sol en la playa, en una playa cerca de su casa frente al mar y se me presentó. Se puso al lado, debajo de un paraguas y mientras me miraba el ombligo y el bikini, pero enfocándose más allá del bikini, detrás del bikini, y sin dejar de enfocarme ahí, me contó que él era un industrial, dueño de una empresa que producía algo confuso, cosas que nunca definió, cosas, muchas cosas, cosas buenas, cosas que daban gusto, que eran estimulantes para el entusiasmo de esta febril época. Eso dijo el primer día y lo ignoré; al día siguiente me inventó, mirándome el bikini desde sus gafas negras, que tenía también una agencia de importexport, de esmeraldas y piedras preciosas, eso dijo, y que él era algo así como agente de aduanas; al tiempo reconoció que tenía negocios de cigarrillos, mercancía barata que le llegaba por La Guajira procedente de no sé qué islas del Caribe, y me regaló un cartón de cigarrillos rojos y una bolsa de chokolatinas blancas; al primer paseo en el yate, cuando al fin acepté embarcarme con el barrigón, reconoció, después de varios tragos de aguardiente (el vino blanco helado era para los invitados, él sólo bebía whisky o aguardiente), un contrabando más sofisticado, de grabadoras, televisores, videocámaras, neveras, radios: y que todo lo vendía en los Sanandresitos, y que de todo me daría regalitos. A partir de ahí perdió el pudor (¿O lo perdiste tú, Susana?, se preguntó Rodrigo, ilusionado, creyendo que volvía a sentir algo, casi feliz de revivir las sensaciones de antes, los

celos de antes, y no esa frigidéz de estos días de imposible perdón) *y ya el paso a la marihuana, al tráfico de cocaína, de heroína, aunque no las mencionaba mucho, fue breve y sin recato, casi como si quisiera, una de dos, o confesarse o hacer alarde.* De repente a Rodrigo le pasó algo curioso, algo nuevo. Por primera vez en los cuentos de Susana, sintió un rechazo moral. No celos instintivos y retrospectivos sino rechazo moral. No entendía que ella se hubiera podido meter con un narco. Su repudio no era ni siquiera por el negocio de vender marihuana o exportar cocaína, que al fin y al cabo era como vender whisky o exportar cigarrillos y menos grave que traficar con armas o explosivos, sino porque sabía que nadie podía estar en ese negocio sin tener que matar o por lo menos sin tener que mandar matar de vez en cuando. Además ese mafioso le parecía más falso que ninguna de las caricaturas de Susana; parecía sacado de una película gringa. No era de verdad, más parecía un prototipo, no le faltaba detalle, era una suma de lugares comunes, ¿o es que no podía haber mafiosos educados, buenos mozos, con cara de ángeles? Pensó en esto Rodrigo, pero le preguntó otra cosa: ¿Qué tenía de especial fuera de ser mafioso? ¿Era atractivo, te gustaba? ¿O te gustó por la plata? Susana sintió que la rabia aumentaba en su garganta, estuvo a punto de gritar, de empezar a insultarlo, de responder a ese agravio con toda la lista de agravios que quería enumerarle, pero logró contenerse. *No, no era atractivo ni me gustaba, y ya sabes que nunca me ha importado la plata, Rodrigo. En realidad nunca fuimos nada en serio, lo único que me movió a estar con él, y sólo un par de tardes, fue la curiosidad. Mejor dicho, ya lo iba a mandar al diablo (como a ti, pensó Susana, como a ti) cuando me enteré de que era mafioso, y cuando lo supe no fui capaz de no intentar averiguar un poco más cómo era esa vida. Son los protagonistas de este país, son los personajes centrales de esta tragicomedia colombiana, y tenía ahí al frente un espécimen intacto, puro, cómo no iba a querer conocerlo de cerca.* Rodrigo hizo lo posible por entender, y como vio la cara de ella contraída en una mueca extraña, tomó el brazo de Susana, le arremangó la blusa y empezó a hacerle, con las yemas de los dedos, esas cosquillitas que la serenaban, arriba y abajo por el antebrazo, por el brazo, de la muñeca a los hombros, una y otra vez, pero a las pocas pasadas Susana quitó el brazo, con rabia, con impaciencia, casi con repugnancia, como si fuera el mafioso mismo quien le estuviera haciendo las cosquillas. Rodrigo se extrañó, pero no dijo nada. Sólo pensó: debe estar premenstrual, y luego corrigió su pensamiento: ojalá sea que está premenstrual.

Me decía monita. O mamita. O muñequita. Con diminutivos, como el político, recordó Rodrigo, aquí no hay nada tan parecido como un político y un mafioso. *Y me babeaba con salpicados de saliva cuando abría la boca. Era barrigón y tenía mal aliento. Un aliento fétido, de pescado marchito. Se ponía cadenas de oro en el cuello, esclavas de oro en la muñeca (si lo que quieren es mostrar la plata, se había*

dicho siempre Rodrigo, ¿por qué de una vez no se colgarán collares de verdes dólares ensartados por el medio?), usaba gafas oscuras, mocasines blancos o rojos. Su boca parecía un tablero de ajedrez: un diente blanco, otro negro, uno blanco, otro negro... Las muelas eran doradas, como el anillo con piedra que llevaba en el dedo. Usaba camisas de colores vivos, pantalones sintéticos, y tenía sicarios en el séquito, dizque sus guardaespaldas, unos muchachos sórdidos y malencarados que mantenían a flor de labios una risita rabiosa, resentida, y siempre, siempre, la misma muletilla, gonorrea, gonorrea. Esos sicarios carecían también de nombre pues unos a otros todos se llamaban de la misma manera: güevón. Mi mafioso, a pesar de que lo cuidaban seis güevones, vivía mirando para atrás, nervioso como un animal en medio de la selva, y se iba de un momento a otro de cualquier sitio, como obedeciendo a una corazonada. Siempre decía lo mismo: «Tengo una reunión urgente con el alcalde de Puerto Escondido». Y se largaba a reunirse con el alcalde de Puerto Escondido. Susana suspiró con desazón y con una rabia mixta: rabia de ese recuerdo y rabia por estar acostada al lado de Rodrigo, que en ese momento le repugnaba tanto como el mafioso.

No quiero, en realidad no quiero hablar de ese cochino mafioso. Voy a dejarlo haciéndote una última confesión. No es verdad lo que te dije. Una vez sí lo hice con él, pero el mafioso es de esas personas que, al recordar que me acosté con él, me inspiran franca repugnancia. Me parece increíble que esta que soy yo, que yo, que este cuerpo mío haya aceptado alguna vez un contacto con semejante ser tan asqueroso. Tenía veinte años y no sé bien por qué lo hice. Por agobio, me imagino, porque no había de otra, por no seguir repitiendo siempre no, no, no, como en un sonsonete, y además él sabía cómo irme acorralando de miedo, sentí que si no lo hacía aunque fuera una sola vez podía matarme. Hay gente así, con la que uno jamás hubiera querido acostarse, ni siquiera tocarse, y con quienes sin embargo alguna vez caímos, tú habrás sentido lo mismo alguna vez. Rodrigo pensó inmediatamente en su Amalia. Era cierto. Errores del apetito, indigestiones. Eso mismo era lo que él había intentado explicarle, una y otra vez, a Susana, pero ella podía entenderlo en ella, en él ya no, como si ya no quisiera entenderlo. Y en realidad a Rodrigo, ahora lo notaba, todos los amantes del pasado de Susana —su harén de hombres en el recuerdo— lo habían torturado con su ficticia presencia, pero este mafioso no, este mafioso ya no. Había sido como enfermarse de gripa, alguna vez, como haberse tragado un pescado podrido, nada más. Buscó que ella se fuera por el hilo de otra historia, porque él se había acostumbrado a sentir el amor sólo en el ronroneo de sus palabras, en el eco de los celos. ¿Y qué me dices, entonces, del deportista? Habrá sido por lo menos más atractivo que el mafioso, ¿no?

Ah sí, el deportista. Estas piernas que me ves, y que creo que alguna vez te gustaron, Rodrigo, estas piernas que quizá no son tan feas, estas pantorrillas duras

y estos muslos en los que no han aparecido estrías ni celulitis, se las debo, antes que a la natación, a un año entero de trote detrás de un deportista. Todos los días a las cinco de la tarde, de lunes a sábado, salí a correr por las calles de El Poblado con el único fin de encontrarme con él. Lo había visto pasar con su carita de indio civilizado, con su frente perlada (así dicen las novelas) de sudor, con su pantaloneta blanca y su ritmo de fondista. Lo que yo pretendía, solamente, era cruzarme con él y sonreírle, o verlo venir y dejar que se acercara, como si viniera hacia mí, como si el fin de su trote fuera venir a mi encuentro a toda marcha, como si el único blanco de su paso fuera yo, y luego desilusionarme al ver que pasaba por un lado sin siquiera mirarme y entonces yo dar media vuelta, aumentar el paso y seguirlo, seguirlo hasta que fuera capaz, hasta que el corazón empezara a salirseme del pecho (de susto, de cansancio, de emoción, lo mismo daba) y yo quedara otra vez atrás, rezagada, sin aliento, pero un día lo alcanzaría, lo superaría, lo dejaría atrás y lo obligaría al fin a dirigirme la palabra. Al principio todo fue inútil; me di cuenta de que sentía un desprecio infinito por mi pésimo estado físico. Yo me ponía tres cuerdas a su paso y empezaba a jadear, sudaba frío, me quedaba sin aire en los pulmones, sentía hormiguitas picándome en las plantas de los pies, sensación de mareo en la boca del estómago, tenía que parar con un grito de rabia y frustración. Pero él me encantaba, y yo he sido constante, Rodrigo, muy constante con mis gustos, y terca hasta que los logro complacer. Yo tengo la tesis del virus, la enamorada debe actuar como los virus. Estar ahí, quieta, invisible (asintomática ¿no?), esperando a que el otro se debilite, se le bajen las defensas, y en el mismo instante en que se le bajan, trac, caerle como un virus virulento y devorarlo enterito. Así en el amor y en el desamor. Esperar, tener paciencia, escoger el momento oportuno. También al deportista le llegó su momento, cayó enfermo de mí. Pero ¿sabes qué? Tampoco quiero hablar del deportista, los detalles de lo que en adelante me pasó con él no te los quiero contar. Estaba premenstrual, a lo mejor, pensó otra vez Rodrigo, aunque tal vez lo que pasaba era más hondo, peor, tal vez era que ya habían llegado a la amargura de lo irreconciliable. Pero pensó en la soledad en que podría quedar, tuvo terror de perderla, sintió la orfandad de su cuaderno sin historias, de su cráneo sin palabras que revolotearan por ahí, e insistió, casi como en un ruego:

—Cuéntame entonces del noble.

El noble, está bien, el noble. No me preguntes qué hacía un noble en Medellín, pero era noble, eso sí, muy noble, e italiano. Apellido: D'Este. Nombre: Fabrizio. Este Fabrizio D'Este tenía retratos de sus antepasados hasta la quincuagesimoséptima generación. Tenía, al parecer, un castillo en la campiña véneta y un palacete en Venecia. Tenía ojos más claros que el mar de Barú; tenía uñas cuidadas. Y unos modales, unos modales. Me abría la puerta del carro por mi lado (y no sólo al subirme, también al parar saltaba como un resorte de su puesto

frente el volante, daba la vuelta a toda carrera por el lado de atrás y antes de que yo hubiera podido desabrocharme el cinturón ya estaba ahí, pegado de la manigueta, abriéndome la portezuela y casi casi haciéndome una venia para que yo saliera), me besaba la mano, me movía la silla al sentarme a la mesa, me regalaba joyas y perfumes, me decía las frases más lindas que jamás me han dicho. No puedo repetirlas, porque esas frases, en mi boca, se dañan. Nada como un noble de esos de película. En el amor también. Hacía el amor con una nobleza increíble. Sí, qué nobleza. No te puedo explicar en qué consiste, «Noblesse oblige»... Sonrió Susana de haber encontrado una forma para no tener que contar más. Nada. Esa noche no podría terminar nada, Susana, precisamente porque todo estaba terminado. Enlazaba un pensamiento con otro sin poder poner en orden sus ideas, y no a causa del dolor o de la rabia, sino porque no estaba interesada en desarrollar un razonamiento coherente, un fluir hilado de argumentos que la llevaran a algo. Ya no quería darle a Rodrigo el regalo cotidiano de sus palabras y de sus muchas historias. El sultán, al final, no decapita a Sherezada; Sherezada resuelve que no vale la pena seguir con él y se marcha (si la dejan) o si no se suicida. O mejor aún, decapita al sultán, pero lo hace de esa forma en que decapitan las mujeres, con veneno. La decisión estaba tomada, pero no había llegado el momento de llevarla a cabo. Todavía quería seguir en esa inercia del corazón, al vaivén de unas olas cuyo impulso era ya muy posible prever (el golpe definitivo y mortal contra los acantilados), y le gustaba dejarse llevar por esa marea caótica de sensaciones sin tener que mandarlo al carajo, degollarlo de una vez. Para seguir sumida en esa triste confusión mental, dejaba que su cerebro no se concentrara, no intentaba dirigirlo por ningún sendero de ideas o recuerdos, sino que dejaba que muchas ideas flotaran, surgieran, se desvanecieran a su capricho, mezclándose y modificándose unas con otras, como limándose entre ellas, en un estado de vigilia muy parecido al del ensueño. Pero lo que estaba en pugna en su cabeza no eran imágenes o historias (como en los sueños), sino frases, palabras, pensamientos sueltos, lanzas de ideas puntudas, ásperas, cortantes, combinaciones de sonidos que expresaban lo que sentía, y lo que sentía no era claro, unívoco, sino una serie de remolinos y resacas contradictorias. Estropajos, lijas, cuchillas. Nube que se adensa antes de la tormenta, espumas confundidas a la orilla del mar, agua hirviendo, vientos encontrados. Pero para mantener ahí a Rodrigo mientras lo expulsaba del todo tenía también que recordar algo, algo de lo de siempre.

No, no quiero hablar del noble, mejor te cuento del violado, que era más parecido a ti, a ti al principio de esta relación. Al violado yo no podía tocarlo (¡no, no me toques tampoco tú, Rodrigo, ahora no quiero, quita esa mano!). Sí, no cabía duda, Susana se le estaba esfumando, ya no podía aferrarla, es como si ya se hubiera lanzado desde un trampolín y fuera por el aire, imposible ya retenerla, se iba, se iba.

No podía mirarlo mucho, no podía decirle palabras de deseo, no podía bajarle la bragueta, no podía opinar sobre las dimensiones de su miembro, no podía morderle la barbilla, no podía sentármele encima ni saltar sobre él, no podía enseñarle mi deseo, no podía apretar mis pechos contra el suyo, no podía esperarlo desnuda y menos desnudarme en su presencia, no podía abalanzármele y bajarle de prisa los pantalones para empezar a mirárselo... Decía: «Me estás violando». Parecía una doncella pudibunda y me hacía sentir como una maniática sexual, como una exhibicionista, incluso como una violadora de hombres.

Bastaba que yo le hiciera cualquier insinuación para que no se le parara. Entonces se enfurecía, me insultaba, me empujaba, me decía que me aprovechaba de él, que lo estaba utilizando, que lo presionaba, que se sentía un objeto sexual, un violado, que para mí lo único importante era el sexo, que yo lo reducía a su aspecto físico, que yo no tenía sentimientos, que era materialista, vulgar, superficial, lasciva, disoluta. Con su tonito agudo, de doncella, me acusaba de todos los oprobios.

Rodrigo estaba quieto, tieso, oyendo la historia del violado, del pudibundo, del mojigato, y entonces Susana, de repente, sintió un deseo apremiante, absoluto, definitivo, un deseo de esos de primera o de última vez y lo empezó a tratar como al violado, le empezó a hacer lo que el violado jamás le permitía hacer. Ella se quitó la ropa, casi se la arrancó de dos manotazos, y se abalanzó sobre Rodrigo. Era como un asalto, se le puso encima, se sentó sobre él y lo apretó con los muslos, le paseó la vulva por el tórax, se la estrechó contra la boca, le desabotonó la camisa, le bajó la bragueta, los pantalones, se inclinó para morderlo en todas partes, y Rodrigo, sorprendido, se sintió también, como el violado, usado, utilizado, y tampoco quería ser, como aquel, un objeto sexual que se somete a los caprichos de una amante insaciable, móvil, inconstante, de repentino cambio (la repelencia, el asco, y de pronto el deseo). Su reacción fue idéntica a la del violado, de terror, de rabia, de impotencia. Después de tanto tiempo, otra vez una reacción de impotencia, como al principio, una sensación de no poder, de estar frente a una mujer imposible. En ese instante odiaba lo que ella hacía, le repugnaban sus ansias, su apresuramiento, el repentino asalto sin preámbulos, su dedicación a hacer de él una cosa, y aún más rabia le daba que el cuento empezado lo pudiera estar influyendo, que tal vez se estaba portando como el violado no por lo que ella hacía sino por lo que acababa de contarle, porque, como siempre, lo había influido lo que oía, lo que ella acababa de decir. Ella actuaba con rabia, con unas ganas totales, con unos gritos de sátiro enloquecido, con unos ímpetus de marinero o preso o amazona después de meses de abstinencia, le daba almadanzos a golpes de caderas y de pelvis, y él estaba ahí, tieso (tieso en todas partes, menos en la parte), quieto, en el papel de violado que no puede oponerse al asalto y tampoco siente gusto por ser recorrido, tocado, tal vez

amado. Ella lo notó, vio que Rodrigo no podía; le dieron más ganas, más rabia y resolvió poseerlo por la fuerza, como fuera, con odio, como a un objeto pasivo, como a un obediente consolador, como a una mujer vejada. Lo humilló hasta que ella, con el mero frote y los saltos y las manos, tuvo un orgasmo de esos multitudinarios, con alaridos y estremecimientos. Luego se puso de pie y le ordenó que se fuera, que se fuera ya mismo.

Había sido tan perentoria su forma de decirlo que Rodrigo se vistió en silencio, estupefacto, y salió sin preguntar nada, como un animal regañado, colita entre las piernas, condenado a muerte, culpable sin apelación. Tal vez fue tan sumiso porque, en efecto, se sentía culpable. A Susana, en un momento dado, la enterneció ver su cara asustada, casi de súplica. Pero ella no podía perdonarle. Se iba a portar con él como cualquier hombre se portaría con una mujer caída en desgracia. Le gustaría ser indulgente y comprensiva con él. En el fondo lo deseaba, pero no era capaz, no se lo permitía su orgullo. Si la mujer infiel era tratada como puta, ella como puto trataría a su hombre infiel.

Rodrigo, en su Chevrolet viejo, de regreso a la casa, se sentía peor que nunca. Nunca ninguna noche de las vividas por Susana, o con Susana, lo había afectado tanto. No entendía lo que pasaba, en abstracto, ni lo que le pasaba a él ni lo que le pasaba a ella, en concreto. Se sumergió en un mar de inútiles conjeturas de las que no sacó nada en limpio. Se consoló pensando, una vez más, en que sería una cosa momentánea, cuestión de hormonas, de mal genio, alguna tontería pasajera, pero en el fondo sabía que ese consuelo era falso. Se obligó a pensar que al día siguiente todo estaría arreglado, pero no pudo creérselo. Se tomó entonces un somnífero y se durmió, pero durmió muy mal, peleando con terribles y —pensó él al despertarse— premonitorias pesadillas.

El cuaderno

Una de estas pesadillas lo despertó. Sentía la cabeza embotada por el somnífero, pero la angustia era más grande que la somnolencia. Palpitaba. Había visto nítidamente que Susana se apoderaba de su cuaderno, el cuaderno donde tenía apuntadas todas las historias que ella le había contado, y las iba tachando una por una. Con furia arrancaba esas páginas tachadas del cuaderno y luego, en las últimas hojas, ella empezaba a escribir, con detalles, todo lo que a él le había pasado recientemente con la tal Amalia. «Y entonces mi mentiroso Rodri empezó a acariciarle con deleite los vellitos del coño y a morderle con gusto la punta de los senos». Rodrigo veía que Susana escribía y describía, con rabia, con datos exhaustivos, puntillosos, las efímeras revolcadas con Amalia, y al mismo tiempo, como con hambre, se iba metiendo en la boca y comiendo con voracidad las hojas tachadas con sus propias historias. Susana, en el sueño, gritaba: *mi pasado no es nada, lo grave es tu presente, eres un macho perro, un macho asqueroso y tan perro como cualquier otro. Lo grave es tu presente y el futuro entre nosotros dos ya se acabó.* Susana escribía y lo insultaba: ¡perro, viejo verde, repugnante, falso, mentiroso, cobarde, sucio, mandril, papión, orangután, puerco, cerdo! Ya ni distinguía las palabras de los insultos, todo un zoológico de mamíferos hediondos. De repente Susana sacaba de un cajón el cuchillo de cocina con que cortaba la carne, lo perseguía con el cuchillo de cocina empuñado, como para matarlo. Él corría con todas sus fuerzas, pero a pesar del esfuerzo le salía un tropecito despacioso, de viejo parálitico, de mula reventada, de caracol herido, como siempre en los sueños, y Susana lo alcanzaba, lo cogía por el cuello, iba a clavarle el cuchillo, lo iba a degollar, pero en vez de matarlo, en el último instante, le escupía en la cara. Al sentir que el escupitajo de Susana resbalaba por su cara, Rodrigo se despertó. Los gritos y la saliva de Susana lo habían despertado, el cuchillo amenazante que ella todavía tenía empuñado a pocos milímetros de la yugular.

Como si la pesadilla pudiera ser cierta se pasó la mano por la mejilla, para quitarse la saliva, y se precipitó a buscar el cuaderno, lo sacó del cajón donde estaba escondido y lo revisó página por página. No había rastros de violencia, estaba intacto, y obviamente no había en él ningún tachón que no fuera suyo, y tampoco ningún apunte de Susana con insultos para él. Debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada y Rodrigo anotó dos frases sobre Amalia, casi con repugnancia, como en un acto de contrición, como repitiendo, resumido, el gesto que le había visto hacer a

Susana en la pesadilla. Después se puso a pensar en las últimas historias que, la noche anterior, Susana había esbozado.

Algo había pasado con ella. Ya no contaba con gusto. Como si hubiera perdido el interés en agradarle con sus cuentos, como si ya no quisiera despertar en él la pasión por saber su pasado. Algo se había roto, su voz había perdido el entusiasmo, las historias ya no venían cargadas de alegría, de erotismo, de recuerdo, de invención, de nada. Como si se hubiera agotado una mina antes de lo pensado, o como si ella se hubiera dado cuenta, de un momento a otro, de que ya no lo quería. Había perdido la ilusión de verlo. Hasta los celos se habían desvanecido. Tal vez a ella le hubiera gustado, incluso, pensaba Rodrigo, poder creer que él se había enamorado de Amalia, para tener un buen pretexto y poder dejarlo sin asumir la culpa de tener que dejarlo. Es un momento terrible, cuando se ha amado, notar que se deja de amar. Podía ser también eso, concluyó Rodrigo, con temores crecientes.

O tal vez era la culpa que sentía él lo que lo hacía deformar la realidad (la culpa por haber suprimido de un tajo toda la libertad de Susana, por haber invadido sus recuerdos y su presente), tal vez a la mañana siguiente todo volvería a ser como antes y las historias de Susana se reanudarían, alegres, completas o incompletas, desoladoras o divertidas, entrecortadas, breves, precipitadas, siempre exageradas, como todo lo de ella. Sí, tal vez era la culpa, la ancestral culpa por los tontos y desastrosos meses con Amalia lo que le había hecho a él, a él y no a ella, perder el interés, o la culpa por haberse portado en todos estos años como un vigilante, como un portero, como un celador: su país se le había metido en la cabeza, todo aquí era un asunto de policía, de servicios secretos, de mutua desconfianza. Vivía en un país receloso, de mal genio, en un país malhumorado, bravo, y él era igual a su país. Además era como si su venganza, como si su traición presente le quitara todo el peso a las traiciones —que no eran tales— del pasado de Susana, o a esa traición que ahora le parecía sin importancia con ese velludo Réquiem. Hojeó una vez más los apuntes de las aventuras de Susana, revisó la noche de Réquiem, cuando volvió enloquecido de Riosucio, e hizo un esfuerzo por volver a sentir la rabia, el desasosiego con que las había oído la primera vez, y la sensación de desastre con que la había vivido esa única vez, pero no pudo, era como si recordara una historia ajena, y el zapato de Réquiem no lo ofendía más que el de la Cenicienta.

Las historias de ella lo habían afectado de manera muy distinta. Y esto no dependía —o por lo menos no del todo— del tipo de experiencia que ella contara, de si había sido sosa o deliciosa; dependía de cómo se encontrara él en el momento de oírse la relatar. Si su estado era de indiferencia, la historia le parecía insignificante; si se encontraba con los sentidos exacerbados o la vitalidad ardiente, la historia lo enfurecía, lo obligaba a reaccionar con rabia y deseos de venganza; si estaba deprimido, la noche relatada lo hacía sufrir lo indecible, lo sumergía en un estado de

deplorable tristeza y frustración. Así, en el péndulo de sus estados de ánimo, iba recibiendo también con ánimo pendular los cuentos de Susana. En la relectura, en cambio, se encontraba con una línea zigzagueante de historias lejanas que ya no lo afectaban demasiado. Leía y en ese momento su ánimo estaba como siempre le gustaría estar, es decir, desprevenido y alegre. Las historias de Susana lo divertían y lo hacían reír. Leía y se daba cuenta de que ya no estaba obsesionado, de que ya las ideas no le patinaban fijas en la cabeza como la misma frase de un disco rayado, de que se había liberado del pasado de Susana, que la había perdonado, que la aceptaba entera y tal como era, con todo su pasado y su pecado presente, que también ahora había pasado a ser pretérito. Leía las historias y se enamoraba más y más de la dueña de esas historias, de su dueña, de esa dueña que al parecer ya se había cansado de contar historias, precisamente en el momento en que él había resuelto que ya nunca la iba a decapitar, que la iba a aceptar entera, como ella era.

Entonces pensó que el cuaderno estaba terminado y se imaginó lo que podía pasar con ese montón de hojas. Supuso que si su cuaderno de apuntes fuera hallado algún día, por casualidad, por un lector también casual (digamos un sobrino en busca de valores dejados por el muerto), todo el efecto dependería del azar. Todo dependería del estado en que se encontrara en ese momento el ánimo de ese lector hipotético, de ese sobrino sediento de alguna herencia. Porque tal vez sus apuntes no tenían la fuerza necesaria para alegrar al melancólico, para curar al triste, para hacer reaccionar al indiferente, escandalizar al mojigato, para animar al frustrado o entusiasmar al curioso. Mucho menos servirían para sacar a nadie de pobre. Pero tal vez sus apuntes podrían salvarse del fuego o de la papelera si encontraban unos ojos generosos y un espíritu alegre, como el que él, por desgracia, sentía tan pocas veces en su vida. Un espíritu alegre que pudiera sacar alegría de sus tristezas apuntadas. En él era escasa esa indecible sensación de bienestar, eso que sin duda, si existiera, sería el cielo.

La alegría, ¿por qué la gente desdeñaba la alegría y la risa?, ¿por qué la consideraban trivial, superficial, frívola, vana? La alegría era tan profunda como la tristeza, tan honda como cualquier misticismo, tan humana como el llanto, pero por nuestras manías masoquistas tenía poco prestigio. Rodrigo, por encima de todo, hubiera querido ser alegre, como tantas veces lo era Susana: alegre, alegre. Había escrito las alegrías de ella y las tristezas propias para poder burlarse de sí mismo, para convertir en risas sus muecas de desesperación, sus temores de eunuco, sus ansias de cornudo, sus miedos de niño, sus angustias de padre, sus terrores de amante, sus bobadas de marido.

Escribir las historias de Susana, pasar en limpio esas alegrías ajenas, había sido casi siempre para él un proceso doloroso, una labor de parto, pero también una terapia, como una lavativa. Leídas a distancia eran un placer y una liberación. Las

tonterías de su mente eran más manejables convertidas en letras. A veces había transcrito la risa contagiosa de Susana, pero a él no lo divertía esa risa, casi le daba rabia y hasta apuntaba con odio las carcajadas de ella, las ajenas. Pero al leer mucho tiempo después, él también se reía. Aunque tal vez no estaba siendo sincero hasta el fondo. En realidad también mientras escribía había hallado que tan sólo trabajando en los apuntes sobre Susana, tan sólo en ese acto privado, secreto, casi clandestino, se salvaba de la pesadumbre, de los celos, de las dificultades que le creaba el amor de Susana, el sentir tanto amor por Susana. Él la quería de una manera que bordeaba lo enfermizo. Al estar con ella sentía que su sistema nervioso estaba como expuesto, en carne viva, y todo le parecía vibrante, exquisita y dolorosamente sensible. Sufría con ella, ella lo hacía sufrir, y quizá él también, por su propio sufrimiento, la hacía sufrir a ella: era indeciso, apasionado, distraído, celoso, inquieto, capaz de todas las ternuras y de los más terribles furores. Había llegado a empujarla con rabia, a pegarle (pasito), había pensado varias veces en matarla. Pero en él el mal no había llegado a una gravedad excesiva, insoportable, tan sólo porque en ese cuaderno había logrado volcar y trocar sus sufrimientos íntimos en caminos de comprensión. Descargaba en esos apuntes toda la fuerza, todo el dolor, toda la rabia que sentía, y en ese movimiento apasionado lograba que lo fuera invadiendo poco a poco la serenidad de la comprensión. De la desolación lo había salvado el trabajo, el hecho de convertir en palabras, casi en creaciones o deformaciones de su cerebro, casi en historias ficticias, imaginarias, los relatos de Susana y la vehemencia de sus sentimientos. Era capaz de traducir todo su dolor al cuaderno, todos sus celos, toda su ira, todo su resentimiento, y una vez traducidos, relatados, aislados, se volvían prácticamente inofensivos, dejaban de doler. La alegría de ella había logrado contaminar el dolor simétrico de él, como una morfina. Había tenido el suficiente control para no decapitar a Susana tan sólo porque había conseguido traducir a un papel y convertido en letras los cuentos de su desesperación. El mejor de los tratamientos había sido el trabajo, ese trabajo de amoroso notario, pues apuntar el amor lo había liberado de las ideas fijas, del martilleo incesante de las obsesiones. Las historias, cuando se escriben, se filtran, pierden sus impurezas, sus venenos, se vuelven casi inofensivas. Había logrado convertir las amenazas, los golpes a su seguridad, en un cuaderno, casi en un libro, y así había despojado a su vida de su carga de desolación. Lo escrito en el cuaderno, al cabo de un tiempo, era casi como si fuera ajeno porque al fin y al cabo era algo que estaba afuera, fuera de sí, era un tumor extirpado.

Intentó sumergirse por última vez en ese mismo trabajo de amoroso notario. Tachó el apunte sobre Amalia e intentó recordar los episodios del mafioso, del noble, del violado. Todos quedaban trancos, inconclusos, inconsistentes. No, no estaban completos; eran frases desperdigadas y sin ganas pronunciadas por una

Susana que ya no era Sherezada, que ya no quería ser su Sherezada. Este cuaderno se nutría de vida, no de papel ni de inventos, y si Susana dejaba de contarle su vida, el cuaderno se rompía. Algo se había roto, sí, alguna complicidad, algún gusto secreto se había desbaratado. Susana no era la misma y sus apuntes se quedarían así, a medias, con una serie de fragmentos de los furtivos amores de Susana. Había intentado fabricarse una barrera de palabras contra los celos, contra la neurosis. Había llenado su deseo de decapitar con borrones de páginas en las que intentaba demostrarse a sí mismo que sí, que debía decapitarla cuanto antes. Pero ahora que esos apuntes parecían no tener ya más salida, ahora que parecían interrumpidos para siempre y había llegado el momento en que tenía que decapitarla, se daba cuenta de que el memorial de agravios se había convertido en una memoria de la inocencia de Susana. Había llegado a conocer a una mujer libre, con esa pureza de la libertad que pocos admiran, que tanto rechazo ocasiona, pero que era de todos modos inocencia, alegre inocencia, vida victoriosa, muerte muerta. Esa alegría que a la muerte mata.

Aunque ahí venía, otra vez, la terca, la ineluctable, la odiosa. ¿Qué pasaba? ¿Qué se había roto, ensuciado, acabado, truncado? No, no podía creer que sus diminutas traiciones (la propia un poco más larga, pero en venganza) fueran la causa de que todo se rompiera. Por mucho tiempo había pensado que si uno cualquiera de los episodios de Susana no fuera un recuerdo, un relato del pasado, si el más simple o inocente de ellos fuera un acto de ahora, de este tiempo de su relación con ella, él no lo soportaría. Y en cambio lo había soportado, lo había perdonado y lo único que se había perdido era un zapato. Un zapato y un desquite de varios meses con Amalia. Ahí todo se había roto. La caída en su interés por contar las historias había coincidido con esa culpa de él. Era muy raro. Era como si ese cuaderno de apuntes de recuerdos libertinos no soportara ningún ejemplo real —es decir actual, es decir específico entre ellos— de libertinaje; como si mediante el relato de tantos actos pasados él se hubiera convertido en un moralista, en un casto, en alguien que exigía y se exigía una definitiva fidelidad. Dos personas libres como él y Susana, envueltas en el amor hondo en que se habían hundido, habían vuelto a caer en la pareja tradicional, monógama, con su condena furiosa del adulterio. Antes a los hombres, a los machos, les estaban permitidas las aventuras, y las mujeres estaban obligadas a aguantar; pero ahora él, al encontrarse a una mujer cargada de aventuras, al darse cuenta de la medicina que las aventuras de él —si se atrevía a emprenderlas— le podían acarrear, había vuelto al pasado, a un tipo de relación conservadora, exclusiva, celosa, loca de fidelidad. Era como si no hubiera pasado el tiempo, como si su cuaderno, que narraba la novedad de una mujer distinta, nueva, libre, se cerrara con la sordidez de siempre, con la incapacidad de soportar una diversión sexual, una aventura por fuera del dúo, del inmemorial dúo de la pareja tradicional.

Ese cuaderno, una serie de apuntes sobre los amores de Susana, sobre el cuerpo de

Susana, sobre las aventuras, traiciones, juegos, regodeos eróticos de Susana, se cerraba con un escuálido y sórdido episodio de faldas de Rodrigo. Ella sí, él no. Todo un cuaderno para demostrar que no hay pecado, y ese mismo cuaderno se resuelve con un insulso pecadillo. Sí, tanto meditar en lo que ella era, en lo que ella sería capaz de hacer, para caer en el banal salto del macho, del mamífero macho que busca fecundar, sin quererlo, a una hembra mamífera. Toda la psicología se desmoronaba en un acto tonto de simple biología, de urgencias de estrógenos y testosterona mezcladas con venganza.

Estaba amaneciendo. Rodrigo aún confiaba en que nada había pasado. Todo volvería a ser como antes. No, no como antes. Su relación con Susana había llegado a una esquina y había que doblarla. Después sería mejor, mucho mejor. Terminadas las historias de ella, acabados los apuntes de él, muerto Réquiem y Amalia olvidada, podrían dedicarse a vivir más en el presente de ellos dos, en la relación de ellos dos, ajenos a los fantasmas del pasado, sin temor al futuro. Sí, eso era lo que había que hacer. Y olvidar ese par de episodios como errores o desvíos insignificantes, bajos apetitos que se habían satisfecho irreflexivamente, nada más. Ahora vivirían mejor, sí, su relación sería más íntima, más auténtica e intensa, y además sin intrusos, sin interferencias. Fue a bañarse Rodrigo y dejó que mucha agua le cayera encima. Agua purificadora, agua para olvidar, agua para volver a empezar. Con esta confianza del agua que limpia, con esa ingenua y ancestral confianza, se fue a trabajar, con la calavera cargada de proyectos, ignorante de lo que podía esperarle a la vuelta de la esquina, de la teja que ya empezaba a aflojarse en el tejado para caerle, certera, sobre el cráneo.

La máscara mortuoria

Esa misma tarde de ese mismo día de la insomne madrugada, una tarde oscura y cruel de abril, de lluvia y rayos, como esas tardes de Viernes Santo de la infancia con su milagroso e infaltable aguacero de las tres, Susana recibió a Rodrigo haciendo lo posible por fingir la amable actitud de siempre, aunque un poco atenuada, y con una sorpresa. Si Rodrigo la hubiera mirado bien, tal vez le habría notado cierto rictus de rabia en la cara, imposible de esconder, cierta dureza en los ojos. Después de comerse una lata de atún mezclada con limón y mayonesa sobre galletas de soda (las deficiencias culinarias eran el peor indicio del ánimo de Susana, pero Rodrigo no había aprendido a leer bien la importancia de estos símbolos, no se había dado cuenta de que cocinar era un acto de amor), ella le hizo una propuesta: *Quiero practicar contigo una de las cosas que más me divertían hace tiempos: sacar una máscara, un molde de la cara.* A Rodrigo le extrañó que saliera con eso. Alguna vez, recordaba vagamente, Susana le había hablado de su costumbre de sacar moldes de rostros, algo aparentemente tan inofensivo, pero en el recuerdo le parecía que someterse a eso no era de buen agüero, porque era una técnica, al fin y al cabo, inventada para los muertos. *Antes, Rodrigo, a mí me gustaba sacarles máscaras a mis amigos. La idea la tomé de la biografía de un poeta famoso, creo que de Blake, o tal vez de Silva, en la que se contaba que al escritor, después del suicidio, le hacían una máscara funeraria en escayola. Me pareció una buena idea tener ese recuerdo de mis amigos, de mis amigos vivos y jóvenes, antes de que el paso de los años o la rigidez de sus cadáveres disolviera la alegría de sus rostros. Yo las hacía muy mal, torpes moldes con grietas, hasta que mi marido pintor me mejoró la técnica. Quiero hacerte una máscara mortuoria también a ti, Rodrigo, y quiero aprovechar que hoy tienes la cara tan fresca, la piel tan descansada, ahí mismo se nota que dormiste bien. Acuéstate aquí, en el suelo, quítate la camisa para que no te manches, y cierra los ojos, relajado, que es muy fácil.*

Susana tenía todo preparado: papel higiénico, vaselina, yeso, agua, una palangana, dos tubitos. Lo primero que hizo fue peinar a Rodrigo hacia atrás y embadurnarle la cara, cuidadosamente, con un abundante estrato de vaselina. Cuando echaba la vaselina era como si le tallara la cara con los dedos, como si fuera esculpiendo cada rasgo. Le echaba la vaselina con una mezcla de ternura y rabia; sabía que nunca más volvería a tocar ese rostro y al mismo tiempo se daba cuenta de lo pulida que era la cara de Rodrigo, de lo mucho que amaba la armoniosa forma de sus huesos, de la

agradable cadencia de las distintas partes que sus dedos ya conocían de memoria. Hacía meses —desde los días de conquista con Amalia, por parecer más joven— que él se había afeitado, así que no había peligro de esquilmarle las barbas, y a lo largo de la raíz del cuero cabelludo le puso una banda de papel higiénico doblado (para que la colada de escayola no se filtrara hacia atrás por el pelo), y por los orificios de la nariz le clavó los dos tubitos. *Para que no creas que te voy a asfixiar, Rodrigo; por aquí puedes respirar perfectamente. Si te pones nervioso te dejo abrir la boca, pero sería una lástima porque con la boca abierta la cara se deforma, no te queda igual, no quedas como eres. En todo caso no te asustes, no vayas a arrancarte el yeso desde arriba con las manos. Acuérdate que esta técnica se inventó para los muertos y los muertos no se mueven, quédate lo más quieto que puedas, y respira tranquilo, despacio, sin moverte.*

Rodrigo casi no había hecho preguntas, se había echado sobre la baldosa con una mansa sumisión canina, pero se sentía algo inquieto con el experimento, que no entendía bien a dónde lo iba a llevar. No le gustaba hacer el papel de difunto. El corazón le palpitaba y todo su cuerpo se puso tenso cuando Susana empezó a vaciarle el yeso muy despacio sobre la frente, cogiendo manotadas de la palangana y dejándolo caer de entre sus dedos, poco a poco, con cuidado, abriendo la mano, sin siquiera acercarla, sin tocarlo. Ha cambiado, pensó. Notó que se habían formado sombras sobre su cara, por lo regular clara y luminosa. Una cara nublada, de tormenta, una cara difícil de entender. Como si un velo le ocultara no solamente las facciones sino también el corazón. Parecía embebida en oscuras meditaciones que Rodrigo imaginaba nefastas. Callada, y si le preguntaba algo, ella intentaba dibujar en su cara una sonrisa, pero le salía esa sonrisa tiesa, falsa, hecha sólo de músculos voluntarios y rígidos, en la que no participan las partes de la sonrisa que se mueven espontáneas. Era una sonrisa impuesta, con algo de máscara, más máscara que mi misma máscara, pensó Rodrigo. Susana fingía estar concentrada en su trabajo, pero en realidad más parecía refugiada en él. Lo alargaba innecesariamente, lo hacía meticuloso hasta el cansancio, sin querer descansar ni un instante, como tratando de no pensar en otra cosa. *Ahora tienes que cerrar los ojos. Y no hagas malacara, que todo queda registrado en el yeso, relaja los músculos todo lo que puedas para que no me vayas a salir cejijunto y de entrecejo torvo.* Susana siguió, despacio, concentrada y Rodrigo era ya un ciego quieto y en manos de Susana, un amante exhausto al que le chorreaba un líquido denso y frío sobre el rostro y en su ceguera ya no podía interpretar la cara de su amiga. El de ella, aunque hecho con rabia, era un trabajo delicado y amoroso. Iba una y otra vez a la ponchera donde estaba el agua con el yeso, sacaba la colada y volvía a regarla despacio sobre la cara de Rodrigo, sin tocársela. Rodrigo respiraba sereno por nariz y boca, cuidando de no moverse, pero un aviso, *Ahora cierra la boca, y una cascada de yeso le selló los labios (no*

aprietes la boca, para que los labios te salgan como son, carnosos) y poco después otro chorrito frío se le metió por los orificios de la nariz. Oyó la voz de Susana como desde lejos y desde su ceguera: Los tubitos son suficientes para que te pase el aire, trata de respirar normalmente para que no te queden muy abiertas las aletas de la nariz. Rodrigo, sin embargo, sintió que se asfixiaba y empezó a respirar muy fuerte, como robándose el aire de afuera a la fuerza, a través de esos tubitos demasiado delgados. Todo su tórax se inflaba y se contraía por el esfuerzo. Ahora debes tener paciencia, aunque no mucha, en dos minutos empezará a fraguar el yeso y en cinco minutos se acaba la tortura. Rodrigo sintió que algo empezaba a quemarle la cara, que la respiración se hacía cada vez más difícil. Sentía algo calientísimo en el rostro, casi un ardor de quemadura, como si en realidad Susana le hubiera derramado encima algún ácido. Pensó por un instante que ella pudiera estar envenenándolo, que quizás le había echado un producto mortífero en la cara. No podía hablar para preguntarle, no podía abrir los ojos para mirar aunque sentía que le ardían, no podía mover las manos para tocarse, tenía que confiar en ella, tenía que ser capaz de confiar en ella. Y confió en ella, que por suerte, en ese mismo momento, lo calmó: Puedes estar tranquilo, te puse muy bien la vaselina y no te voy a arrancar ni cejas ni pestañas, nada te va a doler. No te asustes del calor pues cuando el yeso se seca se calienta. De aquí sale un negativo, el negativo de tu cara. Después tengo que volver a acariciar tu cara de yeso con más vaselina, y volveré a vaciarle otra colada para sacar tu positivo, hoy mismo vas a ver tu máscara. Es algo interesante, muy distinto a un espejo, vas a ver. Pronto vas a saber de verdad qué cara tienes.

Susana hablaba, pero más que hablar, como siempre, parecía ir destejando el hilo de su pensamiento, el orden mental de sus planes. Trabajaba muy concentrada, segura y meticulosa, sin distraerse un segundo. Rodrigo seguía con su respiración de agonizante, con su angustia por la temperatura cada vez más alta del yeso, pero ahora por lo menos entendía la causa. Cuando Susana le dijo que se sentara poniéndose las manos sobre la máscara para que no se le cayera, Rodrigo se sintió mejor, porque sentado sentía menos el asma que los tubos le generaban. Finalmente Susana le arrancó, a los cinco minutos, la máscara, y esta fue despegándose despacio, parte a parte, como arrancando poco a poco la huella de su cara, hasta que salió completa, sin rajarse, un cuenco hondo con curiosos relieves, con incomprensibles oquedades. Rodrigo se arrancó los tubitos y respiró duro por nariz y boca, como después de una larga inmersión en el mar; tenía los ojos rojos, los huecos de la nariz llenos de yeso, restos de vaselina por toda la cara, la piel congestionada, lívidos los labios, una expresión de miedo. *Vete a limpiar, primero con papel higiénico y después con jabón. Pon los ojos en el chorro de agua para que salga el yeso.* Susana había hablado en un tono autoritario, distinto, ya no conciliador sino definitivo, irrefutable, perentorio, último.

Mientras Rodrigo se limpiaba la cara y se lavaba los ojos, Susana se puso de nuevo a esparcir vaselina por dentro del molde, ya sin ternura, con rabia, casi con ansiedad por terminar cuanto antes. Tenía lágrimas en los ojos y furia en las puntas de los dedos. Al poco rato estaba otra vez vaciando escayola dentro del sinuoso cuenco que era la cara de Rodrigo al revés, como vista desde adentro, desde el centro del cráneo. Ahora había que esperar un rato y ella no quería hablar con Rodrigo, ese difunto insepulto, mientras pasaba el tiempo. Le propuso una siesta, una siesta de verdad, sin tocarnos, así dijo, sin tocarnos. Fueron al cuarto y se acostaron. Rodrigo, con su insomnio auestas de la noche anterior, en un instante se quedó dormido. Susana no. Al rato se incorporó y se puso a mirarlo, a dedicarle una última mirada de cariño. Le tomó un brazo despacio, con cuidado de no ir a despertarlo.

Allí estaba, en las yemas de sus dedos apoyadas sobre la muñeca de Rodrigo, el pulso, su pulso, el aletargado ritmo de su corazón. Algún día se iba a detener, así como un día había empezado a palpar, pero por ahora la sangre pasaba intermitente, fuerte, clara. Dormía Rodrigo, casi sereno, ajeno a su muerte inminente. Pese a las primeras canas, pensaba Susana al observarlo, conserva en parte el encanto de sus fotos viejas. Está en la mitad del camino de la vida, en la línea de sombra, en esa siesta de la existencia en la que, según un inglés, ya no hay juventud ni todavía hay senectud, pero se sueña con ambas. Todavía no ha perdido la ilusión de realizar los planes para los años por venir, pero ya empieza a añorar la efervescencia de los años juveniles. Me di cuenta de que se traía algo entre manos. Cada vez me miraba menos y se distraía cuando le hablaba, cuando le contaba. Antes no era así. Yo sé que está alejándose y pasó meses con esa otra, con esa amada y jovencita Amalia. No le creo que no tuviera importancia, no le creo su telenovela de embarazo y aborto. Me voy a despedir. Podría amarlo toda la vida, podría seguir amándolo hasta ese día en que su pulso deje de sentirse, pero él ya no quiere mi amor, y en realidad yo tampoco. Es más, mi amor le estorba, yo le estorbo, y debo desaparecer. Soy capaz de alejarme, soy capaz con mucha voluntad de no seguir pensando siempre en él. Al cabo de un tiempo uno a todo se acostumbra, hasta a dejar de sentir el propio corazón. He aprendido que la mayor virtud que una mujer puede tener con los hombres es fugarse, esfumarse, desaparecer a tiempo, antes de que ellos te empiecen a tratar mal. Él ya empezó a tratarme como una perra, y tal vez yo empezaba a demorarme mucho, a aceptar el maltrato, que es lo peor que puede hacer una mujer. No, él no sería capaz de irse por sus propios medios. Es demasiado vanidoso y pensaría que al irse me destroza; no quiere ser un asesino. Bobo. Si fuera capaz, sería más fácil y yo no tendría que forzarme a hacer lo que no quiero: dejarlo. Dejarlo simplemente porque él no es capaz de dejarme, aunque sea lo que en el fondo más desea hacer. Le tomo el pulso porque voy a dejarlo, quiero sentir cómo palpita a mi lado. En pocas horas lo voy a dejar. Ah, se sentirá aliviado

de que haya sido yo la que tome la decisión, suprimiré de su conciencia todo amago de culpa, y se irá a buscar a esa otra tipa con arrogancia, casi fingiéndose despechado, y en el fondo feliz. Se ha acostumbrado a mí y teme no ser joven. Ya mi cuerpo no le produce los ímpetus de los primeros meses, ya no le suscita lo que esa otra le suscita. En realidad, he envejecido menos que él, pero ya no palpita cuando pasa su mano por mi piel. Quiere una persona más joven y sobre todo distinta, así lo escribió, lo vi en sus apuntes, que deja regados por todas partes. Sí, a pesar de sus años, puede encontrar una mujer muy joven y ella tal vez sería capaz de amarlo aunque le lleve quince años. Él sentirá un gran entusiasmo algunos días, se sentirá rejuvenecido revolcándose en las sábanas con una piel tan joven y unos senos tan duros, un vientre tan templado y una cadera tan apretada. Al cabo de unas semanas querrá irse otra vez, será una niña demasiado tonta para él. Por suerte el yugo será leve todavía y él esta vez será capaz de tomar la decisión. Será capaz de esfumarse sin gastar muchas palabras. Buscará otra vez. Otra. Y otra, y otra. Si tiene suerte duplicará este amor, pero al cabo de un tiempo ninguna será mucho mejor que yo. No es vanidad mía. Cualquier mujer acaba siendo equivalente para cualquier hombre. A la larga, basta esperar lo suficiente. Algunos lo saben y se resignan. Pero él está en la mitad del camino de su vida; se cree joven y se cree viejo sin ser ni lo uno ni lo otro. Quiere gastar sus últimos cartuchos antes de entrar en la vejez. No hay nada que hacer. Olvidarlo. Uno a veces tiene la ilusión de haber hallado un hombre que no sea igual a todos los demás. Pero no, así son. Yo por mi parte no me vuelvo a enamorar. No me vuelvo a enamorar. Parece una canción, y es cierta. Voy a portarme como un hombre. Voy a volver a ser la de antes. Voy a tener muchos y no voy a quedarme con ninguno. Los voy a cabalgar, me voy a aprovechar, los voy a despreciar antes de que se den cuenta de que empiezan a cansarse conmigo. Ahí tengo a Rafa, por ahora, que sigue listo a pesar del zapato. Mientras tenga piernas, tetas, coño, pelo, brazos, cuerpo, voy a seguir teniendo hombres. Todavía los puedo seducir.

Sin saber que ya era un moribundo, dos o tres horas más tarde, al ruido del cincel de Susana, Rodrigo se despertó. Ella estaba rompiendo el molde de su rostro con un martillo, concentrada en su oficio. La cara de Rodrigo fue apareciendo a cada golpe. Caía un pedazo de escayola y aparecía una mejilla, el mentón, la frente, la oquedad de los ojos, los párpados cerrados, las ojeras del último insomnio, al fin la nariz, entera, no como la de las estatuas. Ahí estaba Rodrigo, blanco, entre muerto y dormido, al mismo tiempo rígido y sereno, con cada detalle de su cara, cada protuberancia y cada hueco, con todos sus poros, con la raíz de sus pelos, con las cinco arrugas (pentagrama) de su frente, la boca un poco irónica, los altos pómulos, la nariz recta, los ojos algo hundidos. Ella le habló con rudeza, en un tono de voz casi bronco, ofendido, resentido: *En realidad, ya visto en piedra, no te pareces nada*

al Diadúmeno de Policleto, pareces un cadáver como cualquier otro. Sólo me falta pintarle unos detalles para que quedes listo. Susana sacó pinturas y pinceles. Le pintó la boca rojiza, las cejas moradas, las pestañas negras. El resto de la máscara quedó blanco, blanco yeso, blanco sábana, mucho más blanco que muerte.

No sabía, Rodrigo no sabía el sentido de este ritual. Todo se estaba acercando, en realidad, a un final. Apenas unas semanas antes Susana lo había visto una vez más con Amalia desde la esquina del edificio de Rodrigo. Una semana atrás había resuelto que ya no era posible arreglar ese cadáver y había decidido sacar el molde de su cara, la horma de su cabeza degollada, para después dejarlo. Susana sabía que él guardaría de ella el cuaderno con los apuntes de sus noches; esas muchas otras noches que ella había pasado con otros y que pacientemente le había descrito en los últimos años, poco a poco. El cuaderno estaba dividido en capítulos, en episodios o, mejor dicho, en hombres. Y Susana sabía que Rodrigo había ido dándoles un orden, que los había ido completando con apuntes al margen, con notas adicionales apresadas en alusivas frases sueltas, que iba también llenando los espacios vacíos de historia, ajenos de recuerdo, huérfanos de palabras, y los iba completando incluso con mentiras, con exageraciones, con inventos. Susana había leído apenas una parte y sólo una vez el cuaderno; lo había leído, se había leído a sí misma en sus historias, como hipnotizada, a ratos aterrada de sus propias palabras, tan rápidas, tan injustas, tan esquemáticas. Su pasado, ahí, era una terrible mentira, una confusión, un desencanto. Era ella, sin duda, pero no era ella. Se reconocía y no. Era un espejo opaco de su vida. No sabía qué pensar, le había dado angustia y no había querido volver a leerse nunca más pues le parecía que no lograba separarse de lo que leía, conseguir la distancia necesaria. Ahora iba a mostrarle a Rodrigo que ella también tenía su cuaderno de apuntes. De otro tipo, sí, pero quizás más fiel.

Cuando acabó de pintar la máscara se limpió las manos en el delantal y luego cogió la máscara como quien toma entre las manos algo muy frágil. Poco faltó para que la pusiera en un plato. *Ahora quiero que bajemos un momento al sótano, Rodrigo, te tengo que mostrar una cosa muy importante.* Tomaron el ascensor hasta al garaje. Luego bajaron a los sótanos, donde cada apartamento tenía su cuarto útil. El ambiente era lúgubre, casi de mausoleo, de cripta, de cementerio. Las paredes no estaban pintadas, sino que dejaban ver la piedra y el ladrillo vivos. A lado y lado de un lóbrego pasillo, había rejas de hierro en vez de puertas. Al fin llegaron, con una luz muy tenue, hasta la bodega de Susana, que era la del fondo y estaba muy oscura. Le entregó a Rodrigo las llaves de un candado y le pidió que abriera. Rodrigo abrió el candado, se movieron las rejas, y estas fueron abriendo con su movimiento unas cortinas. Susana entró con su cabeza, con la cabeza de Rodrigo en las manos, blanca testa decapitada sobre el delantal azul oscuro. Así, en la semioscuridad, se veía igual a la cabeza de un degollado, aunque faltara la sangre. Cuando Susana hundió el

interruptor que prendía la luz, en un primer momento, Rodrigo quedó encandilado por el resplandor. Luego se vio en un sitio inesperado, todo en un orden aséptico, meticuloso, las paredes limpias y con revoque, pintadas en un tono vinotinto intenso. Y colgadas de las paredes, como trofeos, como cabezas de animales conseguidas en largas cacerías, muchas cabezas de hombres. Máscaras, máscaras mortuorias y pálidas apenas retocadas con pocos pincelazos de color, como la suya, como la que ahora tenía Susana todavía en sus manos.

Mira, Rodrigo, este es mi pudridero, aquí están todos. Todos los que conoces e incluso algunos otros que he querido ocultarte, que he querido callar. A todos les saqué su máscara funeraria antes de que se fueran, o antes de que yo los echara. Aquí están todos mis muertos, puestos en buen orden. Fíjate bien, este es el ciego, que de ojos cerrados parece aún más ciego. Aquí está don Bertulfo, el ganadero, admira sus mofletes, es el único que tiene bigotes. Mira qué cara hermosa tiene el ornitólogo, le pinté las cejas color azulejo, aunque más me hubiera gustado sacarle el molde de otra cosa. Este es el poeta filósofo, mira su cara tan lánguida, sus cejas arrugadas, y parece pensando pensamientos. Ah, aquí está mi monje sin capucha, de tan devoto rostro, le pinté más oscuras las ojeras. Y este otro es el pintor, tan arrogante hasta de moribundo; a su lado le puse, como una glosa, como un comentario, a su amigo el galerista, ¿ves que no era feo?, tenía una alta frente. Este otro, el que está al lado del noble, es el científico, con su expresión pensativa y su cabeza de huevo. Aquí viene el profesor, el profesor que destronaste. Le hice la máscara antes de salir para Cartagena, sin decirle lo que le esperaba. Y aquí, en este nicho vacío, encima de donde dice Rodrigo, el afinador, ahí estará tu sitio para siempre en la cripta, en el osario, en este recordatorio de los hombres que he tenido. Se miró Rodrigo al lado de todos sus enemigos del pasado y comparó su rostro con el de ellos; sin duda el suyo era el más viejo, el más triste y el más muerto de todos. Ahora voy a colgarte ahí, Rodrigo, y les llevas ventaja a los otros, porque te quise mucho, y sólo a ti te he permitido conocer el sitio de mis muertos. Este sótano ha sido mi secreto mejor guardado. Tú en cambio ahora lo sabes y en parte asistes a tu propio entierro. Todo se ha terminado entre nosotros, Rodrigo, a partir de este momento no me volverás a ver. Hasta aquí llegamos. Y no quiero preguntas, no pongas esa cara, tampoco voy a dar explicaciones. Sencillamente se acabó todo. Se acabó el amor, se acabaron las ganas, se acabó todo. No quiero seguir.

Rodrigo estaba tan pálido como su máscara. Intentó decir algo, protestar, preguntar. Susana lo sacó haciéndole chito con el índice sobre los labios y empujándolo por el codo. Apagó la luz y volvió a cerrar con candado; el mausoleo quedó en la penumbra. Como dos fantasmas subieron desde los sótanos hasta el garaje. *Aprovecha, Rodrigo, ahí mismo está tu carro, es mejor que te vayas de una vez. Si hay algo tuyo en mi casa, te lo dejo mañana en la portería. Si hay algo mío en*

la tuya, tíralo a la basura. Susana se subió al ascensor. Las puertas se cerraron como una guillotina. Rodrigo, mudo, cabizbajo, incrédulo, se subió a su Chevrolet viejo, cerró la puerta, lo encendió y salió una bocanada de humo negro por el tubo de escape. No podía ni pensar de lo aturdido que estaba. Con los ojos muy enrojecidos, y no sólo por el yeso, sin entender nada, sin saber los motivos, tuvo que irse para siempre de la casa de Susana.

Susana oyó el sonido inconfundible del Chevrolet viejo, su ruidoso motor atravesando los controles de la portería, y luego alejándose. Dio un grito, doloroso, hondo, largo, y se dejó caer en la cama, como un árbol cortado. Respiró profundamente hundiendo la nariz en esa almohada que todavía guardaba algo del olor de él y ahí tirada, sola, se sintió como una viuda reciente, como una huérfana, como si acabara de enterrar a la persona que más la había hecho feliz, al hombre que sin duda había sido, entre todos sus innumerables hombres, el más querido.

Cuando el amor furtivo no es furtivo, es decir cuando deja de ser algo escondido, cuando el episodio secreto más insignificante se revela, adquiere un peso desmesurado. Rafael y sobre todo Amalia habían podido más, con su trivial tontería, que el peso de todos los amores y amorcillos furtivos del pasado de Susana, del pasado de Rodrigo. La mojigatería de su misma cabeza, vieja todavía, cargada de prejuicios, había hecho imposible cargar con esos fardos. Era tan tonto todo. Rodrigo no había soportado ese amor furtivo del que se había enterado por su obsesiva y profunda desconfianza. De no haberlo visto, si esa noche no hubiera salido precipitadamente de Riosucio para meterse a escondidas en el edificio y en el apartamento de Susana, si le hubiera hecho caso a su amiga (no tiene importancia) esta novelita vulgar tendría otro final, seguro más feliz y menos melancólico. Pero todos estos fragmentos de pasado amor furtivo habían venido a estrellarse en dos insignificantes fragmentos de presente amor sorprendido. Furtivo en la intención y por desdicha descubierto, el de Susana, y estúpidamente vengativo y ridículamente alargado, el de Rodrigo. Susana y Rodrigo no podían perdonarse que cada uno fuera como era, que cada uno fuera como el otro. No podían perdonárselo, y por esa misma incapacidad de perdonar ninguno de los dos volvería a ser nunca tan feliz como lo habían sido mientras estuvieron juntos.

Finale

Yo quiero que tú sepas, Rafael, algo muy importante para mí. ¿Supiste de la avioneta que se estrelló ayer sobre la selva? Iba para Nuquí, en el Chocó, en el Pacífico. Sus ocupantes iban, mejor dicho, para el verdadero Paraíso terrenal, mejor que cualquiera del que puedan estar ahora disfrutando en su quietud de piedras, si están muertos, o de carbones, porque probablemente se quemaron, aunque no han podido encontrarlos todavía. Yo voy todos los años a ese cielo, o iba todos los años, porque desde hace un tiempo no he querido volver. No porque me haya dejado de gustar, sino porque la última vez me gustó todavía más. Yo allá era siempre Eva, pero la última vez estuve con Adán, y fue el Edén perfecto, con mi último novio, con Rodrigo, el ladrón de zapatos y afinador de pianos, tu enemigo.

Allá la marea sube y baja, y cuando sube llega casi hasta el borde de las casas y cuando baja hay que caminar mucho para llegar hasta el borde del agua. Hay mucho verde, mucho azul, pero sobre todo mucho gris. En Nuquí todo es gris, y como espeso, pero es el Paraíso, aunque uno no se imagine gris el Paraíso. El cielo tiene nubes y es el Cielo. Detrás del mar está la selva, la selva intacta, tal como la encontró Colón, igual a como la vio Balboa cuando creyó pacífico al Pacífico. Por el mar, al fondo, en esta época, pasan las ballenas. Y por detrás bajan al mar un montón de quebradas frías, cristalinas, entre piedras y chorros y cascadas, entre pájaros carpinteros de colores vivísimos y aletargados camarones de río, bajan riachuelos envueltos en árboles altísimos, viejísimos, gruesos como canoas, altos como precipicios y que dan unas sombras de gigantes. Por la noche da miedo en el Chocó, pues caen aguaceros como espesas y ondeantes cortinas de agua, y más agua y más agua, cada vez más agua, y rayos sucesivos. La única luz, intermitente, que ilumina las olas furiosas, la selva y hasta tus mismas manos, es la de los relámpagos. Está uno en la mitad de la naturaleza, y se siente solo, desprotegido, como un animal viejo, como un hombre primitivo. Sin entender nada. Uno solo y sin entender nada en la mitad del universo. Maravillado de estar vivo, vivo a pesar del miedo, y el corazón palpita durísimo, rebotando en el pecho. Si no llueve se oyen ruidos extraños, de la brisa, de animales que no se distinguen, ruidos de bestias desconocidas porque uno no sabe a qué animales corresponden, algunos parecen de aves, otros de micos, de osos, quizá lamentos de manatí o más bien llamados de ranas en celo o amenazas de tremendos insectos, pero uno nunca sabe, porque el canto de ranas venenosas podría ser de insectos inofensivos, los ruidos de insectos

mansos podrían ser el graznido de aves agoreras, los cantos de aves gritos de micos sardónicos o de manatíes sigilosos, o sólo de osos. Y todo ese rumor envuelto también en ruido de olas, de hojas que silban y troncos que caen, de piedras que se despeñan por la quebrada o se redondean unas a otras con el agua del río, de arena que se mueve, de peces que saltan y pájaros que los asaltan. El mundo, todo el mundo, hasta el mundo inerte parece vivo de noche, en Nuquí, y hechizado. Ruido de todo, de todas las cosas, hasta de la Tierra que rota en su insaciable mecánica celeste, pero no de gente. Jamás de gente, porque allá casi lo único que no hay es gente. Ni fantasmas. Todo es natural, material, terriblemente material y vivo. Y uno se siente solo y desprotegido, solo y feliz, solo aunque esté abrazado al hombre más querido, porque un solo abrazado a otro solo no da por resultado ninguna compañía.

Rodrigo reparaba instrumentos, como sabes, y tenía un oído muy fino: fue él el que me enseñó a oír la extraña música de las cosas en Nuquí, de los animales de Nuquí. Creo que fue la única persona que quise alguna vez. Al único hombre al que me hubiera gustado serle fiel para siempre. Me da pena decírtelo, Rafael, pero es verdad, y hoy quiero decir la verdad. Es verdad aunque yo le haya sido infiel contigo mismo, el día del zapato, que como sabes no fue el primero de nosotros dos, pero sí fue el primero en que Rodrigo se enteró. Él estaba aquí, en esta misma casa, escondido en el cuarto del servicio, y una de las últimas veces que hablamos se burlaba de tus gritos cuando llegas; te decía el mariachi, porque él decía que tu llegada es como un grito de mariachis.

Me da risa, pero también me dan ganas de llorar, muchas ganas de llorar. Ayer Rodrigo también iba para Nuquí, en esa avioneta. Hay muchas cosas tristes para mí. La más triste, claro (pero aún guardo esperanzas de que no), es que se haya matado Rodrigo, aunque su muerte no debería ser tan dura porque hace casi un año que no lo veía, y ya el amor, para mí, mi amor por él, era una cosa disuelta, disuelta en rabia, sobre todo, en rabia y en resentimiento. Pero hasta el amor disuelto todavía se siente, por allá en el fondo, como el azúcar disuelto, que es incluso mejor que un terrón de pura azúcar.

Mi esperanza es que, como no los han encontrado, ni vivos ni muertos, a lo mejor no están muertos. Dicen que el piloto alcanzó a hablar con la torre de control. No con la de Nuquí, porque allá no hay torre de control, allá hay una pista en terreno destapado, hecha de piedras y tierra, y la avioneta debe pasar bajito, la primera vez, para avisar que llega y que los empleados espanten las vacas y saquen a los niños que juegan en la pista. Los aeropuertos del Chocó se llaman Salsipuedes, casi todos, porque a veces la cortina de lluvia dura semanas y no hay quien salga entre tanta agua. Pero había buen tiempo, ayer, y dijeron que el piloto se declaró en emergencia porque estaba perdiendo todo el aceite de los motores y que iba a intentar un

aterrizaje de emergencia, sobre los árboles, cerca del río Atrato. A veces en la selva la gente no se mata, porque las ramas amortiguan la caída y la humedad no deja que se prenda el incendio. Ojalá, porque sería muy triste que Rodrigo estuviera muerto, aunque es lo más probable.

Hay otras cosas que me dan pesar. Antes de irse para Nuquí Rodrigo me llamó, la semana pasada, porque él todavía me llamaba mucho, y otra vez me dijo que sin mí se sentía perdido, que le hacía falta yo y que le hacían falta todas mis historias. Repitió que me quería, que me quería a secas, y que me quería ver, y que se quería acostar conmigo, que quería todo conmigo, que yo seguía siendo su Susana, su obsesión, todo. Me lo venía diciendo desde hace muchos meses, y yo nunca quise darle esperanzas, nunca lo dejé venir, volver a verme, nada. Ni siquiera le demostraba mi rabia, fingía una especie de desprecio, de lejana indiferencia, le hablaba de lo bien que me sentía contigo, de lo bueno que eres conmigo. Hasta le confirmé —exagerada— que seguías gritando como un mariachi cada noche.

En esa llamada me contó que se iba para Nuquí, solo, pero que si yo quería me invitaba. Dijo que pensaba ir a la misma cabaña donde habíamos estado. Yo no soporto, Rafael, esos romanticismos, esas ridiculeces, nostalgias de otros tiempos, esas piruetas y bobadas con que se pretende devolver el tiempo, y le solté una carcajada. No pensé ni un instante en que podía irme a Nuquí con él; en ningún momento dudé en decirle que tal vez sí, que nos fuéramos. No, ni lo dudé. Yo no creo en la resurrección. Ni del amor ni de nada. Lo que le dije fue que si estaba loco. Y él me dijo que sí, que loco, y que todavía me quería como loco.

Yo voy borrando el pasado a medida que vivo y tampoco en el caso de Rodrigo quería volver atrás. Contigo, tú lo sabes, he estado bien. La cosa es que en casi un año ha sido difícil borrar ese fragmento de pasado. Como si se hubiera instalado en mí con más fuerza. Como si fuera algo sólido, difícil de destruir, de cancelar totalmente. Yo no lo había borrado, pero me obligaba, con voluntad, a no pensar nunca en él. No, no quería pensar en Rodrigo, no quería volver a sufrir. Ni a gozar. Con tal de no sufrir tanto, ni siquiera gozar. Enamorarse demasiado es un error, uno mismo se pierde. Es mejor cierta indiferencia, cierta fuerza. Yo me aprendí un versito, oye: En el corazón tenía / la espina de una pasión / logré arrancármela un día / ya no siento el corazón. Machado, creo. Por primera vez había tomado esa decisión. No gozar. Con tal de no sufrir. Por eso no había vuelto a permitirme pensar en Rodrigo y solamente en momentos de mucha distracción, o en sueños, se me volvía a presentar su imagen, algunas veces su felicidad, esa felicidad tremenda que vivimos un tiempo.

El asunto es que ahora las cosas cambian. El solo hecho de que se haya matado, como creo, o que se haya salvado, como también espero, muy en el fondo, me obliga a pensar en él. Al menos por un tiempo sé que voy a estar obligada a pensar en él,

vivo o muerto. Yo lo había matado, pero si estuviera vivo lo resucitaría. No lo puedo evitar. Me acuerdo de todo. No puedo sentir la felicidad de no haberme matado porque nunca pensé en montarme en ese avión, ni en ir a ese paseo. Siquiera no me maté, es cierto, pero ni siquiera corrí el riesgo. Esta mañana, al levantarme, llegué a pensar que me hubiera gustado ir en esa avioneta. Y yo he sido de todo, Rafael, pero suicida nunca. Lo más triste, te repito, es que Rodrigo esté muerto y que no pueda volver a tocar, a afinar, a oír su música. Y que no pueda volver a tocarme a mí; eso también me duele, por mucho que yo ya hubiera decidido que no volvería a tocarme. Pero si él no se hubiera matado, si él resucitara, no sé por qué lo pienso ahora, creo que me dejaría, que otra vez me dejaría tocar.

Este último año, sin mí, Rodrigo había trabajado mucho, me decía que había sido lo único bueno de la separación. Él gozaba con su música como conmigo, puede que hasta más que conmigo, aunque él decía que conmigo más. Eso es lo más triste, que él esté muerto y achicharrado. Que no me oiga. Que yo ya nunca lo pueda volver a oír. La muerte es tan poca cosa, y los vivos duramos tan poquito. Ahora se me hace que mi vida, el largo o breve resto que me queda, será aún más rápida, todavía más corta y sin duda más triste. El mundo me parece mucho más triste sin que él esté vivo para verlo. ¿Suena tonto, Rafael? Perdóname si suena tonto, yo no sirvo para hablar de cosas serias. Pero a lo mejor está vivo, puede estar caminando por una quebrada, intentando llegar hasta el Atrato para después remontarlo y llegar a algún poblado. Dicen en la aerolínea que podrían estar vivos, que muchos casos se han dado, en el Chocó, porque la selva es más benigna que las montañas en los accidentes.

A mí me gustaría perdonarlo, si resucitara, si estuviera vivo, porque hay todavía otro motivo de tristeza, casi de culpa para mí. Y me extraña que me ponga triste, porque yo estaba segura, porque yo estoy segura de que ya no lo quería. Aunque uno nunca sabe, porque el olvido es muy largo, dura mucho. Lo que me da tristeza es no haberle creído a Rodrigo cuando me dijo que se iba solo para Nuquí. Es triste que uno siempre repita los mismos errores con la misma persona y el error de nosotros fue que nunca nos creímos. Y hay que creer en el otro, aunque sea mentira, porque si el otro está mintiendo, por algo será; no siempre es una maldad ocultar la verdad; es necesario. Nadie soporta una verdad completa y permanente. Esta vez tampoco le creí. Estaba segura de que se iría con alguien, con alguna mujer, porque él en el fondo era mujeriego. Un hombre fascinado por las mujeres y que quizá por eso mismo le gustaba tanto a las mujeres. Él las quería de verdad, se enamoraba de ellas de verdad, estaba interesado en ellas de verdad, por eso enamoraba de verdad. Mi relación con él, la suya conmigo, estuvo marcada por la desconfianza. Y hasta la última vez que lo oí no le creí. Por eso ayer me quedé tan sorprendida cuando, al oír la lista de las personas que iban en el avión, la dieron por radio, y al volver a leerla

hoy en el periódico, vi que no aparecía el nombre de ninguna mujer. Iban los pilotos y otras seis personas, todos hombres. Ni una mujer. Rodrigo, a no ser que lo estuvieran esperando allá, iba de verdad solo, solo, a revivir las dos semanas que pasamos juntos en Nuquí, hace casi dos años. Me da mucha tristeza, Rafael, me da mucha tristeza que esta historia, ahora sí, se haya terminado para siempre, con su muerte, si él de verdad está muerto. Y me da mucha tristeza que haya habido tantas mentiras y tanta desconfianza. Con menos desconfianza estas mentiras hubieran sido verdad. Tantas mentiras de él podían ser verdad, tantas mentiras mías podían ignorarse y ser verdad. Y en cambio es muy triste que esta última historia, esta última mentira, haya sido verdad. Tan de verdad. La muerte lo vuelve todo de verdad. Es como si todo se acabara. Todo: mi historia con Rodrigo, mis historias pasadas, hasta mi presente contigo. Tengo una lejana esperanza de que él esté vivo, pero eso no se sabe. Lo grave para nosotros, Rafael, es que si él está vivo, si él resucita o se salva por esos milagros que a veces ocurren, yo voy a querer volver con él. Por eso tampoco me parece justo tenerte aquí, mientras yo espero que Rodrigo no esté muerto. No es justo. Quiero que dejemos de vernos, quiero que te vayas, quiero que me perdones, pero te voy a pedir un último favor: que me dejes un recuerdo, voy a sacar el molde de tu cara, es un vicio que tengo, como para dejar la historia de mis muertos, a Rodrigo mismo también se la hice, mucho antes de este viaje a Nuquí, hace ya más de un año. Acuéstate en el suelo, Rafael, quítate la camisa para que no te manches, y cierra los ojos, relajado, que es muy fácil.

Quando Rafael salió de su casa, poco después, cariacontecido, desfigurado por la rabia y la tristeza, con los ojos enrojecidos por el yeso, medio muerto, Susana tomó su máscara y bajó a los sótanos, a su pudridero de momias del recuerdo. Allí, en las paredes, estuvo un rato mirando todo su harén de muertos, su colección de máscaras mortuorias. La última que había colgado era la de Rodrigo y ahora en sus manos llevaba la de Rafael. Miró despacio ese mausoleo de su memoria, ese memorándum de su pasado, y de repente se sintió vieja, y viuda, y muy triste, demasiado triste para ser capaz de sobrellevar la vida. Miró la máscara de Rodrigo, pero por mucho que se concentrara en ella no pudo reconocerlo. Cerró los ojos para poder verlo. Lo miró largo rato, con los ojos cerrados, a veces vivo a veces muerto. Se sentó en el suelo, las manos en la cara, sobre los ojos, con una tristeza mucho más honda que el llanto. Se levantó otra vez, dejó la máscara de Rafael en cualquier sitio y se arrastró de nuevo hacia arriba, hasta el apartamento. Hizo un café y puso música, un fragmento desesperado de Ernest Bloch, que le fue dando, al final, la frágil sensación de la esperanza.

Otros títulos publicados en Punto de lectura

Amy Foster

Joseph Conrad

El hombre al que amó

John Cheever

La lección del maestro

Henry James

Aceite de perro

Ambroce Bierce

El Estado y la política en el siglo XIX

Álvaro Tirado Mejía

Todos estábamos a la espera

Álvaro Cepeda Samudio

Rayuela

Julio Cortázar

El Eskimal y la Mariposa

Nahum Montt

Al diablo la maldita primavera

Alonso Sánchez Baute

Ensayo sobre la lucidez

José Saramago

Las intermitencias de la muerte

José Saramago

Memorias de una geisha
Arthur Golden

La lectora
Sergio Álvarez

Siguiendo el corte
Alfredo Molano

La casa grande
Álvaro Cepeda Samudio

América Mestiza
William Ospina

Después de todo
Piedad Bonnett

Ensayos de historia colonial colombiana
Margarita González

© 1998, Héctor Abad Faciolince

© De esta edición:

2011, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Calle 80 No. 9-69

Teléfono: (571) 639 60 00

Bogotá, Colombia

www.puntodelectura.com/co

ISBN ebook: 978-958-758-218-5

© Imagen de cubierta: Ana Cristina Vélez

Conversión ebook: KIWITECH

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Punto de lectura es un sello editorial del Grupo Santillana

www.santillana.com/co

Argentina

www.puntodelectura.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.puntodelectura.com/bo

Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 244 11 22
Fax (591 2) 244 22 08

Chile

www.puntodelectura.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.puntodelectura.com/co

Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.puntodelectura.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.puntodelectura.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.puntodelectura.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.puntodelectura.com/es

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.puntodelectura.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.puntodelectura.com/can

7ª Avda. 11-11

Zona nº 9

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.puntodelectura.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.puntodelectura.com/mx

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle
03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.puntodelectura.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.puntodelectura.com/py

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.puntodelectura.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.puntodelectura.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.puntodelectura.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.puntodelectura.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.puntodelectura.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51